



EL NOMADA NOCTURNO
Y LA RESTAURADORA
DE
CORAZONES ROTOS

FERNANDO VILLANUEVA

D.J.57

**EI NOMADA NOCTURNO
Y LA RESTAURADORA
DE
CORAZONES ROTOS**

Fernando Villanueva

Título: El nómada nocturno y la restauradora de corazones rotos

© 2018, Fernando Villanueva Barrantes
1º edición

Todos los derechos reservados

Categoría: Novela

Con cariño para ti

Nada nos vuelve tan solitarios como nuestros secretos.

— Paul Tournier

ÍNDICE

- [1. Ilusiones: Un jardín con enanitos](#)
- [2. La Ninfa y el Minotauro](#)
- [3. Corazón de pollo - Corazón de León](#)
- [4. Misión imposible](#)
- [5. Leonardo Montiel llama a casa](#)
- [6. Beso místico, beso incendiario... beso malo](#)
- [7. La Barbie costurera](#)
- [8. Un sábado cualquiera, de cualquier semana,
de cualquier mes y de cualquier año](#)
- [9. El puente del último beso](#)
- [10. Una historia sangrienta y otros cuentos de horror](#)
- [11. Un pendejo de mierda](#)
- [12. Visitas inesperadas](#)
- [13. Secretos entre amigos](#)
- [14. Santiago de Chile, 22 de agosto 2008](#)
- [15. Un tipo muy bien recomendado](#)
- [16. Letras amargas](#)
- [17. Mi cabeza en su hombro](#)
- [18. Se restauran, por fin, dos de los corazones rotos](#)
- [19. La decisión](#)
- [20. Punta Iglesias](#)
- [21. Las mil y una noches de Alexa](#)
- [22. La ruta de los peregrinos](#)

1. Ilusiones: Un jardín con enanitos

El día comenzó como un lunes más dentro de la rutina diaria de nuestra familia. Laura se metió corriendo al baño, mientras que yo —zombi mañanero— tendía las camas y acomodaba un poco el desorden de los cuartos. Empecé con el de Camila, que estaba prácticamente ordenado; sólo requería: hacer la cama, guardar las cobijas en el closet y colocar nuevamente sus peluche y muñecas en el lugar de siempre (este orden inusual en el cuarto de mi hija se debía a que ya tenía varios meses de estar siendo invadido por un muy ordenado y desafortunado nómada nocturno). Luego seguí con el de Leonora; ¡Un verdadero campo de batalla!, ni más ni menos, no hay más que decir; y, por último —ya un poco más despierto— terminé ordenando nuestro muy querido y acogedor: “cuarto matrimonial”; que realmente ya tenía bastante tiempo de ser el cuartel general de Laura y de mi querida Camila.

Cuando Laura salió del baño, entré rápido, me lave los dientes, me rasure y luego, mientras me duchaba, seguí repasando mentalmente todas las cosas que tenía que hacer esa mañana. No dejaba de pensar en cuál sería el resultado de esa enmarañada y desquiciada locura que estaba a punto de cometer. Le había dado vueltas y vueltas al asunto, una y mil veces, y por fin, dos meses atrás, tomé la decisión y empecé a reunir y elaborar todos y cada uno de los detalles que poco a poco se me fueron ocurriendo. Lo cierto es que esa idea ya tenía bastante tiempo de estar clavada en mi cabeza, y yo, como buen obsesivo-compulsivo que soy, estaba decidido a llevarla a cabo hasta las últimas consecuencias.

Cuando salí del cuarto de baño, mi esposa ya tenía a Camila completamente arreglada. Le había puesto el vestido de mezclilla con florecitas rosadas que yo había comprado en mi primer viaje a México, bastantes años atrás. Originalmente el vestido era para Leonora, que en esa época era nuestra única hija, pero yo: típico esposo y padre despistado, no puede calcular bien la talla y lo compré demasiado pequeño, por lo que terminó guardado en el closet al poco tiempo. Al final, después de diez años de una muy cuidadosa conservación por parte de Laura, Camila fue la afortunada que terminó usándolo. Para ese momento, mientras repasaba algunos de esos gratos recuerdos, Leonora ya estaba arreglándose en su habitación. Se podía escuchar el rugido feroz de la

secadora de cabello, luchando con los risos iracundos de mi hija.

La noche del viernes, al igual que otras noches, me había quedado tarde en la oficina, preparando el paquete que había maquinado entregarle a Alexa ese día. Por dicha, lo único que me quedaba por terminar era la nota en donde le explicaba a Alexa todo lo referente a mí “muy especial encargo”. Al final resultó ser un poco extensa, pero era necesario, ya que no quería que ella se alarmara o mal interpretara mis intenciones. Traté de explicarle todo desde el principio, para que ella, si lograba entenderlo, me ayudara haciendo todo lo que en ese momento le pediría.

Faltaban veinte minutos para las siete cuando saque mi carro de la cochera; luego, como siempre, espere pacientemente a que Leonora saliera cargando su lonchera y su suéter. El maletín con sus cuadernos ya los había guardado en la cajuela, después de guardar también todas las cosas de Camila en el carro de Laura. Según nuestros roles, Laura se encargaba de dejar a Camila en la guardería, mientras que yo tenía la responsabilidad de pasar dejando a Leonora en el colegio. También, para adelantar las cosas, ya había guardado en su auto, la cartera, suéter, maletín, etcétera, etcétera y otro etcétera, por si omito algo ¡Si supieran como es Laura!, siempre lleva de todo en sus bolsos; y en la cajuela de carro, ni que decir. Supongo que, hasta un cadáver podría ocultar (eso si fuera el caso).

Para cuando Leo salió, yo estaba escuchando el Desayuno Azul, mi programa preferido desde hace más de doce años, y, por cierto, mi primer oasis del día. En ese momento Rony le preguntaba a Débora sobre qué le gustaba más: la pinta de Melendi, o su canción: Un jardín con enanitos. Débora, con sabiduría salomónica, dijo que se quedaba con los dos; que le fascinaba la canción y que Melendi estaba re guapo. No habían terminado de reír la ocurrencia, cuando ya en el fondo se escuchaban los acordes la romántica melodía. Muy por el contrario, al otro lado del dial, lo que se oía era una tonada completamente diferente: “¡Apurémosle, papi, que ya es tarde y de nuevo me van a poner reporte!”; y para que no me faltara, Leonora le daba a mi auto el portazo nuestro de todos los días.

—Sí, si ya se... es tarde... como siempre —respondí, con paternal resignación.

Después de que dejé a Leo en el colegio metí el acelerador a fondo, al punto de que en cuestión de unos pocos minutos ya estaba llegando a la rotonda de Paso Ancho. En ese momento, las siete en punto, empezaron a sonar las notas del Himno Nacional, inicio infaltable de Panorama, el microprograma de la Cámara Nacional de Radio. Hasta ahí todo era parte de la rutina diaria.

Esa mañana me pasó lo que muchas otras veces me ha sucedido: Iba tan

sumergido en mis pensamientos, que no me percate en que momento ya estaba llegando al puente Juan Pablo II. Pase rotondas, semáforos, doble, gire, cedí campos; todo en piloto automático. Las veces que me pasa eso, siempre termino sorprendido por no recordar absolutamente nada de lo que hice durante todo el recorrido. Algunos científicos (los más escépticos) creen que todavía no podemos viajar en el tiempo y el espacio, pero es porque no me han visto dar esos “híper saltos”, cuando voy inmerso en mis nebulosos y complicados pensamientos.

Cuando llegue a la Uruca, en lugar de ingresar a Avianca, seguí directo, pasando al costado de la fábrica Pozuelo —de donde por cierto salía un rico olor a galletas recién horneadas— y me encamine, ahora sí, rumbo a la provincia de Heredia. Fue en ese preciso momento cuando empecé a sentir un vacío en el estómago. Ese vacío que uno siente cuando va a hacer algo que le causa mucho miedo; algo inquietante, como montarse en una de esas montañas rusas marca Diablo, o peor todavía: declarársele a la chica de la cual estas perdidamente enamorado. A lo lejos, antes de iniciar el descenso hacia el río Virilla, se podían ver las bajas edificaciones del centro de la provincia de las flores; más arriba, a la distancia: los verdes potreros de Sacramento, y en el puro fondo, en lo alto de la cordillera: Las tres Marías; la del centro ligeramente más puntiaguda y alta que las de los lados, pero las tres juntas e inseparables; vigilando y cuidando con su maternal manto a todos los “labriegos sencillos” que tenemos la invaluable bendición de vivir y trabajar en esa parte de mi querida Costa Rica.

Iba a llegar bastante temprano —todo de acuerdo con lo planeado—, así tendría tiempo para buscar un parqueo y dejar el vehículo en un lugar seguro. Sabía que el negocio de Alexa contaba con zona de parqueo, pero no quería estacionar mi vehículo en ese mismo lugar; además, así tendría la oportunidad de desayunar en alguna de esas soditas, de las que tienen mesitas pequeñas con manteles de cuadritos blancos y rojos, o todavía mejor: de esas que tiene mantelitos con casitas de montaña repetidas cada dos, como en la canción “Dilo de una vez”, de Humberto Vargas, con la que ganó Viña de Mar en el 2006.

Ya en el centro de Heredia, por más que busqué, no encontré un parqueo con campo disponible por ningún lado, así que no me quedó más remedio que dejar el carro a la orilla de la calle. Camine unas dos o tres cuadras antes de encontrar una soda para desayunar. Las mesas no tenían los famosos mantelitos a cuadros, sino algo más original: tenían páginas de periódicos viejos, las cuales estaban protegidas por un vidrio. Había fotos del cuartel, del parque central, del correo, y de otro montón de edificios históricos de la provincia de Heredia. También, a lo largo de todas las paredes, había banderines y fotografías del club Florence. Los que atendían el negocio, un tipo grueso, risueño, con cabello platinado y largas

patillas —a lo Elvis Presley—, como las meseras, dos jovencitas muy guapas y simpáticas, tenían puestas camisetas con los típicos colores rojo y amarillo del Club Sport Herediano. El local, en resumen, era todo un tributo a la provincia de las flores.

Ya instalado en mi mesa, pedí mi desayuno de casi siempre, un café con leche y un sándwich de jamón y queso. Durante mi “híper salto” seguramente le había comprado el periódico a algún pregonero en un semáforo, porque el matutino apareció en el asiento del acompañante, justo en el momento en que me bajaba del vehículo. Lo leí detenidamente mientras daba tiempo de que fueran las nueve y media de la mañana, esto con la intención de no llegar demasiado temprano a donde Alexa. Tengo que confesarlo: estaba bastante emocionado; esa iba a ser la primera vez en mi vida que iba a tratar con ella. No sabía si abría su negocio a las ocho o a las nueve, por lo que calculé llegar unos minutos antes de las diez de la mañana.

Una vez concluido mi desayuno, me levante, deje el periódico sobre la mesa —digamos que como regalo para el próximo comensal—, pague la cuenta y me dirigí —ahora sí, un poco más tranquilo—, hacia mi objetivo final: “Ilusiones”.

En ese momento me era imposible saberlo, pero más adelante me daría cuenta de que Alexa ese día ya había enviado a Susy a hacer las entregas del día. Después de eso se puso a revisar el agua de los floreros, cortar algunas rosas para cambiárselas a los arreglos de exhibición —los cuales estaban repartidos armoniosamente por todo el local—, revisar los globos, los adornos, los chocolates y los caramelos. Cuando entré, estaba terminando de ordenar la urna de la tarjetería, ya que por lo general los fines de semana los clientes dejaban todo hecho un desastre: las tarjetas de feliz cumpleaños revueltas con las de matrimonio, las de “que te recuperes” con las de “mi más sentido pésame”, y así por el estilo. Realmente era una mañana de lunes bastante tranquila, y si se quiere, hasta algo aburrida. Solo había entrado un cliente al negocio; un jovencito con uniforme del Colegio Santa Cecilia que compró una tarjeta de feliz cumpleaños y una rosa roja envuelta en papel celofán.

Tal vez fue por estar muy concentrada, pero lo cierto es que Alexa no se percató de mi presencia. Me hizo un poco de gracia porque precisamente sobre su cabeza había una tarjeta con un globo —de esos de historieta—, que decía: “Tú eres el centro de mi universo” y pensé que al rato y ese podría ser un de sus pensamientos. Cuando se incorporó, hecho los brazos hacia atrás, los levantó y —como una gatita, que recién se despierta de su siesta mañanera—, soltó un aaaah... En ese preciso momento ladeo la cabeza y, de reojo, descubrió mi inoportuna presencia al otro lado del mostrador.

—Disculpe, señor, no lo vi entrar —balbuceó con vergüenza—. Estaba tan

concentrada en arreglar todo este desorden que no me percate.

—No se preocupe, recién vengo entrando —respondí con toda naturalidad. Sin embargo, no era cierto. Hacia uno o dos minutos de estaba contemplándola detenidamente. Viendo su cabello castaño y largo, su espalda arqueada; imaginando su rostro, sus ojos, determinando el color de su piel y hasta sus expresiones más sencillas. Fueron unos instantes de una minuciosa, pero en ningún momento, morbosa contemplación. Al contrario, la observe con una ternura que raras veces brota de los ojos de un hombre ante la belleza de mujer. Y no era para menos, Alexa, con sus veinticinco años, estatura promedio, delgada y con una cintura bien definida —algo difícil de ver en estos días, por culpa esa desafortunada moda de pantalones a la cadera—, definitivamente le podía llamar la atención a cualquiera. Su rostro gozaba de un aire fresco y juvenil, pero su característica más particular eran sus ojos: brillantes, intensos, con una muy sutil prominencia, que lejos de afearlos, los convertía en un par de agujas; de esas que se clavan con una intensidad abrumadora en los ojos de quien tiene la suerte de cruzarle una mirada. Unos ojos que a la vez resultaban dormilones, cadenciosos, cargados del néctar dulce de las flores, unos ojos preciosos, que después de tantos años, por fin, terminaron cruzándose con estos: mis atribulados ojos de nómada nocturno.

—¿En qué le puedo ayudar? —me dijo, mientras se alisaba la blusa y me daba un prudente vistazo. Algo que por ética era discreto, ya que, de hacerlo detalladamente, sería una falta de respeto para con sus clientes, pero que lograba darle un enfoque panorámico como para ir sacando sus primeras conclusiones: esposo fiel, esposo infiel, soltero tímido, hijo cariñoso, y un largo y florido catálogo de posibilidades. Este era un juego que ella y Susy practicaban cada vez que un cliente nuevo ingresaba a la floristería. Con códigos secretos — perceptibles sólo entre ellas—, se adelantaban la posible personalidad e intenciones del comprador. Si se tocaban la nariz con el pulgar: marido fiel. Si se tomaban la oreja: marido infiel. Aclararse la garganta: tímido solterón (el más divertido de todos). Tocarse el cuello: hijo cariñoso. El misterioso consistía en alisarse la blusa con ambas manos. Y aunque es mañana Susy no estaba con ella, el destino tomó la iniciativa: Alexa, luego de alisarse la blusa, algo sorprendida, tapo su escote mientras acomodaba el dije de su collar entre su jóvenes y blancos pechos.

—Sí, gracias —le dije amablemente—. Vera... iba pasando por aquí y me pareció muy bonito su negocio. Tiene muchos detalles que demuestran buen gusto. No soy de Heredia, pero necesito hacer un pedido bastante particular para una persona que vive por aquí cerca, y me parece que este es el lugar indicado.

Una verdad y una mentira juntitas de la mano, pensé; pues era cierto, no soy

florense, pero ya manejaba bastante información sobre Ilusiones. Sabía que Alexa la abrió haría unos tres años, que era la única propietaria y que trabajaba con una chica algo atolondrada, pero muy simpática y que es toda una personalidad. También sabía dónde vivía, el nombre de sus padres, de su hermano menor, el de sus abuelos y hasta sabía porque se llama Alexa; el femenino de Alex, el nombre de su padre. Muy original: ponerle a la primogénita el nombre del papá o de la mamá. De hecho, mi esposa hizo la misma originalidad con mi hija mayor. Detalle que al principio no me agrado, pero que con el tiempo terminé por aceptar.

—Perfecto, señor, porque llegó al lugar indicado, —me contestó con una sonrisa cargada de orgullo y positivismo, recobrando el aplomo—. En Ilusiones nos encantan los retos. Es más, nos especializamos en superar las expectativas de las ideas que nos traen nuestros clientes; y lo mejor: siempre por el mismo precio.

—Que bien, me parece perfecto, ya que mi encargo es para alguien muy especial; alguien que definitivamente merece un plus —le dije mientras dibujaba una sonrisa con un halo de misterio.

De lo que ella no tenía la menor idea es que este sería uno de los retos más difíciles de cumplir.

—No se preocupe, señor, nada más dígame qué es lo que tiene en mente, y para qué tipo de ocasión. Así puedo empezar a darle algunas sugerencias —me dijo con voz pausada y aire profesional.

—Pues no es tan simple —le respondí, mientras frotaba mi barbilla con la mano—. Antes de darle los datos necesito saber algunas cosas sobre Ilusiones. ¿Le parece? Es información que para mí resultaría muy importante, ya que así podré formarme una idea más clara de su negocio, y también para estar seguro de que puedo confiarle este encargo, que como le dije: es muy especial y no va a ser muy fácil de cumplir.

Alexa dudo por un segundo. Se llevó la mano al mentón y luego —por un pequeño instante— probablemente pensó que le había caído un inspector de Tributación Directa o del Ministerio de Salud. ¿Quién sabe?

—No se preocupe, no soy ningún inspector de la Caja, o de Tributación Directa —le dije, al ver dibujada una duda en su rostro—. Lo que pasa es que mi pedido es muy confidencial y necesito tener la plena seguridad de que el secreto va a ser bien guardado y cumplido con recelo.

—No se preocupe, Don...

—Leonardo. Leonardo Montiel. Para servirle —le dije mientras le extendía la mano.

—Mucho gusto, Don Leonardo, mi nombre es Alexa Guerrero, soy la

propietaria de Ilusiones y estoy a sus órdenes. —respondió, mientras posaba su mano sobre la mía.

—¿Guerrero? Un apellido muy bélico para una chica tan simpática como usted —bromeé— y sobre todo para la dueña de una floristería.

—Si... definitivamente. Ponerle mi apellido al negocio no hubiera sido una buena idea. —Lo tomó a bien, dándome la impresión de tener un carácter dócil y llevadero. Claro, si trabajas atendiendo público, y eres inteligente, sabrás que el cliente siempre tiene la razón.

—De acuerdo, don Leonardo —me dijo, retomando la conversación con normalidad—. Tenga la completa seguridad de que somos una empresa muy responsable y profesional. Las indicaciones de nuestros clientes se cumplen siempre al pie de la letra. Por supuesto, mientras sean razonables y no resulten peligrosas para nosotras —aclaró.

—“Lo que pasa en la milla se queda en la milla” —le dije, esperando su reacción.

Dudó por un momento

—En efecto, Don Leonardo. “Lo que pasa en la milla se queda en la milla” —me sonrió, a la vez que mostraba un poco de sorpresa—. Va a ver qué podemos hacer “Milagros verdaderos” para nuestros clientes —agregó.

—Buen comienzo —le dije—. Veo que le gusta el cine, o la literatura.

—Sí, se puede decir que el cine es una de mis principales aficiones —me respondió sonriendo—. Y por lo que veo, también de las suyas.

—Pues sí, me gusta el cine, pero desgraciadamente voy demasiado poco. Me nutro más con los comentarios de los periódicos, que viendo las películas. Y las pocas películas que veo, para mí pesar, término viéndolas en mi casa. Lo cual, como usted sabrá, no se compara con hacerlo frente a la gran pantalla —le confesé con tristeza.

—Ah, qué lástima. Debe de ser una persona muy ocupada, supongo.

—Digamos que sí. Que es más por falta de tiempo que por otra cosa.

—Bueno, Don Leonardo, retomando su orden. ¿Qué tal si me indica que información necesita? Verá que con mucho gusto se la facilito.

—Si claro, Alexa. Para empezar, me gustaría saber: ¿cuál es su rango de distribución a domicilio? ¿Cuántos años tiene su negocio? ¿De dónde salió el nombre de la Floristería? Y... muy importante, ¿cuál es su arreglo más costoso y por ende el más lindo con que cuentan? —le ametrallé sin el menor remordimiento, sabiendo de antemano la respuesta de algunas de las preguntas (una simple nube de humo, para no causarle mayores sospechas).

—Somos una empresa relativamente nueva, don Leonardo. Tenemos tres años de establecidos —me sonrió, mientras jugueteaba con sus cabellos—.

Cubrimos un radio de cinco a seis kilómetros. Ilusiones fue una sugerencia de mi mamá, y el arreglo más costoso pude andar en unos cien mil colones, poco más o menos. Todo depende de las extras que se le pongan —me respondió sin titubear y a renglón corrido.

—Bien. Y... ¿qué pasaría si mi encargo, digamos que riñe un poquito con su ética? ¿Lo aceptaría de todos modos? —le dije, mientras me apoyaba en el mostrador y la miraba por sobre mis anteojos.

—Es una pregunta algo difícil de responder sin contar con más información, don Leonardo —me dijo con gran aplomo—, pero para serle franca: no veo por qué no; aquí recibimos todo tipo de encargos. Como le dije: mientras no se ponga en peligro la integridad física de quien hace la entrega, o comprometa el buen nombre del negocio, hacemos la entrega como lo más normal del mundo.

—No se preocupe, Alexa. Donde la voy a mandar no le van a echar los perros, y tampoco la van a sacar a balazos. ¡Espero! —le bromeé.

—Menos mal, don Leonardo, porque el objetivo de nuestro negocio es hacer gente feliz; o llevarles consuelo en los momentos difíciles, que también es algo muy importante. Además, no me gustaría quedarme sin mi compañera de trabajo —bromeó ella también.

—Bueno, Alexa, ese es uno de los primeros puntos que tenemos que aclarar. ¿Usted hace las entregas o las hace otra persona?

—No, Don Leonardo, las entregas las hace mi compañera —respondió sonriendo.

—¿Cómo se llama su compañera?

—Susy Quirós. Es una joven muy reservada, y sobre todo muy servicial —me dijo, como si se tratara, no de su empleada, sino de su hermana o una sobrina muy querida.

—Susy Q.... ¿cómo la canción? —le pregunte.

—¡Sí, sí, efectivamente! Susy todo el tiempo me habla de esa canción, pero la verdad nunca la he llegado a escuchar —respondió animada.

—No se preocupe Alexa, creo que esa canción es casi tan vieja como yo. Pero eso sí: muy, muy buena. Bueno, pero volviendo al tema. Le decía que la primera, y además la más importante de mis condiciones es que sea usted quien haga la entrega. Tiene que ser usted personalmente, Alexa —le recalqué—. Dejo a su entera discreción si en algún momento quiere contarle algo a su compañera. Aunque creo que lo va a tener que pensar bastante antes de decidirse a contárselo a alguien. Eso sí, si su amiga llega a saberlo, siempre tendrá que respetar mi indicación. Usted es la única que puede hacer la entrega. ¿Okey?

—De acuerdo, Don Leonardo. Está más que claro. Aunque no acostumbro a hacer las entregas desde hace algún tiempo, podemos hacer una excepción —

repuso—. ¿Sera que es una persona muy especial? —preguntó de seguido, con una mirada picara y juguetona.

—Sí, Alexa, definitivamente, es una persona sumamente especial. Pero no se preocupe. Va a ver que no es tan complicado —le respondí, convencido definitivamente de que iba a ser todo lo contrario, y que estaba a punto de subirla en una loca y destartalada montaña rusa. Le di muchas vueltas a este asunto y francamente no encontré una mejor opción, la cual además era perfecta. ¿Quién mejor que ella para cumplir mis deseos?

—Muy bien, Don Leonardo, entonces yo voy a ser su mensajera del amor —me dijo, guiñándome el ojo, mientras sonreía con complicidad—. Además de eso, ¿qué otras instrucciones tiene en mente? ¡Vea que ya me despertó la curiosidad!

—¡Así me gusta, Alexa! Que le entre sin miedo al asunto —la animé—. Ahora bien, la segunda condición que le tengo es que, la entrega debe ser hecha en el momento indicado, y usted, bajo ninguna circunstancia, podrá adelantar o retrasar la entrega de mi obsequio ni un solo día. Además, no podrá investigar nada sobre mi pedido, mucho menos si esto pone en peligro el efecto sorpresa que pretendo para con esa persona tan especial. Vea que se lo recalco, Alexa —le dije levantando la mano y blandiendo el dedo índice—. Esa persona no podrá tener la más mínima idea de que va a recibir un obsequio. Tiene que ser una verdadera sorpresa para ella.

—De acuerdo, don Leonardo. ¿Y específicamente de qué fecha estamos hablando? —consultó, mientras caminábamos hacia el mostrador principal de dónde sacó una agenda y un bolígrafo.

—Ese dato no se lo puedo dar ahora Alexa, pero todo está aquí adentro —le respondí, mientras ponía en el mostrador el paquete que había armado minuciosamente el viernes anterior—. Aquí está en perfecto orden todo lo que necesita saber. La fecha, la dirección y el nombre de la destinataria.

—Okey, don Leonardo. Si gusta lo abrimos y así chequeamos cada detalle. ¿Le parece?

—No hace falta, Alexa —le indique, con recelo—, va a ver que ahí está todo lo que usted necesita saber. Lo que me interesa por ahora es definir el precio del arreglo. Como usted me indica que el arreglo más caro ronda los cien mil colones, entonces vamos a necesitar hacer un ligero ajuste con el precio. Pero no se preocupe, —le dije con tono tranquilizador—, no le voy a pedir una rebaja, por el contrario; lo que necesito saber es cuando puede costar ese mismo arreglo, pero dentro de tres años, más o menos.

—¿Qué? —Repuso, quedándose con la boca abierta— ¿Eso quiere decir que la entrega va a ser dentro de tres años? —Vaciló, mientras cerraba la agenda y

me veía con ojos incrédulos—. No es una broma, ¿verdad?

—En absoluto, Alexa, por eso necesito que haga un cálculo de cuanto puede costar un arreglo de rosas rojas y amarillas, “full extras”, de aquí a tres años.

—¡Huy que difícil me la puso, don Leonardo! Con lo que suben ahora las cosas. Creo que en ese tiempo podría costar cerca del doble. La verdad es difícil —repuso acongojada.

—Vea Alexa, para que no se sienta abrumada, que tal si le dejo un dinero y dentro de dos años, o dos años y medio, la llamé y ahí vemos si hace falta hacer algún ajuste al precio. ¿Le parece?

—Por mí encantada, Don Leonardo. Pero francamente me resulta muy difícil de creer que usted me haga un encargo con tanta anticipación, y que luego me diga que dentro de dos años me va a contactar nuevamente para ajustar el precio. Por lo que deduzco, no creo que vuelva a verlo por aquí nuevamente. ¿O me equivoco? —me cuestionó, con toda razón.

—Veo que usted es una mujer muy inteligente y eso me gusta.

—Gracias, Don Leonardo, pero dígame, ¿estoy equivocada o no? —insistió.

—Francamente no lo sé Alexa. Lo único que puedo hacer para que vea que el asunto va en serio es darle esto —le respondí, mientras sacaba un sobre de la bolsa de mi pantalón y lo ponía en sus manos—. Con esto creo que podeos cerrar el trato.

Alexa abrió el sobre y contó el dinero: doscientos cincuenta mil colones — más del doble del precio actual—. Tomó el paquete, le dio una ojeada confirmando que estaba completamente cerrado y luego lo guardo junto con el dinero en una gaveta. En ese preciso momento, su rostro —por primera vez desde mi llegada—, reflejo un muy sutil aire de preocupación, el cual borró casi de inmediato con una sonrisa tímida e inconexa, pero que al percibirla me dio una fuerte estocada en pleno pecho.

—Don Leonardo, de por un hecho que todas sus indicaciones van a ser respetadas y ejecutadas al pie de la letra —dijo por fin, luego de un ligero suspiro.

Me extendió la mano y cerramos el trato. Luego —como parte de su rutina comercial—, tomó una tarjeta de presentación y me la entregó.

—Después de que abra el paquete y lea las instrucciones, algo me dice que voy a esperar con ansias su llamada, don Leonardo. Y no precisamente para ver si hay algún ajuste al precio. Delo por hecho —sonrió tratando de retomar su tono normal de voz.

—Tómelo con calma, Alexa. Es lo único que le puedo decir por ahora. Tómelo con calma. Por cierto, ¿nunca le ha dicho que tiene unos ojos muy llamativos?

—Sí, Don Leonardo, todo el tiempo. Por lo que sé, mis ojos son mi mejor atributo —me respondió, mientras pestañaba al estilo Marilyn Monroe, lo que terminó sacándome una sonrisa, que francamente agradecí.

—Bueno, Alexa, no quiero quitarle un minuto más de su valioso tiempo. Ha sido un gusto conocerla. Y también permítame felicitarla por su negocio. Es realmente encantador. —luego estreche suavemente su mano, observando sus dedos, pequeños y delgados, con las uñas pintadas con un tono rosado algo traslucido.

—Igualmente, Don Leonardo. El gusto ha sido mío. Y si de verdad decide llamar o volver por acá, sepa que será un placer atenderlo —respondió con gran cortesía.

Di media vuelta y salí lentamente del local, mientras observaba los diferentes cuadros que adornaban las paredes, los cuales, en vez de tener arreglos florales como tema principal, tenían imágenes de bebés en situaciones de los más tiernas que uno se pueda imaginar. Si Leonora los viera diría: “a cosita más linda” y haría pucheritos de mentira, pensé, mientras cruzaba el umbral. Claro, en el momento en que llegué a mi vehículo, y lo encontré con una boleta de infracción en el parabrisas, me acordaría de la frase némesis de “a cosita más linda”, que espeta Leonora cuando las cosas no le salen del todo bien; y que para mi pesar, es su propia versión de una frase que escucha muy a menudo en la casa; específicamente cuando Laura y yo tenemos alguna de nuestras fuertes discusiones (algo que también para mi pesar, es demasiado frecuente). “Es una frase muy inapropiada para una señorita”, le digo, regañándola, “no soy yo papi, lo que sucede es que en esta casa hay eco”, responde ella con vivacidad, recriminándonos. Al final de cuentas, no me queda más remedio que reconocer que esa expresión se ajusta justo como anillo al dedo ante los momentos frustrantes, patéticos, insulsos y agobiantes que nos tocaba vivir muy de vez en cuando en nuestra casa. ¡Qué caca!, la versión de Leonora; ¡Qué mierda!, la de Laura (y, desgraciada y vergonzosamente, cada vez con mayor frecuencia, también la mía).

Bueno, pero dejando de lado ese momento desagradable y volviendo de nuevo a al negocio de Alexa, tengo que admitir que Ilusiones era un lugar encantador. Decorado con un gusto y una delicadeza tal, que parecía sacado de una de esas revistas de decoración de interiores que venden en los supermercados. Desde afuera —en su fachada— se notaba el gusto innato que sólo tienen los diseñadores, decoradores, y desde luego, los floristas. Es un don del cual muchos estamos definitivamente privados. Laura y yo, por ejemplo: que nunca tuvimos gusto ni para decorar un arbolito de navidad, mucho menos para decorar un local comercial con tanta delicadeza, como el de Alexa Guerrero.

Sólo la parte de afuera parecía un local de esos que ve uno en las revistas. Los marcos de las ventanas eran rojos, las paredes exteriores tenían enchapes rústicos y jardineras con hermosas flores de colores. A los lados de la puerta principal había dos faroles también de color rojo y sobre la puerta un rotulo con la palabra “Ilusiones” en letras rústicas. Lo primero que uno atravesaba era una especie de estancia, parecida a las que se usa en los países donde cae nieve para evitar que el frío penetre a su interior. Ya adentro, el local —que no era muy ancho, pero sí muy largo—, lo tomaba a uno de la nariz y le empezaba meter por las fosas nasales los más sutiles y deliciosos aromas florales que uno se pueda imaginar; los cuales además se confundían con el olor de los chocolates y los caramelos. Sin verse o sentirse sobrecargado, tenía urnas con tarjetas de regalo, adornos, globos, un estante con muñequitos de cerámica con rótulos de esos que tienen frases románticas. Al final, después de subir unos escalones se encontraba una pequeña barra con cientos de chocolates y caramelos. Pero definitivamente, en Ilusiones, su mejor detalle eran esos cuadros con bebés de todas las razas; felices, jugando con sus piecitos, unos con flores en sus manitas, otros con peluches o cachorritos. Estos cuadros encantadores, igual que los arreglos florales, estaban cuidadosamente repartidos por todos los rincones del local.

Como todavía era temprano, y como solamente había tomado medio día de vacaciones, aproveche para subir hasta uno de mis lugares preferidos: El Monte de la Cruz, en San Rafael de Heredia. Pase frente a El Castillo, La Condesa y por último llegue hasta la entrada de El Tirol. Ahí me baje del carro para sentir el aire frío —típico de esas zonas altas— penetrando en mis pulmones. Estuve varios minutos observando los cipreses que se mecían con el viento y regalaban la melodía inconfundible de las altas montañas. Después de disfrutar un rato de ese ambiente, un tímido chubasco me obligó a ingresar de nuevo a mi vehículo. “Este lugar es una obra de arte”, me dije en voz alta, mientras mi corazón, trémulo de emoción, se preparaba para lo que habría de venir.

Por su parte, Alexa ese día pasó el resto de la mañana tan ocupada que no tuvo tiempo de revisar el contenido de mi misterioso encargo. Contrario a la primera hora, los clientes no pararon de llegar y aunque tenía unas ganas incontenibles de abrirlo, no fue sino hasta el mediodía en que pudo cerrar el negocio para tomarse su hora de almuerzo. Después de echarle llave a la puerta lo sacó de la gaveta y se fue hasta el fondo del local; subiendo con ansiedad los escalones que llevaban a la barra de los dulces y chocolates. En esta parte de la floristería estaba ubicado un pequeño mostrador, junto a los papeles y lazos de regalo, que ella y Susy usaba para envolver los obsequios. Sacó un cúter de una gaveta y cuidadosamente cortó las cintas adhesivas que protegían su contenido. Ya abierto: encontró la primera de mis sorpresas: un sobre tamaño carta, cerrado

y con un número 1 rotulado en la parte superior derecha, junto al sobre había una pequeña cajita, también perfectamente cerrada y con un número 2-1 rotulado también en la parte superior derecha (ya lo dije: soy medio obsesivo con los detalles); pegado a esta cajita había un sobre con lo que adivinó, era una tarjeta y que tenía rotulado el número 2-2. Junto a esa pequeña cajita y el sobre, había otra un poco más grande con el número 3 y, para terminar, en el fondo, un sobre manila, tamaño oficio, con el número 4. Para su sorpresa este último sobre decía “Para ti, Alexa”; detalle que evidentemente la dejó impactada.

Para Alexa resulto algo surrealista ver todo el orden que traía mi paquete en su interior. De pronto se sintió como si fuese Alicia en el país de las maravillas, y con temor, imaginó que en alguno de esos bultitos iba a encontrar una poción o una galletita para hacerse grande o hacerse chiquita. El corazón le latía cada vez con mayor intensidad, al punto que sentía que iba a saltar de su pecho y terminaría dando tumbos en el suelo. Respiró profundo y pasó el cúter para abrir el sobre rotulado con el número 1. En su interior encontró varias hojas dobladas en tres. Después de haber visto la leyenda que yo le había puesto al cuarto sobre, no le sorprendió demasiado que iniciara con: “Querida Alexa:” Sus ojos — ansiosos y sobresaltados— empezaron a deslizarse sobre las primeras palabras, sobre las primeras oraciones, y finalmente sobre los primeros párrafos.

—¡Dios mío! ¿Qué es esto? ¡No lo puedo creer!, —balbuceo mi querida Alexa horrorizada— mientras que las blancas hojas se fueron deslizando lentamente de sus manos, y —como en cámara lenta— se depositaron inertes, en el limpio terrazo de Ilusiones, su pequeño y muy querido, “jardín con enanitos”.

2. La Ninfa y el Minotauro

Llegué a mi trabajo antes del medio día; esto me permitió ir al comedor, disfrutar de mi hora de almuerzo y ver las noticias en la televisión —aunque la mayoría son deprimentes al fin de cuentas resultan ser mi segundo oasis del día—. Luego, ya en mi oficina, varios documentos estaban esperándome apilados sobre el escritorio. Encendí la computadora y procedí a revisar los saldos de los bancos y los correos electrónicos que llegaron durante las primeras horas de la mañana. Luego de imprimir y leer algunos documentos, empecé a revisar algunos registros contables que había montado el viernes anterior José Mora, mi remplazo en la compañía; un joven con poco tiempo de graduado que tenía apenas tres años de experiencia y que la verdad, tenía más pinta de geólogo del Instituto Costarricense de Electricidad que de contador privado, sin embargo —y lo tengo que reconocer—, era una esponja a la hora de recibir la inducción; todo lo captaba a la primera y estaba muy bien preparado en el área informática. Mientras hacía esto, pensaba en que, gracias a Dios, la visita a la floristería de Alexa había resultado menos complicada de lo que me había imaginado durante estas últimas semanas.

—Buenas tardes, Leo. ¿Cómo le fue en migración? ¿Ya le entregaron el nuevo pasaporte? —escuché de pronto, dando un salto en mi silla.

Era don Hernán Campos, con su voz ronca y firme, pero siempre amable.

—Sí, Don Hernán, ya me lo entregaron —mentí, mientras separaba mis ojos del monitor y les regalaba a ambos, a él y a José Mora una amplia sonrisa.

—Pues que bien, me alegro por usted, Leo. Por cierto, ¿ya le llegó el código de confirmación de su vuelo? Yo lo deje aprobado el viernes en la noche, antes de irme para la casa —me indicó, señalando el monitor, mientras ponía su mano izquierda sobre mi hombro.

—Sí, Don Hernán. Está todo bien: San José—Bogotá—Bogotá—Madrid, saliendo el sábado por la tarde. Lo acabo de ver ahora que estaba revisando mis correos (mentiras, lo había leído el mismo viernes por la noche). Muchas gracias por todo. En verdad agradezco su ayuda —le dije, mientras limpiaba mis anteojos con un pañuelo.

—Que dichoso, Don Leonardo, irse a trabajar a España —interrumpió, José

Mora, mientras observaba con interés la fotografía de su nuevo gafete.

—Sí... es una buena oportunidad. Realmente no la podía dejar pasar —respondí.

—Sí. Leo, es una buena oportunidad, pero si a mí, cuando tenía cuarenta y ocho años, me hubieran propuesto un trabajo en el extranjero, creo que no lo hubiera aceptado —interrumpió don Hernán—. ¡Qué va!, es mucho el riesgo. Ahora que estoy a tres años de pensionarme, no lo hago ni aunque me ofrezcan la silla de la corona —bromeó, mientras sujetaba el respaldo de mi silla y lo movía jugueteando de un lado al otro.

—¿Y su familia cuándo se va? —hurgó por su parte, José Mora.

—Pues yo espero que en unos dos o tres meses —le indiqué—. Todo depende de cómo me acomode con lo del departamento. Además, mi esposa tiene que esperar a que mis hijas lleguen por lo menos a vacaciones de medio año —continué, mientras me sostenía la nariz firmemente. No fuera que le sacara un ojo a mi joven remplazo (ya he dicho tantas mentiras sobre mi renuncia, que me es difícil seguir sosteniéndolas).

—Sí, es cierto, Don Leonardo, usted ya me lo había comentado —dijo el joven contador, mientras colocaba su asiento junto a mi escritorio tomando su bolígrafo y la libreta.

Después de discutir algunos puntos sobre la capacitación de José, don Hernán se fue y —para mi disgusto— mi nuevo trabajo en España siguió siendo el tema de conversación por el resto de la tarde.

Efectivamente, ya todo estaba listo para mi viaje a España. El pasaporte lo tenía listo desde hacía varios meses, el carro ya lo tenía negociado y lo tenía que entregar el sábado por la mañana. En cuanto al terreno en Alajuela —que había comprado cuando estaba soltero—, lo había vendido un mes atrás y una parte del dinero lo tenía depositado en mi cuenta bancaria, mientras que la otra estaba en una cuenta a nombre de mis dos hijas. Por dicha, Eduardo ya tenía todo listo y me iba a esperar en el aeropuerto de Barajas. Eduardo, mí apreciado amigo de toda la vida, él era la única persona que sabía los pormenores de mi desquiciado plan, aunque no todos (eso aun sabiendo que él es experto en cuanto a decisiones alocadas se refiere). Al final de cuentas se puede decir que no hubo un solo motivo, sino muchos y muy variados. Sin embargo, es definitivo que una serie de hechos tuvieron un peso contundente para inclinar la balanza.

Después de las cinco de la tarde, José Mora, se marchó y entonces tuve tiempo para empezar a recoger cada una de mis pertenencias. No quería llegar al viernes, y, por hacerlo de prisa, dejar olvidada alguna de ellas. En todo caso, como no podía llevármelas para mi casa, el plan era ir a dejarlas a la casa de mis papás. Algo que para ellos no resultaría del todo extraño, puesto que en una

bodeguita que tenían en el límite del patio, yo guardaba un baúl con algunas de mis pertenencias de soltero. Cosas que dejé convenientemente ahí, al resguardo de mis padres, e iba a limpiar y ordenar por lo menos una vez al año. A raíz de esa costumbre, mis padres siempre me bromeaban diciendo que esa era mi pequeña capsula del tiempo, el lugar en donde ocultaba mis más preciados tesoros. Y realmente así era; no estaban equivocados.

Lo primero que retire de mi escritorio fue la fotografía familiar, la cual había sido tomada el diciembre pasado, cuando Laura y yo cumplimos veinte años de casados. Al guardarla, no pude evitar sentir una gran nostalgia, sobre todo recordando nuestro corto noviazgo y los primeros años de matrimonio. En esos días creíamos que nuestro amor era indestructible y que lo íbamos a conservar así por siempre. ¡Por Dios, qué equivocados estábamos!

Laura y yo nos conocimos cuando ella tenía veinticinco años. Ella estaba concluyendo sus estudios de medicina, cursaba lo que llaman internado, mientras que yo, por mi parte, tenía veintiocho años y trabajaba como auxiliar de contabilidad en una empresa constructora. Tengo que admitir que en un principio su apariencia no me resulto muy atractiva que digamos; esto porque siempre andaba con uniformes de hospital —pantalón holgado y blusa con cuello en uve, además de unos zapatos suecos que estaban de moda en esa época—; sus ojos color miel, rara vez se veían favorecidos por un delineador, y su tez: blanca como la nieve, ignoraba por completo el significado de las palabras: base, sombra o colorete. Dentro de su bolso —grande por lo general, pues siempre cargaba gruesos libros de medicina y sus cuadernos de estudio— el único y solitario instrumento de vanidad era un lápiz labial de tono rosado intenso. Eso sí, tengo que admitirlo, cuando sacaba un poco de tiempo para ponerse guapa, el resultado era bastante impresionante, —por no decir que espectacular—; desgraciadamente eso sucedía en contadas ocasiones; como cuando empezamos a salir o como cuando, ya casados, íbamos a alguna fiesta en navidad, de cumpleaños o alguna boda.

En cuanto a su familia, era gente de clase alta. Vivían en Curridabat, igual que la mía, pero en Lomas de Ayarco, mientras que nosotros vivíamos en el centro del cantón, donde estaba asentada la clase media. Su papá era el muy reconocido y respetado, medico proctólogo: Rodrigo Montoya del Valle, cuyos padres eran españoles radicados en Costa Rica, resultando él un criollo moderno. Físicamente se podría describir como un viejo alto y flaco con cara larga y apergaminada, quien, aparte de poseer un carácter endemoniado, fumaba como un desquiciado, bebía whisky como marino inglés y además tenía una exagerada visión empresarial de la medicina, al punto de haber construido un pequeño emporio de Clínicas privadas, las cuales —gracias también al apoyo de sus hijas

—, estaban ya establecidas en varias provincias del país. Por su parte, doña Marielos Guillen, la mamá de Laura era la típica persona que, después de salir de una cuna, más que humilde, olvido por completo sus raíces y se convirtió en un monumento a la frivolidad y la pedantería.

Mí “querida suegra” —también de elevada estatura, como el doctor Montoya, pero de tez trigueña y ningún vicio aparente—, logro su estatus de dama de sociedad, gracias a unos cursos de mecanografía que llevo después de sacar la primaria; estos le permitieron trabajar —por aquellas épocas que era más fácil— como secretaria de varios doctores que atendían en una pequeña clínica en los alrededores del Hospital Calderón Guardia. Fue ahí, donde años después, la llegaría a conocer mi “querido suegro”, quien no lo dudo mucho y en cuestión de ocho meses ya la había convertido en la flamante y respetable esposa del ilustre y reconocido doctor, Montoya del Valle.

Del matrimonio Montoya Guillen brotaron tres retoños: Laura era la hija menor, le seguía, —hacía arriba—: Elena, de treinta años; una flaca y anoréxica médico anestesista, cuya principal virtud era hacerle el más alto honor a su profesión, pues su insípida personalidad era un total somnífero para cualquier posible pretendiente. Y, por último, pero no menos hilarante, estaba Virginia con treinta y cinco años, quien en un principio quiso seguir los pasos de su padre en la rama de la medicina proctológica, pero que al final de cuentas desvió un poco el camino y termino estudiando microbiología.

Aunque físicamente las tres hermanas eran algo diferentes —siendo Laura la más agraciada, aunque también la más baja de estatura, pues toda la familia era bastante alta—, había algo en lo cual coincidían a la perfección: las dos hermanas mayores tenían un temor patológico a terminar solteras, y Laura —aunque un poco menos, por ser la más joven y más bonita— ya había empezado a desarrollar la misma grave enfermedad.

Como se puede deducir, mi relación con la familia de Laura distaba mucho de ser buena; por el contrario, era una verdadera pesadilla tratar con ellos, pero como dice el dicho: cuando la piedra esta para el perro, ni metiéndose al cafetal. Laura y yo estábamos destinados a convertirnos en marido y mujer.

Como lo dije antes: la primera vez que la vi no me causo ningún tipo de reacción. Ese día yo estaba trabajado en mi oficina y ella llegó a dejarle unos planos al ingeniero Carlos Hernández, quien era el profesional a cargo de la construcción de una de las clínicas de su familia. La estaban construyendo en la Florida de Tibás, cerca el estadio Ricardo Saprissa. Ella pasó frente a mi puerta a toda carrera y ni siquiera volteo a verme; yo la vi pasar y seguí en lo mío (elaborando la nómina). Días después llegó nuevamente y sucedió exactamente lo mismo: pasó frente a mi puerta: ella no me vio, yo la vi pasar y, sin más ni

más, seguí en lo mío (conciliando bancos). ¡Ah que felices éramos en esa época! (cuando no nos conocíamos). Pero ese mismo día, algo llamado destino, cambiaría el rumbo de las cosas (el destino es así de cabrón, qué le vamos a hacer). Cuando Laura salió del edificio se percató que su vehículo tenía una llanta desinflada, y que, para peores, estaba a punto de empezar a llover. Se devolvió al edificio a ver si encontraba un buen samaritano que le ayudara — como si ella fuera tomar parte en el asunto— a cambiar la bendita llanta. Pasó frene a mi oficina y ahí sí... ahí si me vio.

—Ay muchacho, que pena... ¿usted sería tan amable de ayudarme? —me dijo, mientras estrujaba un puño de planos contra su pecho—. No ve que a mi carro se le estalló una llanta.

Yo me levanté, y como todo un caballero, le dije que sí, que claro, que no faltaba más, que para eso estábamos; que me permitiera ayudarla con los planos y que saliéramos al parqueo para solucionarle su pequeño inconveniente. Y en efecto, veinte minutos después: todo sudado y mojado hasta el tuétano por el torrencial aguacero que caía a cantaros, terminé de cambiarle la llanta a su vehículo. Ella —después de agradecérmelo como cincuenta mil veces— me prometió que vendría a dejarme un detallito la próxima semana. Y en efecto: un delicioso tres leches estaba sobre mi escritorio a la semana siguiente. Así, cada vez que Laura tenía que venir a tratar con el ingeniero asuntos relacionados con la construcción de la clínica, aprovechaba para traerme algún meloso y azucarado obsequio. Hablábamos un poco sobre el clima o sobre la clínica en construcción y luego se marchaba. Ahora, después de tanto tiempo, siento un poco de pena, porque pensándolo bien, ese pequeño incidente con la llanta de su vehículo fue un buen comienzo para nuestra relación. ¡Qué triste!

Pasados unos meses la construcción de la clínica llegó a su final y — desgraciadamente para mí—, Laura ya no tenía ningún pretexto para visitarme. Pasaron dos semanas y fue ahí cuando empecé a darme cuenta de que la doctora Montoya había tocado alguna fibra en el lado oscuro del corazón de este humilde y obsesionado auxiliar de contabilidad. Para mí grata sorpresa muchas veces paralizaba mis labores y me quedaba con la vista perdida frente al monitor, por estar pensando en Laura Montoya, lo cual, para mí, tengo que confesarlo, resultó ser una muy grata novedad, ya que era plenamente consciente de mi problema para entablar nuevas y duraderas relaciones. También tengo que admitir que mientras duró el proyecto de la clínica, tuve la intención de invitarla a salir, pero no creí conveniente involucrarme con una de las clientas de la compañía. Además, sabiendo que ella era doctora y yo un humilde auxiliar de contabilidad, sería difícil entablar una relación duradera. ¡Profeta el jovencito!

Un viernes en la mañana, mientras escuchaba “Obsesión” de Miguel Mateos,

en la casetera de mi radio, sonó el teléfono.

—Buenos días, Contabilidad —contesté, en forma rutinaria.

—¿Leo?

—Sí, con el habla —respondí.

—Soy Laura Montoya ¿Cómo le va?

—¡Ah, Laura!, ¡que sorpresa tan agradable! ¿Cómo me le va? —le dije, realmente sorprendido.

—Todo bien, gracias a Dios. Aquí: extrañando pasar por su oficina. Ya se me había hecho costumbre —me dijo justificándose—, y sobre todo pasar a saludarlo y llevarle algún cariñito —realcó.

—Muchas gracias, Laura. Usted también hace falta por acá —le dije, ya sin la menor duda de que era cierto.

—¡Qué dicha! Es bueno saber que uno les hace falta a los amigos. ¿Verdad? —preguntó ansiosa.

—Sí, definitivamente. Y dígame, Laura: ¿en qué le puedo ayudar?

—Bueno, Leo...lo llamaba porque hoy en la noche, un grupo de amigos y yo vamos a ir a un concierto en San Pedro; por lo de la semana universitaria... y... pensé que tal vez a usted le gustaría acompañarnos —me propuso con algo vergüenza.

Titubeé un segundo y luego le dije:

—¡Claro me encantaría!

—¡Perfecto! —respondió aliviada—. Entonces, ¿qué le parece si nos vemos frene a la iglesia de San Pedro a las ocho en punto?

—Está bien, Laura. En eso quedamos. A las ocho en punto, en la iglesia de San Pedro.

Colgué el teléfono y seguí en lo mío (Arqueando la caja; y pensando en Laura Montoya). Ya era hora de pensar en otra persona. ¡Qué bueno!

En Costa Ricas a principios de los noventas, si uno tenía una cita, lo normal era llegar al lugar indicado esperando que la otra persona ya estuviera ahí; o en caso contrario: llegar y esperar a que la otra persona se presentara; no como es ahora, que no has llegado al lugar y ya estas llamando por tu celular para decir que ya vas a llegar, que vas retrasado, que estas a cien metros o que ya estás ahí... sí, sí, ahí, ahí mismo. Y si no llamas, rapidito recibes una llamada o un mensaje para ver por dónde vienes y el porqué de tu retraso. ¡Qué va!, en esa época si uno era puntual, no le quedaba más remedio que esperar; y si la chica usaba la hora tica para asistir a sus citas, la espera iba de treinta minutos a hora y media (no exagero es la pura verdad. Así era y son las cosas en Costa Rica). A mí, ese viernes, me tocó esperar frene a la iglesia de San Pedro cincuenta minutos. Al final, cuando ya estaba casi resignado a que Laura no iba a llegar, su

carro apareció frente a la iglesia. Para esa ahora, yo, cual pétrea gárgola, estaba acucillado junto a una columna con los codos sobre las rodillas y las manos sosteniéndome la mandíbula. Al verla llegar, me incorporé apresurado y ordené un poco las faldas de mi camisa, mientras bajaba las gradas a toda prisa. Cuando subí al carro, ¡lo juro!, no la reconocí, al punto de que casi me bajo de nuevo, pensando que me había equivocado de vehículo. Venía totalmente transformada, era otra persona. Su cabello suelto bien arreglado, sus orejas con aretes (hoy en día eso no es una redundancia), sus manos con pulseras, una blusa vaquera de esas de cuadros, unos jeans de mezclilla y unos botines negros; se veía fabulosa, como no me imaginé nunca que pudiera verse. Me saludó con un beso en la mejilla —lo que no era habitual en los meses que teníamos de conocernos— y sentí en ese momento un riquísimo olor a perfume, tan delicioso que me terminó de enganchar. Un poco nerviosa, justificó su retraso por unos asuntos familiares que no detalló; luego sin más ni más, nos dirigimos a la ciudad universitaria. El concierto al que íbamos estaba instalado en el parqueo de la Facultad de Microbiología y el grupo que mataba el chivo era Marfil. Cuando llegamos, de inmediato nos metimos en el tumulto para buscar a sus compañeros, que por dicha no tardamos mucho en encontrar. La verdad es que, con la música y el barullo, fueron muy pocas las palabras que pudimos cruzar con ellos. Ya estando ahí, Laura me tomó del brazo y ya no me lo soltó por el resto de la noche. Como era la costumbre en esa época, por todas partes había chinamos con ventas de cerveza y gaseosas, por lo que, al poco tiempo, tanto Laura como yo, ya nos habíamos tomados tres cervezas cada uno. Esa cantidad de alcohol —para mi resistencia y también para la de Laura— era una buena dosis para alegrarnos y desinhibirnos bastante más de la cuenta. Ya para las once de la noche estábamos frente a la tarima bailando, saltando y pegando brincos desenfrenados. La noche iba perfecta y yo, un poco más relajado: entre más la veía, más atraído me sentía por ella (estaba de comérsela). Ella por su parte se portó jovial y cariñosa en exceso; me hacía movimientos cadenciosos al ritmo del reggae, mientras sus ojos brillaban alegres por los hechizos del dios vaco (los míos, imagino que no andaban muy lejos). Para esa hora, yo, llamado por la naturaleza —o más bien por el exceso de cerveza—, ya había ido dos veces a buscar alivio detrás de un gran árbol en un bosquecillo cercano; eso porque los baños de microbiología no daban abasto debido a la gran cantidad de gente. Cuando venía regresando de mi segunda visita al orinal ecológico, Laura me dijo que ella también estaba que se reventaba y que no se podía aguantar a hacer fila en los baños de la facultad; me pidió que por favor la acompañara al bosquecito; así: mientras yo vigilaba, ella podría buscar un lugar discreto para poder evacuar su torturada y saturada vejiga. Yo la tomé de la mano y me la llevé hasta que salimos del tumulto. Nos

adentramos en el pequeño bosque y después de caminar un poco, logramos por fin encontrar el lugar indicado. Los arbustos median como un metro de altura y además había muchos árboles de gran tamaño, así que me pidió que me volteara y ahí, cerquita mío, empezó a sonar lentamente el chorrito. Mientras lo hacía me dijo juguetona: “Leito: ¡Cuidado te das vuelta, mira que aquí está muy solito! No se te vaya a ocurrir algo pecaminoso.” Yo le dije: “ganas no me faltan, pero no te preocupes, Laura: yo soy todo un caballero”, y en efecto, no hice ni el más mínimo intento de voltearme a verla, a pesar de que definitivamente me moría de ganas por hacerlo.

Después de que Laura arreglo su ropa, me tomó del hombro y me dio media vuelta.

—Aaaah, qué alivio, me estaba reventando —me dijo, mientras entrelazaba sus brazos tras mi cuello y me enredaba con una sonrisa ética y provocativa. En ese momento sentí un cosquilleo en el estómago, puse mis manos en su cintura y la jale suavemente hacia mí; levante mis manos recorriendo su espalda, estrechándola hasta pegar a mi pecho sus senos tibios y suaves, sintiendo el vaivén excitado de su respiración. Ella: quieta y sumisa, se abandonó cerrando lentamente los ojos... nos besamos muy, muy despacito, sin límites... sin prisa.

Era una noche blanca y tibia, el ruido de la música y de la multitud se escuchaban lejanos, ajenos, casi como un murmullo. Estábamos lo bastante lejos como para no ser vistos; caminamos unos pocos pasos llegando al pie de un viejo higuerón y con la complicidad de unos arbustos, nos recostamos sobre el césped. La bese con pasión; ella me correspondió estrechándome con fuerza contra sus pechos. Nuestras manos se convirtieron en pequeños duendes que, traviosos, como en un juego de amor y de lujuria: desprendían nuestras ropas y las tiraban lejos. Estando sobre ella, ya completamente desnudos, su pierna derecha rodeo las mías y se anclo en medio de ellas. Yo —frenético— tome sus muslos y me aferre a sus deliciosas caderas. Ahí: en medio de la noche, nos amamos de una manera franca, sin máscaras... sin pudor... sin miedo.

La música paro como a la una y media. Laura y yo estábamos aún desnudos; sólo nos habíamos cubierto las piernas con un poco de ropa; ella estaba reclinada sobre mi pecho y me hacía circulitos con su dedo índice; yo, por mi parte, observaba la luna a través de las copas de los árboles y me sentía ligeramente aletargado. En ese momento —callados—, Laura se preguntaba si yo era realmente el ansiado príncipe azul que andaba buscando: no quería que fuera un sapo más de los que ya había tenido que besar en estos, sus años de universitaria; años en los que llego su retrasado e insípido primer amor, al cual ella entregó todo lo que tenía, y del cual, recibió a cambio: absolutamente nada. Rezaba porque esta vez fuera diferente; que este joven contador fuera el soñado y

ansiado “gran amor de su vida”; a la vez que pedía eso, también se hacía el firme propósito de luchar con todas sus fuerzas y hacer todo lo necesario para lograrlo. Yo, por el contrario, me sentía inquieto de una forma diferente. La noche hasta el momento era perfecta: una mujer hermosa y delicada, sexo furtivo en medio del bosque, ¿qué más podía pedir? Pero... y después... ¿qué pasaría después? ¿Cómo podría ser nuestra relación fuera de ahí? Allá, en la vida real, donde yo era un auxiliar de contabilidad y ella era una doctora casi graduada que provenía de una familia de médicos y que vivía una vida muy diferente a la mía. Luego de un rato, dejando de lado mis pensamientos, le di un beso cariñoso y le dije ya era tarde, que teníamos de regresar al parqueo. Los dos empezamos a recoger nuestra ropa, alguna de la cual había quedado bastante lejos de nuestro improvisado nido de amor. Laura, desnuda, corría de un lado al otro como una hermosa ninfa, recolectando medias, zapatos, pantalones, su blúmer y demás cosas; yo, por mi parte, antes de empezar a buscar mis cosas, me quede sentado un rato, saboreado su desnudes, la cual era bañada tiernamente por los rayos de la luna. Al final, con la ropa toda arrugada y los cabellos llenos de zacate, regresamos tomados de la mano al parqueo de la Facultad de Microbiología. Ella insistió en ir a dejarme hasta mi casa, pero yo le dije que no, que, al contrario, que fuésemos a su casa y que de ahí yo tomaba un taxi o caminaba hasta la mía, al final de cuentas no quedaba tan lejos de la de ella. Y así lo hicimos.

Una cuadra antes de llegar a la urbanización donde quedaba su casa, detuvo el carro y apagó el motor.

—Leo, quiero decirte algo —me dijo con un tono serio—. Lo que pasó esta noche fue increíble, me encantó, pero... la verdad no era mi intención que llegáramos tan lejos en nuestra primera cita. Me preocupa que pienses que yo soy una zorra o una cualquiera.

—Tranquila, Laura. No tienes por qué decirme eso. Entiendo perfectamente a lo que te refieres, pero no es así. Creo que los dos, desde hace ya varias semanas, hemos venido sintiendo algo importante el uno por el otro —le dije, completamente convencido de ello.

—¿De verdad? ¿O lo dices sólo para que no me sienta mal? —me replicó con desconfianza.

Yo tomé mi billetera y de uno de sus compartimentos saqué una tarjeta de presentación, ofreciéndosela sin decir nada. Ella la tomó y apenas la vio, sonrió y luego se me abalanzó dándome un fuerte abrazo, al tiempo que —emocionada — me encajaba besos a diestra y siniestra y me decía que “que dicha” que “qué alegría” que “qué detalle”, que “que vivillo”.

—Se la pedí al ingeniero hace como quince días, con el pretexto de pedirte una información sobre el finiquito del contrato de la clínica. Lo que pasa es que

no había tenido el valor de llamarte —le dije, con un poco de vergüenza.

—¡No sabes lo feliz que me hace que me digas eso, Leo! Esto significa que tú también has estado pensando en mí. Que has estado deseando estar conmigo, ¡mi amor! —exclamó por primera vez.

El sábado y el domingo no nos pudimos ver. Laura tenía unos compromisos familiares que no podía cancelar y que según me dijo tenían que ver con la despedida de una tía paterna que vivía en Boston; su familia quería hacerle un agasajo en un club privado en Puntarenas, por lo que habían planeado irse el sábado por la mañana y regresar el domingo; además, ella, junto con su papá, tendrían que ir el lunes por la mañana a dejarla al aeropuerto. Yo, por el contrario, no tenía nada planeado para ese fin de semana, por lo que pase bastante inquieto esos días; no paraba de pensar en lo que sería de nuestra relación y —porque negarlo— recordando emocionado hasta el último detalle de esa: nuestra primera gran cita.

Los siguientes meses pasó lo inevitable. Si empiezas con sexo, ya no vas a poder dejarlo de lado. Y así fue como la doctora Montoya me prescribió la receta infalible para obtener una declaración de matrimonio en forma pronta y oportuna: sexo una vez entre semana (preferiblemente a medio día) y dos veces el fin de semana. Si a los seis meses no hay propuesta de matrimonio: “duplique la dosis”. Y en efecto: A los seis meses exactos yo ya estaba comprando el anillo de compromiso y planeando una noche romántica en el Ram Luna, un mirador carretera a Tarbaca. Ahí —a la luz de las velas y con las luces de San José como testigo— pretendía proponerle a Laura Montoya, rodilla en tierra, que fuese mi amada y querida esposa.

Ni asomo de lo que realmente sucedió.

Todo lo tenía cuidadosamente planeado. Compré el anillo de compromiso en la joyería Müller, en la avenida central. La cena estaba reservada para las ocho de la noche —como en nuestra primera cita— y la música romántica estaría a cargo de un trío que se presentaba los fines de semana en el restaurante del mirador. Mi amiga Dunia Valverde —una ex compañera de cuando estudiaba contabilidad, que vivía en Acosta— fue mi cómplice. Ella se encargaría de pasar al mirador para dejar unas flores y dar algunas instrucciones a los camareros sobre lo que sería nuestra cena romántica. Como es lógico, Laura sólo sabía lo referente a la celebración de los seis meses de noviazgo; la música, las flores y el anillo era la gran sorpresa de la noche.

A las once de la mañana me disponía a llamarla al hospital para confirmar la hora y el lugar en donde nos veríamos. Tome el teléfono y me pasó algo que muy rara vez pasa: cuando coloque el teléfono en mi oído, en lugar de escuchar el tono oí: “¿Halo? ¿Halo? ¿Mi amor, eres vos?”

—Sí, mi amor, soy yo. Qué casualidad, en este preciso momento estaba levantando el teléfono para llamarte —le conteste, sorprendido.

—Que dicha, mi amor. Eso quiere decir que estamos sincronizados. ¿Para qué me llamabas?

—No, solamente para ponernos de acuerdo con lo de hoy en la noche ¿y vos, para que me llamabas? —le pregunté.

—Mi amor, no ves que bueno; tengo el resto del día libre y se me ocurrió que podemos tomar tu hora de almuerzo para ir a hacer cositas ¿qué te parece? ¿Sí? ¿Paso por ti, como siempre? —me insistió con dulzura.

—Mm... bueno creo que podría ser —le dije haciéndome el rogado. ¡Pero tienes que ser puntual!

—Sí, mi amor. A las doce en punto paso por ti. Chao. Te amo.

—Está bien, mi amor. Te espero —le dije, mientras guardaba la cajita con el anillo en la bolsa de mi pantalón.

Como ya era una costumbre en nuestra relación, algunos días entre semana tomábamos mis dos horas de almuerzo para ir a alguno de los moteles de San Francisco; estos quedaban a poca distancia de mi trabajo, por lo que podíamos pasárnosla cerca de hora y media juntos. Ya los conocíamos todos: Las Fuentes del Paraíso, La Floresta, Camino al cielo, etc. Ese día fuimos a nuestro preferido: Las Fuentes del Paraíso, un motel con exuberantes jardines y fuentes de aguas cristalinas, en dónde el tema central era el erotismo; entre los jardines habían distribuidos falos de todos tamaños, muros llorones con senos de piedra también con todas las formas y tamaños imaginables, entre los cuales corría el agua, y que por las noches era hermosamente iluminados con luces de todos colores; las habitaciones, por su parte, también contaban con temas eróticos.

Ese día, no habíamos terminado de cerrar la puerta de la habitación y ya estábamos arrancándonos la ropa y comiéndonos a besos. Para cuando llegamos a la orilla de la cama estábamos completamente desnudos y nos besábamos sin tregua.

—Te amo, te amo, mi amor, te amo —le susurre al oído mientras besaba su cuello.

—Yo también te amo... ¡flaco rico!

—Te voy a comer... vas a ver. Te voy a...

—Ssssh, no hagas ruido —me dijo de repente.

—¿Qué pasa, mi amor? ¿Qué tienes? —pregunte intrigado.

—Ssssh, ¿no oyes? —me dijo en voz baja.

—¿No oigo qué? —le pregunte aún más confundido.

—Silencio... Ven acércate —me dijo de nuevo, y se subió a la cama donde, gateando, llegó hasta la cabecera. Ahí pego su oído contra la pared y se quedó

quieta. Me pareció muy cómico verla desnuda y a gatas sobre la cama y con la cabeza pegada contra la pared, pero la curiosidad pudo más, y opte por hacer lo mismo. Entre a la cama y ya junto a ella pegué mi oído contra la pared; en ese momento empecé a escuchar unos quejidos que provenían de la habitación contigua. Supongo que las paredes tenían un buen aislante, porque yo apenas los percibía (realmente no sé cómo Laura pudo escucharlos a tanta distancia). Al rato los ruidos fueron cada vez más fuertes y empezamos a oír que la tipa le pedía, desesperada, algo a su pareja (no tengo idea que era, pero lo pedía a gritos). Ella siguió con su alharaca, cada vez más fuerte y al rato él también estaba pegando gritos; después de unas cuantas palabrotas ya no escuchamos ningún ruido. Nos volvimos a ver el uno al otro —con nuestras cabezas pegadas a la pared— y ambos al unísono, soltamos a reír a carcajada limpia. Cuando terminamos, los dos estábamos agarrándonos el estómago con ambas manos del dolor, por lo que no nos quedó más remedio que tirarnos a la cama para recuperar el aliento.

—Mi amor, ¿Quién sabe que le estaba haciendo ese tipo a esa mujer? —me dijo aún en voz baja.

—Quién sabe... al rato y la estaba ahorcando —le bromeé.

—Qué va. Para mí que algo bien bueno le tenía que estar haciendo. Así nomás no iba a estar tan emocionada.

—No creas, mi amor. Hay mujeres que son bien escandalosas cuando tiene relaciones —le respondí, sin mucho interés en el tema.

—Mmmm, eso es lo que tú dices, pero para mí que algo bien bueno le estaban haciendo —insistió, Laura, burlona y provocativa.

—No creo. Para mí que la tipa esa es una vieja loca de esas que son medio ninfómanas —le respondí sabiendo que lo que quería era molestarme con su juego.

—Eso lo dices porque tú nunca me has hecho ponerme como una ninfo-gritona, haciéndome cositas ricas. Vas a tener que irle a tocarles la puerta, para que te pasen algún volado —me dijo soltando la risa.

Desgraciadamente para mí, me sentí como Marty Mcfly cuando le decían que era una gallina, en “Volver al futuro”.

—¡Ah, sí!, con que esas tenemos —le dije levantándome de la cama de un brinco.

Ella se rio al ver que había ofendido mi ego masculino y tomó una almohada para empezar una guerra de almohadas. Yo, por mi parte, empecé a buscar mi pantalón, mientras ella me perseguía dando almohadazos al aire. Cuando estábamos de nuevo junto a la cama, yo ya tenía el pantalón en la mano, Laura levanto la almohada con sus dos manos sobre su cabeza y ya se disponía a darme

un fulminante primer almohadazo; en ese momento —rodilla en suelo— desenfundé la pequeña cajita y la apunte contra ella en dirección de sus pechos desnudos; luego la abrí lentamente, hasta que el pequeño anillo quedó completamente a la vista. Laura, al verlo, quedó paralizada de pies a cabeza, mientras la almohada se desprendía lentamente de sus manos.

—Laura Montoya Guillén, ¿quieres ser mi amada y querida esposa? —le pregunte con voz firme y resuelta.

Sus ojos se pusieron vidriosos y empezaron a brotarle perlas transparentes que rodaban por sus blancas y delicadas mejillas. Por un instante eterno no supe que hacer (no había más que hacer, sólo esperar).

—¡Ay, Dios mío, Dios mío, no lo puedo creer, no lo puedo creer! —empezó a gritar, mientras se subía a la cama y brincaba como una infanta y agitaba las manos en forma desenfrenada.

Yo, por mi parte, seguía ahí desnudo, inclinado junto a la cama, sin saber que hacer o que decir, sólo admirando a mi querida novia desnuda y completamente desquiciada, pegando gritos y brincos por todos lados. Era encantador ver como sus pechos subían y bajaban atolondrados y salvajes al vaivén de sus saltos. Cuando se percató de mi perplejidad, se calmó un poco y regreso junto a mí extendiendo su mano temblorosa frente a mi rostro.

—¡Sí, mi amor, acepto, claro que acepto! —me dijo con la voz quebrada por la emoción.

Yo —aliviado— tomé su mano y la besé tiernamente, luego —con mis manos también temblorosas— le puse el anillo, me incorporé y la estreché con todas mis fuerzas.

Ya un poco más tranquilos, ambos nos tendimos sobre la cama y ella se acomodó a mi costado, suspirando aún de la emoción, mientras que yo la abrazaba. Guardamos silencio por unos instantes, pero de repente, como recordando lo que dio origen a lo sucedido, Laura se incorporó como un resorte, me miró fijamente a los ojos y con un gesto lujurioso dibujado en su rostro me dijo:

—¡Ahora sí, mi amor! ¡Te lo ganaste! ¡Ahora vas a ver de lo que soy capaz! —y se abalanzo sobre mí cual fiera en celo besándome con una vehemencia insaciable, luego disfrutó... y disfrutó... y disfrutó y siguió disfrutando, haciendo cosas y diciendo frases inéditas, aruñando y gritando, cual ninfa vaquerita sobre minotauro mecánico. Fue tal el grado de su euforia que por instantes no dude que la pareja de al lado debería de estar —definitivamente—, con la oreja pegada a la pared de su habitación. No puedo negar que yo también me entregué como nunca lo había hecho antes y como nunca lo volvería a hacer después. Fue uno de esos encuentros únicos e irrepetibles que se dan solamente

una vez en la vida con la misma persona.

Cuando terminamos, Laura, con el cabello húmedo y el pecho empapado en sudor se tendió extenuada sobre la cama, admirando alucinada el anillo en su mano. Yo, por mi parte, ese día regresé a mi oficina y pase todo el resto de la tarde con la sonrisa de estúpido más grande que pueda tener un hombre en la faz de la tierra. Realmente fue inolvidable lo que Laura me hizo ese día; y también mi locura de pedirle matrimonio de semejante manera.

Para la noche se puede decir que todo trascurrió de acuerdo con lo que estaba originalmente planeado; la cena, las flores, el trío —con la pequeña excepción de que ya Laura tenía el anillo en su mano y no hubo una propuesta de matrimonio que formular. Lo que sí hubo fue mucha celebración y felicidad—. Sobra decir que esta sería la “versión oficial” de mi declaración de matrimonio; al igual que un concierto tranquilo en la UCR sería la “versión oficial” de nuestra primera cita.

Ahora sólo quedaba por resolver un “pequeño gran detalle” para concretar nuestro deseo de casarnos: la familia de Laura ignoraba por completo la existencia de nuestra relación.

3. Corazón de pollo - Corazón de León

Alexa y Susy se conocieron gracias a un cliente frecuente de la floristería — aunque cabe mencionar que las circunstancias fueron un poco particulares—. Las dos eran alumnas del Liceo Manuel Brenes, sólo que Alexa era tres años mayor, por lo que, cuando Alexa estaba en cuarto, Susy estaba ingresando apenas a primer año del colegio. Aun así —como es lógico—, llegaron a toparse en los pasillos del colegio, sin llegar a determinarse la una a la otra, algo que era normal por las diferencias entre ambas generaciones.

Alexa vivía carretera a San Joaquín de Flores, pero asistía al Manuel Brenes porque sus abuelos paternos vivían a dos cuadras del colegio y era ahí donde pasaba todas las tardes, en espera de que sus padres salieran del trabajo y pasaran por ella y por Gustavo, su hermano menor. Su papá era don Alex Guerrero, quien trabajaba en un banco privado en San José centro; aunque no siempre fue así, ya en el pasado tuvo la oportunidad de trabajar para un banco estatal, específicamente el extinto Banco Anglo Costarricense. Él fue uno de los muchos empleados que sufrieron la pesadilla de quedar cesantes aquel fatídico miércoles 14 de setiembre de 1994. Faltando pocos minutos para las seis de la tarde, estando ya todos listos para cantar el himno nacional —esto como parte de las actividades en vísperas de la celebración de la independencia— fue cuando dieron la infausta noticia del cierre de la entidad bancaria. Tanto él, como muchos de sus compañeros pasaron varios meses sin poder conseguir trabajo y muchos años más sin superar la desgracia de ser testigos, y víctimas al a vez, del desmantelamiento de uno de los bancos más viejos y prestigiosos del país —el Banco Anglo ya tenía más de 130 años de historia—. En cuanto a su madre: Carmen Otárola, era una hermosa mujer oriunda de Curridabat que poco después de sacar el colegio, contrajo matrimonio con don Alex, a quien conoció en una fiesta familiar. Cuando se dio el infortunio laboral de su esposo, Carmen se vio en la necesidad de empezar a trabajar como asistente dental en una clínica privada cercana a su casa. Ya para cuando don Alex logró colocarse de nuevo — lo cual no le fue fácil—, ella continuó trabajando sin interrupción.

En cuanto Alexa, cuando salió del colegio, empezó a trabajar en una floristería, que convenientemente estaba en el centro de Heredia, a pocas cuadras

del hospital San Vicente Paul; este trabajo le ayudaba económicamente a costear sus estudios de administración de empresas en la Universidad Hispanoamericana, estudios que podían ser sufragados por sus padres, pero que ella, por su carácter y formas de ser, tan independiente, metió cabeza en costeárselos personalmente. Pasados dos años, gracias a su gran empeño y espíritu empresarial, Alexa ya había concretado su proyecto de tener su propia floristería; como dicen los administradores: dominaba el “Know How” del negocio; o como decían nuestros abuelos —más sabios todavía—: aprendió el teje y maneje del asunto.

La vida de Susy Quirós, en sus inicios fue completamente opuesta a la de Alexa Guerrero. Ella en un principio no tuvo una residencia estable, ni tampoco una familia consolidada; por el contrario, su madre, Doña Etna Peace, era una hermosísima afrocaribeña, nacida en Puerto Viejo de Limón, quien en su juventud tuvo la mala suerte de enamorarse de un joven sueco, de tez blanca como algodón, ojos añil como el cielo, y cuyo paso por Costa Rica fue tan breve como su relación con la joven Limonense. Fue así como Etna, a la postre, terminó siendo tierra fértil para la fugaz semilla. Después de que Susy nació, Etna se trasladó al Valle la Estrella y empezó a trabajar en una empacadora de banano, luego se fue para Turrialba, donde trabajó en un almacén de productos agrícolas; siendo ahí, en la campiña azucarera, donde se casó con el que sería en adelante el esposo y padrastro más querido y admirado de todo el mundo. Y no era para menos, Don Joel Quirós era un “pan de Dios”, al punto que no pasó mucho tiempo para que le diera el apellido a su muy querida y adorada muñequita. Desgraciadamente, el maná que llenó a Etna y Susy de mimos y cariño regresó al cielo cuando Susy estaba próxima a cumplir los quince años y ya la familia ya estaba afincada en la provincia de las flores. Esto fue un golpe muy duro para doña Etna, quien en adelante no se volvió a casar y mucho menos empatar con nadie. Decía —y con justa razón—: que ya Dios le había mandado el mejor hombre que ella hubiese podido conseguir en su vida; cualquier otra relación “sería sólo una gran decepción”. Susy por su parte también sentía lo mismo, no habría nunca un hombre tan bueno y tan cariñoso como su adorado “papi Joel”. Afortunadamente para ella, poco tiempo después de conocer a Alexa, tuvo la oportunidad de entablar una relación bastante estable con un joven de su misma edad: Edison Álvarez; un novel actor de teatro, alto, blanco, de ojos gatos y de una personalidad igual de jovial que la de Susy; se puede decir que ambos eran la pareja más alegre y despreocupada de toda la provincia de Heredia. Lo bueno era que él la adoraba y no desaprovechaba momento alguno para demostrárselo.

Como era de esperarse, poco tiempo después de que Alexa abrió su negocio,

algunos de los clientes de su antiguo trabajo decidieron seguirla —no porque ella se los robara a sus antiguos patronos, sino por su gran simpatía y modo franco al atenderlos—. Dentro de estos clientes había algunos “Premium”, debido a los montos y la frecuencia de sus pedidos —aunque no por sus intenciones—. Don Daniel Sánchez era uno de ellos; es más, se puede decir que era el cliente número uno de la floristería, ya que, hacia pedidos sistemáticos, prácticamente cada tres o cuatro meses.

Don Daniel era un tipo que en su juventud debió de ser muy bien parecido y para rematar tenía muy buenos ingresos, puesto que su familia era dueña de una cadena de ferreterías; sin embargo, a pesar de obtener las ganancias de sus negocios, don Daniel trabajaba —más por conveniencia para sus fines, que por el salario— como visitador médico. A pesar de ser casado y de no fumar ni tomar, su vicio privado eran las mujeres; y ahí precisamente era en donde entraba en juego su profesión, ya que el mujeriego e infiel de don Daniel sentía una especial predilección por las secretarías y recepcionistas de las clínicas o consultorios privados que acostumbraba a visitar. Mientras esperaba a que lo atendieran, aprovechaba para entablar conversación con sus presas. La mayoría de las veces se trataba de treintonas o una que otra cuarentona de belleza regular, apenas como para un sesentón como él. En otras palabras: Don Daniel era un depredador que buscaba la presa que, a su parecer, se le subordinaría más fácilmente. Su modus operandi era bastante simple: reconocía primero el terreno y buscaba a la fémina más débil del grupo; ya fuera por ser retraída, tímida o por tener una belleza mal cuidada, la cual él —gracias a su buen ojo— podía descubrir fácilmente. “Muchas mujeres son consideradas de poca gracia porque no se tiene la oportunidad de verlas desnudas, pero debajo de algunas apariencias descuidadas hay verdaderos diamantes” sentenciaba el viejo verde a sus amigos. Una vez hecha la selección, seguía con el proceso de conquista; era precisamente en este punto en el que entraban en juego los servicios de la floristería Ilusiones. Lo primero que hacía era mandar una caja de chocolates con una tarjeta en la que le expresaba su “enorme e incontrolable admiración ante su belleza”; “las mujeres son insaciables en cuanto a adulaciones se refiere” decía el viejo verde. Después del primer presente se apersonaba para hacer un sondeo sobre que tan bien recibida fue su muestra de cariño, y también —gracias a sus años de experiencia como conquistador—, para determinar cuantos más recursos requeriría para llegar a su objetivo. Si el obsequio era de plano mal recibido, desistía inmediatamente de continuar y buscaba otros rumbos “yo no gasto pólvora en zopilotes”, otra de sus frases célebres. Al contrario, si la chica al verlo llegar le salía al paso para agradecerle con toda vehemencia su gran detalle: “esto ya está cocinado” sentenciaba con exactitud de francotirador. En

estos casos el siguiente obsequio —distanciado a una semana del primero— era una canasta de rosas rojas con una tarjeta de invitación a cenar. Ya para cuando la dama salía del trabajo, él estaba afuera esperándola bien catrín y con su pastillita de viagra en la bolsa de la camisa. De ahí la llevaba a un restaurante de renombre a disfrutar de una buena cena, la cual, —por si las dudas—, iba acompañada por una abundante cantidad de vino (no para él sino para su invitada); después de eso: irse para un motel, era un brinquito. Lo más injusto del caso —si se quiere ver así— era que don Daniel no duraba más de tres meses con cada una de sus conquistas. Al cabo de ese tiempo les salía a todas exactamente con la misma historia: “mi esposa ha caído víctima de una terrible enfermedad que la tiene al borde de la muerte y francamente, ante esta dolorosa situación, y por no herir los sentimientos de la pobre moribunda, no me queda más remedio que tratar de acompañarla en sus últimos días de vida” —los cuales se volvían semanas y luego meses, hasta echarle tierra, no a la difunta sino a la fugaz aventura.

Alexa ya estaba totalmente acostumbrada a las llamadas de Don Daniel y de otros clientes similares con los que contaba su negocio. Además de eso, y como el negocio tenía poco de establecido, era ella quien realizaba personalmente los repartos. Lo que hacía era que dejaba a Gustavo, su hermano menor, que en esa época cursaba tercer año de colegio, a cargo del negocio, mientras ella hacía las entregas.

Fue así como, para esos días, don Daniel la llamó y le pidió que le hiciera una entrega de unos chocolates en una clínica dermatológica que estaba bastante cerca de Ilusiones. Alexa tenía que llegar con el presente y una tarjeta escrita de su propio puno y letra, dictada por don Daniel, en la cual expresaba su gran admiración y deseos de conocer más a fondo a una tal, Susy Quirós. Cuando Alexa llegó a la clínica y se presentó en la recepción, se topó con un rostro que le resulto definitivamente familiar; en cuestión de segundosató cabos y recordó haberla visto en el colegio. Esta vez don Daniel le había puesto el ojo a una jovencita que andaba apenas por los veintidós años “que fallo. Es capaz que esta es Susy Quirós”, pensó. Y para su disgusto no estaba equivocada.

—Buenas tardes, señorita. Busco a Susy Quirós; ¿me pude indicar donde localizarla? —preguntó, casi segura de que se trataba de ella.

—Soy yo —respondió, Susy, mientras observaba con el rabo del ojo el paquete que Alexa traía en sus manos—. ¿En qué le puedo servir?

—¡Ah, mucho gusto, Susy! Yo vengo de parte de la floristería Ilusiones y le traigo un presente —repuso Alexa, mientras ponía en el mostrador el paquete de chocolates que venía cuidadosamente envuelto y adornado con un gran moño del que salían acolochadas cintas de colores. Junto al paquete colocó también el

sobre con una tarjeta.

—¿Es para mí? ¡Huy, qué chiva! —exclamó Susy, incrédula, levantando la voz de la emoción, mientras saltaba de la silla como un resorte.

—Sí, son para usted —afirmó Alexa, mientras contenía la risa y demostraba seriedad en su rostro.

Susy abrió el paquete sin reparar en cuidados, descubriendo enseguida la caja de chocolates.

—¡Huy que rico! Con lo que me encantan los chocolates. Ahora si me dieron por donde era —exclamó alegre—. ¿Y quién me los mandó, muchacha? —preguntó.

—Ahí abajo hay una tarjeta —respondió Alexa, señalando los trozos de papel con los que Susy había enterrado el sobre.

Susy busco frenética debajo de los papeles y cuando encontró el sobre, lo abrió y sacó la tarjeta sin siquiera detenerse a mirar la litografía. La empezó a leer en voz baja, hasta que llegó al final.

—¿Daniel Sánchez? ¿Cuál Daniel Sánchez? ¡Yo no conozco a ningún Daniel Sánchez! —exclamó intrigada, mientras volvía a ver a Alexa esperando una explicación.

—¿No lo conoce? ¡Qué extraño! —le respondió Alexa, deduciendo de inmediato que, a Susy, don Daniel Sánchez no le había causado la menor impresión, pues ni siquiera recordaba su nombre.

—Sí verdad, ¡qué extraño! —dijo también Susy, rascándose la cabeza.

—Por lo que el señor me dijo, creo que es visitador médico, porque me contó que siempre habla con usted mientras espera a ser atendido —le trató de ayudar Alexa, para que cayera en la cuenta.

—¡¿Qué?! —Gritó Susy, con cara de incredulidad y repugnancia—. ¿Don Daniel el visitador? ¡Ese viejillo cacreco! ¡Está loco! Ese roco está operado de la cabeza si cree que voy a fijarme en él. ¡Podría ser mi abuelo! ¡Cara de barro, descarado... ni vergüenza le da! —bufó Susy, mientras agarraba la caja de chocolates y se la ponía a Alexa al frente, para que la tomara.

Alexa estaba que ya no aguantaba la risa de ver la reacción de Susy, pero por dentro también se sentía realmente aliviada, al ver que a don Daniel, esta vez, le había salido el tiro por la culata.

—Disculpe señorita, pero no me la puedo llevar —le dijo, evitando tomar el paquete—. Por ética no puedo llevarme su obsequio. Si gusta, lo que puede hacer es recibirlo y compartirlo con sus compañeras de trabajo.

Susy se quedó estática por un momento y luego de un suspiro, se encogió de hombro y tomó asiento de nuevo con el paquete de chocolates en sus regazos.

—Tiene razón, señorita, la verdad no es su culpa. Y sí, voy a hacer es eso.

Voy a compartirlo con mis compañeras. Pero cuando don Daniel venga... ¡Me va a escuchar!

—Bueno, yo creo que en estos casos lo mejor es actuar con calma, no hay que precipitarse a decir o hacer algo que después la vaya a perjudicarla —le aconsejó Alexa, tratando de hacerla entrar en razón—. Al final de cuentas no es para tanto. Simplemente es cuestión de hacerle ver a señor que no hay ningún interés de su parte; y ahí terminaba el asunto.

—Mmmm... sí, pensándolo bien, eso es precisamente lo que tengo que hacer. Es más, voy a ser tan cuidadosa, que a don Danieliito no le van a quedar ganas de volver a jugar de asaltacunas; va a ver el viejo verde ese —aseguró Susy, mientras ponía cara de malicia.

—Bueno, pues entonces mucho gusto. Cualquier cosa estamos a sus órdenes; adherida a la caja esta mi tarjeta —se despidió Alexa, mientras daba unos pasos hacia atrás para luego buscar la salida.

—Muchacha, espérese... ¿verdad que usted estuvo en el Brenes?, —preguntó Susy mientras tomaba la tarjeta y revisaba el nombre.

—Sí. Creí que sólo yo la había reconocido —sonrió Alexa, mientras regresaba sobre sus pasos.

—Que va... lo que es a mí no se me va una cara —repuso Susy, con orgullo—. Usted era compañera de las gemelas Ana Lucia y Sandra Vázquez; rubias, de colochos, con ojos verdes.

—Sí, sí, es cierto yo era compañera de ellas —admitió Alexa, sorprendida ante la aseveración de Susy—. ¿Usted las conoce?

—Sí, claro. No ve que yo fui novia del hermano menor de ellas, Waldo. Jalamos desde primero hasta cuarto. Fue mi primer papi chulo —contestó Susy, con orgullo.

—¡Ah qué bien! —respondió Alexa.

Durante un buen rato, las dos estuvieron recordando nombres, apodos y anécdotas de los profesores y ex alumnos del Brenes. La química entre ambas fue inmediata. Después de todo, las dos eran de espíritus alegres y extrovertidos; claro Susy muchísimo más que Alexa, que era la más madura y juiciosa de las dos.

Al día siguiente, cuando don Daniel pasó a investigar la reacción de su nueva conquista —según él esperaba, y estaba casi seguro de que, sería favorable—. Susy al verlo se levantó de inmediato de su silla y salió a su encuentro con una gran sonrisa.

—Hola, don Daniel. ¡Qué alegría me da verlo! Viera que he pasado todo el día pensando en usted. Estaba deseando que viniera para darle las gracias.

—¡Hola, Susy! Que dicha que le gusto mi presente —respondió animado don

Daniel, mientras pensaba en que la reacción a su obsequio no pudo haber sido mejor.

—Sí, don Daniel, no tiene idea cuanto me gustaron. Sobre todo, por el valor sentimental —susurro Susy llevándose la mano al pecho y poniendo cara emotiva.

—¿De verdad? —Exclamo, don Daniel, aún más emocionado, mientras pensaba que el asunto ya estaba más que cocinado. Aquí la canasta con las rosas estaba sobrando, lo que seguía era la cena y luego el motel. “¡Un jamón!”

—Sí, Don Daniel. Tenía años que no recibía una caja de chocolates, y especialmente de esa marca... —recalcó Susy, creándole expectativa.

—¿Por qué? ¿No me diga que ya otro admirador le había regalado la misma marca de chocolates? —le preguntó don Daniel con curiosidad.

—Sí, don Daniel, pero no fue un pretendiente, sino alguien aún más especial para mí —le soltó Susy, presta a dar la estocada en el momento oportuno.

—Alguien muy especial... —alcanzó a repetir el casanova, ya con algo de temor de lo que vendría después.

—Si, don Daniel. Mi tío, Ismael, que de Dios goce, era el que siempre me regalaba de esos chocolates en navidad. No sabe lo que sentí cuando abrí el papel y los vi. Hasta las lágrimas se me vinieron —le soltó Susy Quirós, con tono melancólico y gran histrionismo, al viejo verde.

—¡No! ¿En serio? —Murmuró con desgano, el ya abatido conquistador, pues imaginaba por dónde iba el asunto. Esa era la peor hablada con que podía salirle una mujer joven a un hombre mayor. Peor que la trillada “solo como amigos” que les recetan a los jovencitos.

Dicho y hecho; para cuando don Daniel se fue, Susy ya le había dicho: “tío Dany” varias veces; sin embargo, él, con hidalguía, ya que se consideraba un buen competidor, aceptó la derrota y el hecho de que, en esta oportunidad, el pato termino disparándole a la escopeta.

Al día siguiente, Susy llamó a Alexa y le contó todo el rollo con lujo de detalles. Ambas terminaron desternilladas de la risa al ver en lo que había parado el patético intento de conquista de don Daniel Sánchez. Días después, Alexa invitó a Susy para que conociera Ilusiones y al cabo de cuatro meses exactos, Susy ya había puesto la carta de renuncia en la clínica dermatológica para empezar a trabajar junto a Alexa en su negocio. Cabe mencionar que la siguiente vez que Don Daniel visito Ilusiones y vio a Susy detrás del mostrador, casi le da un infarto de la cólera, pues pensó que Alexa pudo haber tenido algo que ver con lo sucedido. De la cólera, dejó de ir o de ordenar por teléfono por un lapso de casi ocho meses, pero al final, con otra conquista en la mira, se tragó el orgullo y recurrió de nuevo a los discretos y valiosos servicios de Ilusiones, su

floristería de confianza.

Cuando Susy empezó a trabajar con ella, Alexa descubrió rápidamente las virtudes y defectos de su joven amiga y colaboradora. Lo primero fue su personalidad jovial, bulliciosa y extrovertida, su gran espíritu de servicio y una bondad de corazón que realmente era de admirar. Sin embargo, y como nunca falta algún detalle, se podría decir que su principal virtud —o defecto, dependiendo de cómo uno lo vea— era algo por lo que muchas mujeres matarían con tal de tenerlo: Susy era un imán para con los hombres. De ahí, dedujo Alexa, el motivo por el cual don Daniel no aguantó las ganas de hacerle tiro a tan joven presea. Lo curioso es que no era una mujer con grandes atributos físicos; su apariencia no sobresalía ni para bien ni para mal, ni tampoco su forma de vestir, la cual era, casual y despreocupada. Susy tenía definitivamente lo que algunos llaman “sexapil”, mientras que otros lo identifican como: feromonas naturales femeninas; lo cierto es que fuera lo que fuera, lo tenía a raudales. En pocas semanas todos los colegiales del centro de Heredia se habían hecho clientes de la floristería; de ahí surgió la idea de incorporar las figuritas de cerámica, los globos y los peluches.

Ya trabajando juntas, con el tiempo desarrollaron una linda amistad, hasta el punto en que se veían casi como hermanas; salían a pasear, a comer, y una que otra vez también salían a bailar. Tan bien se llevaban, que compartían sus problemas y confidencias, buscando siempre apoyarse la una a la otra. Sin embargo, a pesar de todo eso, Alexa pasó todo el resto de la semana dándole vueltas al asunto; antes de animarse a contarle a su querida amiga lo sucedido con don Leonardo Montiel.

—Susy... necesito contarte algo muy importante, crees que hoy, después de que cerremos, podemos quedarnos un ratito para hablar —le dijo por fin, el sábado en la mañana.

—¡Ya era hora! —aplaudió Susy—. Toda la semana te la has pasado rarísima. Ya hasta estaba pensando que estabas brava conmigo por alguna metida de pata o algo así. A ver, Ale, ¿qué es lo que pasa? —la animó, Susy.

—No Susy. La verdad es que es un asunto bastante delicado y necesito que lo veamos con calma. ¿Te parece?

—¡Ah no Ale! ¡Qué cansado! Ahora voy a pasar todo el día con la espina.

—¡Tranquila, Susy! Es que es algo que no podemos hablar en un ratito. Es un poco largo —la trató de calmar Alexa.

—Bueno...esta bien, pero ahora, por tu culpa voy a pasar todo el día de mal humor. ¡Qué cansado! —reclamo Susy, haciéndose la brava, mientras tomaba las llaves de la camioneta de reparto y salía al parqueo.

Las dos tuvieron un día muy ocupado, por lo que Susy llegó tarde, cuando ya

las puertas estaban cerradas. Entro a toda prisa y vio que Alexa la aguardaba al final del negocio, en la parte de los chocolates; al acercarse pudo ver un paquete sobre el mostrador; estaba abierto y en él se apreciaban unos sobres y otros paquetes más pequeños.

—Hola, ya llegué. Ahora sí, ¿que es el misterio? —preguntó impaciente.

—Este es el misterio y también esto otro —respondió Alexa, levantando unas hojas y señalando la caja.

—Sí, ¿pero que se supone que es? —interrumpió Susy sin entender nada.

—Te voy a contar todo desde el principio.

Esa noche, en Ilusiones, Alexa le contó a Susy, con lujo de detalles, todo sobre la visita de don Leonardo y sobre las muchas cosas que habían conversado. De la promesa que le hizo de cumplir su solicitud al píe de la letra, llegando a la parte en donde abrió el primer sobre, cuyos papeles tenía ahora en la mano.

—Te la voy a leer para que veas de lo que se trata, eso sí: no te asustes. En la primera parte casi me da un infarto, pero después, cuando la leí completa, entendí todo, y al final, hasta me resulto interesante. Creo que es un gran detalle el que se le ocurrió a don Leonardo. Pero también hay algo en lo que quiero que me ayudes después.

—¡Sí, si está bien!, pero ya empieza a leer, ¡por Dios, que ya no aguanto la incertidumbre! ¡Lee, lee! —suplicaba Susy comiéndose las uñas con desesperación.

—Sí, sí, ya voy...

Hola, Alexa:

Si antes de abrir este sobre, revisaste el contenido del paquete, ya habrás descubierto que sabía tu nombre antes de venir a visitarte, sino lo notaste, pues: “sorpresa”. Te pido las más sinceras disculpas por eso y por mi trato familiar a la hora de escribirte esta carta. Te lo voy a explicar todo desde el principio. Mi nombre, si no te lo dije antes, es Leonardo Montiel, vivo en Sabanilla de Montes de Oca, cerca de las piscinas de la Universidad de Costa Rica; tengo cuarenta y ocho años y hace poco cumplí veinte años de casado; además tengo dos hijas; una en edad de colegio: Leonora y otra en el kínder: Camila. Cuando salí del colegio, al haber ganado el examen de la UCR entré a Estudios Generales, pero después de dos años sin saber que estudiar, decidí abandonar la UCR y llevar unos cursos de oficinista, esto para ponerme a trabajar lo más pronto posible. Aunque soy hijo único y mis papás no me presionaban en lo más mínimo, realmente para mí era frustrante ser parte de la población flotante de la Universidad de Costa Rica. Nunca encontré mi verdadera vocación, ¡si es que la tengo! Con esos cursos de oficinista venía incluido uno de principios de contabilidad, así fue como terminé siendo lo que soy hoy: un contador privado

que ejerce su trabajo porque nunca pudo superar el vicio de comer todos los días, de pagar los recibos públicos y demás cosas superfluas como ropa, salud y diversión. Bueno, pero volviendo a lo que realmente importa y que me imagino debes estar intrigada por saber; el asunto que me llevó a contactarte tiene que ver con lo que pasó cuando yo estaba en el colegio y lo que sucedió los veinticinco años siguientes. Tal vez te resulte familiar si te cuento que soy oriundo de Curridabat y que estudié en el Liceo de Curridabat entre 1979 y 1983.

En efecto Alexa, soy de la generación del 83, la generación anterior a la de tu mamá. Si tu mamá no te lo ha contado nada sobre sus amores de juventud, te voy a decir que tu mamá y yo fuimos novios desde el 82, cuando yo estaba en cuarto año y ella en tercero, hasta el año siguiente, cuando yo salí graduado y ella estaba en cuarto año. Nuestro noviazgo era el típico noviazgo de colegiales, yo la veía en los recreos o cuando concordaban algunos de nuestros tiempos libres; a la salida de clases la acompañaba hasta llegar cerca de la casa de tus abuelos, pues tu abuelo: Don Rodrigo Otárola, que de Dios goce, no la dejaba tener novio y era muy, muy bravo. A parte de ese tiempo, también nos veíamos en la casa de su mejor amiga, Marcela Solano; no sé si alguna vez oíste hablar de ella. Lo que hacíamos era que ellas inventaban que tenían que hacer algún trabajo o estudiar para algún examen y ahí nos veíamos, ya que Marcela Solano era hija única, igual que yo, y su padre había enviudado cuando ella estaba aún pequeña, por lo que pasaba sola en la casa prácticamente todo el día.

Si Alexa, esos fueron dos años de una relación maravillosa e inolvidable. Al punto que ese amor continuo vivo a lo largo de veinticinco años más.

—¿Qué, que? ¿Tu mamá? ¿Veinticinco años? ¡No puede ser! ¡Imposible! ¡No lo puedo creer, no lo puedo creer, de verdad no lo puedo creer! Eso quiere decir que tu mamá le ha puesto los cuernos a tu papá por un chorro de años —gritó Susy tomándose la cabeza con ambas manos y caminando frenética de un lado para otro.

Alexa se reía de ver a Susy como atacada, sabiendo que ella conocía lo bastante bien a su mamá, como para creer que tuviera veinticinco años de estar engañado a su esposo con otro hombre.

—Tranquila, Susy. A mí me paso lo mismo cuando llegue a esa parte; casi me hago en los pantalones, hasta tuve que ir a tomar agua porque sentí que me iba a desmayar. Es más, creo que Don Leonardo lo escribió así precisamente para pegarme un susto marca diablo. ¡Y de verdad que lo logro el bandido!

—Pero no entiendo, ¿cómo puedes estar tan tranquila después de ver que ese tipo estuvo veinticinco años con tu mamá? No entiendo —insistía, la hiperventilada Susy.

—Ya, ya, Susy, déjame seguir y veras... ah sí, por aquí iba —continuo Alexa.

Al punto de que el amor continuo veinticinco años más. Si, Alexa, aunque te parezca imposible, pero fue así; pasaron veinticinco años más en que tu mamá fue una obsesión mí vida. Después de nuestra ruptura, poco a poco se fue convirtiendo en un fantasma del pasado que nunca más me abandonó. Pasaban los años y yo seguía pensando ella; siempre con la esperanza de volverla a encontrar en mi camino, de poder hablar con ella, y porque no: recuperar su cariño; pero como puedes ver, eso nunca llegó a suceder. No fue sino hasta el año 2008 que pude superar el resultado de un amor que nunca tuvo un cierre definitivo. Al menos no para mí, no se para tu mamá. En ese año me sucedió algo que por fin me ayudó a cerrar, de una vez por todas, ese capítulo inconcluso de mi vida. Sin embargo, el hecho de que al fin pudiera cerrar esa herida, no quiere decir que me haya olvidado de todo lo que pasé a lo largo de todos esos años. Esa es la razón por la cual hoy solicito tu ayuda. El año entrante cumplo cuarenta y nueve años y tu mamá cuarenta y ocho; como te imaginaras, ya en mi familia están hablando de cómo van a celebrar mis cincuenta años. Esa es una costumbre bastante arraigada en nuestra sociedad; celebrar fechas especiales en las cuales la vida de las personas sufre un cambio importante; como en el caso de los quince años que les celebramos a nuestras hijas, calificándolas ya como mujeres, aunque en el fondo todavía les falta mucho por vivir y por madurar. Una vez leí que los cuarentas son la vejez de la juventud y los cincuentas son la juventud de la vejez, tal vez es por eso por lo que se les da tanta importancia: a partir de esa edad estas pasando a la tercera y última etapa de tu existencia, te conviertes en un “viejo joven”. Bueno, pues pensando precisamente en eso, y en que Carmen ocupó un lugar muy importante, prácticamente durante la mitad de mi vida, es que se me ocurrió que no podía dejar que pasar por alto sus cincuenta años, sin ofrecerle un humilde, pero muy sentido presente.

Sabiendo que Carmen es una mujer casada y con familia, me resultaba inconveniente atreverme a mandarle un regalo en su cumpleaños; eso de fijo podría causarle un serio problema con su esposo o incluso con ustedes: sus hijos; y yo en ningún momento tengo intenciones de perjudicarla, por el contrario, ya hace varios años que deseo precisamente que prospere con su matrimonio y con su familia. Claro, en el momento en que se me ocurrió darle un regalo para sus cincuenta años no sabía que tú habías montado tu propia floristería. El día que lo supe no tuve la menor duda de que el destino estaba confabulando a mi favor, ya que era idóneo: quien mejor que la hija de Carmen, para entregarle en forma secreta, ante el resto de su familia, un presente de este su viejo amor de secundaria.

Alexa, lo que sí quiero que te quede muy claro es una cosa: mi presente no tiene ninguna intención más allá de expresarle mi más sincero cariño a alguien que fue una persona muy importante en mi vida, pero que ahora sólo ocupa ese lugar especial en mis recuerdos. Quiero que sea un presente enviado más por un viejo amigo que por un viejo amor.

Sé que en este momento debes tener muchísimas preguntas y que tal vez te sientas confundida, pero voy a tratar de explicarte todo lo mejor posible: Por empezar te cuento que yo no fui el primer novio de tu mamá, pero tu mamá si fue mi primera novia. Sí, ella fue mi primer amor; amor de estudiante, como dice la canción. También, como te dije antes, nuestra relación fue muy bonita, pero desgraciadamente, por algo que no puedo contarte, terminamos en forma abrupta. Eso para mí fue algo atroz y como te dije, me costó muchos años superarlo. También, despejando algunas de tus posibles dudas, te puedo decir que seguí el rastro de la vida de tu mamá por algún tiempo. Llegue a enterarme de tu nacimiento y a verte con ella cuando estabas muy, muy pequeña, como de unos dos años. Por cierto, no te vi lo suficientemente cerca, espero que tengas los ojos idénticos a los de ella; sus ojos son uno de sus mejores rasgos. Sí, Alexa, esa fue la última vez que la vi, y tengo que confesártelo: no pude evitar pensar que esa pequeña muñequita, que Carmen llevaba en sus brazos, pudo haber sido mi primera hija. Varios años después supe que Carmen tuvo otro hijo: Gustavo, y que se habían mudado de Moravia a la provincia Heredia, carretera a San Joaquín de Flores. En cuanto a tu hermano, nunca he tenido la oportunidad de conocerlo y preferiría que no le comentas nada de todo esto.

De ahí en adelante no volví a saber nada de tu familia. No fue sino hasta hace poco, un día en que me topé con tu abuela, que me puse al tanto de un montón de cosas; entre ellas, que tú ya estabas en la universidad y que eras la propietaria de una floristería llamada Ilusiones. Como podrás deducir, tu abuela siempre fue muy buena conmigo, al contrario de tu abuelo, a quien no tuve nunca la oportunidad de hablarle. Al final no lo culpo; era un padre preocupado por el futuro y bienestar de la única mujer en la familia, eso sin menospreciar el amor que sentía por tus tres tíos.

Alexa, son tantas cosas las que te podría contar, que no me alcanzaría el papel para hacerlo. Son muchos años los que han pasado. Sin embargo, como puedes ver, en la caja que de deje hay otros paquetes. No tengas miedo; esa cajita, más que una caja de pandora llena de demonios es como una pequeña capsula del tiempo llena de recuerdos. Ahí vas a encontrar más información sobre esos dos años maravillosos en los que tu mamá y yo fuimos novios; y sobre los veinticinco años que les sucedieron. Sólo te quiero dar unas últimas indicaciones. Te pido por favor que no trates de buscarme para conocer más

cosas sobre el pasado; realmente no quiero involucrarme en la vida de tu familia; pretendo ser muy respetuoso de tu papá, pues sé que para él sería muy desagradable una intromisión de mi parte o de parte de cualquier otro ex novio de tu mamá. En todo caso, como te dije antes, sólo hago esto porque creo que Carmen merece saber que le guardo un gran aprecio y que le deseo no solo lo mejor para el futuro, sino que también deseo que su vida haya sido plena y llena de felicidad; además me impulsa también el hecho de que cuando fuimos novios, yo, como te imaginaras, al ser un colegial, no tenía ingresos suficientes como para darle un buen presente el día de su cumpleaños y de su onomástico, el 16 de Julio, día de la Virgen del Carmen. En esa época sólo me acuerdo haberle dado un CD con música romántica variada que decía: “Con cariño para ti”. La otra cosa que te pido, y muy vehementemente, es que te esfuerces al máximo por hacer de sus cincuenta años una fiesta que ella no olvide jamás. Sé que, aunque yo no te lo hubiera pedido, lo habría hecho de todos modos, pero también sé que mi solicitud te va a incentivar aún más para lograrlo.

Bien, Alexa, me despido. Créeme que ha sido muy grato poder contarte todo esto, aunque fuese en una carta y no personalmente, como lo hubiese querido.

Una última y única atribución que me voy a permitir: Un beso y un abrazo.

Alexa terminó de leer la carta, la dobló y la guardó nuevamente en su sobre. Cuando volvió su vista a Susy, la conmovió ver que por sus mejillas rodaban algunas lágrimas, mientras se tapaba la boca con la mano. Ambas se abrazaron y permanecieron así por un rato.

—¡Qué triste! Pasar veinticinco años pensando en una persona debe de ser horrible —dijo Susy entre sollozos. Me recordó a mami y papi Joel —y se atacó a llorar.

—Si, Susy, es precisamente lo mismo que pensé cuando leí la carta por primera vez; que era algo muy triste. Pero no sé, siento que en verdad lo superé. Creo que don Leonardo es sincero cuando dice que ya lo superé todo. Claro, antes de eso tiene que habérsela pasado muy mal —razonó Alexa, con algo de melancolía.

—Definitivamente —suspiro Susy, mientras limpiaba su rostro con las mangas de su blusa.

—¡Bueno! Lo importante es que ya estás esterada del asunto y todavía falta mucho por descubrir —repuso Alexa, tratando de pasar a un tono más jovial y señalando la caja.

—¿Ya abriste los demás paquetes?

—No, sólo la carta, que venía en el sobre número uno —respondió Alexa, mordiéndose la uña de su dedo pulgar.

—¿Y qué esperas? ¿Navidad? ¡Abrámoslas! —exclamó, Susy, impaciente.

—No tan rápido, Susy.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que tienes en mente? —murmuro Susy achinado la mirada.

—Veras, Susy, desde el lunes en que recibí la visita de don Leonardo, he estado pensándolo mucho y he releído su carta varias veces. No sé si le has hecho números, pero si él dice que pasó veinticinco años pensando en mi mamá, eso quiere decir que pensaba en ella incluso hasta después de haberse casado. ¡No ves que dice que tiene veinte años de casado! —razonó Alexa mientras guardaba de nuevo el sobre dentro de la caja y empezaba a cerrarla.

—¡Es cierto, Ale! Tiene que haberse casado estando todavía enamorado de doña Carmen —exclamó Susy, sorprendida.

—Yo no diría que enamorado. Lo que me parece es que ellos no terminaron bien, de hecho, él lo dice en la carta: “terminamos de manera abrupta”.

—Mmmm, puede que tengas razón —repuso Susy, tomándose la barbilla con la mano.

—Es más, estoy segura casi en un cien por ciento. ¿Sabes por qué? Porque mi mamá y yo hemos hablado muchas veces de sus novios del colegio, y ella siempre me ha contado anécdotas sobre cómo los conoció y cuánto duraron. Y aunque no me lo creas, Susy: nunca en la vida me habló de haber jalado con un tal, Leonardo Montiel. ¿No te parece demasiado raro?

—¡Uuuuy, ¡qué rudo! —respondió Susy, arrugando la cara y simulando un escalofrío—. ¡Eso quiere decir que a tu mamá también le pegó duro lo que pasó con don Leonardo!

—Sí, Susy. Para mí que aquí todavía queda mucha tela que cortar.

—Bueno. ¿Pero entonces, que vamos a hacer? ¿Qué es lo que tienes en mente? —repuso, Susy con impaciencia.

—A eso iba, Susy, a eso iba. Mira: yo le prometí a don Leonardo no hacer nada que pusiera en peligro su sorpresa. Por eso no puedo tratar de sacarle algo a mi mamá. Todavía si ella me hubiera mencionado algo alguna vez, tal vez podría hacerlo, pero como voy a tratar de sacarle información sobre algo que ella nunca en la vida me ha contado. Esta difícil ¿no? Por otro lado: don Leonardo, el muy vivillo, me pidió que no lo contactara para investigar más sobre el asunto. ¡Claro! Él sabía la montaña de dudas que iba a dejarme con su encargo. Y no lo culpo, realmente es muy complicado. Él no podía llegar acá y decirme: “necesito mandarle un arreglo de flores rojas y amarillas a tu mamá para sus cincuenta años ¿me ayudas?”—gesticula Alexa, con gracia.

—Si es cierto —se carcajea Susy. Ahí mismo te hubiera dado un yeyo.

—O me daba un yeyo o lo echaba a escobazos. Una de dos —se rio también, Alexa.

—¿Entonces? ¿Qué hacemos?

—Bueno este es mi plan, Susy: Como todavía faltan tres años para los cincuenta años de mi mamá; y como estoy segura de que si abro todos los paquetes se me va a hacer un infierno esperar esos tres años; tome la decisión de abrir un paquetito cada seis meses, así...

—¿Qué, qué? ¿Cada seis meses? ¿Estás loca? ¡No puede ser! ¿Cómo vamos a esperar tanto tiempo? —interrumpió Susy como atacada.

—¿Qué prefieres, Susy?: ¿abrir todos los sobres y paquetes ahora y esperar tres años, o abrirlos de a poquitos? Así se nos pueden hacer más soportables los benditos tres años. ¿Ah?

—Pues no se... Viéndolo así, tiene algo de lógica. Así se hace menos larga la espera. Pero siempre va a ser una tortura tener que esperar tanto tiempo —refunfuño Susy haciendo pucheros y cruzando los brazos.

—No te preocupes, Susy. Tengo algo más en mente y para eso necesito tu ayuda —la consoló Alexa.

—¿Qué es? —espetó, Susy, sin mucha curiosidad, pues la idea de esperar tanto tiempo le resultaba fastidiosa.

—Muy fácil, Susy. Don Leonardo me dijo que no lo contactara, pero no dijo nada sobre que no lo investigara —repuso Alexa—. Ahí es donde necesito de tu ayuda.

—¡Ah, ya entiendo! —exclamó, Susy emocionada—. Eso sí lo podemos hacer. Podemos averiguar donde vive, quién es su esposa, sus hijas, sus amigos, su trabajo.

—Sí, Susy. Así es. Y con suerte tal vez podamos obtener alguna información que nos ayude a saber qué fue lo que pasó entre ellos. ¿No crees?

—Okey, Ale. Entonces, ¿por dónde empezamos? — se animó, Susy, frotándose les manos.

Alexa sacó un papelito de la bolsa de su pantalón y se lo dio. —Aquí está todo lo que pude sacar de la carta: Su nombre: Leonardo Montiel, falta el segundo apellido, tiene cuarenta y ocho años, es de generación del 83 del Colegio de Curridabat, Contador privado, esposa y dos hijas: Leonora y Camila, vive en Sabanilla de Montes de Oca por las piscinas de la UCR, le gusta el cine...

—¿Y eso?

Si, le gusta el cine. Después te explico, no interrumpas —replicó, Alexa—. Conoce a mi abuela; pero mi abuela está descartada porque puede meter la pata y contarle algo a mi mamá; y, por último: algo que podría sernos muy útil: menciona el nombre de la mejor amiga de mi mamá en el colegio: Marcela Solano. Es todo. Aquí tienes, ¿por dónde crees que podemos empezar? —dijo,

Alexa, mientras le entrega a Susy la hojita.

—¿Qué te parece Facebook? —le propuso Susy.

—Sí, me parece bien. Ya había pensado en eso, también pensé en que un día, cuando no haya mucho trabajo, podrías darte una vuelta por Sabanilla; queda un poco largo, y primero habría que averiguar bien la dirección, pero creo que podría ayudarnos bastante. ¿Qué te parece?

—¡Perfecto, Ale! Ahora que llegue a la casa empiezo la investigación. El lunes de fijo te traigo algo. Vas a ver —le prometió Susy, entusiasmada.

—No, Susy, hoy no. ¿No recuerdas? Hoy vamos a salir. Edison me va a presentar su amigo; el de Alajueta —le recordó Alexa—. Si no vamos hoy, entonces, ¡Quién sabe cuándo! —agregó, haciendo referencia implícita a que Edison, por un cierre temporal del teatro, ese fin de semana no tenía presentaciones (unas ratas se comieron los cables eléctricos y el edificio casi se quema; por eso lo tuvieron que cerrar al público, suspendiendo ya en sus últimas semanas la temporada de “El Jardín de los Cerezos” de Antón Chéjov; obra que habían montado en colaboración con otro pequeño grupo teatral).

—¡Uy, si es cierto! ¡Qué cansado con vos, Ale! Se me había olvidado por completo. Tengo que salir corriendo; sino se me va a hacer tarde. Mañana empiezo. ¡Sin falta! —exclamo Susy, mientras corría por su bolso y tomaba su chaqueta junto con las llaves de su escúter.

Cuando ya estaba llegando a la puerta, se detuvo en seco y se devolvió corriendo.

—Una cosa más, Ale

—Sí, ¿qué pasó? ¿Se te olvidó algo? —le pregunto, Alexa, mientras empezaba a apagar las luces.

—Sí, Ale. Darte las gracias —Le dijo Susy, tomándole las manos.

—¿Por qué? —preguntó Alexa.

—Por compartir conmigo algo tan importante, amiga. Gracias, de verdad gracias por tomarme en cuenta. Esa confianza me hace sentir más como una hermana, que como una amiga —susurro Susy, haciendo pucheros y abrazándola con fuerza.

Alexa, que había estado muy tranquila todo el rato, no pudo evitar que se le humedecieran los ojos mientras Susy la estrujaba contra su pecho. Ambas se quedaron un instante abrazadas, hasta que sus narices constipadas empezaron a romper el silencio.

—Tontilla... ya me hiciste llorar —admitió Alexa emocionada, mientras sacaba unos kleenex en su bolso y le pasaba uno a Susy.

—Sí. Tú siempre me lo has dicho: tengo corazón de pollo. Que le voy a hacer —se rio, Susy, tomando el pañuelito.

—Bueno, ya está bien. No nos retrasemos más, porque si no Edison y el Romeo que me tiene apartado se van a hacer de piedra esperándonos. ¡Espero que este guapo! —se rió Alexa, mientras la tomaba del brazo y se dirigían juntas a la puerta principal.

—Sí, tienes razón. Vamos, no vaya a ser que se vayan a bailar sin nosotras — se rió Susy.

4. Misión imposible

El martes salí tarde del trabajo, así que no pude llevar mis cosas a la casa de mis papás, pero como estaba seguro de que Laura no acostumbra a revisar mi auto, dejé la caja en la cajuela sin preocuparme por ser descubierto. Fue hasta el miércoles en la noche que pude visitarlos. Mi papá, al verme llegar con otro paquete muy parecido al que había retirado días atrás, no se aguantó las ganas y jocosamente me dijo: “parece que este año la capsula del tiempo ha tenido más movimiento de lo normal”. Ante esto, mi justificación fue que había estado digitalizando unas fotografías, excusa que fue aceptada con naturalidad. De ahí no pasó el asunto y luego de cenar, me despedí de ellos con la intención de visitarlos el sábado, horas antes de tomar mi vuelo (esto para no darles tiempo de que intentaran convencerme de no abandonar a mi familia).

De regreso a mi casa —mientras conducía—, estuve pensando en lo irónico de todo este asunto: me estaba costando tanto esfuerzo abandonar a Laura, como nos había costado a ambos concretar nuestra relación y nuestro matrimonio, veinte años atrás. Desde el principio todo fue cuesta arriba; prácticamente desde que Laura planeó nuestra primera cita; para ese día, ya había chocado contra la pared al contárselo a su mamá.

El hecho de que Laura me dejara esperando tanto tiempo frente a la iglesia de San Pedro, se debió a que doña Marielos, cuando se enteró de que Laura tenía una cita, empezó un interrogatorio para saber de quién se trataba, a que familia pertenecía y que títulos lo respaldaban; así no más para empezar. Cuando Laura le dijo que era un muchacho de la contabilidad de la constructora de don William Muñoz, de inmediato no le pareció un buen prospecto para su hija; y por eso fue por lo que terminaron enfrascadas en una acalorada discusión. Laura, después de un buen rato de tratar en vano que su mamá fuera más comprensiva, desistió del asunto e hizo lo único que podía hacer: dejarla con la palabra en la boca y asistir a nuestra cita sin contar con su aprobación.

De ese mal comienzo, yo me vine a enterar dos meses después; también me enteré de que durante el agasajo de la tal tía Úrsula, ella y su mamá continuaron discutiendo el asunto, hasta el punto en que doña Marielos le dio un ultimátum: o se olvidara de ese muchacho, que del todo no le convenía, o ella misma iba a

poner a su papá al tanto de la situación. Conociendo perfectamente el carácter tan áspero del viejo, a ambas no les agradaba la idea de pasar por eso. Al final, presionada por el ultimátum, a Laura no le quedó más remedio que tratar de anticipársele a su mamá.

El lunes, regresando del aeropuerto después de dejar a su tía, fue que abordó el tema: le contó al viejo quien era yo, como me había conocido, que me desempeñaba como auxiliar de contabilidad, que era un excelente muchacho, de muy buenas costumbres y de una familia muy estable y respetable, que la había tratado con mucha consideración, que era todo un caballero, que tenía un gran futuro, en fin... me puso por las nubes con el viejo; sólo le faltó decirle que tenía un corcel blanco y una brillante armadura, con la que combatía dragones todos los fines de semana. El viejo, por su parte, la escuchó sin decirle ni media palabra, simplemente se dedicó a conducir con la mirada fija en la carretera. Cuando Laura vio que estaba hablando, hablando y hablando, sin que su papá le hiciera el más mínimo comentario, comprendió que el asunto estaba más que perdido. Era evidente que su mamá se le había adelantado. Y es que desgraciadamente, para la mentalidad obtusa de sus padres, no cabía que sus hijas se relacionaran con personas de una condición inferior a la de ellos; su familia no sólo era una familia de médicos destacados, sino una familia de clase alta con un emporio de clínicas, las cuales les generaban ingresos millonarios cada mes. Dentro de su óptica: cualquier tipo que se acercara a sus hijas, si no era un reconocido profesional o empresario exitoso, era un simple y vil trepador; un paria que sólo las buscaba por su dinero y su estatus social.

Cuando llegaron a la casa, don Rodrigo se fue directo a la terraza, ahí se sirvió un whisky en las rocas; Laura —furiosa por la frustración ante el desplante del viejo—, lo siguió y se le sentó en frente, esperando que por lo menos se dignara en darle una respuesta o le hiciera algún comentario; aunque fuese algo negativo, pero que le dijera algo al respecto; así podría tratar de defender su punto. Cuando don Rodrigo vio a su hija menor sentada frente a él, en espera de una respuesta, no se inmutó en lo más mínimo; se quedó viéndola fijo a los ojos, dándole a entender que su reto no le iba a servir de nada; por el contrario, ella, sus hermanas o incluso su esposa, no eran quienes para plantársele como gallitos de pelea; él mandaba en su casa, en sus negocios y en donde putas el dinero y su renombre se lo permitieran. Apuró el whisky y arrojó los cubos hielo en una maceta, luego se levantó con la mirada fija en su hija menor, levantó la mano con la copa vacía y la reventó contra el suelo, rompiéndola en mil pedazos; hecho esto, dio media vuelta y se marchó sin decir ni media palabra. Laura —del susto—, había levantado los pies sobre la silla y se cubrió la cara con las manos, quedando en posición fetal; estuvo así por largo

rato: sollozando, con los ojos cerrados y con la cabeza metida debajo de un almohadón. Ese día en su casa estaban su mamá y sus hermanas, además de Zoraida y doña Luisa, quienes se encargan del servicio doméstico y de la cocina, sin embargo, a pesar de la escena, nadie se le acercó a consolarla.

Para cuando Laura volvió a tocar el tema, lo hizo primero con sus dos hermanas, quienes, más por envidia que por otra cosa, no dudaron en rechazar de plano nuestra relación; ambas —irónicamente, ya que en su momento también fueron víctimas de lo mismo— le argumentaron con los mismos prejuicios de sus padres. Según ellas, Laurita se merecía un mejor partido. Era puras patrañas del par de viejas solteronas y envidiosas pues ya ambas estaban en los treinta y el último vagón del tren mostraba su barandilla en la lejanía. Lo más rescatable fue que a pesar de su rechazo, las dos solteronas no les fueron con el cuento a los viejos; más bien, y a regañadientes —más por la insistencia de Laura, que por otra cosa— aceptaron conocerme.

Nos reunimos un sábado por la tarde, en un restaurante llamado Chips, ubicado detrás del Teatro Nacional. Ese restaurante era punto de encuentro mío y de mis ex compañeros de contabilidad, esto debido que era un local bastante grande y contaba un área al fondo que permanecía generalmente vacía; ideal para reuniones de estudio, citas románticas o reuniones clandestinas; era muy amplio, aunque un poco oscuro en algunas de sus partes; algo bueno o malo, dependiendo del motivo de la reunión. En cuanto a nuestro encuentro con Virginia y Elena, se puede decir que fue una velada no muy relajada, pero que al final de cuentas no resultó del todo mal. Ellas hurgaron descaradamente, desde mi ropa, mi peinado, mis zapatos, mi pasado, mi presente, mi futuro, mi familia, mis trabajos y, por último, pero más importante que el resto: sobre nuestra relación. Creo que lo que buscaban era determinar qué tan lejos estábamos dispuestos a llegar en ese sentido. Ante esto, Laura y yo acordando no soltar una sola palabra sobre nuestros planes matrimoniales. Al final de la reunión, Laura —esperanzada—, les solicitó su apoyo para poder plantearle de nuevo el asunto de nuestro noviazgo ante sus papás, pero Virginia fue categórica al decir con su voz nasal: “a no, eso sí que no, en eso yo no me comprometo, ya sabes cómo es papá. Al rato, Elena y yo, salimos trasquiladas con los permisos para poder salir con nuestros amigos”, un comentario difícil de creer proviniendo de una treintona profesional en microbiología. “Con nosotras no cuenten, es más, si es del caso, Elena y yo nos sabemos nada al respecto. Okey” —sentenció hablando en plural. Elena, que no se había pronunciado y había hablado muy poco durante nuestra reunión, se encogió de hombros cuando Laura y yo, expectantes, la volvimos a ver, esperando su reacción.

“Bueno, bueno, está bien, pero por lo menos, espero que no vayan a echarles

carbón para que rechacen a Leonardo. Okey”, les dijo, Laura, sin ocultar su disgusto. En eso las dos estuvieron de acuerdo y hasta ahí llegó el asunto con sus hermanas, quienes al final de cuentas cumplieron con su promesa de mantenerse al margen cuando la bomba estallara en la casa.

Fue el domingo, estando todos reunidos en la mesa, que por fin Laura se atrevió a hablar.

—Mamá, ¿recuerdas a Leonardo Montiel, el muchacho del que te hable hace unos meses?, el que trabaja en la constructora de don William Muñoz —le preguntó a doña Marielos, mientras le pasaba la espinaca.

—Mmm, si, si creo que me acuerdo. ¿El que te ayudó a cambiar una llanta? ¿Qué pasa con él? No me digas que te lo volviste a topar —le respondió doña Marielos, volviendo a ver de reojo a don Rodrigo.

—Sí, mami, casualmente lo vi ayer y me dijo que porque no íbamos hoy en la tarde al cine. Yo le dije que sí, que me encantaría. Y en eso quedamos. Hoy en la tarde voy a salir con él ¿Qué les parece? —preguntó Laura, sin despegar la vista de don Rodrigo y sin soltar la ensaladera, que su madre jaló con fuerza, a penas la escuchó.

—¿Es una broma o es en serio? Ese asunto ya había quedado claro, ¿o no? —espetó el viejo, levantando su mirada del plato y clavándola directa y fulminante en el rostro de Laura.

—Es en serio, papi. Pero no se preocupen; sólo vamos a ir al cine como amigos, no es una cita formal. Incluso, vamos a salir junto con unos de mis compañeros de la U que yo le había presentado a Leonardo hace un tiempo. Ya la vez pasada me quedó bien claro que no es una persona adecuada para mí, pero eso no quiere decir que no pueda ser parte de mi círculo de amistades —le respondió Laura al viejo, tratando de justificarse y manteniéndole la mirada con la mayor serenidad que le fue posible.

—Mmmm, no me parece que le haya quedado claro. Si no, no vendría con ese cuento chino —gruñó el viejo, mientras volvía a ver a su esposa.

—Laurita, creo que no escogiste el mejor momento para tocar ese tema; mira que estamos a la mesa. Nos vas a hacer pasar un mal rato y nos puede a caer mal la comida —suplicó doña Marielos.

—No se preocupen; les aseguro que es una “simple salida al cine”. No es para tanto. Tranquilos, no va a pasar de ahí —replicó Laura, tratando de bajar la tensión.

Para sorpresa de Laura, don Rodrigo no hizo una escena de cólera, como las que comúnmente hacía en situaciones de este tipo, sin embargo, el resto del almuerzo, las únicas que comieron con toda normalidad fueron sus hermanas, que insólitamente, para ese momento, habían perdido la capacidad de hablar,

moverse e incluso casi que de respirar.

Lo que Laura, sus hermanas y su mamá, no sabían en ese momento, era que lo que frenó al viejo de reventar como un polvorín, no fue un ataque extraño de sensatez, sino una úlcera gástrica que ya estaba dándole pelea por sus desordenes en la comida y el estrés de los negocios. Según el viejo, la tenía controlada y oculta de su familia, pero no podía exaltarse demasiado, pues si lo hacía, rápidamente se le manifestaba con un ardor corrosivo e insoportable en el estómago. Bueno, lo cierto es que el asunto no pasó de ahí, por lo que, a eso de las cinco de la tarde, Laura, para sorpresa de todos, pudo salir tranquilamente de su casa, sin recibir ningún comentario de parte de sus padres.

Habíamos acordado que antes de ir al cine nos encontramos en Chips, donde ella me pondría al tanto de lo que había sucedido durante el almuerzo. Y así fue.

Las semanas siguientes continuamos saliendo, sin que Laura diera explicación alguna de para dónde iba, ni con quién. Lo que queríamos era que su familia diera por sentado que estábamos empezando a salir; todo a pesar de su oposición. Para asegurarnos de eso, recurrimos a Zoraida y a doña Luisa. No resulto difícil, Laura sólo les hacía comentarios muy sutiles sobre sus salidas, los cuales, estábamos completamente seguros, que en primera instancia llegaban a oídos de su mamá y por ende a los del viejo (cuando me refiero a don Rodrigo como “el viejo”, lo hago a título personal; lógicamente Laura no se expresaba así de su muy querido, aunque mal humorado, “papito”). Así pasamos tres meses, esperanzados en que con esas pequeñas gotitas de apoco se fuera llenado el vaso. Cuando ya estuvimos completamente seguros de que su familia sabía de lo nuestro, y no habían hecho nada al respecto, consideramos que era tiempo de dar el siguiente paso: pedir la entrada a la casa.

En esta oportunidad, Laura fue, directo al grano:

—Hoy voy a salir con Leonardo y seguro vengo tarde —les dijo un viernes cuando iba saliendo de la casa y estaban sus papas sentados en la sala de televisión.

—Por cierto, papi, me dijo Leonardo que mañana quiere venir a hablar contigo. En la tarde vamos a salir y a eso de las siete va a venir a pedir la entrada. Chao, nos vemos. —y salió, que le temblaban las piernas, sin darles tiempo a sus progenitores de articular ni media palabra.

Al día siguiente, por fin era mi turno de dar la cara ante los viejos. Después de todo, durante todos esos meses Laura había sido la única en abogar por nuestra relación ante su familia. Ese sábado, Laura pasó una mañana misteriosamente tranquila en su casa; los cuatro desayunaron con toda naturalidad y sin mencionar en ningún momento el asunto. Confiada, salió antes de medio día de su casa y en cuestión de diez minutos ya estaba frente a la mía,

pues mi mamá, como lo hacía a menudo, la había invitado a almorzar.

Después de comer, hablar un rato y tomar el postre, salimos todos juntos a hacer algunas compras y para cuando regresamos a dejarlos, ya eran como las seis y media de la tarde, lo que nos daba tiempo suficiente para llegar a su casa.

Cuando llegamos a la urbanización, al pasar por la caseta de vigilancia, uno de los oficiales le informó a Laura que su familia había salido, y que según le indicaron, iban a llegar bastante tarde; por lo que le recomendaron que no los esperara despierta. En efecto: cuando llegamos a su casa, misteriosamente Zoraida y doña Luisa tampoco estaban, por lo que la residencias estaba completamente desierta; definitivamente era un hecho que su familia no iban a regresar temprano. Esa noche, en la lujosa mansión de mis suegros, no pare de cuestionarme si realmente era correcto seguir con nuestra relación o si, por el contrario, debíamos de desistir y dejar que sus papás se salieran con la suya. Sobre todo, porque al conocer su casa, había quedado impactado ante la diferencia tan grande entre su estilo de vida y el mío. Para empezar: la residencia de los Montoya Guillen estaban ubicada en una urbanización completamente cerrada, “Real Audiencia” se leía en la entrada. Tenía una caseta de vigilancia que contaba con dos oficiales por turno, los cuales estaban armados con escopetas, pistolas, esposas, radios de comunicación. Cuando llegamos al frente —un terreno de unos cien metros de ancho y unos ciento setenta y cinco de fondo—, el jardín de la residencia parecía una postal, con hermosos rosales de diferentes colores, los cuales estaban esparcidos por todas partes —fruto seguramente de un esmerado trabajo por parte del jardinero—; en el puro centro del jardín había una gran fuente donde un trío de peces tiraba agua por la boca. No estaban lomo contra lomo sino de frente, pero a diferentes alturas, formando un triángulo, lo que hacía que los chorros de agua se entrecruzaran sin chocar nunca entre sí. Ya en la cochera se veía que cabían perfectamente los cuatro carros de la familia y hasta sobraba campo; la casa era de dos plantas, con un amplio balcón al frente y una terraza en la parte trasera que daba a la piscina. Al contar la casa con grandes espacios laterales, se la podía rodear y pasar del jardín al patio sin ningún problema. Ahí fue donde el jardinero se lució por lo más alto, ya que, al contrario del frente, que me pareció bastante formal, la parte de atrás de la casa era sumamente exótica y paradisiaca; había varios tipos de heliconias, como aves del paraíso, gingers, bastón de emperador; además había árboles de regular tamaño, de los cuales colgaban todo tipo de parásitas. Si el recorrido por el exterior me dejó anonadado, cuando por fin entramos a la casa, la cosa fue aún más impactante. El living tenía una alfombra color terracota, tan gruesa que los zapatos se hundían como si uno estuviera caminando sobre zacate bermuda. Toda la planta baja estaba llena de pinturas, esculturas y gravados (lo que el

viejo tenía en el primer piso era practicante una galería de arte, ni más ni menos). Había obras de Rafa Fernández con sus mujeres misteriosas, Isidro Con Wong con sus paisajes puntillistas y César Valverde, entre otros; además de varias esculturas y grabados. Una cosa que me llamó tremendamente la atención fue una secuencia de fotográficas de la ciudad de Nueva York que estaban repartidas conforme uno subía la escalera que llevaba al segundo piso; todas eran en blanco y negro y se notaba que eran de gran calidad —posiblemente de algún fotógrafo reconocido—. En cuanto a la habitación de Laura, estaba decorada con motivos marinos, incluidos dos hermosos cuadros al óleo, uno de un pequeño pueblo de marineros y el otro de la famosa fragata Sarmiento, anclada en el puerto Madero en Buenos Aires. Una pieza que me dejó boquiabierto fue la hermosísima lámpara que ocupaba un gran espacio en su mesita de noche: era un pequeño faro empotrado en unas rocas que se desbordaban de la mesita y simulaban un acantilado; contaba con todos los detalles que uno pueda imaginarse de un faro real, pero a pequeña escala; era, al igual que todos los demás “adornos”, una verdadera obra de arte. Después de que me mostró su habitación, pasamos a las de sus hermanas, y para mi sorpresa, también estaban decoradas con temas marinos. No aguante la curiosidad y le pregunté a que se debía y ella, con toda naturalidad, me explicó que su mamá era fanática de la decoración, por lo que, en promedio, cada tres o cuatro años, hacía un cambio total de las habitaciones del segundo piso, eliminando todos los muebles, cuadros y demás decorados. Así podía montar unos nuevos con temas específicos; esta última vez el objetivo era darle un aire “oceánico” a las habitaciones, puesto que la decoración anterior, estilo alpino, no le agradó a ninguna de sus hijas. Me comentó que el único lugar que decoraba con la intervención de su papá era la alcoba matrimonial, ya que su padre siempre buscaba el estilo ibérico, y que el primer piso y el estudio, eran prácticamente intocables. Eso fue algo que quedaría evidenciado cuando llegáramos al estudio del viejo, habitación, que, sin exagerar, era un templo al arte taurino, al punto de que, al ser ovalada, simulaba una plaza de toros con todo y un pequeño burladero; sitio tras del cual lo que había era un pequeño bar con toda clase de licores. En las paredes había carteles de programas taurinos en los que aparecían: Manolete a la derecha, El Cordobés a la izquierda, y el famoso y legendario Palomino en el centro, de manera tal que cuando uno entraba en la habitación, lo primero que veía era al Palomino, espada en mano, apuntando exactamente en dirección a al respaldar de la gran silla, que para rematar estaba forrada en cuero de vaca. Las paredes tenían intercaladas entre los libreros, banderillas, muletas, sombreros, además de un traje de luces montado sobre un armazón. Claro... de todas las cosas, la que más me exacerbó, al punto de sentir un escalofrío a lo

largo del espinazo, fue la espada que pendía de un delgado cable de acero, ubicada justamente sobre la silla del escritorio. Era evidente, el viejo —loco como sólo él—, hizo una versión doble de la espada de Damocles: la litográfica con el Palomino en la espalda y una muy, muy gráfica con la espada que colgaba del techo. Todo estaba meticulosamente ordenado en su simulacro de redondel, que, para su deleite, bautizó con el sugestivo mote de “El tercer tercio”. Según me explicó Laura, si la espada caía —cosa poco probable, pues estaba muy bien sujeta con el cable metálico— mataría al viejo loco de su papá, como a un toro de lidia. De mi parte: lo que yo interprete de esa excentricidad de su papá, fue que el viejo trataba de dar un claro mensaje. Un mensaje, en el sentido de que no estaba dispuesto en ceder su lugar o estatus, a nada ni a nadie. Ese era su reino, su dominio, su mundo, su universo criollo de lujo y de confort.

Bueno, pero volviendo a la habitación matrimonial, en esta oportunidad sus padres pretendieron recrear el estilo granadino. Y en efecto, entrar en esa habitación fue como entrar en la Alhambra. Los arcos, las cortinas, las columnas, los grabados —incluida una copia de gran tamaño del árbol de la vida—, los azulejos y las lámparas exóticas que evocaban los cuentos de las mil y una noches. En el fondo —subiendo unos peldaños—, había una amplia cama con almohadones y cortinas de seda, sobre la que pendía una lámpara de gran tamaño, que al encenderla —y apagar las demás luces de la habitación—, reflejaba en el cielo y en las paredes imágenes como de constelaciones, dándonos la sensación de estar mirando el cielo en una estrellada noche de verano. A la derecha de la cama estaba el cuarto de baño, que incluía un yacusi vigilado por tres leones de mármol y coronado por una falsa cúpula con figuras geométricas de complejos diseños. Atónito ante tantos muebles y detalles, le pregunte a Laura que hacían todas las cosas cuando hacían esas remodelaciones y ella, como algo a lo que estaba de lo más acostumbrada, me dijo que los decoradores se llevaban las mejores piezas como parte del contrato y que para las demás, simplemente, su mamá llamaba a los del Ejército de Salvación para que vinieran por ellas. ¡Así de simple! En un camión de mudanzas se iban todos los muebles y demás adornos que los decoradores no consideraban valiosos.

Después de dar un recorrido por toda la planta alta, bajamos a la cocina para buscar algo de comer (desfile de modas de línea blanca última generación); ahí, frente a su refrigerador de tres puertas, fue donde empezamos lo que sería nuestra pequeña fiesta. Ya que su familia nos había dejado vestidos y alborotados, no nos quedaba más remedio que cobrar venganza; así que nos desvestimos y desalborotamos por toda la casa, al punto que terminamos haciendo el amor a la orilla de la piscina, ahí, justo en medio de su hermoso y exuberante jardín tropical nos tomamos el whisky etiqueta negra edición especial

que guardaba su papá para ocasiones especiales. Dios guarde su familia hubiese llegado temprano ese día; nos habrían cachado en trajes de Adán y Eva correteando como duendes entre las enredaderas, mientras nuestras ropas decoraban las lámparas, las escaleras, los pasillos y hasta las valiosas esculturas que el viejo atesoraba con recelo en la primera planta de su mansión.

A las once de la noche, después de acomodar todo lo que habíamos desordenado —tarea que nos dio bastante guerra—, Laura me acompañó hasta la caseta de vigilancia y ahí nos despedimos con full beso delante de los oficiales de seguridad (por aquello de los testigos anónimos). De ahí a mi casa no era un trayecto muy largo por lo que decidí caminar a lo largo del hermoso boulevard que comunicaba Lomas de Ayarco con Curridabat centro; paraje que estaba decorado con hermosos robles de sabana, que para esos días lucían sus delicadas y elegantes flores rosadas; sabiendo además que eso me daría tiempo para que se me terminara de bajar el costoso whisky de mi suegro —que para ser franco no era de mi agrado, pero que terminé saboreando como una revancha ante su arrogancia de no recibirme en su elegante y suntuoso, Palacio Imperial.

Cando llegué a la humilde morada de mis padres, no pude conciliar el sueño al ver lo difícil que estaba resultando todo el asunto. Fue una madrugada larga y amarga, llena de sobresaltos y llena de dudas, dudas y para que no me hiciera falta: más dudas. Era casi imposible de creer que una princesa como Laura Montoya estuviera decidida a dejar todo ese lujo y comodidad por un “saca cuentas” como yo.

Me gustaría decir que los días siguientes se nos ocurrió algo mejor, y decir con orgullo que por fin logramos que yo hablara con su papá para que me diera la entrada, pero no fue así. Fue todo lo contrario. Tanto así que llegamos a concebir una idea bastante disparatada. Idea que al final de cuentas nos traería funestos resultados.

El miércoles siguiente, pasado medio día, don Eddy Solano, muy afligido, llamó al consultorio del doctor Montoya pidiendo una cita. Le dijo a la secretaria que le urgía que lo atendiera el doctor Montoya, e incluso —para ser más convincente—, le indicó que tenía una fisura anal que lo estaba matando, por lo que le urgía que le programara la cita lo más pronto posible. Ante la insistencia de don Eddy Solano, la jovencita busco como hacer un hueco en la apretada agenda del afamado proctólogo, quedando la misma agendada para el jueves a las ocho y treinta de la mañana en la nueva clínica, la de la Florida de Tibás.

Era una estrategia de mercadeo que el doctor Montoya atendiera a sus pacientes en las nuevas instalaciones, mientras que Virginia, por su parte, instalaba y consolidaba el servicio de laboratorio. La clínica yo ya la conocía desde que tuve la oportunidad de ver los planos y la maqueta, además de que

también había ido al lugar en una o dos oportunidades para el pago de la nómina. Sin embargo, ya terminada, equipada, y en pleno funcionamiento, era totalmente otra cosa. Los servicios de laboratorio, emergencias e imágenes estaban en el primer piso, mientras que los consultorios de especialidades médicas en el segundo piso. Así, apenas llegué, subí al segundo piso, esperando no toparme en la planta baja con Virginia —si ella me veía, todo se podía echar a perder—; la secretaria me indicó que el doctor estaba por llegar, ya que era sumamente puntual y empezaba a tender exactamente a las ocho y treinta. Tengo que admitir que mientras esperaba al viejo, estaba más nervioso que una gallina en fiesta de zorros; a las ocho y veinte lo vi subiendo las escaleras y se me puso la piel como dije: de gallina; no podía ser otro: alto, flaco, con cara larga y un cierto aire que me recordaba a Laura y sus hermanas; pasó frente a mí y me dio muy amablemente los buenos días; a los diez minutos exactos sonó el teléfono y la joven —para mi pesar— me indicó que el doctor ya estaba listo y de inmediato me iba a atender. Que por favor pasara adelante. Me levanté pesadamente del sillón y agarrando fuerzas de donde no tenía, tomé el pomo de la puerta y según lo indicado: pasé adelante.

—Buenos días, don Eddy, tome asiento —me indicó el viejo, mientras escribía algunos datos en lo que supongo era mi nuevo expediente. O más bien el de Eddy Solano.

—Buenos días, don Rodrigo —le respondí, mientras le extendía la mano para saludarlo, a lo cual él respondió levantándose ligeramente del asiento. Ahí pude sentir su mano delgada pero vigorosa, la cual esperaba, y le pedía a Dios, no terminara propinándome una trompada al cabo de unos pocos minutos.

—Me contó mi secretaria que tiene un problema con una fisura. Créame, realmente no era necesario darle mayores explicaciones, con que le indicara que se trata de una emergencia, ella con gusto le hubiera ayudado. Sofía tiene órdenes de ayudar a los pacientes cuando se trata de emergencias —me aclaró mientras continuaba con sus anotaciones.

—Pues vera, don Rodrigo, precisamente por ahí es por donde tengo que empezar: Primero que nada: ni nombre no es Eddy Solano y que yo sepa no tengo ningún problema de salud que requiera de su ayuda. Lo que me trae a su consultorio es un asunto personal —le dije, esperando su reacción inmediata, la cual como era lógico, fue parar de escribir y levantar la mirada con desconcierto.

—¿A qué se refiere? —me preguntó, ahora sí con cierta aspereza.

—Mi nombre es Leonardo Montiel, don Rodrigo. Yo soy el novio de Laura —le respondí, conteniendo la respiración.

Apoyó las dos manos en el sobre del escritorio y se inclinó levemente hacia adelante.

—Conque usted es el tal Leonardo con el que está saliendo Laura. Debí de haberlo sospechado... que terminarían haciendo algo así. Era lo más lógico. Los tipos como usted siempre terminan haciendo alguna insensatez con tal de lograr lo que buscan— me espetó el viejo, sin mayores rodeos, con voz desabrida.

—Disculpe, don Rodrigo, pero creo que está emitiendo un juicio sin siquiera conocerme, y eso resulta injusto de su parte —le reclamé, tratando de manejar la situación con diplomacia, pero firme a la vez.

—Vea, jovencito. Yo no necesito conocerlo para saber sus verdaderas intenciones. Los de su clase, todos son unos trepadores. Si fuera un buen partido para mi hija con mucho gusto lo hubiera recibido en mi casa, pero es evidente que usted y su familia no están a nuestro nivel. Yo con su edad ya había sacado mi especialidad y estaba forjando un nombre de prestigio dentro de la comunidad médica —me escupió en la cara levantando paulatinamente la voz, mientras se levantaba y caminaba hacia la puerta, la cual abrió como indicación de que abandonara de inmediato su consultorio.

—Disculpe, don Rodrigo, pero no pienso irme hasta que usted tenga por lo menos la decencia de escuchar lo que tengo que decirle —le respondí, tratando de contenerme ante su prepotencia y grosería (viejo cabrón).

—Si lo quiere hacer de la forma difícil, es su decisión. ¡Por mí no hay problema! —Dijo cerrando la puerta y tomando asiento nuevamente, mientras levantaba el teléfono—. Sofía, hágame el favor y llama a seguridad —le ordenó a su secretaria y luego colgó el auricular mientras se reclinaba sobre su asiento—. Tiene tres minutos para decir lo que tenga que decir; después de eso espero que salga de mi clínica y no vuelva a poner un pie ni siquiera en la recepción. A menos de que esté dispuesto a asumir las consecuencias —me amenazó con un gesto de superioridad dibujado en su rostro, esto mientras se sujetaba el abdomen con la mano.

—Qué pena, don Rodrigo, realmente no esperaba una reacción tan grotesca de su parte. Mi esperanza era que pudiéramos hablar como dos caballeros. En fin... si las cosas son así, no me queda más remedio que ir al grano sin mayores consideraciones. Primero que nada: Laura y yo tenemos un noviazgo desde hace ya varios meses, eso usted lo sabe perfectamente desde el día en que ella trató de contárselo, luego de que fueron a dejar a doña Úrsula al aeropuerto. Segundo: para sorpresa suya y de su familia: Laura y yo ya estamos comprometidos y planeamos casarnos en cuestión de meses; esperábamos primero contar con su aprobación, pero como veo que eso no va a suceder, no me queda más remedio que informarle a respecto, sin importar si usted está de acuerdo o no —le argumente ya bastante molesto, pero tratando siempre de guardar la compostura. Después de todo, por más vil, arrogante y despreciable que me resultara, don

Rodrigo era el papá de Laura y no podía faltarle al respeto—. Y tercero...

El viejo se llevó la otra mano al estómago y cuando estaba a punto de interrumpirme, la puerta del consultorio se abrió y apareció un tipo con uniforme de seguridad, como de metro noventa, corpulento hasta decir basta y con cara de pocos amigos.

—Buenos días, don Rodrigo. Me dijo Sofía, que tiene un problema. ¿En qué le puedo ayudar? —preguntó el mastodonte con voz ronca.

—Necesito que escolte a este señor fuera de mi oficina y lo acompañe hasta que este fuera de las instalaciones de la clínica —ordenó el viejo mientras hacía una mueca de malestar y desprecio, tomándose el estómago con ambas manos.

—Claro que sí, don Rodrigo. De inmediato —respondió el oficial, parándose a un costado de mi silla. Yo, por mi parte, me puse de pie y me dirigí hacia la puerta sin esperar un segundo movimiento del viejo, y mucho menos del vigilante.

—Bueno, don Rodrigo. Lamento mucho haberlo incomodado. Realmente no era mi intención. Que tenga muy buenos días —le dije con todo el aplomo que me fue posible demostrar, mientras salía casi corriendo del consultorio.

—Una cosa más: por favor, asegúrese de que el caballero pague la consulta. No es justo que además de perder el tiempo, también tenga que perder mi dinero —ordenó el viejo al vigilante, mientras abría un frasco y se echaba un par de pastillas a la boca.

—Sí señor, como usted lo indique —respondió el bebé de mamut mientras cerraba la puerta del consultorio—. Ya lo oyó señor, primero le paga a la señorita y luego me acompaña.

Francamente me quede sin palabras. ¡El viejo desgraciado tuvo el descaro de hacerme pagarle la consulta!; eso sí era el colmo de la pedantería; el pináculo de la prepotencia y el despotismo. Ese día me di cuenta de la clase de persona con la que me iba a tener que enfrentarme en el futuro; y para ser franco me dio bastante temor; realmente no sabía que más podía esperar de un tipo tan miserable como don Rodrigo Montoya.

Claro, si la conversación con el viejo fue desagradable, lo que pasó después resulto aún peor. Después de que pagué la consulta me dirigí a las gradas siempre acompañado del nieto de King Kong, y para mi sorpresa, cuando iba por la mitad vi a Virginia que venía subiendo los escalones a toda prisa; ella me reconoció, pero no acató a saludarme, sólo puso cara de sorpresa y continuó apresurada, gradas arriba. Para cuando estábamos cruzando la puerta principal, la secretaria de don Rodrigo, venía bajando las gradas a toda prisa:

—¡Ban, Ban, deténgalo, deténgalo, algo le hizo a don Rodrigo, algo le hizo a don Rodrigo, no lo deje que se vaya! —gritó como loca.

Yo, cuando oí a la tipa esa gritándole al tal Ban Ban que no me dejaran ir, entré en pánico pensando en que al viejo le había pasado algo, así que, sin pensarlo dos veces, y antes de que el mastodonte entendiera lo que estaba pasando, eché a correr por media calle como alma que llevaba el diablo. Cuando el mellizo de Rambo entendió lo que pasaba, yo ya le llevaba como quince metros de ventaja. Al cabo de dos cuadras, volví a ver hacia atrás y para mi sorpresa el tal Ban Ban todavía seguía corriendo detrás de mí, sin embargo, ya le llevaba como cincuenta metros de ventaja y se veía que estaba ya casi fundido del esfuerzo. Al llegar a la siguiente esquina, doble a la derecha, y para mi sorpresa había una bajada sumamente pronunciada, así que continué dando grandes zancadas. Al llegar a la parte más baja volví a ver hacia atrás y puede ver el preciso momento en que el mastodonte se tropezaba con sus propios pies y daba múltiples tumbos hasta quedar tendido e inmóvil, incrustado en la cuneta. Durante un momento me detuve y al ver que el tipo no se movía seguí corriendo ahora más despacio, hasta que llegué a una parada de autobuses y tomé el primer autobús que pasó con rumbo a San José centro.

Al llegar a mi casa, después de una hora, aún tenía el corazón en la boca. No sabía que había pasado con don Rodrigo ni con el guarda de seguridad; en ese momento pasaban toda clase de pensamientos por mi mente. No sabía si estaban vivos o muertos; pensaba que en cualquier momento iba a llegar una patrulla a mi casa y me iban a llevar preso por haber matado al viejo y al oficial de seguridad. En el transcurso del día le puse a Laura como veinte mensajes en el biper, sin respuesta alguna de su parte. Fue hasta las nueve de la noche que por fin sonó el teléfono de mi casa. Gracias a Dios era Laura; me dijo que no me había podido llamar por todo el lio que se armó en la clínica y también en su casa. Fue todo un caos: Cuando Virginia recibió la llamada de la secretaria, indicándole que su papá estaba tirado en el suelo, ella subió como loca y en efecto: lo encontró tendido sobre la alfombra del consultorio retorciéndose como un gusano. Al principio el viejo no tenía fuerzas ni para hablar; el dolor lo tenía encorvado; lo único que alcanzó a decir fue que todo era culpa de Laura y del tipo ese con el que andaba. Cuando Virginia lo escuchó, pensó que habíamos tenido una discusión y que seguramente yo había terminado atacando al pobre viejo; por eso le pidió a Sofía que le ordenara a Ban Ban que no me dejaran salir del edificio.

Gracias a Dios, después de que Virginia empezó a revisar al viejo, de inmediato se dio cuenta de que no había sido agredido, sino que presentaba un dolor abdominal cuyo origen no tenía nada que ver con una agresión física. Una vez que llegó Laura, lo primero que hicieron fue ordenar una batería de exámenes: sangre, orina, heces y por supuesto no pudo faltar una gastroscopia, a

la cual el viejo siempre se opuso obstinadamente. Sobra decir que por más que pataleo y berrinche que hizo, sus hijas ya lo habían catalogado como lo que era: un paciente problemático, por lo que no tuvieron reparo en revisarlo de pies a cabeza. Ese día hicieron de todo hasta obtener una respuesta a su problema de salud. Después de que descubrieron que el viejo tenía una úlcera gástrica y un problema de hígado graso, Virginia fue la primera en reconocer que el desafortunado encuentro que tuvimos don Rodrigo y yo, fue una bendición para su familia, ya que era evidente que su padre les estaba ocultando su problema de salud y lo iba a seguir haciendo hasta que le estallara la panza en mil pedazos; eso primero antes que reconocer que a una persona de su carácter, de su fortaleza y de estatus social lo pudiera afectar una enfermedad tan insignificante (ya saben “casa de herrero cuchillo de palo”), el viejo no estaba dispuesto a perder tiempo en su salud si tenía asuntos más importantes que atender: como lo eran su nueva clínica en Tibás, las de las otras provincias y las inversiones millonarias con su agente de bolsa.

Cuando las aguas volvieron a su cause, todo parecía indicar que nuestra suerte ya estaba echada; sin embargo, a Laura y para mí se nos presentaría un último acontecimiento antes de que pudiéramos llegar a concretar nuestro enlace matrimonial. Esta vez la idea descabellada, o mejor dicho la idea infame, siniestra y retorcida vendrían de la acera de enfrente. Don Rodrigo, como último recurso de su parte, ideó una elaborada y malvada trampa en la cual esperaba hacernos caer. Especialmente a mí.

5. Leonardo Montiel llama a casa

Se puede decir que la salida a bailar estuvo bien, si de bailar se trataba el asunto, ya que el amigo de Edison, Claudio Flores, resultó ser todo un prodigio en la pista de baile. Bailaba maravillosamente: salsa, merengue, bachata y para rematar, el famoso swing criollo costarricense, que lo dominaba como toda una rata de salón — en el buen sentido de la palabra—. Ahora bien, si de romance estamos hablando, Alexa podría haberle puesto a la cita un puntaje de menos tres. Resulta que el muy simpático y agradable de Claudio Flores, resultó ser un aspirante a seminarista que tenía como principales temas de conversación sus aventuras como monaguillo, catequista, miembro de la pastoral juvenil, cantante del coro de la parroquia, y, por último: experto en rosarios cantados. Todo esto estaba muy bien y a Alexa le encantó todo lo que conversaron, pero había tres cosas que al final de la noche le quedaron bien claras. Primero: que Edison andaba buscando a alguien que le ayudara a su amigo a descubrir si realmente tenía pasta para sacerdote y había pensado en ella (cosa que no le agrado para nada), segundo: que por más agradable y simpático que resultó ser Claudio, él, definitivamente no tenía la chispa que ella buscaba en un hombre, y tercero: que era un hecho, más que demostrado, que las citas a ciegas son la forma más abominable que se ha inventado para encontrar pareja. Lo bueno fue que por más bromas y comentarios que le hizo Edison, tratando de que Claudio se animara a algo más que bailar con Alexa, el aspirante a sacerdote no mostró más que un sano y legítimo interés por pasar con ellos una noche agradable y relajada.

Desafortunadamente, como pasa algunas veces, después de una noche tranquila, las cosas pueden cambiar súbitamente. Los optimistas dicen que después de la tempestad viene la calma, mientras que los pesimistas, por el contrario, dicen que después de la calma viene la tempestad. Y así fue como sucedió. El domingo Susy llamó a Alexa demasiado temprano como para que fueran buenas noticias. Resultó que cuando Edison llevó a Susy a la casa, encontraron a doña Etna desvelada, no porque los estuviera esperándolos, ya que confiaba plenamente en ellos, sino porque estaba con un dolor insoportable en una pierna que no la había dejado pegar los ojos en toda la noche. La pierna la traía inflamada desde hacía ya varios días, pero esa noche el dolor era

insoponible, por lo que ambos optaron por llevar a doña Etna a la sala de emergencias del San Vicente Paúl. Así le podrían hacer un buen chequeo para determinar hasta donde llegaba el problema.

El diagnóstico: Trombosis venosa profunda, cuadro que amerita tratamiento inmediato con anticoagulantes, además de un reposo estricto en cama con la pierna elevada y algunos otros medicamentos, esto hasta superar la etapa crítica. Dicha etapa tardó poco más de una semana, sin embargo, doña Etna quedó sumamente afectada, al punto de que requería de mucha ayuda para hacer cosas tan elementales como bañarse, mudarse, y por supuesto, moverse.

Para cuando la salud de doña Etna se estabilizó —porque del todo no se resolvió el asunto—, ya habían transcurrido varios días. Fue un miércoles de poco trabajo en que Susy empezó a buscar información sobre la generación del 83 del Colegio de Curridabat. Ahí descubrió que don Leonardo no formaba parte del grupo de facebook, pero fue un buen hallazgo ver que Marcela Solano, la mejor amiga de doña Carmen en el colegio, si formaba parte del grupo; desgraciadamente tenía ya muchos años de radicar en Minnesota y no fue posible contactarla. Revisaron perfiles, mandaron invitaciones de amistad a todos los del grupo, pero después de ahí no recibieron respuesta alguna. Estaba claro que era un grupo bastante cerrado.

El asunto se fue aclarando mediante “un nuevo giro en la investigación”; todo gracias a que Susy contactó a una amiga que trabajaba en una protectora de crédito. Por medio de ella obtuvieron toda clase de datos sobre don Leonardo y su familia (se podría decir que más de la cuenta). Sus dos apellidos, dirección exacta, el nombre completo de su esposa, de sus hijas, de sus papás, sus bienes, la historia de sus créditos y un largo etcétera, en el cual sólo faltaba el nombre de su perro (si lo hubiese tenido).

Dotadas con toda esa información y gracias a la agotadora insistencia de Susy, decidieron violar la promesa de espera seis meses para abrir el siguiente paquete. Así, ese día acordaron abrir la cajita número 2-1 y el sobre 2-2.

—Bueno, Susy. Empecemos —dijo Alexa—. Pero invirtamos el orden. Primero yo abro el sobre y luego tú abres la cajita. ¿Sí?

—¡Sí, sí de acuerdo! Como tú digas —suplicó Susy, impaciente, mientras secaba el sudor de sus manos en los regazos de su pantalón.

—Hecho —le respondió Alexa, mientras apretaba la lengua con los labios, tratando de no dañar el contenido.

Después de abrir el sobre Alexa, extrajo otro sobre blanco con una tarjeta adentro. La tarjeta se veía que no era nueva, al contrario, era una tarjeta que, a pesar de estar muy bien conservada, emanaba por todos lados que tenía un chorro de años encima. ¡Quién sabe cuántos!

—Amar es: pensar en ti cuando estoy lejos —leyó Alexa en vos alta, y se veía una muñequita con una maleta, abordando un avión.

—¿Qué raro? Es sólo una tarjetita; no tiene nada escrito —comentó Susy.

—Sí, Susy. Creo que esta tarjeta se le debe de haber dado mi mamá a don Leonardo y él la guardó durante todo este tiempo. Es más: ¡estoy segura!

—¿Por qué? —preguntó Susy.

—Porque mi mamá fue a pasear a Estados Unidos cuando estaba en el colegio. Ahí visito a doña Carolina, una tía suya que vivía en el estado de la Florida. Eso tiene que haber sido como en el ochenta y dos, sino me equivoco.

—Mmmm... bueno, pero eso no nos ayuda en nada ¿O sí? —preguntó Susy, desorientada, mientras echaba mano a la cajita 2-1 y la empezaba a abrir.

—Supongo que no mucho, pero veamos si con esta otra tenemos más suerte.

Susy también se tomó su tiempo para no estropear nada y apenas abrió la cajita hizo una cara hípercubica de asombro. — ¿Qué es esto? No entiendo. Parece un juguete de los que dan en la Mc Donald's, ¡Que cansado con don Leito y sus misterios! —reclamó.

Alexa tomó el aparatito que era verde olivo hasta la mitad, con unas rueditas por debajo y una perilla a un costado para la cuerda, luego continuaba redondo en la parte superior con plástico color metal o emulando cromo, en cuya parte superior parecía haber una pequeña escotilla. Le dio cuerda al juguetito y lo puso sobre el mostrador. La pequeña maquinita empezó a rodar en círculos, y justo después de la segunda vuelta, antes de parar, la escotilla se abrió y de ella brincaron la cabeza y el dorso de un pequeño alienígena con grandes ojos y un cráneo bastante alargado. Algo así como ver una tortuga.

—¿Qué es eso? —preguntó Susy, arrugando la cara, sin entender de lo que se trataba.

Alexa esbozó una gran sonrisa de oreja a oreja y empezó a aplaudir emocionada, mientras que al mismo tiempo le brillaban los ojos. — ¿No ves, Susy? ¿No ves? ¡Es E.T.! ¡El Extraterrestre! ¿No lo reconoces? —le dijo a Susy, conmovida. ¡Mi mamá tiene que habérselo traído a don Leonardo como un recuerdo de su viaje a los Estados Unidos! ¿Entiendes?

—¡Ah... ya! ¡Sí, sí, ya entiendo! —exclamó Susy por fin y empezó también a aplaudir (aunque no entendía ni media palabra de lo que decía Alexa). ¡Qué loco don Leonardo! ¡Guardó el muñequito por más de treinta años! ¡No lo puedo creer! ¡Esta sólo don Leonardo!

—¡Y mira esto! —agregó Alexa, mientras sacaba de la cajita una tarjetita que decía: “L.M. Phone Home” — ¡Que tierno! ¡Es su forma de decirle a mi mamá que quiere hablar con ella! —conjeturó Alexa, emocionada.

—Sí, ¡qué bueno! Pero al final de cuentas no nos aporta mayor información.

¡Es sólo una frase! ¿O no? —refunfuño Susy de sopetón, cortándole la emoción a Alexa, pues nunca había tenido la oportunidad de ver la película. Alexa, por su parte, si la había visto y sabía lo que significaba, por lo que le agradó muchísimo el detalle.

—Espera un momento. Creo que en el fondo de la caja hay un papel. Déjame ver... ¡Sí, sí! Es una hoja.

Alexa sacó del fondo de la caja una hoja tamaño carta, doblada meticulosamente en cuatro.

“Supongo que nunca has visto E.T. —empezaba diciendo don Leonardo, aunque estaba equivocado, pues Alexa, al ser cinéfila, se la pasaba alquilando películas—. Pues te recomiendo que la veas. Fue hecha por Steven Spielberg en 1982. Es una linda historia y para mi representa mucho. No sólo por su hermoso mensaje, sino porque fue parte de las cosas que tu mamá y yo disfrutamos en aquella hermosa época, cuando éramos novios en el colegio de Curridabat. Veras Alexa: tu mamá tuvo la oportunidad de que tu tía abuela, Carolina, la invitó a pasar sus vacaciones de fin de año con ella, allá en Orlando. Supongo que te lo ha contado ya montones de veces. Ahí fue cuando visito los Estudios Universal y me compró este hermoso juguetito. Me lo dio junto con una fotografía suya en la que aparecía recostada a una baranda nevada, que supongo era la escenografía de alguna otra película. Desgraciadamente, cuando terminamos, me pidió que le devolviera la fotografía: Ya sabes... nos devolvimos los peluches como dicen. Decisión que por desgracia me dejó sin una sola imagen con la cual pudiera recordarla. Eso es lo más triste de todo, Alexa; porque con el pasar de los años, los rostros se van borrando y terminas con una imagen idealizada que se distorsiona cada día más y más, al punto de que ya no sabes si es real o fruto de tu imaginación.

Sé que este va a ser un lindo detalle para tu mamá y también sé que sólo ella, yo, y ahora tú, sabremos su verdadero significado. El resto de la familia no va a tener noción alguna; sobre todo si les dices que quisiste revivirle a tu mamá sus recuerdos del colegio, ahora que inicia su “segunda juventud”. En fin, Alexa, espero que hagas tu mejor esfuerzo y que aparte, cuando sea el momento indicado, le entregues a Carmen la tarjeta del sobre 2-2. Es la que ella me entregó antes de irse a esas vacaciones. Junto con esa tarjeta le entregas la otra, la que puse junto a E.T. Cuando veas la película sabrás de qué se trata esa frase. Esa sí que no la puede ver nadie. ¡Ten mucho cuidado!

Besos y abrazos”

—Mmmm, eso está mejor. Ya por lo menos estamos claras de que ese fue un recuerdo que tu mamá le regaló a don Leonardo. ¡Qué lindo! ¿No? —comentó Susy.

—Sí, Susy. Tienes razón —suspiró Alexa.

Ambas pasaron un buen rato dándole cuerda una y otra vez a la pequeña maquineta, y se carcajaban cada vez que el pequeño extraterrestre saltaba por la escotilla de su pequeña navecita. Para ellas quedó claro: lo que don Leonado quería era recordarle a su mamá aquella idílica época en que ambos eran jóvenes y estaban profundamente enamorados el uno del otro.

Ya sólo les quedaba la cajita número 3 y el sobre número 4, este último parecía ser un libro o mejor todavía: un diario, pero era el último, y Alexa, por más ruegos que Susy le hizo, no estuvo de acuerdo en abrirlos, hasta que por lo menos pasara un año o si fuera posible dos.

“¡Qué cansado!”, muleteaba Susy con impaciencia.

6. Beso místico, beso incendiario... beso malo

Como suele pasar: cuando alguien te dice que está haciendo frío, ¡Zas! empiezas a sentirlo y hasta puede que empieces a temblar. Si te dicen que está haciendo calor, lo más seguro es que termines con las axilas hechas un pozo y la camisa desabrochada. Así somos los seres humanos: influenciables hasta decir basta por los comentarios y observaciones de los demás. Pues también pasa eso con las cosas del amor: basta con que un amigo te diga que fulanita o zutanita está muy bonita, para que empieces a determinar a una chica que tal vez te ha pasado por el frente unas mil veces en las que tu: ni fu ni fa. Eso más o menos fue lo que me pasó con Carmen, aunque no es exacto.

Francamente no sé cuándo, ni cómo la vio Eduardo, ya que los dos éramos como uña y mugre (no pregunte quién era que); nunca nos separábamos desde que entramos a primer año de colegio, andábamos siempre juntos para arriba y para abajo. Pero sí; así fue definitivamente; Eduardo fue el primero que la vio; yo por mi parte fui el amigo envidioso que le puso el ojo después (ya saben quién era la mugre, ¿verdad?). Bueno...qué le vamos a hacer.

Fue como a los dos meses después de haber iniciado nuestro tercer año de colegio, un día por la mañana, en un recreo de los largos, cuando Eduardo me dijo que quería enseñarme a una chica de segundo año que estaba re guapa. Así fue como empezó toda esta historia. Nos fuimos al aula de música y nos asomamos por la ventana; el grupo ese día estaba aprendiendo bailes típicos.

—Es aquella, Leo. La pequeñita. La que está bailando con el chavalito alto, con cara de tonto —me dijo Eduardo entre dientes, sin señalarlos, para no delatarse.

—Mm, ya... con esa descripción está fácil. Es la de pelo castaño, blanquita, ojos grandes y que está bailando con chavalito alto con cara de tonto.

—¡Exacto! Leito, esa misma —confirmó Eduardo con disimulo.

—¡Esta guapísima! Rojas (yo casi siempre llamaba a Eduardo por su apellido y él a mí me decía Leo o Leito)

—¡Ni que lo digas! ¡Es un bomboncito! ¡No ves que guapa!

—¡Si... definitivo! Es una belleza. Lo que me extraña montones es que no la hayamos visto el año pasado, cuando estaba en primero. ¿Cómo pudo pasar

inadvertida?

—¡Oh Leito! —Se burló Eduardo— ¡En primer año todo el mundo es invisible! No te has dado cuenta. De los cinco grupos de sétimo que entran, todo mundo sabe que al final solo van a salir tres octavos. ¡Sétimo es el coladero! —razonó Rojas, con toda razón.

—¿Y qué? ¿Ya le hablaste?

—¡Pucha, Leo! ¡Tan carga me crees! ¡Por supuesto que no, baboso! —me regañó Rojitas, dándome un codazo en las costillas—. ¡Si fuera así de fácil, no estaría aquí, jeteando por la ventana! Ya sabes que yo nunca le he caído a nadie, ¡y me venís a decir que ya si ya le hablé! Ja... ¡Para eso te traje! ¡Para que me ayudes!

—¡Si, claro! ¡Como yo sí soy un experto en eso, entonces me trajiste para que te de clases! —le devolví el cariñito con un pisotón. —Ya sabes que yo para esas cosas soy más chapa que vos. ¿En qué te voy a ayudar? No tengo ni idea, Rojas.

—Sí, es cierto —resopló Eduardo—. Pero algo se nos tiene que ocurrir. ¡Dos cabezas piensan mejor que una! ¿No?

—En este caso... ¡Pues quien sabe!

Después de hacer cientos de planes y otro tanto igual de conjeturas, decidimos que el mejor momento para actuar era a la salida del colegio, cuando Carmen caminaba hasta su casa junto con dos de sus compañeras. ¡Ahí era el momento y el lugar indicado! Nos iríamos caminando detrás de ellas y al alcanzarlas Eduardo le tocaría el hombro y le diría que tenía algo que hablar con ella (¡bestial la estrategia! ¿No?). Yo mientras tanto me quedaría hablando con sus dos amigas (si claro qué fácil). Y así fue como lo hicimos. Al pie de la letra. Eduardo se acercó, le tocó el hombro, le dijo que quería hablar con ella; ella se detuvo con cara de “¿y este quién es?”; sus amigas siguieron caminando unos pasos más, quedando a una prudente distancia; yo por mi parte seguí caminando hasta donde estaban ellas e hice lo que tenía que hacer... bueno, al menos lo intenté, pero sólo pude poner cara de idiota y quedarme ahí parado, cerquita de ellas. A la distancia en que estábamos, se veía a Eduardo hablando con poca soltura, casi tieso —algo que no era habitual en él, ya que siempre era como un dínamo, moviendo los brazos, levantando los hombros y gesticulando. Era un puro desparpajo el hombre—. Después de una breve; muy, muy breve conversación, Eduardo le extendió la mano y le dio un caballeroso apretón de manos; acto seguido, se dio media vuelta y empezó a caminar a grandes zancadas hasta pasar junto a mí y me dijo entre dientes: “póngale, Leito, póngale” y siguió como si estuviera con diarrea y el baño más cercano estuviera a veinte kilómetros en burro.

No hace falta explicar que fue lo que le dijo Carmen. Era escandalosamente evidente que a mi querido amigo lo habían rebotado en su primera incursión amorosa. ¡Pobre Rojitas!

Por dicha Eduardo no era de esos tipos que se quedan lamiéndose las heridas y auto compadeciéndose. ¡Qué va! Rojitas era muy orgulloso para dejar que algo así lo arrugara. En poco tiempo superó el rebote de Carmen Otárola y al final, hasta bromas hacia del asunto. Ahí fue donde el envidioso y obsesivo de su amigo tomó la iniciativa. Pueden jurarlo que cuando Eduardo me mostró por primera vez a Carmen Otárola, en su clase de bailes folclóricos, el único tonto que había en cien kilómetros a la redonda no era el gigantón que estaba bailando con ella, sino el pequeñín que la miraba por la ventana y que estaba enamorándose perdidamente como un idiota de ella.

Después de lo sucedido con Eduardo, pasaron como cuatro meses y yo seguía con Carmen Otárola metida en la cabeza. No había forma de sacármela (en ese momento no sabía que había llegado para quedarse y nunca más salir). Fue así como al final tomé la determinación de hablar con Eduardo y decirle lo predecible: “ya que entre ustedes no pasó nada: ¿Sería posible que yo lo intente? ¿No te molestaría, Rojitas? Porque si no, no... tranquilo... sólo quiero saber...” “Me extraña, Leito, tranquilo; para mí eso es historia antigua... ¡adelante! ¡Y sobre todo suerte! ¡Que la cosa esta ruda con Carmencita! ¡Ojalá tú si puedas, Leito!”, me dijo con una franqueza que estoy completamente seguro, era a prueba de balas. ¡Qué tipo Rojitas! Me hizo sentir que lo que estaba haciendo no era tan malo como yo me lo había imaginado. Tal vez fue porque yo sentía que era una estocada a nuestra amistad, mientras que él, lo que pensó fue: “pobre Leito: otro cordero al matadero”, (y no estaba equivocado).

¿Verdad que es ilógico usar la misma estrategia dos veces seguidas y esperar que la segunda vez de un resultado exitoso? sobre todo después de que viste que la primera fue un completo y absoluto desastre. Pues sí, pero por alguna razón — que todavía no me explico—, a Eduardo y a mí nadie nos dijo nada al respecto. ¡Qué falta de asesoría en cuestiones de conquista y romance teníamos en esa época! Éramos un par de caballos (aunque no debería de ofender así a los equinos).

Esa tarde yo había recibido educación física, por lo que andaba en camiseta, pantaloneta y tenis. Carmen, por el contrario, no había tenido clases en la tarde, pero se presentó al colegio en ropa informal para hacer un trabajo en la biblioteca. No se me olvida: andaba una blusa blanca, de manga corta con florecitas, un pantalón de corduroy, amarillo pastel. Yo iba para la soda a comprarme una gaseosa y ella estaba sentada en unas bancas que quedaban en la parte de afuera. Pase junto a ella y me quede viéndola hipnotizado hasta que la

puerta de la soda me sacó violenta y escandalosamente del trance. Entré, compré el refresco y después de tomar aire y santiguarme, tomé valor y me dirigí sin titubear hacia afuera. Ella continuaba ahí, sola. Después de dos, tres pasos más ya estaba ahí: frente a ella; parado de nuevo como el único tonto que había en cien kilómetros a la redonda (verídico; ínsito). En cuestión de segundos empecé a temblar como gelatina y transpirar como pura sangre en el Derby de Kentucky. Ella levantó la cabeza y se me quedó viendo sin mucho asombro (era evidente que estaba al tanto de que yo siempre pasaba clavándole la mirada en los recreos).

—Hola. ¿Estás sola? (Primera pregunta tonta ¡por supuesto que estaba sola!)

—Sí... es que estoy esperando unas compañeras con las que me voy a reunir —me respondió son toda naturalidad.

—Ah... ya... ¿me puedo sentar? —me anime a decir, sin nada de naturalidad.

—Sí, claro —respondió ella señalando con la vista el espacio vacío.

—Usted se llama Carmen... ¿verdad? —segunda pregunta, no era tonta, pero definitivamente sonó tonta cuando salió de mi boca.

—Sí. Me llamo Carmen Otárola.

—Ah...ya... Yo me llamo Leonardo Montiel. Estoy en la 9-2, en el segundo pabellón.

—Sí, ya sabía. Usted es el amigo del muchacho alto. ¿Eduardo, creo que se llama? No sé si fue que se enojó o qué, pero nunca me volvió a hablar. Es medio raro.

—Si... verdad —no supe que más responderle y ella se quedó callada esperando a que yo dijera algo más, pero no emergía ningún pensamiento de mi cabeza (candidato para derrame cerebral). Tres o cuatro de los segundos más incómodos y eternos de mi vida.

—¿Sabe que?, Carmen. Yo quería decirle una cosa —articule, convertido nuevamente en el hombre gelatina—: No sé si se ha dado cuenta, pero hace tiempos que vengo fijándome mucho en usted y... (Ahí venía la pregunta más tonta e inoportuna de todas) yo también quería preguntarle si quiere ser mi novia (No hay comparación, por lo que no voy a ofender a ningún animal, no se merecen tal grosería). ¿Que mujer, en su sano juicio, o que tenga por lo menos dos dedos de frente, le va a decir que, si quiere ser su novia a un tipo con el que está hablando por primera vez, que tiembla como un conejo, que suda como un caballo (comparaciones, no ofensas), que está vestido con ropa sucia y que es amigo de otro tonto igual que él, al cual también rebotó ese mismo año? ¡Ninguna! ¡Definitivamente ninguna! ¡En qué cabeza cabe, Leonardo Montiel! ¡En que cabeza, por Dios!

Durante otros dos o tres segundos hípereternos ella se quedó viendo para el suelo sin decir nada. En el transcurso de esa eternidad pensé que estaba tratando de ocultar o contener una estruendosa y fulminante carcajada de esas que son tipo súper nova, pero no, gracias a Dios no fue así. Cuando levantó el rostro lo que noté fue algo así como pena ajena, o lastima, no sé, pero también creo que había algo de ternura.

—Leonardo ¿verdad?

—Sí, Leonardo Montiel —agregué.

—Leonardo, vea no sé si usted lo sabe, probablemente no, porque no me ha visto con él, pero en estos momentos yo tengo novio. No es algo que todo mundo sepa, pero tengo novio —recalcó.

Todos hemos oído en alguna oportunidad la expresión: “me cayó como un balde de agua fría”, lo que no sabemos la mayoría de nosotros es que en algunos casos, muy, pero muy calificados, el agua de esos baldes es transportada en un carguero espacial desde los confines del sistema solar, allá por Plutón donde está a -229 grados centígrados y se utiliza exclusivamente para tirársela en la cabeza a aquellos pobres idiotas que se le declaran a una chica que hasta ese momento con costos sabía que existan.

“Entonces lo que te cayó no fue un balde de agua fría, sino un cubo de hielo gigante, que es otra cosa” se burlaría luego Eduardo, mientras se revolcaba de la risa, después de que le conté sobre mi pifia con Carmen Otárola. ¡A estas horas con sutilezas! ¡No jodas... como si a él no le hubiera pasado lo mismo! Por lo menos a mí me dijo que tenía novio. ¡Ja!

Pues sí... mi cara lo decía todo. ¡Por supuesto que no lo sabía! Eso en el caso de que fuera cierto y no resultara más bien una forma muy noble de mandarme al carajo por baboso. En fin... me da vergüenza admitirlo, pero así fue como pasaron las cosas. ¡Que trauma!

Por sus reacciones los conoceréis. Mientras Eduardo pasó la hoja como todo un hombre, yo terminé auto compadeciéndome durante todo el resto del año. Además, para colmo de males, seguí su mal ejemplo y nunca más me le acerqué a Carmen Otárola, ni siquiera para saludarla. Por dicha pronto llegaron las vacaciones, las cuales me ayudaría un poco a superar el asunto. Tal vez era lo que necesitaba. Pasar yo también la hoja y seguir adelante. ¡Quién sabe! Habría que dar tiempo al tiempo.

Al año siguiente —como todos los años— recién entra las clases se hacia el famoso baile de inicio de lecciones. Ahí fue cuando cambió la suerte de este humilde —y aún sin novia—, estudiante de décimo año del Colegio de Curridabat. En uno de los recreos largos, Eduardo y yo recibimos una visita totalmente inesperada. Era Marcela Solano, una de las compañeras de Carmen

Otárola, quien venía con un comunicado súper importante para mí: “dice Carmen que ya no tiene novio. ¿Que si va a ir al baile de inicio de lecciones?” punto. ¡Que más quería! ¡Una declaración jurada y autenticada por abogado! ¡Ese era el “Sí”! ¡Sí ese era el “Sí” de Carmen Otárola!

Por dignidad, compostura o vergüenza, no empecé a pegar brincos delante de Marcela Solano, pero una vez que se fue, la euforia fue total, absoluta y definitivamente desproporcionada. Sólo me faltó meterme a bailar chingo en la fuente de la Hispanidad que quedaba en San Pedro, cerca de la Universidad de Costa Rica. ¡Qué rollo! ¡Qué locura! Ese año iba a ser el año de mi primer noviazgo; el año en que aprendería a besar y apretar como siempre lo había añorado. Y lo mejor de todo era que todas esas cosas maravillosas las iba a vivir y disfrutar con la chica con la que había pasado ilusionado todo el año anterior. Con la chica que se había apoderado, apenas percatándose, de los suspiros y las miradas sigilosas de este tímido e inexperto adolescente con ojos de nómada nocturno. ¡Sí, sí! ¡Así fue como sucedió todo! ¡De película!

Esa noche me puse mis zapatos Penny negros bien embetunados, jeans Monte Cristo, camiseta blanca con las faldas por dentro y una camisa a cuadros abierta, tipo vaquero. Me embarré vaselina a lo John Travolta y me puse Blue Sky en dosis industriales. Ya en el cole, cuando llegué al gimnasio, lo primero que hice fue empezar a buscar en las graderías a Carmen y sus amigas. En cuanto las vi, me les acerqué, y ellas, sin decir nada, me abrieron un espacio para que me sentara junto a ella (¡Dios mío! ¡Las cosas estaban saliendo perfectas!)

Para empezar: en esa época yo no bailaba, pero ni las cejas, así que todos los sets de salsa, merengue y rocanrol la pasamos hablando, conociéndonos —como tenía que haber sido desde un principio—. Me habló de su familia, de donde vivía, de lo que le gustaba, sus pasatiempos y sus amigas. Yo por mi parte también le solté todo el rollo de mi familia y de todo lo que hacía. El baile era amenizado por Discomóvil 2001 que en esa época estaba en su máximo apogeo. Las luces de colores se repartían por todo el gimnasio, al igual que los parlantes gigantes y que las máquinas de humo; los torna mesas estaban a un costado, mientras que, en el puro centro de la cancha de basquetbol, pendiendo de un cable, estaba la típica e inmensa esfera de discoteca que regalaba sus destellos junto con las demás luces. En el preciso momento en que las luces de colores se apagaron y la esfera quedó girando solitaria, Roberta Flack, con su melodiosa voz, empezó a matarnos muy, muy suavemente. ¡Era la hora de la verdad!

Tomé a Carmen de la mano y le dije que fuéramos a bailar. Ella se aferró fuerte de mi brazo y cruzamos entre la multitud de parejas, hasta quedar prácticamente en el centro de la pista. Bailar barquito era lo único que sabía hacer bien, así que no me resultó difícil llevar el paso mientras seguíamos

conversando. Después vino la segunda canción con la que mi corazón le susurraba al oído “Only youuuuuu”. Ya para ese momento Carmen tenía sus manos en mi pecho y yo la envolvía con mis brazos, marcando el ritmo y sintiendo su respiración en mi cuello, mientras mi mejilla, sudorosa, estaba recostada en su frente. Cuando llegó la tercera canción, sabía que ya no había mucha música romántica por delante, así que tenía que tomar valor y dar el paso definitivo e impostergable. Sería mentira si digo que me acuerdo cual fue la tercera canción que bailamos; sé que también era otra canción en inglés, pero estaba tan concentrado en lo que tenía, y debía de hacer, que no tengo idea que fue lo que el diyei programó en ese momento (casi estoy seguro de que, si hubiese puesto el himno de los Estados Unidos, no me habría dado cuenta y habría seguido bailando barquito como si nada). Mi cuerpo y mente eran una idea fija en medio de la pista: darle a Carmen Otárola mi primer y añorado, gran beso de amor. Para empezar, lo que hice fue separar mi mejilla de su frente — sentí la transpiración de ambas pieles entremezclada—, recliné levemente la cabeza y le di un primer besito en la mejilla; Carmen siguió el ritmo cadencioso del barquito y sentí como estrujó levemente mi camisa vaquera con sus manos. Cuando levantó el rostro pude ver sus grandes ojos cafés brillar como un par de estrellas en un vasto, insondable y oscuro firmamento. Su mirada lo decía todo, pero al mismo tiempo, juguetona y coqueta ocultaba secretos sumamente infranqueables. Sus labios entreabiertos gritaban mil palabras que al juntarse con mi aliento apagaban las llamas de mil hogueras juntas... sus labios... ¡sí!...sus labios, su aliento... la sabia de su boca y el perfume delicioso de sus mejillas blancas. Un beso suave y tierno destruyó mis temores... ¡Mmmm...! esa noche serena se hincharon mis dos velas, formando un par de brazos que estrecharon su cuerpo contra mi pecho húmedo, tímido y tembloroso.

¡Una de las mejores noches de mi vida!

Dejando en el olvido todo el descalabro del año anterior; se podría decir que no pudimos empezar mejor nuestro noviazgo. ¡Pero...! (siempre hay un pero), esa noche también me di cuenta de un hecho relevante para el futuro de nuestra relación. Un detalle que venía a dar una muy buena explicación al hecho de que yo, el año anterior, en ningún momento, me había percatado de que Carmen Otárola tenía novio. ¡Pequeño gran detalle!

Para cuando el baile estaba en las últimas, ya nos habíamos pegado la gran apretada de nuestras vidas (la sonrisa de idiota duraría semanas para borrármese de la cara) y para ese momento ya estaba maquinando como acompañar a Carmen hasta su casa. Fue justo ahí cuando me soltó la noticia: “mi papá es muy celoso y todavía no me deja tener novio. Si quieres ser mi novio, tiene que ser a escondidas” me dijo, poco antes de que sonara la última canción. “Mi papa

quedó en venir por mí al final del baile. Seguramente ya está afuera, esperándome”; dicho y hecho. Ella salió primero junto con Marcela Solano y otra amiga de ellas que se llamaba Vivian Martínez. Para cuando salí, las tres se estaban subiéndose a un Chevy Nova 72, cuatro puertas, color bronce, con el techo forrado en vinil negro, el cual iba conducido por un señor grueso, blanco y con cara de pocos amigos. Rodrigo Otárola. Sí... Don Rodrigo, nombre que se repetiría en mi futuro de forma injusta e idéntica. Bueno... tal vez no tan parecida, porque don Rodrigo Otárola no supo nunca de mi existencia durante el tiempo en que Carmen y yo fuimos novios. Hecho relevante e incuestionable: nunca tuve buena estrella con mis suegros. ¡Suerte perra la mía!

Ese año de colegio fue increíble. Cuando su papá no la iba a recoger a la salida del colegio, yo la acompañaba hasta una distancia prudente de su casa. En una esquina, a la sombra del alero de una vieja bodega: nos besábamos y decíamos las más dulces y tiernas palabras de amor. Desafortunadamente para mí, poco antes de que terminaran las clases y saliéramos a vacaciones, Carmen me contó, entre emocionada y triste, que sus papas la iban a mandar a Orlando, donde una tía paterna. Estaba contenta porque su tía le había prometido llevarla a conocer los Estudios Universal y también la iba a llevar a Disneylandia. Eso, por cualquier lado que uno lo viera resultaba fabuloso, sin embargo, también representaba que ambos íbamos a pasar todas las vacaciones separados. No íbamos a poder disfrutar juntos las fiestas de navidad, ni tampoco las celebraciones de fin y principio de año.

El último día que nos pudimos ver fue un viernes; la semana anterior habían terminado las clases y el vuelo de Carmen salida el sábado temprano. Como no iba a verla en diciembre, aproveché para llevarle un presente: “Con cariño para ti” un CD con música romántica. Carmen, por su parte, me regaló una tarjetita en la que se veía una linda muñequita con una maleta, abordando un avión. Decía: “Amar es: pensar en ti cuando estoy lejos”.

Aunque parezca mentira, las vacaciones, en lugar de hacérseme desesperadamente eternas, por no poder ver a Carmen, se me fueron volando como un rayo. En un dos por tres ya estábamos por entrar a clases de nuevo; yo a undécimo año y Carmen a décimo. Entre todo el trajín por la compra de uniformes y de útiles, nos pudimos ver de nuevo hasta el sábado antes de entrar a clases en la pista de patines Music en San Pedro. Para ese día —como ya era costumbre— no faltaron sus inseparables amigas y compañeras: Marcela y Vivian. A los tres Carmen nos trajo bolsas gigantes de chocolates y nos mostró sus fotografías. Ese sábado también me regaló el pequeño juguetito de E.T. Se suponía que esa tarde no iba a pasar nada importante, sólo íbamos a tratar de que yo aprendiera, de una vez y por todas, a patinar; así podríamos disfrutar ese

pasatiempo, que era uno de sus preferidos, junto con ir al cine. Sin embargo, y al igual que en otras oportunidades, ella terminó barriendo y dándole brillo a la pista con un monigote que iba colgando de su mano.

Al final, como lo mío era caso perdido, los cuatro decidimos que era mejor disfrutar un rato hablando sobre lo que íbamos a hacer durante ese año; ahí fue cuando Marcela Solano nos propuso la idea del siglo: como ella era hija única — igual que yo—, y vivía sola con su papá, pues su mamá había fallecido cuando ella estaba muy pequeña, tenía la casa a su entera disposición durante todo el día. Si Carmen y yo estábamos de acuerdo, nos podríamos ver ahí; así podríamos marcar todo el rato que quisiéramos sin la menor preocupación. Lo único que Carmen tenía que hacer era inventarles pretextos a sus papás, como reuniones para hacer tareas o centros de estudio para los exámenes. ¡Qué más puede pedirle uno a la vida! ¡Por supuesto que aceptamos!

Prácticamente desde la primera semana, hasta las vacaciones de medio periodo, Carmen y yo nos veíamos en la casa de Marcela por lo menos dos veces por semana. Para colmos, Marcela era súper alcahuete. Siempre que llegábamos inventaba que tenía que salir a comprar refrescos al minisúper del chino, o subía a su habitación en el segundo piso de la casa, disque para terminar de arreglarse los colochos de su larga y rubia cabellera; en fin... el motivo era lo de menos, la idea era dejarnos solos por un buen rato. En una de esas oportunidades, en que estábamos solos en la casa de Marcela, sucedió algo que supongo, era inevitable y que a su vez iba a cambiar completamente el rumbo que llevaban las cosas. Ese día llegamos como siempre, y como siempre, Marcela nos dejó solos mientras iba a comprar unos bocadillos. Empezamos con los besos y caricias de siempre, pero, como es lógico, al tener ya varios meses de noviazgo, nuestros encuentros eran cada vez más intensos, al punto de que ese día, en particular, le di a Carmen el beso más increíble, impactante y espectacular que he dado en toda mi vida. Fue algo tan intenso y especial, que aún hoy no sé bien cómo explicarlo. Lo llamé: el beso de la muerte blanca, el beso cero gravedad, el beso místico, el beso del conocimiento del bien y del mal, el beso incendiario, en fin... no he encontrado el nombre correcto y perfecto para describir ese beso, y también tengo que admitir que nunca en mi vida he vuelto a experimentar un beso semejante. Fue en horas de la tarde, la casa estaba silenciosa y bastante oscura; recuerdo que estábamos en la mesa de la sala y en el momento en que Marcela se fue, como un resorte saltamos al sofá. Nos empezamos a besar y estoy seguro de que durante esos minutos ninguno de los dos abrimos los ojos para nada (algo que fue fundamental para que entráramos en esa especie de transe o viaje místico). Empezó muy suavcito...lento, muy, muy lento. Nuestros labios y nuestras lenguas se rosaban con mucha ternura; podría decirse que la

magia estuvo principalmente en que ninguno de los dos pudo percibir el aumento en la intensidad de nuestro beso. Fue algo que cobró una fuerza huracanada, sin que ni siguiera nos percatáramos. Ya para cuando íbamos más allá de la mitad de lo que duró esa experiencia arrebatadora, ambos habíamos perdido las nociones de tiempo y espacio. No había arriba no había abajo, no hacía frío no hacía calor. Dejamos de ser dos seres que respiran, se mueven y transpiran, para convertirnos en un inmenso y apasionado beso. Cuando el éxtasis bajo de intensidad, llegando a su final, Carmen y yo estábamos depositados en la alfombra, ella abajo y yo arriba abrazándola con los brazos atrapados por el peso de ambos cuerpos. Ambos sentíamos como si hubiéramos atravesado un largo y profundo túnel en el cual no reinaban las estúpidas leyes del tiempo y del espacio, algo así como cruzar por varias dimensiones para regresar de nuevo al plano material correspondiente. Después de ese beso incendiario, narcótico y lujurioso, ardió Roma, las aves volaron asustadas y la candidez y pureza de nuestros corazones cayeron para siempre como espejos quebrados. Esa tarde de invierno, de forma precoz e inoportuna (pienso yo): nació la pasión y el deseo después del parto inoportuno y grosero del beso malo.

Cuando oímos el accionar de la cerradura, desesperados, tratamos de separarnos, pero mis brazos estaban presos bajo el cuerpo de Carmen.

—¡Diay, güilas! ¡Si quieren les presto mi cuarto! —se burló Marcela—, al vernos forcejeando, tratando de levantarnos.

—¡Que susto, Marce! ¡Y qué pena, también! —balbuceó Carmen, ruborizada.

—Sí, Marce, es que estábamos a la orilla del sofá cuando sonaron las llaves, no sé cómo, pero nos caímos. Creo que por un instante creímos que era tu papá. ¡Qué susto! —agregue yo también, mientras disimuladamente presionaba mi bragueta para ocultar mi excitación.

—¡Tranquilos! Es una broma, no pasa nada —se carcajeó Marcela—. Si les ofrecí mi casa fue premisamente para que puedan marcar tranquilos. Aunque nunca he tenido ese problema, sé que uno necesita privacidad para disfrutar de una buena apretada.

—Sí Marce, creo que tienes razón. Y de verdad te lo agradezco. No sabes cuánto —respondió Carmen.

—Bueno, bueno, por eso no se preocupen. Yo voy a seguir dándoles chance para que marquen tranquilos. No ha pasado nada.

En efecto. Las próximas dos veces que estuvimos en la casa de Marcela, la pasamos marcando treinta y hasta cuarenta y cinco minutos sin que Marcela se apareciera. Todo hacía pensar que el chino de la esquina había mudado el minisúper a otra provincia y con suerte hasta a otro planeta. Nos chupeteábamos

y nos abrazábamos insaciablemente hasta quedar todos despeinados y jadeantes —ni qué decir de excitados—. Así fue como llegamos a donde teníamos que llegar.

Para ese día Carmen llevaba una blusa blanca un poco traslúcida, no demasiado, pero sí lo suficiente como para que se notara su brasier. Yo la besaba y la acariciaba; luego le besaba el cuello, las manos, los brazos y después la besaba de nuevo. Ella, mientras tanto, ponía ojos adormilados con mis chineos, como disfrutando de mis cada vez más atrevidas travesuras. Fue en un momento dado en el que yo ya no aguantaba más, cuando traté de tomar valor y le puse la mano en la cintura. Empecé a acariciarla y a frotarla de adelante hacia atrás, llegando hasta su estómago y metiendo los dedos entre los botones de su blusa. Cuando ya estaba listo para subir la mano y tocar la gloria de sus pechos, paré de besarla, posé mi vista a su escote y empecé a levantar mi mano en el aire hasta que esta quedó exactamente sobre su seno izquierdo; sólo faltaba bajarla y estrechar con suavidad sus tiernas y hermosas tetitas. Fue ahí en donde por desgracia pasó lo que pasó: Carmen con sus grandes ojos adormilados, a pesar de estar casi en éxtasis, tuvo un pequeño destello de pudor, cordura, o no sé qué cosa, y, muy, muy; muy, pero muy, suavemente, casi imperceptible, movió la cabeza de un lado a otro sin decir nada.

¡Ayayay, Carmen! ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué? ¡Qué cobarde! ¡Qué imbécil! ¡Qué estúpido! ¡Qué bestia fui ese día! ¡Era un sí... imbécil, imbécil, imbécil y mil veces imbécil! ¡Ese era un SI! ¡Un SI disfrazado de NO! ¡Cobarde de mierda! ¡Carmen pedía a gritos que bajaras la mano!; ¡que fueras el hombre que ella estaba esperando que fueras, y no el mocoso que retiró la mano, para luego meter su vil y miserable rabo entre las piernas! ¡Qué más...! ¡Un imbécil elevado a la trillonésima potencia!; eso es lo que fuiste, Leonardo Montiel.

Sobra decir que no pegué los ojos en toda esa noche. No podía dejar de pensar en lo cobarde que había sido al perder la oportunidad, de por primera vez, tocarle los pechos de una mujer. Y sobre todo tocárselos a Carmen Otárola, mi primer y gran amor. Fue ahí en mi cama, casi al filo de la madrugada, cuando ya estaba por amanecer, que me hice la firme promesa de que: la próxima vez, cuando Carmen y yo estuviéramos de nuevo juntos, no habría fuerza en el mundo que me impidiera, acariciar, estrujar, besar y saborear hasta el último rinconcito de sus redondas, blancas y codiciadas tetitas.

Por dicha no tendría que esperar mucho para nuestro próximo encuentro. Tres días después disque Marcela y Carmen tenían que seguir estudiando para los próximos exámenes.

Deseoso como estaba, fui el primero en llegar a la casa de Marcela. Ella ya

tenía puesta la mesa con unos bocadillos y tres vasos vacíos, sólo faltaba que llegara Carmen, así ella podría salir a comprar las gaseosas. Pero como dice el dicho: “el diablo es puerco”. Pasaron varios minutos y Carmen nada que aparecía. Entre tanto Marcela y yo estuvimos hablando de cosas superficiales; que el colegio, que los exámenes, que los estrictos papás de Carmen, que qué lindo es estar enamorado, que las copadas a escondidas, que los besos con lengua, que las cosquillitas en el estómago, que qué rico. Mientras hablábamos, ella, que aún andaba puesto el uniforme del colegio, cruzo una pierna y se sentó sobre ella en el sofá, quedándole la enagua ligeramente subida. Esa posición dejaba ver la espinilla de su pie derecho, la rodilla doblada y buena parte del muslo, a su vez se veía perfectamente la parte interna de su muslo izquierdo y al fondo, con dificultad, pero al final de cuentas visible: un pequeño triangulito blanco. Con ese panorama, llevar el hilo de la conversación me resultó bastante difícil, cosa que Marcela notó, pero que, por alguna misteriosa razón, pasó por alto. En medio del sofoque que estaba empezando a sentir, sonó el teléfono. Marcela se levantó y yo me fui tras ella. Era lo que esperábamos: la llamada de Carmen.

—¡Halo!

—Ah, sí, ¿Cómo estás, Carmen? Pura vida.

—¿Qué pasó? Ah llegó temprano. Y no puedes; ¡qué fallo!

—¿Y más tarde? A las cinco o cinco y media.

—No... bueno, diay, ¡que le vamos a hacer! Shu, no.

—No, no, no ha llegado. Seguro está por llegar.

—No, no que no te preocupes, yo le digo que no podés venir Ssshya ya, si, si ya, yo le pregunto, sí.

—Sí, sí, claro, no ¡tranquila, Carmen! Puede ser mañana. No sé. Si no cuando Leo venga yo le pregunto mm...no.

—No, no, que yo le digo. No te preocupes.

—Bueno, bueno chao. Si chao.

—Okey Chao.

—¿Qué es el problema que te tienes con mi blusa, Leo?

—No, lo que pasa es que tienes un botón abierto y se te ve el brasier. Es todo —balbuceé.

—¡Y tanto problema por eso! ¡No me dejaste hablar tranquila con Carmen por estar señalándome las tetas! Si te incomoda tanto el puto botón ¿Por qué no me lo cerras vos? ¿O te da pena? ¿Ah? Me imagino que las tetas de Carmen ya las debes haber manoseado bastante. ¿O no?

—No, no, claro que no. Como crees. Por cierto, Marce, ¿por qué le dijiste a Carmen que yo no había llegado? ¿Ah? —le pregunté intrigado.

—No me salgas con esas, Leito. ¿Ya se las has tocado, o no?

—¿Es curiosidad o algo más? —le respondí.

—¿Tú que crees? —me preguntó, mirándome con sus perturbadores ojos verdes, mientras metía su mano a través de su blusa y se acariciaba ella misma los senos.

Sí... así fue. Ni más ni menos. Después de estar viéndole el triangulito del blúmer mientras estábamos en el sofá, todo el cabrón asunto cambió. Mientras Marcela hablaba y yo le respondía a cómo me saliera, no podía evitar bajar la mirada hasta sus piernas. Ella se dio cuenta y no hizo el más mínimo intento por acomodarse la enagua o cambiar de posición. Para cuando sonó el teléfono, yo me fui detrás de ella, no tanto por la llamada de Carmen, sino porque ya en ese momento estaba prendido como una braza. El teléfono donde Marcela tomó la llamada era el de la cocina y estaba pegado a la pared, por lo que ella estaba de pie, recostada sobre su hombro mientras hablaba. Ahí fue donde experimente algo muy particular y que para ser franco a esa fecha ignoraba por completo que existiera. Cuando vi la blusa de Marcela abierta, y a través del orificio, su pequeño brasier, un cumulo increíble de saliva se me juntó de repente en la boca. “Literal”: hasta ese día me era familiar la expresión: “se me hizo agua la boca”, cuando alguien hablaba de comida, pero esa tarde, en la casa de Marcela Solano; en su cocina, frente a ella y sus pequeñas pero sublimes tetitas, sentí como se me hizo agua la boca, no por deseo de comida, sino de sexo. Y no fue sólo eso. Lo que más me perturbó no fue sólo en montón de saliva en la boca y la forma tan escandalosa en cómo me la trague frente a ella, sino un increíble y extraño escalofrío fálico bastante difícil de describir, algo alejado de un orgasmo y ciertamente un poco desagradable. Sí...desagradable, ya que, en ese pequeño instante de mi vida, ahí, parado frente a los pechitos de Marcela Solano, comprendí lo que siente un chiquito pobre cuando pega su carita sucia a la vitrina de una confitería. El problema es que el diablo es puerco, y ese día, el muy gamberro, me daría de comer.

Temblando como un conejito, metí a como pude mi mano derecha entre la blusa de Marcela, mientras ella sacaba la suya; inmediatamente el botón superior, lujuriosos, saltó del ojal, dejando al descubierto el par de copitas. Deslicé la mano entre el brasier y sentí su piel tibia y suave hasta llegar al centro. “Uy... ¡que rico!” exclamó. “Sácalas, Leito. Puedes hacer con ellas lo que quieras” agregó. Por mi nerviosismo e impericia tuve dificultad con el resto de los botones de la blusa y con los broches de brasier, por lo que, entre un mar de manos, las suyas y las mías, al fin quedaron al descubierto un par de pechitos, blanquitos, cónicos y puntiagudos. Parecían un par de lápices de colores con una punta de grafito color rosa en el puro centro. He de ser franco: ¡Me encantaron

ese par de puntitas!

De la cocina pasamos al sofá. Ahí le dedique minutos interminables a ese par de golosinas; ella: calladita, gimiendo a ratitos, como concentrada igual que yo en sacarle hasta la última gotita de placer. Ahí mismo fue en donde terminamos de quitarnos toda la ropa. Quedamos completamente desnudos; los dos besándonos, tocándonos, restregándonos el uno contra el otro. Yo excitado, gimiendo también a ratitos... ella con pocas palabras me guiaba, me pedía, me rogaba. “nunca lo has hecho ¿verdad?” me dijo. “no, nunca” le gemí mientras me aferraba con fuerza a su cintura. “yo te enseño. Vas a ver qué rico. Pero no lo hagamos aquí Leito. Mejor subamos a mi cuarto, es más cómodo. La primera vez es más cómodo hacerlo en la cama. ¿Sí?”. Y subimos desnudos, llevándome ella de la mano hasta su cuarto. Ahí un peldaño abajo, hipnotizado seguía delirante el contoneo de su blanco y redondo trasero.

Nunca había estado en su habitación, así que me sentí un poco perturbado; traté de ignorar el entorno, los muebles, la ropa, sus perfumes, pulseras, cadenas, cuadernos. Sólo quería verla a ella, su cuerpo, sus pechos, sus brazos, sus piernas, su sexo. “te me enfriaste, Leito, pero tranquilo, vas a ver, rapidito te caliente de nuevo” me ronroneó, metiendo sus manos entre mis piernas. Besos, gemidos, manos trémulas repartiendo placer por cada rincón de ambos cuerpos. Al rato: “hazlo ya Leito... hazlo ya, mi amor... hazlo... quiero ser tuya y que tú seas mío, mi amor”. “Si, mi amor, sí... yo también quiero ser tuyo” le respondí.

Me posé suavemente sobre su cuerpo y pude ver parte de sus cabellos rubios metidos entre sus pechos. Ella mientras tanto no despegaba sus provocadores ojos verdes de los míos.

—Te amo, Leo. ¡Te amo! —repetió, mientras retiraba sus cabellos con la mano.

Yo, lujurioso también, le repetí lo mismo y luego la besé con total abandono, dejando luego mi saliva en cada pequeño rincón de su cuello, sus pechos, su rostro... “No, mi amor... solita... solita, si, si, solita” Y sí, así era... sin ayuda... solita.

Por primera vez experimentaba esa sensación única, sublime e insustituible de la penetración. Marcela sabía de sobra como guiarme, como llevarme, como excitarme hasta la medula con el vaivén oceánico de sus tibias entrañas. Una tras otra, una tras otra, una tras otra. “Si, si, si, así Leito, así... sí... así, mi amor... ¡ha... sí... sí! Y yo: “¡Sí, sí, que rico... mi amor, mi amor, que linda, que linda mi amor... sí, sí mi amor!” Y en ese momento sentí por primera vez como la savia de la vida, como un río enfurecido, brotaba de mi cuerpo e irrigaba sus entrañas, mientras mi boca gemía y repetía su nombre una y una y otra vez, hasta caer al fin como plomo fundido sobre su tierno y húmedo cuerpo.

—¡Qué rico! No puedo creer que sea tan rico hacer el amor —le susurre al oído, después de recuperar el aliento.

—¿Te gustó, Marce? —le pregunté.

—¿Tú también sentiste rico? —le volví a preguntar.

—¿Lo hice bien? ¿O no? —le pregunté de nuevo. Ahora con temor.

—¿Qué pasa, Marce? ¿Estás bien? ¿Qué pasó? ¿Hice algo mal? —le insistí, preocupado.

—Vuélveme a ver, porfa. Marce, ¿qué pasa, Marcela?, Por Dios. ¿Por qué estas llorando? ¿Te lastime? ¿Te hice algo? —insistí desesperado mientras ella volvía la cara hacia la pared para no mirarme.

—¡Por Dios, Marcela! ¿Qué pasa? ¡Me estas asustando!

—Quiero que te vallas, Leo. —dijo al fin entre sollozos, sin volver a verme.

—Pero... ¡No entiendo! ¿Qué pasó?

—Por favor Leo. Vete... vete ya... por favor... ¡Vete! No quiero verte —me suplicó esta vez, ahogada en llanto.

—¡Pero Marce... como me dices eso! ¿Qué pasa?

—¡Que te vayas, Leo! ¿No entiendes? —repitió más fuerte, deslizando bruscamente su hombro de mi mano.

—Está bien, Marcela. Está bien. Creo que ya entiendo. Francamente estaba tan cegado por el deseo que hasta ahora lo entiendo todo. Lo que le hicimos a Carmen fue una canallada. Es cierto. No sé cómo fue que pasó. ¡Qué bárbaro! ¿Cómo pude hacer algo así? Perdón Marcela. De verdad te pido perdón, Marce. Yo sé que no fue tu intención. Todo fue culpa mía. ¡Fui un estúpido... un canalla! De verdad perdóname —le supliqué; pero no me respondió más.

Mire a mi alrededor como buscando algo, pero no tenía nada que levantar; toda mi ropa estaba tirada en el piso de la sala. Cuando llegué a la puerta repetí:

—Perdón, Marcela. De verdad espero que puedas perdonarme. No sé qué paso. Nunca me imaginé que algo así llegaría a suceder. Me nublé. No sé cómo, pero me nublé; no pensé en las consecuencias. Perdóname Marce —le supliqué, mientras limpiaba las primeras lágrimas de mi rostro.

—No quiero que vengan nunca más en mi casa ¡Nunca! —balbuceó en medio del llanto, dándome la espalda.

Para cuando terminé de bajar las gradas tenía los ojos empapados de lágrimas. Me senté desnudo en el sofá, apoyando los codos en las piernas y tomando mi cabeza con ambas manos. Durante largo rato lloré y gemí como nunca antes lo había hecho en mi vida. Las lágrimas caían y caían una tras otra sobre el piso. ¡Fue duro! ¡Sí... muy duro! La reacción de Marcela me hizo poner de nuevo los pies sobre la tierra y empezar a pensar y a descubrir las consecuencias de la estúpida, vil e imperdonable bajeza que acababa de cometer.

Es imposible justificar lo injustificable, pero los seres humanos siempre, por más absurdo que parezca, tratamos de hacerlo. Supongo que es una especie de instinto de supervivencia o auto conservación; de lo contrario creo que sería imposible vivir con ciertos errores que cometemos en la vida. Si todos fuésemos tan inútiles para superar nuestros tropiezos, los cementerios estarían llenos de suicidas y los sanatorios sobrepoblados de desequilibrados mentales. No... ¡por dicha no es así! En su gran mayoría las personas pasan la hoja y tratan de aprender la lección. ¡Claro! A ninguno, fuertes o débiles, nos faltaran nunca los malditos, inútiles y tormentosos: “Si tan solo...” “Tal vez si...” “Quizás si...” “A lo mejor si...” Todo por nuestro deseo absurdo de reparar el daño, devolver el tiempo, borrar nuestros errores, restituir las cosas y descargar nuestras culpas.

Y yo, como simple mortal, pecador e impuro, no soy la excepción, así que a partir de ese momento empecé a atormentarme con la larga letanía del arrepentimiento:

Si tan solo don Rodrigo hubiera dejado a Carmen tener novio...

Si Marcela no nos hubiera prestado su casa para marcar...

Si tan sólo Carmen me hubiera dejado tocarle los pechitos...

Quizás si Marcela no me hubiera sentado mal para que yo no pudiera ver el triangulito en medio de sus piernas...

Si yo hubiera seguido siendo yo, y no me hubiera convertido en un pene de metro sesenta y cinco de estatura, sin cerebro ni sentimientos, que no deseaba otra cosa más que tocar, besar, apretar y eyacular...

Si tan sólo no hubiera sido tan estúpido de confesarle todo a Carmen al día siguiente...

¡En fin...! La letanía de los arrepentimientos es interminable.

Las consecuencias fueron devastadoras y el rompecabezas de todo lo sucedido lo fui armando, días, semanas, meses y hasta años después.

Al día siguiente, por mi inmadurez, llegaría la hora de rendir cuentas y asumir las consecuencias, ya que —como todo un idiota—, termine confesándole a Carmen todo lo sucedido. Algo que definitivamente no debí de haber hecho; sin embargo, el peor cómplice con el que puede contar un traidor es una conciencia inflexible; porque ella, implacable y obstinada va a martillarte en los oídos hasta obtener la confesión de tu engaño. Y en mi caso fue así: otra víctima de un corazón delator, como muy bien lo señaló en uno de sus cuentos el famoso escritor estadounidense, Edgar Allan Poe.

Si me pusieran a escoger entre ser el verdugo de un inocente que luche, grite, patee y rasguñe hasta el último momento de su vida, o de un inocente que simplemente baje el rostro y silenciosamente acepte su suerte sin queja alguna, más que la de sus silenciosas lágrimas, ténganlo por seguro que no dudaría un

segundo en escoger al primero: el que muere luchando, revolcándose, gritando, estallando en furia contra la injusticia cometida. Si... definitivamente escogería al primero.

Y para tal injusticia no pude haber escogido el peor lugar y momento.

Al día siguiente, en la mañana, durante el recreo grande, donde habitualmente marcábamos, fue precisamente en donde agarré el corazón de Carmen Otárola y lo hice pedazos con mis sucias y asquerosas manos. Palabra tras palabra le fui confesando entre lágrimas mi vil infamia; no me guarde nada, absolutamente nada; le conté todo lo que había sucedido en la casa de Marcela Solano el día anterior. Tomé sus manos y me hincué pidiéndole perdón. Ella escuchó todas y cada una de mis palabras sin decir absolutamente nada; su cabeza inclinada, sus ojos cerrados y sus mejillas llenas de lágrimas fueron su única reacción. Para cuando terminé de contarle todo, ya habían tocado el timbre y ambos estábamos ahí, todavía. Ella de pie y yo hincado, aferrado a sus piernas, llorando como un maldito y cobarde traidor.

“¿Me perdonas, mi amor? ¿Me podrás perdonar?” le repetía, una y otra vez entre amargos sollozos.

“No, Leo...no creo que pueda. No creo...” me dijo con su voz suavcita y quebrada. “No creo, Leo, no creo... no puedo...no, no lo puedo hacer” repetía, ahogada en llanto.

No hubo reproches. No hubo insultos ni para Marcela ni para mí. No hubo gritos. No hubo explosiones de ira. Solo un llanto ahogado, suavcito e indefenso de animalito herido. Cuando al fin nos logramos controlar, ambos estábamos con los ojos tan rojos e inflamados y que era imposible entrar de nuevo a clases en esas condiciones. Ese día dejamos los útiles abandonados y nos fuimos juntos hacia la casa de Carmen para que nadie en el colegio nos viera en el estado tan lamentable en que nos encontrábamos. Todo el camino lo recorrimos sin decirnos ni una sola palabra. Cuando llegamos al alero donde siempre nos quedábamos marcando un ratito, Carmen levantó el rostro y dijo al fin. “Te voy a pedir un favor, Leo: mañana le voy a decir a Vivian que vaya a tu aula para que le entregues algo. Quiero que eches en un sobre la fotografía que te había regalado y me la mandes con ella. Es lo único que quiero, nada más. No quiero que la conserves” me dijo, mientras se limpiaba los ojos con ambas manos, daba media vuelta y continuaba sola el camino hacia su casa. Yo por mi parte ya no tenía más palabras de arrepentimiento que decirle. Le había suplicado, gemido y llorado todo lo que mi corazón daba y ya no tenía más que decir. Ese era el precio que tenía que pagar por el error cometido: mi ruptura con Carmen Otárola. Lo que no sabía en ese momento era la cantidad de años en que iba a estar acompañado por ese maldito remordimiento.

7. La Barbie costurera

La vida da muchas vueltas: un día estamos aquí, otro día estamos allá y al siguiente... ¿Quién sabe? Lo cierto es que hay personas a las que conocemos, o cosas que hacemos, que pueden tener relación directa con futuros acontecimientos en nuestras vidas. Para muestra: un botón.

Antes de trabajar para don William Muñoz, en su empresa constructora, yo ya había pasado por varios empleos; todos como auxiliar de contabilidad. Empecé en una distribuidora de productos de consumo masivo, seguí en una agencia de aduanas y unos años antes de ser contratado por la compañía constructora, tuve la oportunidad de trabajar en una maquiladora de jeans, que para mí conveniencia, estaba ubicada muy cerca de mi casa. Para cualquier hombre —heterosexual, eso si—, esa era la tierra prometida; la tierra de las oportunidades. Trescientas cincuenta mujeres en la fábrica y apenas quince administrativos y veinte operarios; “que más puede pedirle uno a la vida” me decían mis amigos con envidia. Lo que no sabían ellos es que precisamente a veces Dios le da carne al que no tiene dientes; para esa época en mi cabeza no había lugar para otro pensamiento que no fuera mi relación fallida con Carmen Otárola: En otras palabras: “que desperdicio de recursos”. Y es que así era; en la maquiladora definitivamente sobraban oportunidades de ligar; más aún para los tipos del área administrativa como yo. Desgraciadamente, en mi caso, el resultado siempre fue el mismo: algo de romance —muy poco, ya que no hacía mucha falta—, un poco de sexo, luego más sexo y después: pura y sofocante monotonía; que al final de cuentas terminaba por romper la relación. Que le voy a hacer, realmente se podría decir que, en esa época dorada de mi juventud, técnicamente era un eunuco sentimental; todo por mi obstinada obsesión con Carmen Otárola.

Cabe también destacar que dentro de esas trescientas cincuenta operarias de la maquiladora había una gran variedad de mujeres —lo digo con todo respeto, porque en esa época aprendí mucho en cuanto al respeto a las demás personas se refiere—. Había altas, bajas, flacas, gordas, blancas, negras, mal habladas, educadas, humildes, engreídas, pulcras, descuidadas, jóvenes, viejas y qué sé yo cuantos calificativos más. Lo cierto es que dentro de todas ellas —como es

normal—, había varias que se destacaban por atributos muy valiosos dentro de la empresa, como, por ejemplo: liderazgo, inteligencia, simpatía y definitivamente: belleza. Dentro de esos dos últimos atributos había una preciosidad que se llevaba todas las palmas: Magdalena Toruño. Era tan, pero tan hermosa, que de cariño todos en la maquiladora la conocíamos con el mote de “la Barbie costurera”; aunque es definitivo que ella superaba con creces a la famosa muñequita. Y como es lógico pensar, una mujer tan bella y tan simpática iba a ser el blanco número uno de los jefes que la compañía, sin embargo —por una estricta norma de la casa matriz—, los mandos altos tenían prohibición absoluta de involucrarse con las empleadas. Desgraciadamente, a mi jefe, don Manuel Aragón, el contador de la compañía, no le importaba dicha directriz. De ahí que, aunque era casado y poco agraciado, no reparó en esfuerzos por ganarse el corazón de la muy hermosa y querida Magdalena. Muy a mi pesar —ya que Magda me llegó a caer muy bien—, don Manuel y Magdalena tenían una relación que cuando yo llegue a la empresa, ya llevaba casi dos años. Así fue como empecé a conocer más a fondo a la que en adelante sería una gran amiga, confidente, y algo más que no sabría definir exactamente; muy, muy en el futuro.

Fue tan buena y tan sincera mi relación con Magdalena, que con el tiempo hasta me llegué a tomarme el atrevimiento de aconsejarla para que terminara su relación con don Manuel Aragón y que se buscara un hombre que realmente la valorara; un hombre que no la tuviera en calidad de amante. Mi intención en ningún momento fue robarle el mandado a mi jefe, sino que, sinceramente, llegué a apreciar tanto a Magda, que me indignaba que estuviera en esa situación tan desagradable.

Cuatro meses antes de que saliera de trabajar del harén maquilador de jeans, tuve una idea que en ese momento me pareció bastante prometedora, pero que años después descubriría un tanto desastrosa. Un martes, a la hora del almuerzo, aprovechando que don Manuel estaba de vacaciones, le propuse a Magdalena que porque no aprovechaba su gran belleza y don de gentes para incursionar en el mundo del modelaje. Para hacer esto, ya había confabulado con Eduardo para que él le ofreciera un contrato para una sesión fotográfica. Y es que, Eduardo, desde que estábamos en el colegio se había dedicado de lleno a la creación de comics con los cuales ya había desarrollado toda una historia de seres fantásticos en la que había una sangrienta lucha de poder entre dos pueblos. Las dos naciones eran gobernadas por unos hermanos gemelos: Olmay la reina de los Aseyanes, y de las altas montañas y Jarac el rey de los Asetacas, y creador de las grandes pirámides en las tierras lacustres. Ambos reinos eran gobernados con mano dura gracias a los poderes mágicos de los gemelos y de sus guerreros místicos. La idea era que Magdalena sirviera de modelo para un personaje nuevo

en la historia: la princesa Arelis, cuyo principal atributo era su belleza alucinante y su gran cabellera roja, la cual al igual que su madre, la reina Olmay, tenía un poder letal en el submundo de los sueños. Vale mencionar que Eduardo —en honor a Magdalena— cambiaría posteriormente el nombre de Arelis por Magdalia.

En un principio, Magdalena tomó mi propuesta como una simple broma, incluso me dijo, también en son de broma, que lo que yo quería era tener una foto suya con poca ropa; pero cuando le dije que yo no iba a estar en la sesión fotográfica, y que las mismas iban a ser tomadas por mi mejor amigo, Eduardo Rojas, quien era un fotógrafo profesional, tenía su propio estudio de revelado, y que además, sólo tenía que posar con un vestido de baño de dos piezas; ahí lo empezó a considerar con más seriedad. Eduardo y yo acordamos pagarle un monto verdaderamente digno de una modelo profesional, ya que nuestra sincera intención era motivarla para que renunciara la maquiladora y de verdad buscara suerte en el mundo de las pasarelas; para lo cual, era indiscutible, Dios la había dotado con muy sobresalientes atributos.

Dos días después: Magdalena me pidió el número de teléfono de Eduardo y aunque me dijo que no era definitivo, que todavía lo estaba pensando, quedé convencido de que tarde o temprano iba a aceptar nuestra propuesta.

Pasaron dos semanas y un sábado por la mañana, recibí una llamada de Eduardo pidiéndome que pasara por su estudio; me dijo que tenía un dibujo muy interesante que quería mostrarme. En ese momento, no sé porque, pero no se me ocurrió pensar en las fotos de Magdalena. Cuando llegué, antes de abrirme la puerta, me pidió que primero cerrara los ojos, pues me tenía una increíble sorpresa —ahí fue donde me acorde de la sesión fotográfica que le habíamos propuesto a Magdalena—; ya adentro, me guio hasta su mesa de dibujo y al abrir los ojos tenía frente a mí, ni más ni menos, que el dibujo de la princesa Magdalia a full color. Quedé con la boca abierta y chorreando babas; la princesa estaba completamente desnuda.

—¡Huy, Eduardo! ¡Qué es esto! ¡Esto es una obra maestra! mis respetos No pudiste haberla hecho más hermosa. ¡Qué bruto! —le dije, completamente embriagado ante la exquisitez de sus formas.

—¡Con semejante modelo, quien iba a fallar! —me respondió Eduardo, mientras yo, aun abrumado, observaba los detalles de los pechos y de su sexo. Detalles que a mi criterio fueron muy bien imaginados por mi amigo. Luego empecé a ver los detalles que si tenía que haber sido plasmados con base al cuerpo de Magdalena: los muslos, las formas de las rodillas, las pantorrillas, los tobillos y hasta las uñas de los pies; en la parte media se podía apreciar un vientre sumamente femenino, no tenía músculos prominentes, sino unas curvas

tenues, con un ombligo más que perfecto.

—¡Estas solo, Eduardo! ¡Y ni que decir de Magdalena! ¡Ves cómo era cierto lo que te dije!: la Barbie no le hace justicia a Magda; ella está a años luz de esa muñeca flaca y desnutrida. Y por cierto ¿Dónde están las fotografías? ¡Me muero de ganas por verlas! —le confesé desesperado.

—¡Ya me extrañaba Leito; que no me habías preguntado por ellas! —me respondió sonriendo, mientras iba por el sobre a su otro mueble de trabajo, el que estaba en el estudio fotográfico (su estudio estaba dividido en dos áreas; una dedicada a la fotografía y la otra al dibujo).

—Ya se las mandé a Carlos y me dice Carlos que va a mover algunos contactos, a ver en que nos ayuda con Magdalena (Carlos Falk, un amigo mutuo que también es fotógrafo profesional y que ya hace algunos años radica en Nueva York).

Abrí el sobre a toda prisa y empecé a ver todas y cada una de las fotografías. Ese día envidie como nunca a mi jefe, don Manuel Aragón; como ese viejo panzón podía estar disfrutando de semejante diosa, era algo que no tenía ni pies ni cabeza. Y para peores: ¡casado, el viejo cabrón! Ni siquiera le daba a Magdalena el lugar que se merecía; no sólo por su belleza, sino por sus otros dos grandes atributos: su simpatía y su humildad (supongo que este último atributo era el que la relegaba a vivir una vida que no era la suya, y que Eduardo y yo, de muy buena fe, teníamos las mejores intenciones de mejorar).

—¿Entonces qué? ¡Sin palabras, verdad!

—¡Definitivamente! Y en el dibujo, con las partes íntimas, tengo que admitir que la volaste —le comenté, mientras admiraba las imágenes capturadas por mi amigo.

—Bueno... no tanto —me dijo mientras me arrebatava las fotografías de las manos y corría a guardarlas en la misma gaveta de donde las había sacado.

—Suave, suave, Loco. ¿Cómo vas a guardarlas tan rápido? ¡Estás volado! ¡Yo tengo que saborear hasta el último píxel de esas fotografías! —le reclame, mientras lo perseguía hasta el escritorio.

—¡Tranquilo, Leito! Tranquilo... vas a ver lo que te tengo —me dijo, mientras sacaba otro sobre de la misma gaveta.

—Magdalena me dijo que sacara dos copias: una para ti y otra para mí; que no quería que la mal interpretáramos; que era un regalo para su mejor amigo; que te lo mereces por ser el hombre que la ha tratado con más respeto en toda su vida y que, después de mucho pensarlo, quería darte un cariñito muy especial; ¡claro!, me dijo que yo iba de colado por ser tu mejor amigo y por ser el artista detrás de la cámara —aclaró—. ¡Eso sí! A mí me hizo jurarle, por lo más sagrado, que no se la iba a mostrar a nadie y que no iba a sacar más copias; que a

vos no hacía falta, porque te tiene plena confianza y sabe la clase de persona que sos. ¡Que lujo, ah! ¡Hasta me pidió que ten entregara los negativos! ¡Por eso sos mi héroe! —me bromeó Rojitas, mientras me entregaba el obsequio de mi querida Magdalena.

Abrí el sobre con las manos más que temblorosas y ahí estaba frente a mí — no en vivo, pero si a todo color—: Magdalena Toruño en toples. Dos cosas eran evidentes: Eduardo no tenía tan buena imaginación, pero si era el dibujante más preciso que haya pisado la faz de la tierra. El dibujo y la fotografía eran la misma imagen; al final de cuentas, lo único que imaginó Eduardo, fue el triangulito de su sexo, lo demás era idéntico. Tragué grueso y francamente no supe que decir. Ese regalo de mi querida Magdalena me dejó completamente alelado, extasiado, hipnotizado y que se yo que otras cosas terminadas en ado; sobra decir que ese es uno de los grandes tesoros que guardo en mi capsula del tiempo. Recuerdo que, año tras año, no pierdo la oportunidad de ir a disfrutar, aunque sea un ratito.

A partir de ahí, mi amistad con Magdalena creció en forma exponencial, íbamos juntos a todas partes y disfrutábamos montones de la mutua compañía; desgraciadamente, el objetivo de nuestra propuesta dio frutos demasiado pronto y Magdalena obtuvo su primer chance de trabajo al lado de nuestro amigo, Carlos Falk, allá, en la ciudad de Nueva York.

Después de dejarla en el aeropuerto y de recibir durante las primeras semanas algunas llamadas desde la gran manzana, Magdalena y yo, poco a poco, perdimos el contacto y no volví a saber nada de ella por mucho, muchísimo tiempo.

8. Un sábado cualquiera, de cualquier semana, de cualquier mes y de cualquier año

Dos semanas después del incidente con mi suegro, ya todo parecía entrar en un estado de relativa y aparente calma; Laura y yo marcábamos en mi casa como novios comunes y corrientes, además de que continuábamos con nuestros eróticos almuerzos moteleros, en donde lo que menos hacíamos era comer. Un jueves a eso de las tres de la tarde recibí una llamada. Al descolgar el auricular esperaba escuchar a Laura.

—¿Leito? —dijo una voz femenina del otro lado de la línea. Dudé por un segundo.

—¿Magdalena Toruño? ¡No lo puedo creer! —exclamé, sorprendido.

—¡Sí, Leito, soy yo, Magdalena! Creí que después de tanto tiempo ya no ibas a reconocer mi voz —respondió, emocionada.

—Me extraña, Magda. ¿Cómo crees que me voy a olvidar de vos? Al contrario, vos fuiste la que se olvidó de mí —le reclamé.

—Sí, Leito, que pena y que vergüenza contigo. La verdad es que me merezco un buen jalón de orejas, o mejor todavía: un par de buenas nalgadas; lo que prefieras. Pero ya vas a tener tiempo; tenemos mucho que hablar. Me muero de ganas por contarte un montón de cosas. La mayoría malas, por desgracia, y la razón por la que te llamo es la más mala de todas ¡Qué pena Leito!, cuando te lo cuente todo, vas a terminar regañándome y con justa razón.

—¡Vamos, Magda! No creo que te haya ido tan mal. Sino no te hubieras perdido de vista por tanto tiempo —le respondí; pero definitivamente todo el rollo si era bastante serio. Uf... ¡demasiado serio!

Después de hablar un poco, nos quedamos de ver en el lugar de toda la vida: Chips, a eso de las seis de la tarde.

Yo llegué primero que ella, por lo que aproveché, como siempre, para leer el periódico mientras me tomaba un refresco. Tengo que confesar que estaba ansioso por ver a Magdalena; y también estaba bastante intrigado por el comentario que me hizo por teléfono. Cinco o seis minutos más tarde, por fin vi su monumental cuerpazo cruzando el salón; se veía aún más hermosa de lo que

la recordaba; su figura seguía siendo escandalosamente atractiva y para rematar venía con un pantalón negro brillante entallado y una blusa de idéntico color a botones, de manga larga, y que dejaba ver sus pechos híper circulares —cero por ciento silicón; cien por ciento ambrosia—, que se veían deliciosamente apretados uno contra el otro; su calzado eran una botas color rojo purpura con tacones tipo aguja, las cuales hacían juego —en cuanto al color—, con el tono de su lápiz labial y el de un lazo que traía en el cabello a manera de bincha, de la que sobresalía su prominente y hermosa cabellera, antes castaña y ahora de un tono negro azabache. Su imagen me pareció demasiado... como decirlo: provocativa, seductora; nada que ver con la dulce Barbie costurera que se había ido tiempo atrás a la unión americana. De primera entrada era evidente que los aires del norte cambiaron su esencia, pasando de una tierna y coqueta, Dulce Honestidad, a una extrovertida, excitante y sensual, Lolita Lempicka.

Además de todo ese impacto visual —que sobra decir: me dejo embobado—, había algo aún más perturbador a su lado —demasiado perturbador diría yo—: un tipo como de metro noventa, musculoso hasta decir basta, rubio teñido, con barba y bigote tipo candado, el cual venía vestido antagónicamente con respecto a mi querida Magda —es decir: completamente de blanco—; parecían una pareja de artistas cruzando la alfombra roja. Cuando llegaron a mi mesa, apenas y acaté a levantarme y darle un beso y un abrazo a Magdalena; muestra de afecto que ella respondió estrujándome fuertemente contra su pecho, y que gracias a sus grandes tacones permitió que mi nariz quedara comprimida en medio de sus hermosos senos por unos segundos. Luego del efusivo abrazo y de decirme lo guapo y primoroso que me encontraba, procedió —disculpándose por su omisión— a presentarme a su acompañante.

—Leito, él es Erick Escalante; un muy buen amigo que conocí en Estados Unidos. Ambos trabajábamos para la misma empresa.

El tipo me extendió la mano y me dio un apretón de manos que por poco y me manda al departamento de ortopedia del Hospital San Juan de Dios; fue como si me apretaran la mano con un alicate de perro o con una tenaza de zapatería (después de es día, por regla, al saludar a Erick, tenía siempre que entrarle con fuerza al apretón para evitar una letal y dolorosa pulverización carpiana).

—De verdad que me da mucha alegría que estés de nuevo en Costa Rica. No tienes idea de todo lo que tengo que contarte; supongo que vos también tienes montones de historias —le dije, una vez que los tres tomamos asiento.

—Pues sí, Leito. Puedo escribir un libro con todas cosas que me pasaron. Primero en Nueva York y luego en Las Vegas. Prácticamente fue como vivir de nuevo la vida entera. No tienes idea de todas las cosas que pasaron. ¡Es que

Estados Unidos, definitivamente es otro mundo, Leito!

—Espero no terminar arrepentido de haberte cambiado la vida —le respondí, temeroso de pensar en las posibles cosas que pudo haber pasado y de constatar que los resultados saltaban a la vista, con su nueva apariencia y forma de hablar.

—No sé qué decirte, Leo. Creo que todo se da por alguna razón. Los dos sabíamos que tarde o temprano mi vida iba a terminado dando un vuelco. Lo mejor es que haya sido con la ayuda y los consejos de dos buenos amigos, que por otros medios —me consoló, tratando de calmar tiernamente mi conciencia—. Y mira si es así, que ahora que estoy aquí, no más llegando y ya tengo la oportunidad de devolverte el favor. ¡Lo que es la vida! ¿No?

—Buenos, si tú lo dices —le respondí, sin entender aún mi media palabra.

—Bueno, Leito. Para empezar, te voy a contar como me fue en Nueva York, por qué me fui para Las Vegas, por qué regresé a Costa Rica y lo más importante en este momento: por qué te llamé.

Magdalena me contó que cuando llegó a Nueva York, Carlos Falk estaba esperándola tal y como Eduardo y yo se lo habíamos indicado. Ya le tenía todo listo; había hablado con dos muchachas que también eran aspirantes a modelo: una gringa: Katy Anderson y una uruguaya: Adriana Vargas; las tres compartían el departamento y se repartían los gastos. Sobra decir que las tres se hicieron grandes amigas casi de inmediato. Gracias a Katy que no hablaba nada de español, Magdalena y Adriana aprendieron rápidamente el inglés; con decir que al año ya las dos salían solas a entrevistas de trabajo y se desenvolvían de los más bien. De nuestro amigo, Carlos Falk, Magdalena no tuvo queja alguna; le ayudó con bastantes contratos, desgraciadamente —como él se lo advirtió desde un principio— su contextura no era la más indicada para el modelaje profesional, ya que sus curvas eran demasiado prominentes —eso a pesar de que su belleza era increíblemente exuberante—. Ya saben: hoy en día el mundo del modelaje está hecho para las anoréxicas y no para las mujeres rellenas. Ahí fue donde empezaron sus problemas; en muchas entrevistas le decían, con toda frialdad del mundo, que con ese cuerpo tenía más futuro como estrella de cine porno, que como modelo profesional. Montones de veces Magdalena llegaba a la casa llorando por las groserías que le decían en las entrevistas. A raíz de esos problemas, fue que tomó la decisión de buscar nuevos rumbos.

En un principio pensó en Hollywood, tal vez ahí podría tener suerte y conseguir algún trabajo en la industria del cine. ¡Que ilusa mi Magda! Ahí lo que le llovió a diestra y siniestra, fueron las ya repetitivas ofertas de cine para adultos. Lo único que le quedaba a Magdalena eran Las Vegas. No había mejor opción: Las Vegas o regresarse a Costa Rica. Hay que admitir que en la ciudad del pecado las cosas mejoraron económicamente, pero ya dentro de otra línea de

trabajo que no era precisamente el modelaje.

Como lo de las pasarelas estaba descartado, lo que se le ocurrió fue buscar trabajo como camarera en un casino, y de verdad que no le costó conseguirlo; tuvo mucha suerte, no habían pasado dos días y ya tenía empleo. ¡Claro!, Ebanyoli no era un casino, pero el trabajo era honrado y la paga era buena. Míster Fox —cuyo verdadero nombre era Emil Schultz, pues era hijo de inmigrantes alemanes— viendo el potencial de Magdalena, la contrato para que se desempeñara en su call center; zona transitoria, pues esperaba trasladarla, en cuanto pudiera convencerla, a la rama principal del negocio: “acompañantes de ejecutivos”.

Lo bueno del asunto es que Ebanyoli si era realmente una empresa seria y respetable en el área de damas de compañía. Ninguna de las empleadas podía ofrecer nada más que eso: compañía; Dios guarde Míster Fox descubriera algo raro; no dudaba un segundo en despedir hasta a la mejor de sus empleadas si había alguna situación sospechosa; la fama y buen nombre de la empresa radicaba precisamente en eso: nada de romance, nada de sexo y nada de vicios a la hora de prestar sus servicios. Gracias a esa seriedad y a la selecta clientela con que contaba la empresa, el negocio le generaba a míster Fox, y por supuesto, también a sus colaboradores, grandes ingresos. Como referencia, podríamos decir que la mayoría de sus clientes eran ejecutivos o señores de avanzada edad que buscaban compañía en sus reuniones de negocios; a otros simplemente les gustaba disfrutar de una compañía bonita y confiable durante su estadía en la ciudad de los casinos.

Como era de esperarse, a Magdalena no le interesó en lo más mínimo dedicarse a esa actividad, sobre todo porque no estaba muy segura de que tan decente era en realidad el negocio, pero como dice el dicho: “si te juntas con lobos a aullar aprendes”; cuando Magdalena empezó a ver los ingresos que recibían sus acompañantes y que la empresa era tan estricta en cuanto al buen comportamiento de sus empleados, terminó por aceptar una de las muchas ofertas que ya le había hecho Míster Fox para que se pasara al “área operativa del negocio”.

Al ingresar en ese mundo de las damas de compañía fue cuando entabló amistad con el siempre sonriente y servicial: Erick Escalante, quien casualmente resultó ser otro tico que se fue a los Estados Unidos en busca del sueño americano. Erick era uno de los choferes y guarda espaldas de la compañía; se encargaban de trasladar y proteger a las chicas cada vez que tenían algún compromiso. El servicio que ofrecía Ebanyoli era completo: linda compañía femenina, limosina con chofer y guarda espaldas (dos en uno), todo por un precio nada económico, pero sí muy discreto y profesional.

A pesar de que Magdalena y Erick no todo el tiempo trabajaban juntos, con el pasar de los meses entablaron una gran amistad; al punto de que tomaron la decisión de alquilar un departamento para así compartir los gastos y darse compañía mutua en la bulliciosa, y a la vez solitaria, ciudad del pecado; que al final de cuentas, a pesar de todas sus luces y glamur, resultaba bastante inhóspita para ellos.

A partir de ahí, las cosas mejoraron notablemente; ella empezó con mucho temor, pero pronto descubrió que todos los clientes eran muy respetuosos. Ebanyoli tenía gran fama por su seriedad, al punto de que durante el tiempo que Magdalena trabajó para la compañía, ni una sola vez tuvo que lidiar con una propuesta indecorosa o con malos tratos; todo lo contrario, los clientes por lo general les daban buenas propinas, tanto a ella como a Erick, quien a su vez era todo profesional en su área de trabajo.

Desgraciadamente, una de esas tantas veces en las que, por casualidad, les tocó trabajar juntos, pasó algo que vendría a tirar por el suelo todo lo que ambos, hasta ese momento, habían logrado. Se dio con un cliente nuevo para la compañía: un puertorriqueño octogenario de apellido Figueroa, quien contrató los servicios de Ebanyoli, con la indicación expresa de que la joven acompañante debería de ser latina, hablar español y si fuera posible puertorriqueña o en su caso que pudiera fingir la forma de hablar de los isleños; eso era fundamental para poder asistir a una fiesta organizada por un grupo de inversionistas canadienses. El señor Figueroa solicitó que la jovencita se hiciera pasar por su “hermosa y refinada hija”, quien lo acompañaría durante toda la velada; para luego llevarlo a su hotel a eso de las once de la noche.

El asunto, por lo que se podía ver, era tan fácil como un paseo en el parque.

Esa noche, Magdalena iba radiante, su vestido era negro, abierto atrás, mostrando su hermosa espalda y rematando al final de la cintura con un colgado en la parte inferior, dando la impresión de que si te atrevías a mirar por la abertura, podrías ver el piso del salón —además, por supuesto, de sus redondos y firmes glúteos—; el escote: escandalosamente pronunciado, dejaba admirar muy buena parte de sus senos y también un collar de piedras preciosas; detalle que lógicamente era facilitado por la compañía como parte del vestuario.

Durante el evento, todo trascurrió con entera normalidad; Magdalena fue un amor con todos los invitados que le presentó su “querido padre”, y habló con ellos de la isla del encanto como si hubiera dejado el ombligo en los hermosos y coloridos barrios del viejo San Juan. Cuando salieron de la fiesta, don Oscar Figueroa —sumamente conmovido—, le dijo que, si él hubiera tenido una hija como ella, se hubiera sentido el padre más orgulloso del mundo. Que estaba muy agradecido con ella, con Erick y con Ebanyoli, por el excelente servicio que le

habían prestado; incluso les prometió a ambos mandar un agradecimiento por escrito a míster Fox y solicitar sus servicios en su próxima visita a la ciudad. Cuando salieron del hotel en que se llevó a cabo la fiesta, abordaron la limosina y emprendieron el viaje de regreso al hotel de don Oscar. Allí darían por terminado el servicio.

¡Desgracia de desgracias!

Antes de dirigirse por fin a su destino, a solicitud de don Oscar dieron un tranquilo paseo por la Strip. Frente a la ventana blindada de la limosina pasaban el Royal, el Mirage y el Monte Carlo, entre otros. Ya satisfechos sus deseos, y a escasas cuadras de llegar a su destino, sucedió la fatalidad: Al hacer un alto en un semáforo, don Oscar le dijo a Magdalena que se estaba sintiendo un poco descompuesto y con ganas de vomitar; en un principio tanto Magdalena como Erick pensaron en que tal vez le había caído mal alguno de los pocos tragos que se tomó en la reunión, pero cuando don Oscar se tomó el pecho con ambas manos, los dos, al mismo tiempo, cayeron en la cuenta de que don Oscar estaba sufriendo un ataque cardiaco. Inmediatamente y sin pensarlo, Erick orilló un poco la limosina y se pasó corriendo a la parte trasera; iniciando de inmediato el protocolo RCP; mientras tanto, Magdalena —sumida en shock— quedó petrificada en un rincón de la limosina; no le salían las palabras, no podía llorar, no podía gritar, no podía correr; estaba paralizada de terror, viendo como Erick, desesperado, trataba de salvarle la vida al pobre de don Oscar Figueroa. Cuando los demás conductores que estaban haciendo el alto, se percataron de que algo estaba sucediendo en el interior de la limosina, le hicieron señales a una patrulla que justamente iba pasando en dirección opuesta. Por desgracia, los oficiales se bajaron de su patrulla en el momento justo en que a Magdalena se le soltó el nudo que tenía en la garganta, pegando un grito, que más que grito, pareció un chillido. Los oficiales inmediatamente desenfundando sus armas. Las puertas de la limosina habían quedado abiertas y sin ver la escena en el interior, lo primero que pensaron era que se trataba de un asalto; razón por la cual le ordenaron a Erick que levantara las manos y que saliera inmediatamente del vehículo. Él les gritó que se trataba de un infarto, pero los oficiales insistieron en que abandonara el vehículo con las manos en alto o iban a abrir fuego (típico de los cabrones policías gringos). A Erick, lamentablemente no le quedó más remedio que obedecer. Cinco minutos más tarde, cuando ya todo estaba aclarado, el cuerpo de don Oscar Figueroa estaba sin signos vitales en el piso de la lujosa limosina Lincoln Cartier de Ebanyoli Entertainments.

El problema que se les vino encima, tanto a ellos como a Mister Fox, fue sumamente serio; al punto de que pasaron por un proceso de investigación sumamente tortuoso y desgastante; por suerte para todos, don Oscar tenía un

historial médico en el cual ya habían registrados un par de infartos, ambos sufridos a los sesenta y cinco años y de los que había sobrevivido de puro milagro; eso evito que el proceso de investigación se prolongara demasiado. Por su parte, Míster Fox comprendía perfectamente la situación; no era culpa de Magdalena ni de Erick lo que había sucedido (saldo por el paseo no programado), pero fiel a las políticas de la empresa, era imposible que ambos continuaran formando parte de la nómina. A ambos los liquidó, dándoles un bono como reconocimiento a su esfuerzo y dedicación, y además les dio cartas de recomendación para que pudieran buscar nuevos empleos; sin embargo, como era lógico, el incidente los marcó a tal punto que, sin darle más vueltas, tomaron la decisión más atinada de sus vidas: regresar a su querida y añorada tiquicia.

Con los ahorros que ambos tenían, sus liquidaciones, la venta de sus vehículos y otras pertenencias, juntarían el dinero suficiente para regresar al país y montar un par de negocios. Erick administraría un gimnasio y Magdalena una tienda de ropa deportiva. Además, dentro de sus planes estaba seguir viviendo juntos, ya que su relación a pesar de no ser pareja —Erick desde muy joven descubrió sus preferencias sexuales— era sumamente estrecha, al punto de verse casi como hermanos de sangre. Magdalena chineaba a Erick en asuntos de comida y él la protegía celosamente, cual hermano mayor.

Dos meses antes del viaje de regreso, Erick contacto a su expareja para darle la noticia; él y Bruno habían convivido durante cinco años, hasta que a Erick se le metió en la cabeza que se fueran a vivir a los Estados Unidos. Bruno en un principio no estuvo de acuerdo, pero Erick lo convenció, y ambos se fueron a probar suerte a la ciudad de Las Vegas. Para desgracia de Erick, Bruno con el pretexto de atender a su padre, quien había sufrido un quebranto de salud, regresó pronto a Costa Rica. Fue sí como cada uno terminó por su lado; no hubo despedida formal ni hubo reclamos o resentimientos, simplemente la relación quedó en el congelador hasta que se diera una nueva oportunidad de reencontrarse.

¡Ah, por cierto! No sé si lo mencione antes, pero a Bruno, la pareja de Erick, todos sus amigos lo conocen cariñosamente por el mote de: Ban Ban.

Cuando Magdalena y Erick arribaron al aeropuerto, Juan Santamaría, Bruno los estaba esperándolos a la salida; el pobre tenía el brazo derecho enyesado y una especie de vendaje le atravesaba el pecho, por lo que desgraciadamente no pudo ir en su vehículo. Según les conto: cumpliendo con su trabajo de oficial de seguridad en una clínica médica, había tenido una pelea con un tipejo, el cual, a pesar de ser chiquitillo y enclenque, lo había atacado a traición con un tubo estructural como de metro y medio de largo, quebrándole el húmero y la clavícula derecha (sanguinario el tipillo ese). Erick lo abrazó con delicadeza y le

dio un cariñoso beso en la mejilla, muy cerca de la boca.

Llegando al centro de San José —y gracias a las presas de la General Cañas— ya Bruno les había contado todo el rollo sobre su trabajo y sobre su rol como hombre de confianza de su jefe: el famoso proctólogo y empresario: don Rodrigo Montoya del Valle.

Cuando Erick —antes de regresar a Costa Rica— le habló a Bruno de Magdalena; le describió su gran belleza y le comentó sobre el trabajo que desempeñaba en Las Vegas, a Bruno se le encendió el foco; tal vez ella era la indicada para llevar a cabo un plan que él y su jefe, estaban maquinando desde hacía ya algunas semanas. Con este plan ambos iban a cobrar venganza; primero él por la agresión a mansalva de que había sido objeto, y segundo su jefe, porque así podría destruir la relación entre ese muerto de hambre y la doctora Laura, la hija menor del galeno. El plan consistía en buscar una mujer que sedujera al tipo ese y así poder tomarle unas fotografías donde la muchacha saliera abrazándolo y besándolo y si era posible haciendo algo más; incluso la paga prometía ser buena si lograban montar algo aún más comprometedor.

Después de escuchar la propuesta de Bruno, a Magdalena lo primero que se le ocurrió fue quitarse una bota y hundirle la punta de diamante en el cráneo hasta extirparle los pocos sesos que tenía, pero se contuvo por tratarse de la expareja —o todavía pareja— de Erick. Ella no se iba a prestar para algo así; su intención era dedicarse de lleno a su negocio de ropa deportiva; mucho menos se iba a prestar para hacer algo tan sucio como tenderle una trampa a un tipo, por más despreciable y ruin que este fuera. Además de indecente, el asunto podía ser muy arriesgado, quien sabe si las cosas terminaban mal; sobre todo después de ver cómo el tipejo ese había dejado a Bruno, que era igual de fornido y alto que Erick.

Con buenas palabras tanto ella como Erick rechazaron la propuesta de Bruno; este por su parte aceptó la evasiva pues al final concluyó que Magdalena era demasiado guapa como para que la hija de don Rodrigo se tragara el cuento de que el baboso de su novio le había sido infiel con semejante mujerona.

“Lo que don Rodrigo y yo necesitamos es una mujer menos atractiva. Con Magdalena no creo que la doctora Laura se trague el cuento y le termine pateándole el trasero de una vez por todas, al tal Leonardo ese”, dijo Ban Ban como quien habla para sí mismo, dando por concluido el asunto.

Al escuchar Magdalena el nombre del vil trepador, que descaradamente pretendía casarse con la hija del doctor Montoya, y que además había mal matado al novio de Erick, sintió un salto en el corazón. No podía tratarse de su querido Leito Montiel. Seguramente era algún otro Leonardo (uno bien malo y pendenciero). Leito jamás podría ser el bribón al que Bruno se refería; sin

embargo, como es sabido, la intuición femenina no es algo que se pueda dejar de lado, así como así; lo mejor era obtener más información al respecto.

“Bruno, hagamos una cosa: pídale a su jefe el nombre completo, la dirección y el teléfono del tipo ese y me la regala. Tal vez yo pueda conseguir a una amiga para que haga ese trabajito”, le dijo Magdalena a Ban Ban, ante los ojos incrédulos de Erick.

“No hace falta, aquí ando todos los datos. No ve que ya todo lo tenemos planeado, sólo necesitamos a la muchacha y a alguien que tome las fotografías” respondió Bruno, mientras sacaba, dificultosamente, un papel de la bolsa de su camisa.

Cuando Magdalena tomo el papel y lo leyó, tuvo que disimular su sorpresa delante de Bruno y especialmente de Erick. Era un hecho: tenía que comunicarse conmigo inmediatamente. Si era posible ese mismo día. Era imposible esperar un segundo más para contactarme.

“¿Sabe qué Bruno? Tal vez esto si nos interese. ¡Con nosotras las mujeres, tipos como este no juegan!”, le aseguro a Bruno, tratando de convencerlo de su cambio repentino de parecer, mientras veía a Erick poner cara de loco al escuchar sus palabras.

“Luego hablamos”, le dijo en voz muy baja, en un momento en que Bruno daba indicaciones al taxista por dónde tomar para llegar a su departamento en Barrio México.

Apenas llegaron lo primero que Magdalena hizo fue inventar el pretexto de que tenía que salir a comprar unas toallas sanitarias. Con ese cuento, fue como pudo salir a buscar un teléfono público para llamarme y reunirnos si era posible ese mismo día.

—Así es Leonardo. Por dicha Magdalena me había hablado muchas veces de usted y de Eduardo Rojas, el fotógrafo. Me contó todo lo que le había ayudado ambos antes de viajar a los Estados Unidos, sino no, no hubiera entendido como Magdalena cambió tan repentinamente de opinión sobre la propuesta de Bruno —dijo al fin Erick, después de escuchar callado todo lo que Magdalena me había relatado—. En un principio no entendí, pero después relacioné su nombre y lo entendí todo. Por otro lado, le pido disculpas por Bruno; él realmente es una buena persona y si está actuando así, debe de ser por la forma en como usted lo golpeó. Supongo que tuvo sus razones, pero no deja de ser algo para molestar. Es más, Leo... viéndolo a usted, disculpe que se lo diga, pero no tengo idea de cómo pudo dejar a Bruno en tan mal estado. En todo caso; téngalo por seguro que cuando lo conozca a fondo va a cambiar de opinión. Él es una excelente persona —me explicó con vehemencia, tratando de justificar a su expareja.

—Qué pena Erick, pero las cosas no fueron como él las pinta —le respondí,

resuelto a aclarar lo sucedido, sin embargo, la mirada de Magdalena me hizo cambiar de opinión.

—El tubo no era tan grande y el golpe no se lo di desprevenido. Lo que pasa es que cuando se trata de pleito, así: chiquitillo y flaco como me ve: soy como un gato patas arriba. Lo primero que encuentro se lo desbarato en la torre a cualquiera; pero en fin... tampoco soy una persona rencorosa. Si en el futuro, su amigo quiere hacer las paces, yo encantado —le respondí a Erick con toda humildad... (¡Ja, ni yo me lo creí! Y menos Magdalena, que al final sonrió disimuladamente).

El resto de la noche yo les conté toda la historia de mi noviazgo con Laura desde el día en que cambié la llanta de su vehículo hasta la charla que tuve con su papá. Por supuesto, sobra decir que les di las versiones oficiales de todo, incluida la del feroz pleito que tuvimos Bruno y yo (por cierto, siempre que cuento esta historia le cambio los sobrenombres a Bruno: nieto de Rambo, hijo de King Kong, simulacro de Conan el Bárbaro, etc.) Hasta el día de hoy mi amigo Bruno y yo somos los únicos que sabemos cómo realmente se quebró la madre entera ese día.

Ya enterados los tres de todo, tomamos la decisión de no contarle nada a Bruno hasta que todo fuera historia antigua. Lo primero era que Magdalena y Erick aceptaran el trabajo y me pusieran la trampa que el viejo y Bruno habían maquinado; lo segundo era poner a Laura sobre aviso para que no se tragara el anzuelo, y lo tercero era hacerles creer a Bruno y al viejo que el truco había salido de acuerdo con lo planeado, pero sin el resultado que ellos esperaban. Al final lo de poner a Laura sobre aviso lo descartamos, pues Magdalena y Erick me convencieron de que era una buena oportunidad para ver su reacción sobre lo que supuestamente habría de suceder y porque también era un riesgo que ella lo echara todo a perder (después me arrepentiría de esta decisión).

Pasaron dos semanas de mi reencuentro con Magdalena y el sábado en la noche Laura y yo teníamos planeado ir al cine, por lo que ella, después de hacer algunas diligencias en la tarde, llegó a su casa a ducharse y prepararse para salir nuevamente. Para cuando ya estaba lista, su papá la tomó del brazo y le pidió que lo acompañara al El Tercer Tercio. Laura, de no muy buena gana aceptó, pues suponía que su papá le iba a salir con otro de sus sermones sobre la inconveniencia de nuestra relación. En efecto, Laura escuchó pacientemente sus argumentos de siempre y también le dijo lo de siempre: que ella me amaba y que yo también la amaba y que a pesar de la oposición de él y de su mamá, lo aceptaran o no, nos íbamos a casar; que no había nada en el mundo que la hiciera cambiar de opinión y que era más importante su felicidad que todo el dinero que su familia tenía acumulado; que estaba dispuesta a dejar los lujos de su casa y

asumir una vida sencilla, pero definitivamente más plena y más feliz que la que le esperaba a sus hermanas. Al cabo de media hora ambos ya se habían dicho todo lo que tenían que decirse y habían llegado al mismo lugar de siempre: ninguna parte.

—Bien, Laura. No me queda otro camino más que abrirte los ojos. No quería hacerlo porque sé que va a ser doloroso para ti, pero no me queda otra opción. Esto es para que veas lo que hace tu novio a tus espaldas —le escupió el viejo con su altanería de siempre, mientras sacaba un sobre de la gaveta de su escritorio y lo depositaba en sus manos.

—¿Qué es esto? —preguntó, Laura, sin abrirlo, mientras tomaba asiento en la lujosa silla de cuero vacuno.

—Antes de dar el brazo a torcer decidí hacer una pequeña investigación de las cosas que hace Leonardo cuando ustedes no están juntos. Si todo salía bien, estaba dispuesto a aceptarlo en la casa y en la familia. Créeme, ya estaba casi convencido de hacerlo. ¡Si eso realmente te iba a hacer feliz, estaba dispuesto a reconocerlo! Desgraciadamente... Leonardo me demostró lo que realmente es: un patán, un canalla —le espetó el muy cabrón, pronunciando mi nombre con cierta familiaridad, tratando así de transmitir con sus palabras una dolida decepción de su parte (desgraciado mi suegro ¿verdad?).

Laura, ante semejante hablada, abrió el sobre de inmediato y sacó un juego de fotografías, las cuales empezó a ver una por una; conforme avanzaba sus ojos empezaron a llenarse de lágrimas y sus manos se pusieron temblorosas al punto de que el grupo de imágenes terminaron rodando por el suelo. Se levantó apoyándose en el sobre del escritorio y antes de salir (con la espada del Palomino figurativamente clavada en el corazón) le dijo con la voz quebrada:

—No sé qué es peor papi: lo que hizo Leonardo o lo que hiciste vos. Los dos son unos ingratos.

Luego salió del estudio rumbo a su cuarto. El viejo por su parte recogió las fotografías y luego de observarlas un rato —poniéndole especial atención a Magdalena—, las metió en el sobre para luego guardarlas en la caja fuerte del estudio. Luego sacó una botella de whisky sirviéndose, sin hielo y sin agua, un desbordante vaso.

Cuando Laura me llamó, su voz realmente era de muy pocos amigos, sentí un gran remordimiento de no haberla puesto al tanto, pero ya estaba hecho y no podía explicárselo por teléfono. Me dijo que nos viéramos en Chips a las seis en punto, que teníamos que hablar de algo muy serio. “De acuerdo, mi amor, a las seis en punto nos vemos, chao. Te amo” le dije, tratando de actuar lo más normal que me fuera posible.

Magdalena y Erick pasaron por mí y a eso de las cinco y treinta ya estábamos

llegando al restaurante. Ellos se sentaron cerca de la entrada, quedando Magdalena de espaldas a la calle, esto para que cuando Laura entrara no la pudiera ver, ya que, si efectivamente había visto las fotografías, podría reconocerla. Yo, por mi parte, me senté en el lugar de siempre al fondo del local y pedí una gaseosa mientras esperaba su llegada.

A eso de las seis y cinco, mi querida novia ingresó al restaurante y mientras se acercaba pude distinguir claramente su rostro evidentemente descompuesto; sobra decir que venía con apariencia de haber llorado; conforme se acercaba a mi mesa, las facciones de su rostro fueron transformándose hasta convertirse en una mezcla de ira e indignación que realmente nunca le había conocido; sus pasos se convirtieron en zancadas y estas se ajustaban al bamboleo enérgico de sus brazos; al llegar a mi lado, cuando yo ya estaba por levantarme para darle un beso, tomo el vaso con mi gaseosa, lo levanto sobre mi cabeza y lo vertió con todo y hielo sobre mi pobre humanidad; inmediatamente y sin decir media palabra me encajó un certero y fulminante puñetazo en plena nariz —gracias a esa estupidez de no ponerla al tanto sobre nuestros planes, ese día descubrí que a Laura Montoya era una verdadera fiera cuando perdía la cabeza.

—¡Es evidente que fue una trampa de mi papá, pero fuiste un miserable al caer en ella!, —me gritó histérica, mientras sostenía su mano derecha contra el pecho y se sobaba los nudillos con la izquierda—. ¡Rata, miserable! ¿Cómo me pudiste hacerme eso?

—Mi amor, no es lo que piensas, déjame explicártelo —le dije, mientras sentía las primeras gotas de sangre brotando por mis fosas nasales.

—¡Ah sí! Según vos eso tiene alguna explicación. ¡No lo creo! —me gritó mientras juntaba del suelo un pedazo de hielo y se lo ponía en sus enrojecidos nudillos.

—Si hay una explicación y muy buena —le respondí, mientras con la mirada le indicaba que justamente detrás de ella estaba la respuesta. Para ese momento, Erick y Magdalena venían a toda prisa en nuestra dirección. Cuando Laura los vio y específicamente reconoció a Magdalena hizo lo que nunca me hubiera imaginado que haría:

Se desmayó; cayendo ipso facto como un plátano al piso sin darme tiempo ni para decir: ¿esta nariz es mía?

Los dueños del restaurante en un principio se preocuparon mucho por la escena que habíamos montado, pero cuando les explicamos que todo había sido un malentendido y que ya estaba resuelto, se dieron por satisfechos y no llamaron a la policía; después de todo, Laura y yo éramos de sus clientes más habituales y nunca antes les habíamos generado problemas. Por dicha, Laura no tardó mucho en recobrar la conciencia. Claro, casi se vuelve a desmayar cuando

vio que estaba recostada sobre mi pecho y Magdalena tenía su mano derecha entre las de ella. Tuvimos que empezar por calmarla y tratar de contarle todo el rollo desde el principio. Para cuando terminamos de ponerla al tanto de todo, mi hemorragia nasal también se había detenido. Cabe mencionar que, a pesar de eso, poco faltó para que Laura me diera otra buena trompada; esta vez por haberla hecho pasar por semejante sufrimiento.

Lo primero que hicimos fue mostrarle un juego de fotografías idéntico al que le habíamos mandado al viejo, sólo que, en este, a diferencia del otro, venían fotografías extra que demostraban claramente que mi supuesta infidelidad había sido sólo un montaje para engañar a don Rodrigo. Ya quedando todo resuelto, el siguiente paso era hacer que el viejo cayera víctima de su propia trampa; lo fundamental era que nunca llegara a saberlo, para que no tuviera la intención de montar un engaño similar. Esa parte del plan recaía completamente en los hombros de Laura. Magdalena y Erick —que eran los cerebros detrás de esta farsa— fueron los que le dieron las indicaciones de lo que tenía que hacer y de lo que tenía que decir. Era importante que fuera muy convincente, ya que esa misma noche tendría que hacerlo para no crear en el viejo ninguna sospecha.

Laura llegó ese día a su casa casi a las diez de la noche, y como era de esperar: el viejo estaba despierto, deseoso de ver los resultados de su maquiavélica artimaña. No pudiendo ocultar su curiosidad, la salió a recibir a la cochera, esperando impaciente a que saliera de su vehículo. Laura, antes de abrir la puerta, tomo aire y dijo para sí: “perdón papito, pero te lo mereces”.

—¿Estas bien? Me tenías preocupado —le dijo el viejo, con voz grave.

—Sí, papi, estoy bien. No te preocupes. —le respondió Laura, mientras activaba la alarma.

—¿Y qué pasó? ¿Hablaste con Leonardo?

—Si —replicó ella con desgano.

—¿Y qué dijo? ¿Lo reconoció? ¡No ves que no te llevaste las fotografías!; si te las hubieras llevado él no habría podido negarte nada.

—No hizo falta, papi. Leonardo reconoció lo que había hecho. Es más... hasta me contó como pasaron las cosas. Me dijo que conoció a esa mujer hace pocos días y que todo pasó muy rápido; no supo en qué momento ya se había enredado con ella. ¡Fue un estúpido...un traidor... un canalla! —con estos apelativos el viejo se frotaba las manos mentalmente—. Realmente se merecía que le quebrara esa botella en la cabeza —murmuro Laura, como hablando, no para su papá, sino para sí misma.

—¿Le quebraste una botella en la cabeza? —exclamó el viejo escandalizado.

—Sí, papi, pero no te preocupes, estaba vacía y Leonardo ni siquiera pedio el conocimiento. Leo es un cabeza dura, está demostrado —concluyó Laura,

soltando una sonrisa un tanto acida.

—¡Ay, hija! ¿Qué te puedo decir? Así son las cosas de la vida —suspiró el viejo tranquilizado al ver que no pasó a más la reacción colérica de su hija—. Ustedes los jóvenes, por su falta de experiencia no ven lo que los viejos si vemos. Tu mamá y yo sabíamos que ese tipo no te convenía; realmente fue una bendición que descubrieras esto ahora, y no cuando ya fuera demasiado tarde; ¡vas a ver que pronto ni te vas a acordar de esto! El tiempo todo lo cura, vas a ver —le repitió el viejo, mientras la abrazaba y le daba un beso en la frente.

—Sí, papi, tienes razón, Leonardo y yo, con el tiempo, vamos a superar todo esto. Estoy segura de que, dentro de unos meses, cuando ya estemos casados, eso va a ser sólo un mal recuerdo. De hecho, después de lo de la botella, él se me arrodilló y reconoció lo estúpido que había sido y me prometió que nunca más en la vida me iba a volver a hacer algo así.

—¿Qué, qué, qué? —alcanzó a tartamudear el viejo soltando a Laura y agarrándola de ambos brazos—. ¡Muchacha, por Dios, no puedo creer lo que me estás diciendo! ¡Cómo vas a perdonar a ese imbécil después de lo que te hizo! ¡No lo puedo creer! ¿Qué tienes en la cabeza? ¿Aserrín? —exclamó ya enfurecido.

—¡Ay papi...! ¡Si hubieras visto como se puso Leo! Lloraba como un bebe; el pobre estaba desconsolado de ver la estupidez que me había hecho. ¡Con decirte que se abrazó a mis piernas y me pidió perdón postrado en el suelo! El muy tontillo me dijo que si yo lo dejaba se iba ir a tirar al puente de los Anonos (esa parte la agregó ella, por exagerada; no era parte de lo que tenía que decir).

—¡Dios mío! —dijo el viejo tomándose la cabeza.

—No te preocupes, papi. Vas a ver que pronto todo va a estar bien; eso te lo aseguro —concluyó, Laura, dándole un beso en la mejilla, para luego entrar a la casa y subir corriendo las escaleras, rumbo a su cuarto (por supuesto se quedó escondida observándolo; no le fuera a dar otro ataque estomacal).

El viejo entro a la casa arrastrando los pies y por largo rato permaneció estático en medio de todas sus hermosas y valiosas obras de arte; esto al punto de que, si algún ladrón hubiera entrado a la casa, probablemente se lo hubiera echado al hombre, pensando que era una escultura más de la colección; estaba patitieso, perplejo, anonadado, abrumado y —porque no decirlo— rete que ahuevado de lo que acababa de escuchar. ¡Como su hija! ¡Toda una facultativa!, iba a salirle con semejante idiotez. ¿Qué clase de lavado de cerebro le había hecho el pinche contadorcillo ese para que actuara de esa manera? Después de esto: ¿qué otra cosa podía hacer él para hacerla entrar en razón? El viejo, definitivamente, no tenía ningún otro as bajo la manga que pudiera ayudarle a evitar la “animalada” que estaba dispuesta a cometer su querida Laurita.

Ofrecerme dinero a cambio de que me alejara de Laura era un hecho que no daría resultado. El sicariato mucho menos (el viejo era un miserable y un déspota, pero no un asesino).

Como lo dije antes: me gustaría decir que después de la fallida treta de don Rodrigo, las cosas se arreglaron y por fin logramos que su familia me aceptara, pero no fue así. Lo que sí puedo decir es que el viejo no intentó nada nuevo; simplemente esa noche llegó a la mejor conclusión que pudo habersele ocurrido: a partir de ese día hizo como si no estuviera pasando nada; como si Laura y yo no lo hubiéramos derrotado; como si la relación de Laura conmigo simplemente no existiera. ¡Sí!... así fue como actuó el viejo, pero, aunque parezca que su indiferencia era su única y última forma de reacción, precisamente esa fue la estocada más vil que nos pudo haber propinado el mal nacido de don Rodrigo. Desgraciadamente para nosotros, eso fue algo de lo que nos percatamos hasta el último momento... el momento más importante de todos.

Para el día de nuestra boda, el muy desgraciado de mi suegro, en vez de ir a entregar a su hija, como un padre amoroso y comprensivo, cogió su maletín y demás chécheres y se fue a revisarles el trasero a sus pacientes. Todo como si fuera un sábado cualquiera, de cualquier semana, de cualquier mes y de cualquier año. Esa fue su mejor forma de amargarnos la vida; de escupirnos en la cara. ¡Desgraciado! ¡Infeliz!

Laura fue entregada por doña Marielos y por Virginia. Y prácticamente desde que llegó al Club Campestre Español, no paró de llorar. Durante la ceremonia fue tanta su cara de amargura que no paso mucho rato y ya estábamos los dos hechos una viva lagrima; ¡Claro!, mientras el llanto de Laura era de dolor, el mío —Dios me perdone— era de rabia, ira, y hasta de odio, por el mal nacido de mi suegro.

¿Qué puedo decir? De mi parte, lo único que pude hacer para que Laura fuera feliz ese día tan especial, fue empeñar hasta los calzoncillos con tal de que tuviéramos la boda más elegante y vistosa que me fuera posible. Contraté un organista para que amenizara la fiesta, que además venía acompañado de un cantante y un saxofonista. También contraté un grupo de muchachas que presentaban un show de baile flamenco, además de la grabación en formato VHS de toda la actividad; desde la llegada de los novios, la ceremonia, el baile del vals, hasta el retiro y lanzamiento de la liga y el ramillete (todo para que mi suegro, si algún día le daba la gana, pudiera verlo y se diera cuenta de lo que se había perdido).

Creo que mi mejor gancho al hígado (hígado graso) fue precisamente contratar el Club Campestre Español. A pesar de lo alejado de su ubicación, en San Antonio de Belén —lo que le sumo al presupuesto transporte para mis

invitados— valdría la pena, ya que era casi seguro que, si el viejo hubiera organizado la boda, no la habría celebrado en el Club Unión, ni en el Costa Rica Country Club, sino en ese lugar. Era de fijo, que por su obsesión patológica con la madre patria lo hubiera hecho ahí. ¡Sí! ¡De fijo la hubiera hecho ahí el muy cabrón!

La boda fue civil y el abogado que la llevó a cabo fue mi ex compañero de colegio y ahora licenciado en derecho: Miguel Taylor, quien hizo una hermosa ceremonia; si se puede llamar así al acto civil en el cual nos instruyó sobre la figura del matrimonio, toda una cátedra sobre derecho de familia nos dio Miguelito esa noche.

Me da pena reconocer que, a pesar de toda la inversión y fanfarria, la ceremonia iba de pique por la amargura de los novios, sin embargo, como siempre sucedió en nuestra relación, las cosas cambiaron drásticamente gracias a una persona que hasta esa fecha era una perfecta desconocida para nosotros. Me refiero específicamente a Chiquinquirá Parra, la hermosa y angelical esposa de mi querido ex compañero de colegio el licenciado Taylor quien la conoció en uno de sus viajes a Venezuela.

Pero ¿qué fue lo que hizo Chiquinquirá para que las cosas cambiaran de color hormiga a color arcoíris en nuestra boda? Algo muy fácil, muy simple, pero ¡sumamente trascendental!

Después de que Miguel nos declaró Marido y Mujer, antes de que yo procediera a darle el beso de rigor a mi esposa, Chiquinquirá se levantó de su silla, y algo nerviosa, dijo lo siguiente:

—Disculpen, Leonardo, Laura y todos los presentes: familiares y amigos de los novios, pero hay algo que tengo que hacer. No es algo que mi esposo y yo acostumbremos a hacer, pero por alguna razón, hoy en la mañana, algo en mi corazón me dictó que puede ser muy importante para Leonardo y Laura —dijo con nerviosismo ante las miradas atónitas de todos, incluido Miguel, su esposo—. Sé que este es un acto civil y como les repito: yo no acostumbro a involucrarme con las bodas que celebra mi esposo, pero ahora que estoy aquí y veo la forma tan emotiva en que Leonardo y Laura están culminando su unión, no me cabe duda de que así tiene que ser. No se preocupen, es algo cortito —aclaró.

De seguido, abrió su bolso y saco un pequeño estuche, del cual a su vez sacó unos pequeños lentes —de esos que se usan sólo para leer—; luego sacó un libro color café que de inmediato a todos nos resultó sumamente familiar. Tomó el marcador y lo abrió en una página que había seleccionado con antelación; luego leyó lo siguiente —esta vez con voz firme y clara:

“El amor es paciente, servicial y sin envidia. No quiere aparentar ni se hace

el importante. No actúa con bajeza, ni busca su propio interés. El amor no se deja llevar por la ira, sino que olvida las ofensas y perdona —en ese momento levantó la vista por un segundo y me volvió a ver—. Nunca se alegra de algo injusto y siempre le agrada la verdad. El amor disculpa todo; todo lo cree, todo lo espera y todo lo soporta —concluyo, Chiquinquirá, volviendo su mirada hacia Laura.

Después de un breve silencio, mientras guardaba el “Gran Libro” y los lentes en su bolso, continuo:

—No quiero extenderme demasiado, sólo quiero que, a Leonardo y a Laura, les quede claro, en este día tan especial para ellos, que no hay nada más importante que la “supremacía del amor”. En el matrimonio y en la vida en familia, si uno deja que se muera el amor, todos los castillos que ha edificado caerán como hojas secas ante las tempestades que nos presenta la vida. Si pierden el amor lo pierden todo. Cuando lleguen las pruebas. ¡Qué llegarán! Cuando lleguen los hijos. Cuando pasen los años. Cuando se marchite la piel y el nido quede vacío. Ahí, y sólo ahí, los mantendrá juntos la “supremacía del amor” —concluyó, la dulce esposa de Miguel, volviendo a ver a todos los demás invitados, mientras se acercaba a su esposo, lo abrazaba y le daba un cariñoso beso en la mejilla, como pidiéndole disculpas por su pequeña intromisión.

Tengo que reconocer que, en mi caso particular, las palabras de Chiquinquirá, más que una fuente de inspiración o de consuelo, terminaron siendo como un exorcismo, el cual extirpo —por lo menos durante algún tiempo —la ira, el rencor y el pesimismo que reinaba en mi corazón. Todo por la forma tan miserable e injusta en que estaba siendo tratado por don Rodrigo. En cuanto a Laura, supongo que las palabras de Chiquinquirá fueron como una especie de bálsamo, analgésico o antidepresivo espiritual, ya que al igual que yo, su estado de ánimo cambió completamente, pasando del llanto desconsolado a una serenidad y alegría dignas de la ocasión.

En cuanto a los invitados, los primeros que aplaudieron fueron Magdalena y Eduardo, luego mis papás y por último todo el salón se desbordó de efusivos aplausos; fue así como aquel sábado, de una semana cualquiera, de un mes y año cualquiera, en San Antonio de Belén, en el Club Campestre Español, la alegría brotó como un gran río de aguas cristalinas y nos empapó a todos por igual. De ahí en adelante todo fue risas, besos, abrazos y alegría.

¡Por Dios! ¡Que falta nos hacía una bocanada de espiritualidad en ese momento!

¡Y lo que es peor! ¡Qué duro nos resulta hoy tener que reconocer, que esa hermosa flor permaneció fresca y radiante por tan poco tiempo!

Ya era muy tarde y estar recordando todas estas cosas, la verdad, no me

resultó nada agradable; por el contrario, era doloroso abrir viejas heridas y resentimientos. Lo mejor era tratar de dormir. Esta noche Leonora se pasó a dormir junto con Laura y Camila a nuestro cuarto matrimonial. Las pude ver dormir plácidamente mientras asomaba, estos: mis ojos de nómada nocturno, por la rendija entreabierta de la puerta.

9. El puente del último beso

—No, Leo. ¡El que no entiende eres tú! —me replicó Magdalena, ya algo ofuscada—. Tú eres el que no está pensando ni en Leonora ni en Camilita. Estás pensando sólo en ti y en tus problemas con Laura, sin importarte lo que va a pasar con tus hijas, Leo. Una cosa es que te vayas para donde tus papás, o que te vengas para acá y otra cosa totalmente diferente es que me salgas con que te vas para Europa; donde Eduardo. ¿Cómo crees que van a reaccionar ellas cuando sepan que su papá, simplemente salió un día de la casa y no volvió más? ¡Es una locura! Eso no tiene ni pies ni cabeza, Leo. ¿Cómo pretendes que te voy a apoyar en algo así? ¡Ah! —se quejó Magdalena y a la vez me suplicó, esperando que entrara en razón.

—Sí, sí, Magda, ya sé que es una idea aparentemente descabella, pero tú, mejor que nadie sabes lo que paso las otras dos veces. ¿No terminé en el hospital la segunda vez? ¿Ah? Y la primera ¿qué? ¡Por poco y nos matamos los dos! Eso tu no lo estas viendo ahora. ¿Crees que es mejor que termine aquí muerto, que vivo en otro lugar? ¿Ah? —le respondí, ya un poco molesto.

—¡Pero Leito! ¿Cómo me decís semejante barbaridad? ¡Por supuesto que no! Como voy a desearte algo así. ¡No, Leo! Pero tampoco puedo apoyarte. Debiste de pensar en una solución diferente. Buscar ayuda, no sé... tal vez un psicólogo, un consejero matrimonial, un sacerdote... no sé.

—¡Por Dios, Magda! ¡Son veinte años! ¡Veinte años de estar en esto! ya sabes que todas esas babosadas las hemos intentado. Tu misma lo sabes... no me salgas con eso.

—Sí, sí, Leo, pero tampoco es para que te pongas así. Solo estoy tratando de ayudarte —me respondió, tratando de calmarme, mientras estrechaba mis manos entre las suyas.

—Sí, Magdita, perdón. No sé...pensé que tu ibas a reaccionar diferente; que me ibas a apoyar. Pero diay, ni modo. Al final de cuentas, lo que realmente quería hacer hoy era despedirme de ti y los muchachos. No hacerles a ustedes lo que le voy a hacer a Laura y a mis hijas. Lo mejor es que me vaya. Cualquiera cosa me despides de Erick y de Bruno —le dije, poniéndome de pie.

—No Leito, tampoco así. No te vayas todavía, por lo menos esperemos a que

lleguen Erick y Bruno. Así podemos hablar un poco más —me rogó—; tal vez si me cuentas un poco más, no sé Leo. Tal vez la compró para otra cosa.

—No, Magda, la verdad es que mejor lo dejamos así. ¡Venga mi Barbie!, deme un abrazo, para irme tranquilo ¿sí? —le pedí, abriéndole los brazos. Ella me abrazó, pero lo hizo a disgusto, con cara de resentimiento; yo la tomé de la cintura, mientras caminaba hasta la puerta, donde le di un beso en la mejilla.

—A penas llegue allá, voy a votar este pedazo y me voy a comprar uno de esos: súper inteligentes, para hablar contigo y con las chiquillas —le prometí, sonriendo, mostrándole mi viejo teléfono celular, para luego dar media vuelta y dirigirme a mi vehículo. Ella, por su parte, se quedó recostada en el marco de la puerta con los brazos cruzados. Arranqué el motor y me dirigí hasta el final de la alameda donde di la vuelta para buscar de nuevo la salida. Al pasar de nuevo frente a su casa, Magdalena continuaba ahí de pie, con su ropa de hacer yoga y sus pantuflas rosadas. Levanté el brazo y me despedí de nuevo agitando la mano; ella no me correspondió el gesto, sólo se limitó seguir el movimiento de mi auto con la mirada.

Mientras me dirigía a mi casa, empecé a reformular lo que iba a tener que hacer el día siguiente en casa de mis papás. No quería que la reacción de ellos fuera igual o peor que la de Magdalena. Ahí fue cuando decidí que lo mejor era decirles que mi viaje iba a ser de un mes o a lo sumo mes y medio; eso mientras a Laura se le pasaba el colerón de que yo la abandonara a ella y a las chiquillas. Sí... definitivamente eso era lo que le iba a decir a mis papas.

—Sí, Magda. ¿Qué pasó? —respondí después de ver su nombre en la pantalla mi teléfono.

No dijo nada, algo que por un momento me hizo pensar que había perdido la llamada.

—Leito... ¿Me perdonas? ¿Sí?, porfa —dijo por fin—. No puede ser que te vayas así conmigo, Leo. No así. No después de tantos años. Ven, devuélvete y hablamos un ratito. ¿Sí? Así damos chance de que lleguen Erick y Bruno. Te prometo que ya no te voy a reclamar nada. Es más, voy a llamarlos para que pasen comprando unas cervezas y unos bocadillos. ¡Así te improvisamos una fiesta de despedida! ¿Te parece?

—¿Estás segura? —le respondí con desconfianza.

—Si mi amorcito, estoy segura. Y te pido perdón de nuevo, de verdad. Devuélvete.

—Está bien, Magdita; está bien. Ya me devuelvo. Pero dile a Erick que compre Bavaria Light. No quiero amanecer mañana con dolor de cabeza.

—Hecho mi amorcito —y colgó.

Cuando regrese, Magdalena estaba esperándome parada en la puerta tal y

como la había dejado hacía unos pocos minutos. Pasé y tomé asiento de nuevo.

—Ya hablé con los chicos (que de chiquillos ya no tienen nada, pero Magdalena siempre les dice así de cariño). Son las seis, me dijeron que con las presas vienen llegando aquí como a las siete y media. Yo mientras tanto voy a darme una ducha y a penas salgo empiezo a preparar algo de comer. Si quieres pones la tele —me sugirió, evidentemente complacida con mi regreso.

Mientras Magdalena se duchaba, seguí su consejo y me entretuve viendo un combate de artes marciales mixtas; era entre un brasileño y un japonés. Para el tercer round, casi al final, a pesar de estar bañado en sangre, el brasileño le reventó la mandíbula al nipón con una patada invertida y hasta ahí llegó el combate.

Cuando Magdalena salió de la ducha, venía descalza, con su bata de baño blanca y un paño arroyado como turbante en la cabeza.

—Leito, dime una cosa: ¿De verdad estas seguro de lo que este asiendo? ¿De verdad te vas mañana para España? —me pregunto, acuclillándose mientras se apoyaba en mis rodillas para mirarme directo a los ojos.

—Todavía no lo has digerido ¿verdad? Magda.

Si, Magda, mañana en la tarde me voy. Ya tengo la reservación, ya estoy de acuerdo con Eduardo, ya renuncié a mi trabajo. Como te expliqué antes: ya vendí el lote de Alajuela y mañana en la mañana entrego el carro. Ya no hay marcha atrás, Magda. Es más, mañana a estas horas seguramente voy a estar en un avión en mitad del Atlántico —agregué mirándola también fijamente a los ojos.

—Está bien, Leito; tranquilo. Sólo quería estar segura. Voy a mudarme y a llamar de nuevo a Erick y a Bruno para que se den prisa. Ya casi regreso —respondió, luego de incorporarse, mientras se dirigía a su habitación.

Veinte minutos después salió, como hace tiempos no la veía: maquillada, con una blusa roja de tirantes y un saquito blanco de los que no se cierran, jeans blancos y botines rojos, además de un bolso del mismo color.

—Cambio de planes, Leito. Llamé a Erick y dice que le pidió a una amiga que nos prestara una cabaña que tiene carretera al Zurquí, por el lado de San Isidro de Heredia. Ahí nos quedamos de ver a las ocho. Tenemos que apurarlo, porque también tenemos que pasar al Walmart —me dijo mientras cerraba las puertas, me indicaba que dejara mi auto y que me subiera en el suyo. Yo, entre sorprendido e incrédulo, hice obedientemente todo lo que me pidió. En cuestión de minutos ya estábamos en el parqueo del Walmart de Guadalupe. Después de que se estacionó, me pidió que me quedara ahí mientras ella iba en carrera a comprar otras cosas que nos iban a hacer falta. Quince minutos después la escuché abriendo la puerta de la cajuela para guardar los paquetes.

—Gracias, Nancy. Te debo una. Entonces en La Gruta es donde recojo las llaves. Okey, Nancy, un beso. Chao.

—Listo. Ya no falta nada. Ahora sólo programo la ruta y en veinte o veinticinco minutos estamos llegando —me dijo entusiasmada, mientras tecleaba la dirección en su teléfono.

El transito hasta la entrada de la ruta 32 estuvo un poco pesado, pero apenas doblamos por Bicsa, se abrió completamente y Magdalena aprovecho dejando la aguja parejita en los 110 kilómetro por hora, por lo que efectivamente, en pocos minutos ya estábamos llegando al restaurante Las Hortensias; ahí, Magdalena bajo un poco la velocidad y unos pocos metros más adelante se orilló, ingresando en el parqueo de un pequeño abastecedor llamado La Gruta. Entró al establecimiento y empezó a hablar con el dependiente, un señor bajo bastante risueño, que aparentemente le daba indicaciones moviendo las manos de un lado al otro. Ya para cuando Magdalena salía —con un juego de llaves en sus manos —, el señor le dijo algo más y ambos soltaron al unísono una gran carcajada. Unos quinientos metros más adelante llegamos a la entrada de una finca. En esta oportunidad fui yo quien se bajó del auto junto con el manojito de llaves; todas con cubiertas de diferentes colores; la amarilla, en efecto, era la que abría el candado del portón que permitía el ingreso a la propiedad. Avanzamos como unos trescientos metros por un camino de lastre adornado con hortensias a ambos lados, luego entramos a un espeso y misterioso bosquecillo que hacía que la noche resultara aún más oscura de lo que ya era; “si Magdalena apaga las luces, estoy seguro de que no podríamos ver absolutamente nada”, pensé, mientras ella, con la cara casi pegada al vidrio avanzaba cada vez más despacio. Varios metros más adelante topamos con la angosta estructura de un puente colgante que pasamos aún más despacio; por dicha, como a unos cincuenta metros, se abrió un pequeño claro, apareciendo ante nuestros ojos la pequeña cabaña. La primera planta estaba construida en cemento, mientras que la segunda era de madera y su techo, a dos aguas, era al estilo de un chalet suizo. Magdalena estacionó el auto bajo un gran árbol de ciprés, luego me pidió que reclinara mi asiento y oyera un rato música; eso mientras ella preparaba unas cositas que quería que fueran sorpresa. Yo quise ayudarle por lo menos con los paquetes del supermercado, pero ella insistió que no, que la dejara arreglar las cosas solita.

—Deberías de llamar a Laura y avisarle que vas a llegar tarde —me sugirió, asomándose a mí ventanilla mientras sacaba las llaves—. Le puedes decir que vas a ver con nosotros una de esas peleas que tanto les gustan. Yo le hice caso y llamé a Laura, diciéndole exactamente lo que Magdalena me había sugerido. Por dicha Laura aceptó mi excusa con toda naturalidad, después de todo eso era algo

que realmente hacía con ellos muy de vez en cuando.

A los quince minutos de estar oyendo música, recibí un mensaje de texto de Bruno: “¿Era Bavaria Light o Imperial Silver?”, me preguntaba. “Bavaria, ¿por dónde vienen?” respondí. “Tranquilo en 20 minutos llegamos”, replicó Bruno. Mire el reloj y faltaban diez para las ocho. “Que especiales los tres. Y qué falta me van a hacer” pensé, mientras guardaba el celular en la bolsa del pantalón.

—Ya todo está listo —dijo Magdalena, minutos después, dándole unos golpecitos al vidrio de mi ventana—. Enderecé el asiento y salí del vehículo. La noche estaba fría y ventosa; antes de entrar traté de divisar alguna luz en medio de tantas montañas, para saber por lo menos si había casas cercanas, pero no, la oscuridad era absoluta.

—Pasa rápido Leito. Aquí adentro está más calentito —me apresuré Magdalena, cerrando la puerta en seguida.

—Sí. Creo que mejor le hubiera pedido a Bruno una botella de Bacardí en lugar de cerveza —respondí.

—¿Hablaste con Bruno?

—No, él me mandó un mensaje. Me dijo que estaban aquí como en veinte minutos, así que ya deben de estar por llegar.

—Ah bueno —sonrió, complacida.

La cabañita por dentro no era muy amplia, pero si estaba muy bien distribuida; además estaba impecable y completamente equipada. Luego se dirigió a la pequeña mesita en donde ya había colocado unas velas, las copas y una hielera en la que reposaba una botella de vino blanco, mí preferido.

—El año entrante cumplimos veinticinco años de amistad, Leito, y como no vamos a poder celebrarlo juntos, pues no nos queda más remedio que adelantarlo —me dijo, chocando suavemente su copa contra la mía.

—Si Magda, es cierto. ¡Qué montón de años! Parece increíble que haya pasado tanto tiempo —le respondí con melancolía.

—Sí, Leito. ¿Y sabes que es lo que más me duele? que haya pasado tanto tiempo y tú y yo casi no lo hayamos podido compartirlo juntos. Desde que te casaste, son contadas con los dedos de una mano, las veces que hemos podido estar solos. Y desgraciadamente no todos han sido buenos momentos —agregó con algo de melancolía—. Cuando te conocí, Manuel me tenía embobada; después, cuando empezamos realmente a disfrutar de estar juntos, llamó Carlos para que me fuera para Nueva York. Ahí, por mi culpa pedimos contacto y para cuando regresé, tú eras el que estaba embobado con Laura.

—Sí, Magda, tienes razón —asentí.

—Para terminar de distanciarnos, después fui yo la que terminé casándome con Diego. Ustedes tuvieron a Leonora, yo a Santiaguito, luego vino Camilita...

Y después pasó lo que pasó —susurró, bajando la cabeza mientras tocaba el borde de la copa con su dedo índice.

—Sí, Magdita; y créeme, yo también lamento mucho no haber podido brindarte todo el apoyo que hubiera querido cuando Santiaguito y Diego murieron; tú ya sabes cómo han sido las cosas con Laura. Ella siempre ha tenido sus reservas contigo. Y con justa razón. Eres una mujer demasiado guapa como para ser la mejor amiga de un tipo como yo. ¡Qué esposa va a aguantar eso! Y Laura: ¡ni operada de la cabeza! —le bromeé, tratando de alejarla de sus tristes recuerdos. Gracias a Dios en ese preciso momento silbó su celular. Ella revisó el mensaje y ahora sí sonrió a plenitud.

—Es Erick —me compartió—, “¿dónde están?” —leyó en voz alta. “estoy con Leito en una cabañita en la montaña, no me esperen despiertos. Luego les cuento” recito en voz alta, mientras escribía en la pantallita.

—¿Cómo, cómo?, —repetí, como idiota—. Bruno me dijo que estaban aquí en veinte minutos ¿Dónde están? ¿Qué es lo que pasa? —pregunté confundido.

—Tranquilo, Leito. No les pasó nada malo —me respondió riéndose al ver mi cara de sorpresa—. Ellos están en la casa. Cuando Bruno te escribió que llegaban en veinte minutos se refería a que llegaban en veinte minutos a la casa, no aquí. Quería darte una sorpresa y el chapa de Bruno casi me la hecha a perder. Por dicha no te diste cuenta hasta ahorita. Esta noche la pasamos aquí solitos: tú y yo, nadie más —recalcó, acariciando mi rostro con su mano.

10, 20, 30, 90, 100 kilómetros por hora en 1.5 segundos. El Lamborghini Diablo resultó ser un lagarto enyesado con sus 4.09 segundos, comparado con mi cerebro: cabaña solitaria en la montaña, vino, copas, velas, Magdalena, Leonardo, solos, besos y abrazos... ¡Sexo! Mi fantasía más recurrente desde que conocí a Magdalena Toruño hace ya casi veinticinco años, estaba a punto de hacerse realidad. Y lo mejor es que seguía estando tan bella y deliciosa como siempre; seguía teniendo el mismo cuerpazo por el cual más de una quinceañera sería capaz de matar con tal de igualarlo. No era para menos, mi corazón empezó, no a palpar más rápidamente, sino a pegar brincos tratando de salirse del pecho.

—Eso sí, Leito. No te me adelantes, lo que quiero es que pasemos una noche tranquila, con comidita rica, hablando, recordando viejos tiempos, disfrutando de estar juntitos antes de que hagas la locura esa de irte para España —me aclaró con voz tierna, como adivinando todo lo que me pasaba por la mente en ese preciso momento.

100, 60, 20, 0, puf, puf, puf... ¡Una silla de ruedas y un tanque de oxígeno por el amor de Dios!

—No sé qué decirte, Magda. Me dejaste sin palabras. ¡Qué detalle, por Dios,

Magdita! ¡Qué detalle! —alcance a balbucear incrédulo de mi suerte. ¡Era demasiado bueno para ser cierto!, presé, con una falsa resignación franciscana, mientras me embutía casi toda la copa de vino de un solo sorbo. ¡Que detalle el de Magdita!

Otro silbido de su teléfono fue el que vino de nuevo a salvar la situación. Mientras ella revisaba el mensaje yo respiraba profundo, tomando la mayor cantidad de aire que me fuera posible para recuperarme del shock.

—Mejor apagamos los teléfonos ¿te parece? —me preguntó mientras sacaba el suyo de servicio. Yo por mi parte hice lo mismo.

—Bien Magdita, ya que mañana me voy, y francamente no sé si voy a regresar pronto a Costa Rica, voy a aprovechar lo que me estas ofreciendo. Después de todo creo que tú eres la persona más indicada en todo el mundo para que yo te cuente algunas cosas de mi vida que hasta la fecha no le he contado a nadie.

Mientras Magdalena preparaba una ensalada, calentaba una lasaña y yo llenaba nuevamente las copas con vino; empecé mi relato. Lo primero fue la historia de mi primer amor con Carmen Otárola; desde que Eduardo me la enseñó en su clase de música, hasta el día en que le devolví su fotografía, incluyendo por supuesto mi traición al acostarme con su mejor amiga, Marcela Solano. También le conté lo que viví durante todos esos años en que no pude sacármela de la cabeza; en la forma en que me di cuenta del porqué Marcela había reaccionado tan mal después de que hicimos el amor esa primera y única vez; eso gracias a un incidente similar que tuve con Rita Susana, una de las dos novias que tuve en la maquiladora y que Magdalena conocía bastante bien. También le conté lo que realmente sucedió en mi primera cita con Laura en la semana universitaria de la UCR en los noventas y también en la forma en como le propuse matrimonio en un motel y no en el Ram Luna, como todos creían. Le di detalles sobre las discusiones más fuertes que habíamos tenido a lo largo de nuestros veinte años de matrimonio, le conté sobre mi juramento de no viajar con Laura a ningún lado en lo que me quedara de vida; le relaté con todo lujo de detalle lo que me sucedió posteriormente en Santiago de Chile en agosto del 2008; y por último también le confié como había planeado irme a vivir con Eduardo y Cleo a Palma de Mallorca.

Como es lógico, al ver Magdalena como le abrí mi corazón de par en par y le saqué casi todo lo que tenía, ella hizo lo mismo. Me contó como exactamente se había involucrado con mi exjefe, don Manuel Aragón; de que él había sido el primer hombre con el que había estado; me contó sobre un romance que había tenido en La Vegas con un gringo de apellido Mcnamara con el que estuvo casi a punto de casarse; también me contó cómo empezó a salir con Diego y la forma

como él la maltrataba cuando recaía en sus crisis de alcoholismo. Entre lágrimas me contó cómo fueron las dos horas en que estuvo velando a Santiago en el hospital y como los doctores la terminaron convenciendo para que donara los órganos de ambos al filo del amanecer.

Un cuarto para la once los dos estábamos reclinados en el pequeño sofá con las copas de vino casi vacías.

—Leo ¿te puedo hacer una pregunta? —me dijo, con tono melancólico.

—Dos —le respondí, sonriendo.

—Yo sé que no te debes acordar —prosiguió, dudando—, pero... el día de tu boda, ¿de casualidad recuerdas de qué color era la ropa que yo andaba puesta?

—¿Y eso? —le respondí desconcertado—. No, Magda, francamente no lo recuerdo. Ese día con costos tuve cabeza para decir “sí acepto” ¿Por qué? ¿Qué relación tiene ese detalle con todo esto? —le pregunté intrigado.

—Ese día andaba unas sandalias rojas con piedrecitas, pantalón blanco de pierna ancha y una blusa de seda roja. Los mismos colores que me puse hoy —respondió, dándose vuelta y mirándome fijamente a los ojos.

—No entiendo, Magda. Francamente no entiendo

—Sí Leito. No esperaba que lo entendieras —me interrumpió—. Ese día, después de que Chiquinquirá termino de hablar y tú besaste a Laura, me di cuenta de lo afortunada que era ella y hasta sentí un poco de envidia.

—¡Magda! —balbuceé.

—No Leo, no me mal interpretes. No te confieso esto para que lo tomes como una declaración de amor. No a estas alturas. Sólo quiero que sepas que de todos los hombres que he conocido, tú eres el único con el que pienso, habría valido la pena estar juntos. Desgraciadamente la vida la mayoría de las veces nos llevó por rumbos distintos y francamente después de esta noche no espero que sea diferente.

—Por Dios, Magda. Me dejas sin palabras —le respondí, conmovido.

—Temprano, cuando te subiste al carro y vi que te ibas triste y bravo conmigo, pensé que seguramente esa iba a ser la última imagen que iba a tener tuya; diciéndome adiós con tus ojitos tristes porque yo no pude comprenderte y tratar de escuchar todo lo que tenías que decirme.

—Bueno, eso lo dijiste antes, ¿pero ahora? ¿No crees que las cosas hayan cambiado? Ahora que tuvimos la oportunidad de sacar todo lo que sentíamos. ¿No crees que entre nosotros pueda haber algo más que amistad? —le pregunté, pensando en todo lo sucedido hasta el momento.

—Vamos Leito. ¿En verdad piensas eso? A ver dime: ¿Alguna vez, antes de hoy, realmente te preguntaste si ambos podíamos llegar a estar juntos?

—¿Quieres que te sea franco, Magda? —le dije después de pensarlo un

momento.

—Por supuesto, Leo. Es lo que estoy esperando. Es algo muy importante para mí; son muchos años de conocernos y creo que después de todo, eso sería lo más justo.

—No, Magda. No exactamente. Es un poco difícil de explicar —respondí con tristeza.

—Ahora soy yo la que no entiendo.

—Magda, si me acabas de decir que entre nosotros no puede haber nada, ¿Qué sentido tiene todo esto? Al final de cuentas quién sabe cuando nos vamos a volver a ver.

—Tampoco así, Leito —me reclamó—. No creas que porque te vas a ir de aquí a otro país vamos a perder contacto. Que hicieras eso, sería muy injusto y muy cruel.

—Alguien que conozco, hace ya muchos años, me hizo exactamente lo mismo. Sin volver a ver a nadie —le recliné.

—Tienes razón, Leo —convino, bajando la mirada tristemente; algo que me hizo sentir realmente mal—. No debería de reclamarte por eso. Perdóname.

—Al contrario, Magda. Perdóname tú a mí por sacártelo en cara. En esa época los dos no habíamos pasado tantas cosas juntos. Pero tienes que saber que fue precisamente por eso que terminé enterrando las poquísimas esperanzas que tenía de llegar a tener algo contigo. Por eso te dije que no exactamente. Por eso y por la diferencia de estatura —reconocí con pena—. ¿Me entiendes? Si te dije que nunca lo había pensado, no es cierto. No es porque no lo quisiera, sino porque lo consideraba algo imposible de que llegara a pasar, que es diferente. O tú crees que un tipo con tan pocos atributos físicos iba a esperar que una mujer tan increíblemente hermosa como tú se fijara en él.

—Leito... ¡tan baja tienes la autoestima para pensar eso! Como se te ocurrió pensar en semejante cosa. Eres muy bueno. El mejor hombre que he conocido en toda mi vida. ¡Tontillo!

—Bueno, pero en todo caso ahora siento que las cosas han cambiado ¿Tenemos hoy, Magda, en este momento, alguna posibilidad de llegar a estar juntos? ¿Sí o no? Porque si es así, mando el puto viaje a carajo y llamé a Eduardo para decirle que no me espere. ¿Qué dices?

Se quedó pensativa un rato, deslizando sus dedos por la pantalla de su celular.

—Yo también te voy a ser franca, Leo. Y no espero que me creas, pero algo me dice que tu yo no podríamos estar juntos. No sé porque, Leo. No te lo puedo explicar, pero en el fondo de mi corazón algo me dice que hay otra persona esperando por ti. Temprano, mientras me bañaba pensé en traerte aquí para que

pudiéramos, por primera vez, hacer el amor, pero mientras acomodaba las cosas, al encender las velas, antes de que entraras, me arrepentí. Ya son muchos los años de amistad entre nosotros.

—¡Qué pena, Magda! Francamente esperaba que fuera diferente. Sobre todo, después de que me contaste lo que sentiste el día de mi boda. Lo del pantalón blanco y la blusa roja.

—Hay muchas formas de expresar afecto a las personas que amamos. No siempre es con sexo, Leo.

—Supongo que sí. Hay muchas formas de expresar afecto a las personas que amamos. Cada uno tiene su estilo. Y el tuyo es bien particular, Magda —le dije levantándole el rostro y dándole un beso en la mejilla—. Al final de cuentas era demasiado bueno para ser cierto —me lamenté.

A eso de la una y media empezamos a ordenar y limpiar todo lo que habíamos usado. Diez para las dos ya estábamos montados en el carro y nos disponíamos a regresar a San José. Magdalena me pidió que condujera de regreso, porque ella, con los vinos que se había tomado, no se sentía en condiciones para hacerlo. Yo estuve de acuerdo; arranqué, encendí las luces y empecé a adentrarme en el pequeño bosquecito que aislaba la cabaña de del campo abierto. Al llegar al puentecito de hamaca, bajé la velocidad y procedí a cruzarlo lentamente; con extremo cuidado.

—Para aquí un momentito —me dijo Magdalena, cuando íbamos por la mitad. Lo que hice de inmediato, pensando que había olvidado algo.

—¿Adivina cómo me dijo don Ronald que le dicen a este puente?

—Ni idea de quien es don Ronald y mucho menos del nombre del puente. ¿Por qué? ¿De verdad tiene nombre? —le pregunté extrañado.

—Sí. Y don Ronald es el señor del abastecedor, el que me dio las llaves —me respondió.

—Ah... ¿Y entonces cuál es el nombre?

—¡El puente del último beso! —dijo ella, mientras se inclinaba, pasaba la mano sobre el volante y apagaba las luces, dejándonos en la más completa y total oscuridad, al punto de que tuvo que palpar con su mano mi rostro para poder darme un suave y tierno beso en la boca.

—Leo. Sólo quiero que sepas que te amo y que lamento que las cosas tuvieran que ser así.

—¡Mujeres! ¿Quién entiende a las mujeres? —reclamé mientras encendía la luz, giraba la llave y terminaba de cruzar por fin el angosto puentecito.

El famoso puente del último beso.

10. Una historia sangrienta y otros cuentos de horror

Ya era martes por la tarde y la mayoría de las entregas de la semana estaban programadas para el jueves y viernes, quedando el miércoles libre y sólo un par de entregas para el sábado antes del mediodía. Cuando eso se daba, ambas se encargaban de atender a los colegiales que abarrotaban Ilusiones en la mañana, lo cual era un verdadero alivio para Alexa. Ese compulsivo comportamiento de la clientela juvenil de Ilusiones, casi no les permitía tomarse un ratito para hablar sobre lo que se había vuelto el principal tema de conversación en sus ratos libres: cómo proceder con la investigación de la vida de don Leonardo Montiel y de su familia. Susy seguía manteniendo la tesis de que sus intenciones eran lograr contactar a doña Carmen, ya que seguramente lo que pretendía era reconquistarla, para así robarle el mandado a don Alex Guerrero, dejándolo sin el amor de su querida y hermosa esposa. Alexa lo que hacía era reírse de las ocurrencias de Susy e incluso la carboneaba para que hilvanara las más alocadas y divertidas conjeturas sobre el inminente rapto y reconquista que don Leonardo llevaría a cabo en cualquier momento. Lo que menos se imaginaban era que don Leonardo tenía varias semanas de haber cruzado el Atlántico y ya estaba prácticamente instalado en su nuevo trabajo y nueva forma de vida. Forma de vida que, gracias a Dios, no tenía nada que ver con escritorios, computadoras y mucho menos con registros contables.

Ya tenían la dirección exacta de su casa: calle el espino, urbanización Madre Selva, casa 43, lo que les faltaba era un buen pretexto para llegar al barrio y tratar de indagar algo por medio de los vecinos. “En todo barrio que se dé a respetar nunca falta alguna vieja chismosa que sepa la vida y milagros de todos y cada uno de sus vecinos”; el problema era como llegar a obtener la información sin ser descubiertas por don Leonardo o por algún miembro de su familia. Para empezar: la encargada de la investigación, por lógica, tenía que ser Susy. El problema era encontrar un buen pretexto para poder tocar puertas y empezar a hacer preguntas sin despertar mayores sospechas. Lo primero que se les ocurrió fue lo más lógico, pero también lo más arriesgado: simular una entrega de un arreglo floral con un nombre ficticio que resultara muy parecido al de doña Laura. Eso podría permitirle a Susy tratar de obtener información de la familia

con el pretexto de corroborar si se trataba de la misma persona a la que iba dirigido el arreglo. Para ellas, el problema de ese plan era que, si do Leonardo se enteraba, para él sería muy fácil atar cabos y darse así cuenta de que Alexa lo estaba investigando. Sin embargo, para suerte de ellas, ese martes, cuando Alexa ya estaba a punto de echarle llave a la puerta principal de Ilusiones, la solución atravesó apresuradamente el umbral, con su pesado maletín de visitador médico colgándole del brazo.

—¡Diay, don Daniel! Y esa sorpresa, usted a estas horas por acá —le dijo Alexa dejándolo pasar.

—Hola Alexa ¡Que gusto verla! Veo que llegué apenas a tiempo. Un par de minutos más tarde y no me las encuentro —alcanzó a decir don Daniel, casi sin aliento.

—Tranquilo, don Daniel. Sepa que si usted llega y ve que las luces todavía están encendidas, sólo tiene que tocar el timbre y nosotros con mucho gusto le abrimos. Usted ya es casi como de la familia.

—Sí, Dany, para nosotros siempre es un gusto atenderlo —agrego Susy, recibiendo al tío Dany con un beso en la mejilla.

—Ay, muchas gracias, muchachas. No saben cuánto se los agradezco. Ustedes siempre tan amables —respondió el viejo verde con los ojos vivarachos de siempre.

—No faltaba más, don Daniel, nada más díganos que ocupa para hoy y con mucho gusto le ayudamos.

—Gracias, Alexa, pero lo que me trae hoy por acá no es un encarguito, sino más bien un favor que les vengo a pedir. ¡Eso si no es mucha la molestia! —aclaró, poniendo su pesado maletín sobre uno de los mostradores.

—Si está en nuestras manos; con mucho gusto le ayudamos, don Daniel —replicó Alexa de inmediato.

—Pues bien, Alexa; el asunto es este: la casa comercial para la que trabajo está tratando de introducir en el mercado una nueva vacuna, la cual ha sido desarrollada también por un nuevo laboratorio con el que estamos empezando a trabajar. La vacuna es contra el virus de papiloma humano. Virus que la sociedad científica identificó como causante del cáncer de cérvix hace algunos años. ¿No sé si ustedes saben algo al respecto? —les preguntó.

—¡Sí claro! Yo ya me puse las tres dosis. Es súper importantísimo. Aunque creo que me la puse un poco a destiempo —acotó Susy, poniéndose roja de inmediato, al caer en la cuenta de lo revelador que resultó ser su comentario.

—Pues que dicha. Mejor todavía —continuó diciendo don Daniel, sin percatarse, mientras sacaba de su maletín un gran fardo de brochures con información sobre la nueva vacuna—. La campaña de introducción no va

dirigida a los adultos sino a las niñas y adolescentes de escuela y de colegio; aunque también para los varoncitos —aclaró don Daniel—. La idea es que las niñas se informen sobre el virus y su relación con el cáncer, y que sean precisamente ellas las que les pidan a sus papás que las vacunen para prevenir el contagio. ¡No es genial! ¿Entienden porque pensé en ustedes, Alexa? Ilusiones pasa lleno de colegiales casi todos los días. ¿No creen que sea una gran idea que ustedes me ayuden a repartir los brochures?

—¿Y no nos puede causar problemas entregar este tipo de información en un lugar que no tiene nada que ver con productos farmacéuticos? —dudó Alexa.

—No, Alexa. No ves que el brochure no trae el nombre de nuestro producto y tampoco el del laboratorio; es más ni siquiera le pusimos el nombre de la distribuidora para la que yo trabajo. Es pura información científica acompañada de una sugerencia para que las niñas les pidan a sus padres que las lleven a vacunar. La segunda etapa de nuestra campaña se desarrolla propiamente con las farmacias y clínicas. De eso nos encargamos mis compañeros y yo, que somos profesionales —fanfarroneó el tío Dany—. Lo que queremos con esto es llegar a los papás a través de las niñas. ¿Qué dicen? ¿Están de acuerdo?

—A través de las niñas —repitió Susy en voz alta, mientras lanzaba una mirada detectivesca sobre los brochures.

—Sí... a través de las niñas —repitió Alexa sincronizando sus pensamientos con los de Susy—. Yo creo que, si le podemos ayudar, don Daniel. Es más: cuente con ello.

El día siguiente, al final de la tarde, Susy llamó a Alexa desde Sabanilla de Montes de Oca.

—Ale, Ale... ¡te vas a ir de espalda cuando te cuente todo lo que averigüe! ¡Es increíble de todo lo que me di cuenta!, —le soltó Susy excitadísima—. ¡Te lo juro que te vas a ir de espaldas, Ale! Es más, voy a pasar comprando comida china para que nos quedemos tarde y así pueda contarte todo el rollo. Ilusiones paga, ¿verdad? —preguntó, dándolo por hecho.

Y no era para menos. Susy obtuvo información muy reveladora de cómo era la vida de don Leonardo y de su familia; sobre todo de lo que pasó la vez que terminó en el hospital y lo que pasó luego, el fatídico sábado en que las abandonó; además de algunos otros detalles inquietantes.

—Buenas tardes, señor. Yo pertenezco a una fundación sin fines de lucro que busca concientizar a las familias costarricenses sobre una nueva vacuna. La vacuna va dirigida a hogares que tengan niñas en edad de kínder, escuela o incluso de colegio. Lo que necesito es pasar y entregar estos brochures puerta por puerta. Es más, si usted me puede ayudar dándome los números de las casas donde tienen una, dos, o más niñas, me sería de mucha ayuda —le pidió Susy al

guarda, mientras le abanicaba los folletos en la cara, mostrándoles al mismo tiempo su mejor sonrisa.

—Por supuesto muñequita, no faltaba más. Yo a usted le ayudo con eso y con todo lo que quiera —le respondió jocosamente el vigilante, un tipo moreno, alto, flaco, con un uniforme bastante desgastado y algo estrecho para su gran tamaño; esto mientras tomaba una tabla acrílica con varias hojas, donde estaban los números de casa y los nombres de cada familia—. Están los Rodríguez Vargas de la 22, ellos tienen una niña como de dos años, los Gómez Flores de la 34, que tienen dos o tres, creo..., están también los Montiel Montoya de la 43, que tienen dos niñas. No, no perdón. Don Leonardo y la doctora Laura ya no viven aquí y los Marín lo que tienen es un varoncito. Es que esta lista esta vieja — corrigió el guarda, mientras pasaba una línea con el bolígrafo sobre los nombres.

—Disculpe, señor: ¿dijo la doctora Laura? ¡No me diga que aquí vivía la doctora Laura Montoya! Laurita, como le dice mi mamá —lo interrumpió Susy, antes de que continuara con la lista.

—Sí muñeca, esa misma. ¡No me diga que usted conoce a la doña Laura!

—¡Claro que sí don...!

—Rubén Sandí, a sus órdenes reinita, pero sin el don, que todavía estoy bien mozo para que me traten de don —respondió de inmediato el vigilante sacando pecho.

—Pues sí, don Rubén, digo: Rubén, la doctora Montoya es amiguísima de mi mamá —continuo Susy sin darle mayor pelota al casanova de uniforme ajustado—. Mi mamá fue profesora de Laurita cuando estaba en la facultad de medicina. Laurita iba muy a menudo a mi casa para que mi mamá le ayudara con los cursos de anatomía —agregó Susy, tratando de que el desgarrado vigilante se tragara el cuento. ¿Cómo es eso de que la doctora Laurita vivía aquí? ¿Qué? ¿Acaso se pasó de casa? —hurgó Susy, poniendo cara de “no lo puedo creer” y posando su mano sobre el brazo del vigilante.

—¡Ay muñequita! ¡Si yo le contara esa historia...!

Y así lo hizo don Rubén y luego doña Katia Fallas, la vecina de junto: todo completito, con pelos y señales.

Empieza el revolú.

—Según me contó don Rubén, cuando los Montiel Montoya llegaron a la urbanización, la hija mayor: Leonora, tenía como tres o cuatro años, y según dice: no más llegando ya los vecinos de a la par y de al frente empezaron a escuchar las discusiones. Doña Katia Fallas, que fue la que me invitó al cafecito, me contó un montón de cosa que el guachi apenas me había contado por encimita —cuchicheaba Susy, emocionada—. Ale, por lo visto, la casa de don Leonardo era un polvorín y la doctorcita lo traía debajo del zapato al pobre. En

otras palabras: ¡a don Leonardo le cantaba la gallina que no era jugando!

Qué pena con Alexa y con Susy que se dieran cuenta del montón de bochornos que pasamos con los vecinos, pero diay, qué se va a hacer. Debajo de un sombrero, es imposible ocultar un elefante. Cuando Laura y yo nos casamos se puede decir que todo estuvo relativamente bien hasta el año, año y medio de casados. Empezamos alquilando un departamento en Desamparados; ella trabajaba turnos extenuantes y yo también, ya que queríamos juntar el dinero suficiente para dar la prima para una casa. Aunque si hago un poco de memoria tengo que admitir que el primer rose lo tuvimos como a los seis meses de casados, cuando me contó lo de los viajes anuales que hacia su familia a los Estados Unidos. El viejo, a pesar de su resentimiento con Laura, decidió no excluirla de los planes de la familia y ese año se la llevó de viaje por dos semanas completas. Supongo que lo vio como una oportunidad de fastidiarme la vida, y desgraciadamente, el miserable viejo ese, dio en el blanco. Sí... esa fue la primera vez de muchas en las que discutimos por los famosos viajes de la familia Montoya. Y es que no era para menos; después de que vio el efecto que causó esa primera vez, los años siguientes los paseos era hasta de tres semanas. El colmo: estando Laura de siete meses de embarazo, se la llevó tres semanas, mientras yo en la casa: pensando que al rato y se le venía Leonora y yo me perdía el parto, todo por culpa de su familia. Fue después de ese viaje y del nacimiento de Leonora que la cosa se empezó a ponerse color hormiga en mi casa. Me da pena decirlo, sé que no es así en todas las familias, pero Leonora: en vez de traer un bollo de pan, debajo del brazo, traía un acta de rendimiento incondicional ante todas las ocurrencias, exigencias y decisiones que tomara la familia de Laura en materia de su crianza, educación (formal y religiosa), salud y esparcimiento. Y la misma debería de ser firmada por mí sin que mediara la más mínima posibilidad de reclamo, algo así como el tratado de Versalles, y ya todos sabemos perfectamente cuáles fueron las funestas consecuencias que trajo con el tiempo la firma de ese documento.

Si a la intromisión con la crianza de mi hija y los paseos anuales con su familia le sumamos la actitud hostil y el cambio de carácter que sufrió Laura después del embarazo, tenemos la mezcla perfecta para que nuestro matrimonio empezara a convertirse en un pequeño campo de batalla. Una guerra en donde, por supuesto, como pasa en todas las guerras, la más afectadas iban a ser, sin la menor duda, nuestras hijas. De ahí que por años no me quedó más remedio que bajar la cabeza, dejar hacer y dejar pasar. Lo peor de todo es que, a pesar de mi sumisión, las peleas, gritos, malos modos, menosprecio e irrespeto, empezaron a ser el pan nuestro de cada día en mi casa. Fue en esa época cuando regresé a mi viejo hábito de nómada nocturno: una noche en la alcoba, una noche en el sofá,

una noche en el cuarto que iba a ser de Leonora y la siguiente de nuevo en la alcoba. Esa fue la rutina por años en mi casa; todo dependiendo de si Laura y yo estábamos contentos o enemistados. Pueden hacer conjeturas de donde acostumbraba a dormir la mayor parte del tiempo.

—Sí, mi niña, me contaba doña Katia Fallas, la vecina que vive en la, 42, que muchas veces sentía donde la doctora Laura reventaba los platos contras las paredes, mientras le pegaba cuatro gritos a don Leonardo. Y no es mentira porque yo también, más de una vez los escuché discutiendo cuando pasaba haciendo la ronda. ¡Imagínese como era eso negrita! ¡Una vergüenza para todo el barrio!

La primera vez que me fui de la casa, por poquito y nos terminamos matando los dos, y a otros pobres que no tenían vela en el entierro. Estuvimos a escasos centímetros de terminar embarrados en medio de la Florencio del Castillo. Todo después de tener una discusión por asuntos de dinero. Porque para Laura, que tenía salario de doctora, mi salario de auxiliar de contabilidad era una mierda. Así lo decía. Ese día agarré un poco de ropa, la eché en una mochila y me fui para la casa de mis papás. En esa oportunidad realmente no estaba haciendo un arranque formal por irme a vivir de nuevo con ellos, pero Laura sabía que, si dejaba que pasaran varios días, la cosa podía volverse definitiva. Eso fue un sábado por la tarde; ya para la noche, Laura estaba tocando, mansita como un cordero, la puerta de la casa de mis papás para que yo regresara. Yo le dije que saliéramos a caminar un rato —eso para evitarles una escena desagradable a mis papás— y me la llevé calle arriba. Ahí nos fuimos hablando. Al principio, con bastante serenidad, pero después... ¡que va! Ella insistía en que iba a poner de su parte para que las cosa caminaran mejor, que lo pensara bien, que a Leonora se le iba a hacer un trauma tremendo si se quedaba sin su papá a esa edad tan pequeña (como si los pleitos no lo hicieran ningún daño). Para cuando me di cuenta íbamos por el bulevar que llevaba a la casa de los Montoya, que va paralelo a la autopista Florencio del Castillo y que comunica la provincia de San José con la provincia de Cartago. Recuerdo que eso fue como a finales de febrero. Sí, así fue, recién pasado San Valentín; porque los árboles de poro que estaban en la parte central de los carriles estaban floreados, lo que hacía que el suelo se viera como una hermosa alfombra de color naranja intenso. Para no caminar más, decidimos quedarnos ahí, sentados en la división metálica que separaba la pista del bulevar. Yo quejándome y ella prometiendo que las cosas iban a cambiar, que no fuera tan cabezón, que pensara en ella y también en Leonora. Al final de cuentas, después de mucho hablar yo le fui categórico: lo iba a pensar, pero de fijo esa noche me quedaba con mis papás. Punto. Y di media vuelta para regresarme a la casa.

—¡Yo no me muevo de aquí hasta que me digas que te vas a ir conmigo y con Leonora para a la casa! —me gritó, ahora sí, más ofuscada.

Cuando me volví a verla, no podía creer lo que había hecho. Se sentó en la mitad de los dos carriles que venían de Cartago, con los brazos y piernas cruzadas.

—Laura: ¿Estás loca? ¡Cómo se te ocurre sentarte en media pista! —le grité entre horrorizado y furioso—. ¡Y así pretendes que regrese! Haciendo una estupidez como esta. ¡Lo que necesitas no es un esposo, sino un psiquiatra! ¡Un loquero! —le recriminé, y seguí caminando con la esperanza de que, si veía que me estaba alejando, se iba a levantar para correr detrás mío.

—¿Me vas a dejar aquí, maldito desgraciado? —me reclamó furiosa.

—¡Sí, maniática! ¡No es mi culpa que tengas el cerebro lleno de humo! Allá tú si quieres que Leonora y yo nos quedemos solos —le grité, sin volver a verla, caminando cada vez más rápido.

—¡Púdrete! ¡Púdrete! —y me pasó uno de sus zapatos zumbando por la cabeza.

Cuando empecé a escuchar —no muy distante por desgracia—, el freno de motor de un tráiler, sentí un palpito horrible. Volví a ver y a lo lejos se distinguían un par de luces centellantes. Laura estaba sentada aún en medio de la pista, inmóvil, como si estuviera jugando cromos en la sala de su casa.

—¡Un tráiler, Laura! ¡Un tráiler!, —le grite desesperado, mientras regresaba atacado, corriendo como loco— ¡Levántate! ¡Por Dios...levántate! —suplicaba, al ver los enormes faroles del monstruo iluminando la pista, pitorreando y tirando pedos frenéticos por la mufla. ¡No, Dios mío! ¡Por favor, Dios mío!, ¡No! —grité, ya casi sin aliento, mientras corriendo, llegaba a donde Laura, la agarraba de las axilas, la arrastraba, levantaba, empujaba y estrujaba, clavando al final mi rostro y el de ella en la espesa alfombra de flores anaranjadas, sintiendo al instante como su aroma y sabor se me embutían por la boca.

El pobre trailero debió haber medido los frenos hasta la pura madre. Cuando levanté la cara se veía la gran mole quemando el caucho de las dieciocho morenas como un demonio, el cabezal torcido para un lado y la carreta para el otro hasta llegar al punto en que se le levantaron del suelo las dos piñas de la izquierda, dando la impresión de que se iba a volcar. Por dicha, con un quiebre milagroso del conductor se volvieron a sentar en el pavimento, no sin antes dar un tumbo seco que pareció por un momento querer desbaratar todo el cajón. Al final se logró detener como a los doscientos metros, quedando atravesado en la pista. El tipo encendió la luz móvil y empezó a revisar la carreta, luego alumbró hacia nuestra dirección. Parecía una de esas luces que usan en los presidios o campos de concentración. Presioné la cabeza de Laura contra el suelo y bajé

también la mía, rogándole al cielo que el tipo no nos viera y que no se le ocurriera venir a investigar para ver si aún estábamos ahí.

—¡Hijos de puta! Casi nos matamos por ustedes —gritó el tipo con acento extranjero, antes de subir de nuevo al tráiler para continuar, porque, por suerte para nosotros, a lo lejos ya se escuchaba el freno de motor de otro furgón. Se apuró a acomodar el tráiler, y por dicha, gracias a Dios, continuó su camino.

Ese fue el primer incidente serio que tuvimos. El primero...

—Por lo que yo pude ver, la doñita esa, doña Katia Fallas, de verdad sabía de todo lo que pasaba en la casa de don Leonardo. Aparentemente la doctora le tenía mucha confianza. Al punto de que la hija mayor, cuando llegaba temprano del colegio, se quedaba en su casa esperando que alguno de los dos pasara a recogerla. Eso para no quedarse sola en la casa.

Según doña Katia, el pleito más serio lo tuvieron unos meses antes de que don Leonardo las abandonara sin decir ni pio. Pero te vas a caer de espaldas, Ale. Según me contó doña Katia, esa noche la doctora Laura llegó a tocarle la puerta súper urgida. Traía a la pequeña envuelta en una cobija, que venía llena de sangre y la doctora también traía la ropa y las manos llenas de sangre. Según ella, don Leonardo había tenido un accidente y tenía que llevarlo de urgencia al hospital. Al final no la dejó decir ni media palabra, simplemente le dejó a las niñas y ella y don Leonardo se fueron para el hospital en carrera. Esa noche aparentemente no habían discutido en la casa, sino que venían discutiendo de otro lado. Él salió todavía pegando gritos; estaba furioso, gritando y maldiciendo como nunca antes, y también parecía que estaba borracho, porque no se le entendía nada. Ella sacó el carro de la cochera y él iba con el asiento reclinado y tapado con un paño. En la madrugada, cuando llegó a recogerlas, por más que doña Katia trató de sacarle información la doctora no le soltó nada. Y las chiquillas menos. Puros pretextos de que no había sido mayor cosa. ¿Lo puedes creer, Ale?

—Esa noche cuando pase haciendo la ronda; alumbre la cochera de la casa de los Montiel y para mi sorpresa había unos grandes goterones de sangre en el piso. Doña Katia fue la que me puso al tanto de que habían tenido un pleito y por lo visto la doctora tiene que haberlo chuseado o algo así. Don Leonardo pasó varios días, que ni levantaba la cabeza para saludarlo a uno cuando iba saliendo del barrio. El pobre seguro estaba muerto de la vergüenza. Al final nadie supo nada. Sobre todo, porque al poco tiempo, se terminó yendo. Así...sin decir nada se largó el pobre.

Después de lo que me pasó en Santiago puedo decir que de verdad quería arreglar mi matrimonio, pero desgraciadamente Laura estaba cada día más y más neurótica. Era un volcán que estaba siempre a punto de estallar. Todo la irritaba,

todo la incomodaba, por todo discutida, todo lo criticaba, y desgraciadamente, yo tampoco me le quedaba atrás. Los primeros años si aguanté, aguanté y aguanté hasta que ya no puede más. Siempre era yo el que pedía perdón después de una discusión, fuera culpa mía o no. Al final, gracias a Laura, me volví un coleccionista de batallas perdidas. Por eso fue por lo que un día volví a recoger mis cosas y me terminé largando esta vez a la casa de Erick. Tengo que admitir que hasta ese día nunca creí que terminaríamos llegando a la violencia física. Esa noche sangrienta me convencí de lo contrario, y ni que decir con lo que descubrí tiempo después.

No tenía ni una hora de haber llegado a la casa de Erick, cuando Laura llegó y empezó a tocar el pito como loca para que yo saliera a hablar con ella. No me quedó más remedio que salir, sino iba a terminar haciéndonos una escena delante de los vecinos. Estaba hecha una fiera, una energúmena, histérica, con los ojos desorbitados y bufando como un toro.

—O regresas conmigo o le quiebro todos los putos vidrios a la casa de ese par de invertidos y crápulas descarados (eso para decirlo con palabras aceptables, no con el vocabulario de sargento de milicias que uso ella).

—No tienes por qué ofender a mis amigos —le reclamé furioso— Ellos no me pidieron que me viniera para acá. Ni ellos ni Magdalena. Es más... ahora que llegaste me estaban tratando de convencer para que me fuera para la casa. Y de plano me dijeron que no me iban a recibir. ¡Está contenta! Así que no tienes por qué tratarlos así —le grité y la dejé callada, por lo menos por unos segundos, mientras se rearmaba con otros argumentos.

—Sabes qué Laura. Mejor vámonos para la casa y ahí terminamos de hablar. ¿Está bien? No quiero que me hagas escenas ni aquí ni en ningún otro lugar —le dije, tratando de serenarme. Y así lo hicimos. Nos llevamos el circo para la casa.

—No lo puedo creer Susy. ¡Sangre en la cochera! Y lo sacó envuelto en un paño. ¡Quien sabe que le habrá hecho la psicópata esa a don Leonardo! ¡De verdad que no lo puedo creer! Parece una película —se agarraba los cachetes Alexa.

—Sí, Ale. Vieras que mal me sentí cuando doña Katia y el guarda me contaron eso. Y yo juzgando al pobre de don Leo; disque que lo que quería era írsele arriba a tu papá con tu mamá. Espero que el pobre esté bien ahora. En donde quiera que esté. ¡Que feo, verdad!

Cuando llegamos a la casa la cosa se puso peor todavía. Las palabras se salieron de toda proporción también de mi parte. Al final termine basureando a toda su familia. Le dije cosas horribles de su papá y de su mamá; cosas de las que me arrepiento profundamente. También le dije que su hermana, Elena, era una depravada y una psicópata; la única que se salvó del vendaval de insultos fue

Virginia y al final no se ni porque se salvó del montón de pestilencias que le dije. Desgraciadamente para mí, la tercera ley de Newton nunca se equivoca: si ejerces fuerza sobre un cuerpo, este realiza una fuerza igual, pero en sentido contrario. Laura dirigió su artillería pesada contra mis papás de una forma tan atroz que me hizo perder por completo la cabeza. Ese si fue la gota que derramaba el vaso.

—¡Me largo! ¡Ahora sí que me largo, me largo, me largo! —escupí iracundo, sintiendo que si no me largaba de inmediato me iba a terminar dando un infarto de la cólera.

—¡Eso es lo que tú crees! —vociferó, Laura, mientras salía a grandes zancadas de la habitación. Yo, mientras tanto, sacaba, ya no la mochila, sino una maleta y empezaba a rellenarla con mi ropa a como cayera.

Cuando Laura regresó, yo ya tenía la maleta en la mano y me disponía a salir furibundo, ya no a la casa de Erick o de mis papás, sino a un hotel. En ese momento mi espanto no pudo ser mayor. Laura traía en sus manos el cuchillo más grande que teníamos en la cocina de la casa. La hoja era tan larga que, si me lo metía en el estómago, seguramente pasaría hasta el otro lado. Sus manos trémulas lo sostenían, mientras de sus ojos, rojos, endemoniados e inflamados de cólera brotaban lágrimas a raudales.

—¡Po po por Dios Laura! ¿Qué, que estás haciendo? —Tartamudeé, poniendo las palmas de mis manos frente a ella—. ¡Piensa en lo que estás haciendo, por Dios! No vayas a hacer una locura de la que luego te arrepientas. Te lo suplico: ¡piénsalo, Laura! ¡Piensa en Leo y en Camila, por Dios! Están aquí a la par, Laurita —le supliqué retrocediendo hasta caer sentado en la cama. Ella, callada, llorando, con los ojos perdidos en quien sabe que pensamientos. Yo soltando poco a poca mis primeras lágrimas.

—¡No nos puedes dejar, Leo! ¡No nos puedes dejar ni a mí ni a las niñas!, —gimió entre sollozos, casi al punto del colapso. En ese momento, al escuchar su voz quebrada y frágil, supuse que tal vez no era su intención hacerme daño, pero por supuesto que eso era algo que no lo tenía del todo claro, como para hacer un movimiento en falso.

—Está bien Laurita. ¡Tranquila!, por favor tranquilízate. No me voy a ir. ¡Tranquila! —repetí—. Mira: vamos a hacer una cosa: ya no me voy a ir. ¿Está bien? Me voy a cambiar de ropa, yo me pongo la pijama y nos acostamos aquí los dos. Solos en el mismo cuarto. Sólo te pido que sueltes el cuchillo, Laurita —le repetí, aun con las manos de frente—. Por favor ¿sí? Solo ponlo en la mesita de noche, yo me pongo la pijama me lavo los dientes, tú te pones la tuya y nos acostamos a dormir tranquilitos. Aquí los dos en la misma cama ¿sí? ¿Te parece?

—¿No me estas mintiendo, Leo?, —me repuso secándose las lágrimas con el

brazo, sin soltar el cuchillo—. ¿No es una trampa? ¿No vas a volver a irte de nuevo como hoy? ¿No nos vas a tratar de abandonar de nuevo? —insistió incrédula.

—Por supuesto que no mi amor. ¡Te lo juro que no, Laura! Es más, voy a quitarme la ropa para que veas que estoy hablando en serio. Solo baja el cuchillo y ponlo en la mesita de noche, por favor ¿sí, mi amor? Te lo suplico, Laura. Ves mira: ya me quité la ropa, ahora me estoy poniendo la pijama. Si, si mi amor, sólo ponlo ahí: en la mesita. Ahora sólo me lavo los dientes, después tú te cambias y nos acostamos tranquilos. No ha pasado nada. ¿Está bien?

Me terminé de cambiar y entré al baño para lavarme los dientes; dejé la puerta abierta y a través del espejito del botiquín observaba a Laura que se había sentado en la cama, junto a la mesita de noche, con la cabeza inclinada y los ojos clavados en el piso. Con las manos en un puto temblor a como pude abrí la pasta de dientes, mientras no dejaba de vigilarla. Cuando iba a empezar a lavarme los dientes, ella se levantó, y por un momento se me desapareció. Me apresuré a lavarme los dientes para regresar de inmediato a la habitación y precisamente en ese instante sentí un dolor fulminante que me hizo pegar, no un grito, sino un alarido. Apenas si me percaté de lo sucedido empecé a maldecir y re putear mientras un dolor insoportable se apoderaba de cada célula de mi cuerpo. Laura estaba parada en la puerta del baño con el cuchillo en una de sus manos; cuando vio la sangre, dio un paso hacia atrás con sus ojos horrorizados, dejando caer el cuchillo al suelo, mientras se tapaba la boca con ambas manos. Yo, mientras tanto, ya había tomado la toalla de mano y estaba tratando de contener los borbotones de sangre, pero mi desesperación y mi rabia hacían imposible que la sangre dejara de brotar. Entre más maldecía y me retorecía como una fiera, yendo de un lado al otro de la habitación, más era el desparpajo de sangre por todos lados. Al final Laura, por dicha, reaccionó saliendo de su transe y entre sollozos y manos temblonas empezó a revisarme las heridas. No cabía duda, tenía que llevarme a un hospital de inmediato; no había tiempo que perder. Con las manos y la ropa manchada de sangre, se fue para la habitación de Camila, la tomó y envolvió en una cobija mientras le pedía a Leonora que se pusiera su suéter. Cuando Leonora la vio toda manchada de sangre se puso a llorar y gritar descontrolada, al tiempo que forcejeaba con Laura, tratando de entrar la recámara. Para calmarla, tuve que salir, así como estaba, todo lleno de sangre, explicándole, a como pude, lo que había sucedido. Había sido un accidente así que tenía que controlarse y hacerle caso a su mamá para que pudiéramos irnos para el hospital de inmediato. No fue fácil, pero al final se calmó y ella y Camila se fueron junto con Laura para la casa de doña Katia.

No sé qué cara habrá puesto la vieja chismosa esa, al ver a Laura toda

manchada de sangre y tener que recibir a las niñas a esas horas de la noche en un puro llanto; lo cierto es que en ese momento eso era lo que menos nos importaba a ambos. Cuando Laura regresó, yo ya estaba esperándola en la cochera, pero por el cabrón dolor que me tenía rabiando, de nuevo estaba lanzando improperios como un descosido.

—Ya vengo. Voy a traer un paño para que te cubras —me dijo, mientras yo me subía al carro y reclinaba en el asiento.

Laura regresó a la habitación, recogió el cuchillo y lo fue a dejar de nuevo a la cocina, luego volvió al cuarto, entró al baño, y antes de sacar una toalla limpia del gabinete, revisó en el suelo. Ahí estaba en el suelo toda embarrada de pasta de dientes y de coágulos de sangre. La enjuagó en el chorro del lavatorio y luego la volvió a inspeccionar: En medio de las cuchillas se podían ver perfectamente los pedacitos de lengua que había cercenado la puta maquinilla de afeitar. “sólo al estúpido de Leonardo le pueden pasar estas cosas: lavarse los dientes con la maquinilla de afeitar” pensó Laura, mientras la tiraba en la seta de la basura.

A partir de esa noche Laura y yo no volvimos a discutir en lo más mínimo; esto porque prácticamente ya no nos dirigíamos la palabra. Yo, con el pretexto de tener la lengua lastimada, pasé días en que apenas y me despedía de ella en la mañana. También, a partir de esa noche, mi habitación permanente en la casa terminó siendo el cuarto de Camila. Ahí: entre peluches y muñecas empecé a fantasear más seriamente (como ya era mi costumbre) con la posibilidad de abandonar a mi familia en forma definitiva.

Probablemente esos planes locos no hubieran pasado de ser simples fantasías si no hubiera sido por lo que mi hija, Leonora descubrió meses después. Esa si fue la gota que terminó derramando el vaso.

—Después de esa noche don Leonardo ni siquiera nos volvió a dirigir la palabra; ni a mí ni a ninguno de los vecinos —se quejaba doña Katia Fallas, bebiendo con parsimonia su café—. Para mí eso fue una grosería de su parte. Más bien debería de habernos agradecido que no llamáramos a la policía o al Patronato Nacional de la Infancia, sobre todo después de todo lo que pasó. Yo sé que su mamá debe apreciar mucho a la doctora Laura, pero para el barrio, el que esa gente se haya ido fue toda una bendición. Disculpe que se lo diga, pero así es.

—Ese día, cholita, nadie se dio cuenta de nada hasta la pura tarde. Don Leonardo salió temprano con su carro y la doña Leonora salió después de mediodía con las chiquillas. A mí me extrañó un poco que él regresara a pie, y que después saliera con una mochila al hombro, pero que iba yo imaginármelo en ese momento. ¡Qué va! Si el hombre seguro se lo tenía ya todo bien estudiado. Después, como a las cuatro y media llegó la doctora y hasta me

preguntó de lo más tranquila que si don Leonardo ya había llegado. Yo sólo le dije que había entrado y que luego había vuelto a salir, pero no le dije que iba a pie, así que no le extrañó mucho y siguió para adentro como si nada. La jarana seguro se la encontró en la casa, porque como media hora después entraron en tropel los dos carros grandotes, esos que parecen militares, pero que son de lujo; los de sus hermanas —un Hummer, sospechó Susy—, y un Range Rover negro, finísimo, que yo nunca antes había visto. Después supe que ese era el carro de los papás de la doctora. Eso porque me lo contó doña Katia; porque en todos los años que tengo de trabajar aquí esa gente nunca los había visitado.

Cuando Leonora me lo contó, francamente creí que lo estaba inventando. No es que fuera imposible, sino más bien que me negaba a aceptar que Laura hubiera llegado hasta ese punto.

—¡Te lo juro papi, es cierto! No lo estoy inventando. Yo la vi cuando la guardó. La puso en la parte de arriba del trastero. Ella creyó que Camila y yo estábamos en el cuarto, jugando, pero yo iba a traerle a Camila la formula cuando la vi que estaba encaramada en la silla, escondiéndola. Ahora que llegemos a la casa, si mami no está, yo te la enseño —me dijo Leonora, sin ocultar su temor.

Por dicha cuando llegamos a la casa, Laura no había llegado con Camila, así que Leonora acercó una silla al trastero para subirse y alcanzarme la caja.

—No mi amor, mejor déjame que yo lo haga —le dije ya con evidente preocupación, al ver que no se trataba de un invento suyo. Extendí la mano por sobre el mueble y tomé lo primero que palpé: una pequeña cartulina enrollada y sujeta con una liga; metí la mano de nuevo y sentí más al fondo la caja a la que hacía referencia Leonora. Ambos nos sentamos a la mesa y yo, evidentemente nervioso, abrí con mucho cuidado el estuche. Adentro: un arma. No estoy muy claro qué tipo de arma era, para mí eso de revolver, escuadra o pistola es lo mismo; lo único que sé es que era una de esas a las que se les meten las balas por debajo con un magazín; y también, al no estar seguro, dudé si cabía la posibilidad de que tuviera alguna bala adentro, por lo que inmediatamente volví a cerrar la caja para evitar un posible accidente al manipularla.

Agarré a Leonora de ambos brazos y viéndola a la cara le pregunté:

—Mira mi amor, te juro que no te voy a regañar, de verdad que no, mi amor; pero por favor, Leo, quiero que me seas totalmente franca: ¿Tú ya antes habías revisado el contenido de esta caja?

—No papi... ¡Te lo juro que no! —me respondió, haciendo la cruz con el índice y el pulgar y dándoles un beso. Sólo vi cuando mami la guardó.

—Está bien mi amor, te creo —le respondí abrazándola— Sólo quiero que me prometas otra cosa; y esta de verdad que es muy importante: que nunca más

vas a volver a tratar de bajar este demonio de ahí. Me oíste: ¡Nunca!

—Si papi, ¡te lo juro! Yo a esas cosas les tengo mucho miedo. No hace falta que me lo digas. De verdad que me da mucho miedo —me respondió soltando el llanto—. Por eso te la enseñe, porque quiero que te le lleves. Yo no quiero que mi mamá tenga esa cosa aquí en la casa —continuó sollozando aún más fuerte—. Mas sabiendo cómo se llevan ustedes —agregó—, me da miedo que mami termine haciendo una locura y que Camilita y yo terminemos sin ninguno de los dos. ¡De verdad que no lo quiero, papi! ¡De verdad que no! —se desmoronó Leonora y al verla así, mi corazón también terminó hecho pedazos.

—¡Tranquila, mi amor! ¡Tranquila! No te preocupes, vamos a ver como arreglamos todo esto. Te lo prometo que no va a pasar nada. Vas a ver como todo lo vamos a terminar resolviendo —le aseguré, para tratar de tranquilizarla, aunque realmente no tenía ni la menor idea como íbamos a hacer para resolver algo tan delicado.

Para estar más tranquilo en la noche volví a bajar la caja y revisé que de verdad el revolver no estuviera cargado. Las cartulinas eran resultados de pruebas de tiro, lo cual indicaba que Laura, de fijo, estaba inscrita en algún polígono. Por dicha las balas no las encontré por ningún lado, algo que parecía ser una buena garantía de que Laura se había preocupado por esconderlas muy bien. Así por lo menos estaba casi seguro de que no iba a darse ningún accidente con las niñas. De otra cosa de la que también estaba bastante seguro era de yo era el posible blanco de esta nueva locura de Laura; sobre todo después de ver las pruebas de tiro: o Laura tenía pésima puntería o el revolver tenía desviada la mira, porque la mayoría de los disparos terminaban en medio de las piernas de muñequito, muy pocos acertaban el pecho y aún menos terminaban en la cabeza. ¡Así o más feo!

—Cuando los tres carros llegaron, yo de casualidad estaba saliendo a regar las matas (si claro). Las primeras que se bajaron fueron las dos hermanas de la doctora; luego se bajaron los dos ancianos: un tipo alto y flaco, con traje entero negro, un poco jorobado y con cara de pocos amigos. Cuando abrió la puerta del pasajero, se bajó la señora: morena, delgada también, con el cabello teñido de negro y la cara como la de una serpiente: sin cejas y toda jalada para atrás, seguramente del montón de cirugías plásticas que se debe de haber hecho la viejilla esa. Se bajó viendo para todo lado, poniendo cara de asco al ver el barrio donde vivía la familia de su hija. Cuando entró al jardín parecía como si estuviera caminando por un potrero lleno de estiércol, caminando de puntillas para no embarrarse. ¡Me cayó bien mal la vieja estirada esa!

De lo que hablaron adentro no me di cuenta, porque no se escucharon ni gritos ni nada de doña Laura. Solo el señor alzó un poco la voz; parecía que la

estaba regañando, pero desde mi jardín no se podía escuchar nada de lo que decía. Como a los veinte minutos salieron como si nada. Laurita cargando la computadora y la hermana mayor cargando los bultos y cuadernos de las chiquillas, la otra, la de las grandes ojeras, lo que llevaba era una bolsa negra con lo que yo pienso, debió de haber sido ropa; pero muy poquita; si acaso un par de mudadas para cada una. No se llevaron nada más. El papá de la doctora fue el que le echo llave a la casa antes de que se fueran todos en tropel; así como llegaron. Ni siquiera se llevaron el carro de Laurita. Ahí se quedó hasta que días después llegó una grúa y se lo llevó remolcado.

—Ahí se da cuenta uno lo miserables y altaneras que son algunas personas, negrita. Cuando la hermana mayor de doña Laura llegó ese día con el camión del Ejército de Salvación y empezaron a sacar todas las cosas. Yo, todo humilde, como parte de mi trabajo de vigilancia, le llegué a preguntar, que para donde llevaban todas las cosas de la doctora Laura. ¿Y sabe con qué me salió la flaca arrogante esa? me dijo que ya todas las cosas se las habían regalado al Ejército de Salvación, así que no le pidiera que me regalara nada. ¡Usted sabe, cholita! ¡A mí! Como si yo le hubiera llegado mendigar algo a la vieja tacaña esa. Yo seré pobre, pero orgullo no me falta. ¡Me puso regio esa grosería! Solo porque era una mujer no le di su trompada, si hubiera sido un varoncito, palabra que le bajo los dientes de un pencazo.

Bueno, pero para no cansarla con el cuento, después de que el camión salió, seguidito salió el carro de la tal Virginia, así que me fui rapidito a revisar como había quedado todo. Mire negrita: ¡ni las cortinas habían dejado! Todo, todo se lo llevaron. Hasta con las macetas cargaron. Lo único que dejaron en las ventanas fueron los rótulos de “se vende” y ni esos duraron, porque el fin de semana pasado ya estaban los Marín metiendo todas sus cositas para dentro. Según doña Katia, parece que se la vendieron regalada. Una ganga.

—Sabes que Susy. Tengo que reconocer algo: en el fondo, mi intención de ir abriendo poco a poco los paquetes que nos dejó don Leonardo no tenía que ver tanto con el hecho de que el tiempo se nos pase más rápido, esperando que mi mamá cumpla los cincuenta años. Creo que en el fondo pensaba igual que tú. Tenía el presentimiento de que don Leonardo iba a terminar haciendo alguna cosa loca, ya fuera ese mismo día o incluso después. Algo para demostrarle a mi mamá que todavía quedaba vivo algo del amor que él había sentido por ella durante todos estos años. No sé si me entiendes. No es que me agradara la idea de que don Leonardo llegara a hacerle un escándalo a mi mamá y a mi papá, y que se la robara como en las películas; eso no. Sino que en el fondo sentía que era una historia conmovedora. Él, en lo más profundo de su corazón todos estos años pensado en mi mamá, amándola en silencio, a pesar de tener ya su propia

familia, torturándose con su recuerdo a pesar de que ya habían pasado muchas cosas que terminaron haciendo de su amor algo imposible. ¿Me entiendes?

—Si Ale. Claro que te entiendo —concordó Susy—. Lo que quieres decir es que, si no se tratara de tu familia y específicamente de tus papás, tú, al igual que yo, desearías que realmente sucediera como en los cuentos de hadas, o en las películas esas que tanto te gustan, en donde el caballero llega a rescatar a la damisela en peligro, la monta en su caballo blanco y se la lleva lejos para vivir ambos felices por siempre. ¿Cierto, o no?

—Sí, Susy... algo así, más o menos —se rió Alexa. Al ver que su querida y atolondrada amiga, con sus comentarios, algunas veces daba justo en el blanco.

11. Un pendejo de mierda

Eran casi las tres de la mañana cuando por fin llegué a mi casa. Lo vivido con Magdalena esa noche me tenía la cabeza hecha un bodrio en donde se mezclaban pensamientos, sentimientos y sensaciones de todo tipo. Por un lado, había descubierto lo increíblemente enganchado que me sentía a Magdalena; algo en lo que siempre había tratado de no pensar y sólo lo contemplaba en mis más íntimas fantasías. Y por el otro lado el sinsabor de saber que Magdalena estuvo tentada de hacer el amor conmigo esa noche, pero al final, desgraciadamente para mí, se arrepintió al último momento.

A las tres y media, casi como un ladrón, entre en el cuarto de Leonora y la desperté con todo cuidado. Cuando logré que se despabilara lo suficiente como para que no creyera que lo que estaba escuchado era parte de un sueño, le conté en voz baja lo que tenía pensado hacer ese mismo día. Ella mejor que nadie sabía que mi huida “temporal” (dos o tres semanas a lo sumo según mi nueva versión) tenía que ver con el hallazgo que ella misma había hecho del arma. Para mi sorpresa Leonora lo tomó con mucha calma.

—Creo que tienes razón papi —me contestó en voz muy bajita, secreteado igual que yo— la única forma de que mami no haga una de sus locuras, es que no estés a su alcance. No es algo que yo te hubiera propuesto, pero que te pierdas por un tiempo sería lo menos malo que nos pudiera suceder —me dijo frotándose los ojos—. No te preocupes, yo te cubro con Camila y con los abuelos —agregó, con una madurez de me dejo boquiabierto.

—Como me alegra que me digas eso, mi amor; no sabes el peso que me quitas de encima —le susurré, dándole un beso en la frente—; pero tranquila con mis papás yo hablo antes de irme. Lo que si me serviría muchísimo es que me ayudes con Camila, y que no cuentes nada de lo que acabamos de hablar.

—¿Y para dónde vas, papi?

—Mi amor, entre menos sepas ahora, mejor. Sólo necesito que me hagas un último favorcito... Que me hagas un campito —le respondí mientras me escabullía entre sus cobijas. Diez minutos más tarde, papi estaba profundamente dormido, mientras era dulcemente abrazado por su hijita mayor.

Salí como a las nueve de la mañana de la casa. El pretexto era llevar el carro

donde Marco. Laura ya estaba acostumbrada a que yo siempre llegaba en la tarde cuando llevaba el carro al mecánico, así que no se sospecharía en lo más mínimo. Para las once de la mañana ya estaba llegando a casa de mis papás. Les solté el mismo rollo que a Leonora y su comprensión fue la misma. Estaban dispuestos a cubrirme no revelándole a Laura detalle alguno de mi paradero. A ellos si les dije que iba a pasar la primera semana en Madrid y luego me iría con Eduardo y Cleo a Palma de Mallorca. Endosé unos cheques y les pedí que depositaran el dinero en una de sus cuentas bancarias, ya que iba a necesitar que les hicieran abonos a mis tarjetas de crédito. Me dio pena cuando me dijeron que me tendrían mi cuarto listo para cuando regresara, que sólo tenía que avisarles con unos pocos días de anticipación para que ellos lo pudieran arreglar, pero, en fin. No me quedaba de otra, esa era la única opción que se me ocurrió para no tener que enfrentar una tempestad de cuestionamientos y opiniones adversas. Además de esos detalles, también tuve que hacer otro par de variantes a mi plan original. El primero: el transporte al Juan Santamaría; según yo en casa de mis papás tomaría un taxi para estar a eso de la tres de la tarde en el aeropuerto, ya que el vuelo salía a las cinco y quince, pero no contaba con la propuesta que Magdalena de ir a dejarme al aeropuerto junto con Erick; y el segundo: (imperdonable desde todo punto de vista) fue cuando caí en la cuenta de que había dejado suelto el cabo más importante de todos; y no por mi propio razonamiento, sino por un comentario irónico de Erick: “cuando Laura se dé cuenta de que por fin la abandonaste, ojala no se le vaya a ocurrir hacer una de su locuras” comentó mientras abandonábamos la carretera de circunvalación.

—¡Diantres! ¡El revólver! —Grité desesperado—. ¿Cómo puede ser posible que haya sido tan estúpido de no haber pensado en eso antes? —me recliné—. Después de tantas vueltas que le di a todo se me olvidó lo más importante. ¡Estúpido!

Ante la situación, no nos quedó más remedio que regresar y ver como hacia yo para entrar a la casa, tomar el revólver, deshacerme de él, volver a salir, y enrumbarnos de nuevo hacia el aeropuerto. Por dicha empecé a llamar a la casa y nadie me contestó. Luego llamé a Laura al celular y disimuladamente indagué donde estaba: en el supermercado con las chiquillas. ¡Que dicha!

Erick parqueó el carro a dos cuadras de la entrada a la urbanización. Entré a pie, llegué a mi casa, abrí la puerta, quité la alarma, me subí a una silla, saqué el revólver de la caja, y —rascándome la cabeza desesperadamente— empecé a tratar de maquinare que hacer con él. De repente se me ocurrió: entré al cuarto de baño para visitas, levanté la tapa del tanque del inodoro y lo tiré dentro. Luego, en medio de una vorágine de emociones, recordé el gran cuchillo de carnicero que teníamos en la cocina. Como la mochila con mis cosas la tenía en el carro de

Erick, no me quedó más remedio que tomar la mochila de colegio de Leonora y empezar a llenarla con todos los cuchillos, tijeras y cuanta cosa punzocortante se me puso por delante. Ya con el maletín lleno, puse la alarma, le eché llave a la puerta, y esta vez, ahora sí, abandoné mi casa y a mi familia para siempre.

Cuando llegamos al aeropuerto, los tres ingresamos hasta la zona de los counters, Magda y Erick esperaron a que saliera de chequeo y luego me acompañaron hasta las filas de migración. Ahí fue cuando Magdalena, entre llanto y abrazos, me entregó una cajita envuelta en papel de regalo.

—Anda, Leito. Ábrelo. Te prometí que no iba a dejar que te me perdieras de vista —musitó, tratando de ser jovial a pesar de las lágrimas.

Mi primer teléfono realmente inteligente.

—Gracias, Magda. Te prometo que el primer contacto que voy a ingresar va a ser el tuyo, y luego el de Erick —les dije, tratando de no ceder a las emociones. Luego la abracé, le di un beso en la mejilla e inmediatamente me abalancé sobre Erick. Luego me voltee rápido para entrar a migración casi que corriendo. No quería desmoronarme delante de ellos.

Cuando faltaban veinte minutos para abordar el avión, hice mi último movimiento. Era algo que tampoco estaba en el librero pero que era fundamental para dejar resuelto el último cabo suelto que resultó ser el revólver de Laura.

—Halo, ¿Zoraida? Soy Leonardo el esposo de Laura. Necesito que me comunique con don Rodrigo. Dígale que es urgente, por favor.

—Sí don Leonardo, un momento por favor, voy a informarle al señor —me respondió.

Al poco rato se puso al teléfono mi suegra.

—¿Leonardo? ¿Qué pasó? ¿Le sucede algo malo a Laura o a las niñas?, — me preguntó asustada, con la voz alterada, pues ya habían pasado un chorro de años sin que recibieran una llamada mía.

—No doña Marielos, Laura y las niñas están bien —la tranquilicé con voz áspera—. No se preocupe, no se trata de eso. Lo que necesito es que me comunique con su esposo. Es urgente... no tengo mucho tiempo.

—Leonardo usted sabe que Rodrigo no se va a tomar la molestia de atenderlo. Si tiene alguna emergencia lo mejor es que hable conmigo.

—Vea doña Marielos, con todo el respeto que usted se merece, no es con usted con quien necesito hablar. ¡Dígale al payaso de su esposo que se deje de pendejadas y que se ponga al teléfono! —le espeté, perdiendo de un solo la compostura—. Dígales que estoy en el Juan Santamaría y mi avión sale en 15 minutos. Y que lo que tengo que hablar con él es muy delicado. Y eso si tiene que ver con Laura y con las niñas. ¡Eso sí puede ser de vida o muerte! ¡Así que póngamelo! —le ordene. Ella por su parte no respondió ni media palabra.

Pude escuchar el taconear apresurado de mi suegra y al poco rato la respiración agitada del viejo, sin emitir vocablo.

—¿Don Rodrigo? —pregunté, consciente de que ya el viejo tenía el auricular en el oído.

—Si... con el habla —respondió con evidente repugnancia al tener que dirigirme la palabra, con una voz más pastosa de lo que yo recordaba— ¿Cómo es eso de que está en el aeropuerto? —me recriminó sin el menor rodeo.

—Así como lo oye don Rodrigo. Estoy en el aeropuerto. Por lo visto Dios escucho sus plegarias y por fin estoy abandonando a Laura —fui al grano yo también.

El viejo se quedó callado por un instante.

—¿Y para que carajos me llama? Yo hace tiempos sé que usted es un pendejo; un cobarde de mierda que tarde o temprano terminaría haciendo eso; huyendo como un marica igual que el resto de sus amigos —me soltó al fin con un carraspeo gutural cercano al vómito, fruto seguramente de sus viejos problemas estomacales.

—Vea don Rodrigo a estas alturas cualquier ofensa suya me resbala, así que mejor ahórreselas —lo contraataqué, tratando de demostrarle mi fortaleza y determinación—. Además, no veo porque me sale con esa hablada en estos momentos, si al final de cuentas se salió con la suya. Más tarde que temprano, pero se salió con la suya. Le estoy devolviendo a su hija con dos nietas que tanto usted, como su esposa adoran ¿o no es cierto? Más bien debería de agradecernos a Laura y a mí por haber insistido en casarnos, a pesar de su desprecio para conmigo y con mi familia. Si Laura y yo nos hubiéramos dejado vencer por su prepotencia, lo que ustedes tendrían ahora en su casa, no serían dos viejas solteras y amargadas, sino tres, así que no me salga con ese cuento —le reclamé con más ofuscamiento del que yo hubiera deseado demostrar. No quería perder el control en ese momento, pero a cómo empezó la conversación, iba, casi que directo al hoyo.

—A los pendejos de mierda como usted no les dan medallas por embarazar a nadie —me respondió secamente con un tono burlesco.

En ese momento sentí que el viejo se estaba impacientando y no podía correr el riesgo de que terminara reventándome el teléfono. Tomé aire y traté de sacar fuerzas de donde ya no tenía para no explotar con alguna grosería.

—Vea don Rodrigo; voy a ir al punto porque ya empezó el abordaje y la verdad no me puedo marchar sin que usted sepa esto: Leonora y yo descubrimos que Laura compró un arma y que ha estado practicando en algún polígono. No se en cual. Lo peor de todo es que fue Leonora la que se dio cuenta de que la tenía guardada ahí mismo, en nuestra propia casa, encima del trastero que está en la

sala.

—¿Qué? —me interrumpió el viejo, incrédulo ante lo que estaba escuchando.

—Si don Rodrigo, así como lo oye. Ignoro si usted sabe lo que pasó las otras veces que trate de irme de la casa, pero créame, estoy casi seguro de que Laura compró esa arma, y que tarde o temprano va a terminar haciendo una desgracia de la cual, toda la familia, tanto la suya como la mía, van a terminar lamentándose. Por eso es por lo que me estoy yendo del país, para evitar que pase una desgracia. No porque sea un pendejo de mierda como usted dice. Laura en estos momentos debe de estar en la casa sin sospechar nada de lo que está sucediendo. Yo no le dejé ninguna nota o carta de despedida; simplemente salí hoy en la mañana y no pienso volver más. Es todo. Lo único que le pido don Rodrigo, ¡y se lo pido el amor de Dios!, es que vaya usted hoy mismo a la casa y que tome el control del asunto. Usted es el único que puede hacerlo en estos momentos. Yo sé que usted no conoce mi casa, pero yendo de la sala hacia los cuartos, hay un baño. En ese baño, en el tanque del inodoro fue donde oculté la pistola. Sobre el trastero sólo va a encontrar el estuche vacío. Lo único que le pido, don Rodrigo, es que saque esa cosa de la casa y la desaparezca; y también que tenga a Laura bien controlada por el tiempo que usted considere necesario. ¿Le quedó claro? —le pregunté inseguro, ante el silencio sepulcral que invadió el otro lado de la línea.

—¿Dice que Leonorita fue la que la encontró? —preguntó el viejo incrédulo, como si se hubiera quedado pegado en lo primero que le dije.

—Sí, don Rodrigo, aunque usted no lo crea, su nieta querida fue la que se dio cuenta de todo. Así que, si le quiere poner una medalla a alguien, póngasela a ella —agregué con sarcasmo.

—Créame, don Rodrigo, sería justo despedirme de usted con una grosería, sería lo más equitativo que podría hacer después de que usted me trato todos estos años como una mierda; pero no, no vale la pena. Al final de cuentas, aunque usted y yo no lo queramos, por las venas de Leonora y Camila corre tanto su sangre como la mía. Ya a usted no le quedan muchos años por delante, así que espero que los disfrute al lado de mis hijas y de Laura —concluí antes de colgar el puto teléfono y que las lágrimas y los cabrones mocos terminaran delatándome ante el viejo cabrón, lo hecho mierda que estaba yo en ese momento.

Después de colgarle al viejo, no pude evitar sentir un gran remordimiento de conciencia. Traté con más consideración al mal nacido de mi suegro que a la que había sido mi esposa durante todos estos años. Por más desquiciada que estuviera ahora, al final de cuentas, Laura y yo habíamos compartido gran parte de nuestras vidas tratando de mantener a flote nuestro matrimonio y de criar y

educar a nuestras hijas. Que todo se haya arruinado y que al final termináramos tan distanciados no justificaba la canallada de dejarla sin decirle ni media palabra. Lamenté mucho no haberme apegado a lo que había planeado desde un principio y terminé —para mi desconsuelo— dándole la razón a mi suegro: ¡Laura se había casado con un puto y desgraciado pendejo de mierda!

12. Visitas inesperadas

Poco antes de la hora de la cena, los dos Hummer y el Range Rover de la familia de Laura ingresaron a la urbanización como si se tratara de un despliegue policial. Elena y Virginia se bajaron primero, pero ninguna hizo el intento por entrar, se esperaron para que los dos viejos lo hicieran primero. Camila, que en ese momento se asomó a la ventana, le gritaba a Laura y a Leonora que ahí venía tito Rodrigo y tita Marielos junto con las tías. Leonora salió de su cuarto de inmediato, consciente de que estaba por empezar un desmadre total en la casa, pero Laura no pudo escucharlas porque estaba en el cuarto de pilas y tenía la lavadora encendida. Cuando Laura se percató de la bulla en la sala, salió a ver qué era lo que sucedía. De un sopetón la sangre se le heló y el cuerpo se le tambaleó, al punto de tener que sujetarse de la pared para no irse de espaldas.

Para que sus papás estuvieran en la sala de su casa, algo terrible, espantoso, espeluznante, tenía que haber sucedido.

—Es mejor que te sientes —espetó el viejo, tomándola del brazo (como si esa no fuera la peor frase que se le puede decir a alguien cuando algo terrible ha sucedido. No sé porque en las facultades de medicina no les enseñen a los galenos una frase menos cajonera para dar malas noticias. ¿O será que de verdad lo hacen para que la persona no caiga como un plátano al piso?).

Antes de empezar a hablar el viejo le pidió a Leonora que se llevara a Camila a su habitación y que no salieran hasta que él se los autorizara. Luego, sin rodeos le soltó a Laura todos los detalles de lo que él y Leonardo habían conversado hacia tan solo treinta minutos; ocultando únicamente lo del arma. Laura lo escuchó pasmada y con un mutismo total; para sorpresa de todos, lo hizo sin emitir ni media palabra, sin soltar ni una sola lágrima, sin la más mínima expresión de furia o de dolor. El rostro se le tornó rígido e inexpresivo al punto de que una suave brisa hubiera sido suficiente para borrarlo como arena en el viento. Después de todo el dolor y todo el esfuerzo que había hecho por más de veinte años por mantener a toda costa su matrimonio, después de haber luchado contra toda su familia, de haber sufrido limitaciones a las que no estaba acostumbrada debido a la gran ostentación con la que había sido creada por sus padres, después de no haber podido demostrarles lo equivocados que estaban por

haber criticado su elección, después de haber visto como, año tras año, su relación de pareja se hacía cada vez más y más lejana, al punto de convertirse en un pequeño e insignificante pliegue en el manto de la vida; después de que el tiempo le había arrebatado los mejores años de su vida y le había empezado a marchitar el rostro y ablandar su cuerpo; después de todas esas cosas, ¡jamás!, ¡pero jamás, jamás, jamás! dejaría que su familia, y mucho menos su padre, la vieran gritar, llorar, revolcarse y desfallecer a gritos como le pedía su corazón que lo hiciera en ese preciso momento. ¡Sí! ¡Laura Jamás dejaría que le embadurnaran, escupieran y restregaran en su cara un maldito “te lo dijimos”! No iba a permitir que sus padres sintieran lástima por ella, y mucho menos sus dos hermanas, que al final de cuentas habían terminado peor que ella: amargadas, íngrimas como flores marchitas en jarrones de oro, pero de un cementerio abandonado.

—¿Qué me sugieren que haga en este momento? —musito, tragando lentamente la saliva amarga que sentía se le había acumulado en la boca.

—Lo más conveniente para ti y para las niñas es que se vengan con nosotros para la casa. Por lo menos por hoy, mañana veremos qué hacemos con todo esto —dijo el viejo, volviendo a ver con desprecio todo a su alrededor.

—Yo digo que deberíamos de dejarlo todo aquí, y que no te lleves nada para la casa. Mañana mismo tu papá y yo les compramos todo nuevo a ti y a las niñas. Ropa, zapatos, perfumes... lo que quieras, mi amor —agregó doña Marielos con ímpetu, copiando a la perfección la expresión de asco de su esposo.

—No es tan fácil, mami. ¿Cómo voy a irme y dejar todo tirado? ¿Qué hay del colegio de Leonora y del kínder de Camila? ¿De sus amigas del barrio? Camila nació aquí, para ella, igual que para Leonora y para mí, esta casa es parte de su vida. No podemos irnos y dejar todo abandonado... no después de todo lo que Leonardo y... —y se detuvo en seco—. No después de todo el sacrificio.

—Vamos Laura, tú sabes que para nosotros esto no es nada —agregó Elena, apoyando a los viejos—. Una casa de clase media en un barrio cualquiera, de los que sobran por todo San José. Ni siquiera te has podido comprar un carro que valga la pena.

—No Laura. En este momento tú no estás en condiciones de tomar decisiones. Lo mejor es que nosotros lo hagamos todo por ti —pontificó el viejo, con tono cortante.

—¿Qué? ¿A qué te refieres con ese comentario, papá? —reaccionó ella de inmediato a punto de sacar, ahora sí, a flote, toda su ira contenida.

El viejo se dirigió al trastero y, estirando sus largos brazos, tanteó por la parte de arriba hasta que por fin dio con la caja. La bajó, la abrió y corroboró que en realidad se trataba del estuche de un arma, pues en el interior tenía moldeada su

forma.

—A esto es a lo que me refiero cuando digo que en estos momentos no estás en condiciones para tomar decisiones —le dijo el viejo, mientras Laura, espantada, no creía lo que estaba pasando. No sólo por porque el viejo ya se había enterado de todo, sino porque, seguramente, Leonardo había sido el que lo había puesto al corriente; además del hecho de que el estuche estuviese vacío.

—¿Cómo es posible que se te haya ocurrido traer esta cosa a tu propia casa, Laura? ¿No pensaste en tus hijas? ¿En tu familia? ¿Qué es lo que pretendías hacer con esto? ¡Por el amor de Dios! ¡Tú eres un médico! ¡Una Montoya! ¡No una psicópata o un mercenario! —la increpó el viejo, exacerbado, levantando la voz, mientras la apuntaba con su, flaco y huesudo, dedo índice.

Al final, por más explicaciones que Laura trató de dar, imperó, como siempre había sido antes, el criterio de su padre. Laura sólo se pudo llevar la computadora, los uniformes de mis hijas y el de ella del hospital, además de los cuadernos del colegio de Leonora. Cuando ya estaban de nuevo todos en la sala, listos para salir, el viejo entró rápidamente al cuarto de baño, removió la tapa del tanque y a tientas, con expresión de asco —cosa rara para un proctólogo— metió la mano hasta el fondo, con todo y su Rolex de oro, extrayendo por fin el arma.

—Por lo menos la podía haber metido en una bolsa el pendejo ese —se quejó el viejo, mientras la secaba con un paño para guardarla luego en el bolsillo de su saco.

13. Secretos entre amigos

A las cinco y quince de la tarde, cuando las llantas del avión perdieron contacto con el suelo costarricense, empecé a reparar en lo increíblemente fuerte que es ese choque emocional que viene a representar dejar todo atrás con la intención de no regresar en mucho tiempo, o hasta de no hacerlo nunca más. No es fácil de describir todo lo que le pasa a uno por la cabeza en ese momento mientras ve como las montañas, carreteras, casas y edificios se iban haciendo cada vez más y más pequeños, hasta desaparecer irremediabilmente bajo el denso manto de nubes. Durante los primeros cuarenta y cinco minutos de vuelo pasaron por mi mente infinidad de recuerdos. Recordé los veranos jugando entre cafetales, apeando jocotes, mangos, manzana de rosa, guayabas y nísperos; recordé mis años de escuela y de colegio, los autobuses viejos que cobraban 25 céntimos por llevarlo a uno desde Curridabat hasta el centro de San José; recordé cuando jugaba escondido, guerra, salvo el tarro, ahí vienen los moros, y arroz con leche con mis amigos del barrio; recordé también mis años de colegio y de estudiante de contabilidad, mis trabajos; mi boda, las fiestas de cumpleaños de mis hijas y un montón de cosas más. Desgraciadamente ya el paso se había dado. No había marcha atrás.

Domingo por la tarde:

Bajé del avión con el único equipaje que traía para dar inicio a mi nueva vida: mi mochila. Gracias a eso no tuve que ir a retirar maletas, lo que me permitió ganar tiempo sobre el resto de los pasajeros haciendo fila en las casetas de migración. Cuando por fin crucé las puertas de salida, ahí estaba Eduardo, esperándome según lo acordado. Era el mismo Eduardo de toda la vida: alto, flaco, con el mismo corte de cabello de siempre —sólo que con más canas—, look que en su juventud le hizo ganarse el apodo de El Guasón, esto por su parecido con el personaje encarnado por Cesar Romero en los años sesenta (aunque si lo traemos a tiempo presente, tendría que decir que era un look tipo Giorgio Tsoukalos, el de la teoría de los antiguos astronautas).

—¡Leito, por acá! —me gritó cuando me vio con cara de asustado, buscándolo por todos lados. Luego me agarró, y con un fuerte abrazo, despegó mis pies del suelo, mientras me sacaba todo el aire que tenía contenido entre

pecho y espalda. Y no era para menos, la última vez que nos habíamos visto fue en Lima cuando fui a visitarlo a él y a Clara, su hermosa y encantadora esposa en ese momento. De esa visita ya habían pasado como cuatro años.

Luego de recorrer medio Madrid, me enteré de que la casa de doña Zulay, la abuela de Cleo estaba en Las Acacias, en la segunda planta de un edificio de cuatro pisos, el cual formaba parte de un conjunto de edificios, todos iguales. La calle estaba llena de árboles y estábamos a muy corta distancia de la Glorieta Pirámides. Se suponía que Cleo nos iba a estar esperando, pero doña Zulay —después de darme una muy amable bienvenida— nos informó que su nieta la había llamado, indicándole que estaba retrasada, pero que le diéramos tiempo y que no saliéramos antes de que ella llegara. Así fue como nos dio la noche, esperando que apareciera la famosa Cleo, actual pareja de mí querido amigo, Rojitas.

Yo ya sabía que Cleo era veinte años menor que Eduardo. Eso era algo que no me hacía mucha gracia, pero lo que menos me agradaba —sin conocer aún su apariencia física y su personalidad—, era la forma en cómo se habían dado las cosas entre ellos. Cuando por fin llegó, pude empezar a sacar mis primeras conclusiones sobre Cleo y su relación sentimental con Eduardo.

Sobre ese particular, tengo que decir que siempre he tratado de no ser prejuicioso; creo que es muy importante darles oportunidad a las personas de demostrar tanto sus defectos como sus virtudes, pero el tiempo me daría la razón sobre el tipo de persona que era Cleo. No es que fuera una mala persona, nada de eso, pero definitivamente no era la mejor opción que se podía haber buscado Eduardo para remplazar a Clara. Físicamente tengo que admitir que era sumamente atractiva: morena, delgada, alta como Eduardo, pelo negro corto, con un rape raro a un costado y una trenza larga al otro lado, ojos negros, nariz alargada, boca con labios delgados y unos dientes muy blancos y bien alineados (pulcro trabajo de algún ortodoncista madrileño o de quien sabe dónde).

Bueno, pero por el otro lado estaba doña Zulay, ella sí que era otra cosa: vivaracha, alegre, parlanchina, blanca, de baja estatura —o sea como de mi tamaño—, ojos negros, pelo negro azabache (con casi setenta años, saquen ustedes sus propias conclusiones), abundante en alhajas y coqueta hasta decir basta. ¡Una dulzura de señora!

Según me contó, nació en Estepona, una ciudad costera de la provincia de Málaga, de donde salió muy jovencita con tiquete hacia Madrid, trayéndose consigo únicamente un puñado de ropa y su gran devoción por la Señora de los Remedios. En la capital contrajo matrimonio con un militar de carrera, con el que procreo cuatro hijos: tres hombres: Mauro, Amadeo y Teodoro, y una mujer: Alicia, la mamá de Cleo.

Cuando su esposo murió —hacía ya bastantes años— formaba parte de los cascos azules de la ONU. “Su muerte no fue en combate, sino en un accidente de tránsito. Eso sí: en el extranjero y cumpliendo con su deber” subrayó doña Zulay, con mucho orgullo, mientras me enseñaba la fotografía de un tipo bastante corpulento enfundado en uniforme militar. Esa y muchas otras cosas de su vida me platicó doña Zulay durante esa, mi primera tarde noche en la ciudad de Madrid. Hicimos buenas migas de primera entrada.

Dentro de las cosas a las que mi anfitriona, doña Zulay, era aficionada estaban las caminatas matutinas. Se levantaba bien temprano, se ponía buzo y tenis, y salida a dar una vuelta de unos cuarenta y cinco minutos por el barrio; luego llegaba a ducharse y a desayunar para empezar el día como decía ella: “bien cargada de energía”. Como yo iba a ser su invitado durante esa semana, muy amablemente me sugirió que la acompañara algunos de esos días en su caminata y así ella aprovecharía para enseñarme los lugares más interesantes que quedaban por ahí, cerquita de su casa. Para mí la propuesta de doña Zulay resultó más que oportuna, así que acepté.

—Leonardo, tenga cuidado con este par de haraganes, vea que en sus correrías por la ciudad les da la madrugada. Ji ji ji ji —me advirtió, poco antes de que los tres saliéramos para que yo tuviera la oportunidad de ir conociendo el Madrid de noche, que era evidente: Cleo y Eduardo tanto disfrutaban.

—Lo veo difícil doña Zulay. Francamente preferiría acostarme temprano para ir a caminar con usted mañana, pero tampoco puedo ser tan aguado con Eduardo y Cleo, así que no me queda mas remedio que entrarle a la noche. Yo creo que lo vamos a tener que correr la invitación.

—Mmm, sí, Leonardo ¡qué tonta! tiene razón —me respondió doña Zulay—. Es mucho pedir que saliendo con Cleo vayan a llegar antes de las dos o tres de la mañana. Así es mi Cleo: mucho trasnochar y poco madrugar.

No sé porque, pero mi idea de lo que sería la noche madrileña en compañía de Eduardo y Cleo, incluía en teoría, visitar diferentes lugares: alguna discoteca y tal vez un par de bares —eso para que yo me pudiera formar una idea de la vida nocturna de la ciudad—, pero que va, la “movida madrileña de esa noche” fue completamente diferente a lo que yo esperaba.

—¿Cleo de Cleopatra o Cleo de Cleotilde? Le pregunté cuando Eduardo me la presentó.

—Cleo de Cleo... no es un diminutivo, es mi nombre, además no es Cleotilde sino Clotilde —me respondió con desenfado, mientras manoseaba la entrepierna de Eduardo, eso mientras doña Zulay estaba en la cocina preparando unas bebidas. Claro, la fiesta del besuqueo y manoseo bravo dio inicio en serio cuando abordamos el taxi. Cleo era un pulpo y Eduardo no se le quedaba atrás.

Realmente me chocó un poco que se comportaran así. No sólo por mí, sino también por el pobre taxista que no dejaba de observarlos por el retrovisor.

—¿Y que tienen planeado para empezar la noche? —les pregunté, esperando que Cleo bajara un poco el sofoque descarado que se traía con la bragueta del pantalón de Eduardo.

—Cleo y yo ya empezamos la fiesta, Leito. Vos vas a tener que jugártela solito —me bromeó Eduardo.

—Sobre todo para dónde vamos —dijo Cleo, y se rieron ambos. Ahí no hay manera de que te ligués a nadie. Aunque... ¿Quién sabe?

—¡Ah, sí, ya veo! —y no me quedó más remedio que ir viendo por la ventana, hasta que llegamos a nuestro destino: “Las bragas de la Medusa”, lugar al que llegamos luego de cruzar por un laberinto de callejuelas.

—Ya vas a ver porque se llama así, Leito —me secreteó Eduardo al oído, con una risa evidentemente morbosa. Y no era para menos; el sitio resultó ser un bar lésbico de acceso restringido. Para que un hombre pudiera entrar, tenía que venir acompañado mínimo por dos mujeres, de lo contrario: “nonnes que te dejan pasar” —me explicó Cleo, con burla—. Por dicha para mí, como ella y Eduardo eran clientes VIP, no hubo problema. ¡Qué suerte la mía! ¿No?

Además, mi amigo Eduardo sabía que yo no me iba a escandalizar porque me llevaran a un bar de este tipo, sobre todo sabiendo de mi amistad con Erick y Bruno, a lo que se refería era al atuendo tan llamativo que llevaban las camareras: Pelucas al estilo afro, de colores fosforescentes y trajes metálicos ceñidos al cuerpo, con manga larga y cuello redondo; es decir: bien tapaditas las muchachitas; salvo por una curiosísima particularidad: tenían un abertura circular que iniciaba precisamente donde se ubica el monte de Venus, continuaba por el periné y finalizaba del otro lado, a la pura mitad de las nalgas. Era lo único que enseñaba el uniforme, ¡pero para que más! Con eso era más que suficiente para poner como locos, o, mejor dicho: como locas a la mayoría de sus clientes. Porque de bragas en Las bragas de Venus: ¡nada!... Rubias, morenas, tupidas, rapadas... era muy variada la propuesta visual que se les ofrecía a los clientes de la Medusa. La que atendió nuestra mesa era una dominicana de grandes labios mayores, algo de lo que me percate cuando ella misma tomo mi bebida de la bandeja —la cual muy estratégicamente la sostenían a la altura de los muslos— y la puso en la mesa.

—Como te dije: aquí no vas a ligarte a nadie, pero por lo menos te das un buen taco de ojo —se burló Eduardo, mientras me daba una palmadita tipo pésame en el hombro; todo esto en medio de la música electrónica, luces fosforescentes, bebidas de colores y parejas acarameladas. No había pasado media hora y ya era evidente por donde iba el entierro con Cleo. Eduardo no solo

se empató con una jovencita trasnochada, sino que el combo incluía —para decirlo en verso—: matizados deslices en sus propias narices. Aparentemente, mientras fuese con otra mujer, a Rojitas no le importaba en lo más mínimo. “¡Cómo has cambiado en cuatro años Rojitas!” —pensé, sin caer en severos juzgamientos. Yo mejor que nadie sabía que los matrimonios, a pesar de parecernos perfectos como lo parecían el de Eduardo y Clara, e incluso el mío (a los ojos de algunas personas), podían ser en el fondo todo lo contrario: una pesadilla de la cual sólo quieres escapar, ya sea vivo o muerto (preferiblemente vivo).

Sí... definitivamente. Si mi amigo Eduardo, en realidad era tan feliz como lo aparentaba al lado de Cleo —eso y con todo y sus infidencias sexuales—, pues bien para él. “Lo que los demás pensemos de su relación es pura basura”, pensé en ese momento. Al final de cuentas, si las cosas dejaban de funcionar, conociendo a Eduardo, tarde o temprano se bajaría de la nube, pondría los pies en el suelo y echaría para delante de nuevo. Como si nada.

Yo, por mi parte, esa noche hice todo lo que pude por entonarme con el ambiente. Por lo menos tengo que admitir que Cleo me dio una mano cuando trajo a nuestra mesa una pareja de españolitas que estaban muy interesadas en viajar a Costa Rica. Roxana y Rocío, las amebas, o las Rorro, como se les conocía en el antro. La idea era que yo les recomendara que hacer y a donde ir en tiquicia.

Así, mientras les hablaba a las Rorro de las playas de Guanacaste, de Puntarenas y Limón, les describía como era San José, como llegar al volcán Poas o al volcán Irazú, veía de reojo como Cleo flirteaba, no con una, sino varias tipas a la vez. No voy a decir que la pasé mal, sería un hipócrita. Al final hasta terminé bailando con las Rorro, que se portaron de maravilla conmigo. Supongo que ese es uno de los principales atributos que tienen las mujeres: huelen a leguas cuando un tipo anda en plan de cacería o en plan sereno, y esa noche, lo puedo asegurar, yo no andaba en plan de nada, simplemente quería pasarla bien, tratando de olvidar lo que recién estaba dejando atrás, y porque no: sintiendo todavía el peso del anillo de bodas en el dedo anular y el sabor de los labios de Magdalena en la punta de la lengua.

Lunes de esa misma semana:

Ese día, por dicha, las cosas si salieron de acuerdo a lo planeado: Arrancamos en La Puerta del Sol, que viene a ser como el parque central en San José —guardando todas las distancias del caso, por supuesto—, luego andareguemos hasta la Plaza Canalejas, donde no pude evitar ponerme melancólico al recordar a Leonora y a Camila cuando vi la tienda de caramelos La Victoria; lo mismo me pasaría frente a una tienda donde vendían abanicos,

donde lo primero que pensé fue en que debería de comprar: uno para Laura, otro para mi mamá y el tercero para Magdalena. Qué puedo decir: veinte años de matrimonio no se los brinca uno así no más. En los días y semanas siguientes tendría muchos de esos momentos en los que se mezclaría la melancolía con el remordimiento. Luego de ahí fuimos a la famosa Plaza de Cibeles con su hermosa fuente. Fotos para allá fotos para acá. Luego La Gran Vía con sus cines y teatros —algo así como el Broadway madrileño—, y por supuesto, no podía faltar: la Plaza Mayor y la Puerta de Alcalá.

Martes por la mañana:

El día sería igual de extenuante que el anterior puesto que los tres nos habíamos levantado muy temprano, disque para aprovechar el tiempo. El plan original —o al menos mi plan original— era pasar todo el día en la calle, yendo y viniendo de un lado para otro por toda la ciudad. Lo primero que hicimos fue ir a tomar el teleférico en el Paseo del Pintor Rosales. Se suponía que llegaríamos a Casa de Campo y después de comer algo en el restaurante, admiraríamos la vista y regresaríamos para seguir con alguno de los otros destinos que habíamos escogido para ese día; según Eduardo eso a lo sumo nos tomaría media mañana. Al final, para mi disgusto, y por otro absurdo capricho de Cleo, terminamos dedicándole prácticamente todo el resto del día a un solo lugar: el parque de atracciones. Juro que ese hubiera sido el último lugar que se me hubiera ocurrido visitar durante mi corta visita a la ciudad de Madrid. Pero diay, que podía hacer, después de todo, y gracias a Cleo, tenía hospedaje gratis en la casa de su abuela. Además, para rematar, también gracias a ella, Eduardo me había podido conseguir un empleo en Palma de Mallorca; empleo que tanto ella como Eduardo se habían empeñado en que fuera una sorpresa, y que sólo me sería develada en el momento en que estuviéramos allá en la isla. La capital de las Baleares.

Martes por la noche, casi miércoles:

Mi habitación, al igual que el resto de la casa, estaba en perfecto orden; era pequeña, minimalista y encantadora, casi como si doña Zulay la hubiera decorado pensando especialmente en mí llegada. Aunque la cama era riquísima y las sabanas olían a limpio, la diferencia entre esta habitación y la de Camila, había provocado, que esta noche, y también las anteriores, a pesar de caer rendido, como un tronco, me terminara despertando al filo de las doce, costándome todo un mundo volverme a dormir. Para aprovechar el tiempo, mientras me atrapaba de nuevo el sueño, empecé a repasar mentalmente todos los sitios que teníamos pendientes por visitar. De repente, muy leve, pero al final audible, un ruido, proveniente aparentemente de la cocina, llamó mi atención. En un principio dude si sería correcto levantarme para ir a ver qué era lo que estaba

pasando, pero al final, como era de esperar, pudo más la curiosidad, y terminé levantándome muy sigilosamente para ir a echar un vistazo.

Llegué a la salita y vi que sí, que efectivamente la luz de la cocina estaba encendida. La puerta estaba entreabierta, así que, muy despacito, para no hacer ruido, me acerqué y sin pegar la cabeza a la puerta, sino un poco separado, me asomé.

Efectivamente, como me lo imagine: era doña Zulay. A pesar de la hora, no se había ido aún la cama. Por lo que podía ver tenía algo sobre la mesa, pero al estar de espaldas, me era difícil distinguir que era exactamente lo que estaba haciendo; tuve que acercar aún más la cara a la puerta para mejorar mi ángulo de visión. En efecto: tenía un montón de arroz extendido sobre la mesa; en una mano tenía un pequeño colador metálico y en la otra un frasco de especias cuyo contenido era variado, pero con un predominio de granos de color amarillo. Vaciaba puchitos del especiero en el colador y luego daba: uno, dos, tres golpecitos, tamizando un polvo blanco muy fino sobre los granos de arroz, luego descartaba el resto de las especias en el ducto del fregadero. Como lo que salía del colador era tan escaso, casi como una nubecita, el proceso lo hacía una y otra vez para ir cubriendo todos granos de arroz, que estaban extendidos a lo largo de la mesa. Estuve viendo lo que hacía por unos minutos y luego pensé que podía dar un par de golpecitos, pasar adelante, explicarle que yo, al igual que ella, tenía poco sueño y ofrecerle mi ayuda. Por dicha, antes de animarme a hacerlo, recordé el comentario que me había hecho Cleo el día anterior: “Mi abuela hace la mejor paella de todo Madrid, sino es que es la mejor de toda España. El problema es que ese secreto no se lo ha querido soltar a nadie de la familia. Dice que no nos lo revela ni aunque la molamos a palos. Que eso va a ser su herencia familiar”. Así que me contuve e hice lo más prudente: irme de nuevo a la cama.

Miércoles a buena mañana:

Para ese día las actividades las había planeado doña Zulay. La ruta era simple: de Las Acacias caminábamos hasta la Glorieta Pirámides, ahí tomaba unas cuantas fotos, luego seguíamos hasta la Puerta de Toledo, más fotos, caminábamos por el Paseo de los Pontones hasta la Plaza Francisco Morano, cerrábamos el triángulo por Paseo Imperial, llegando de nuevo a la Glorieta Pirámides y de ahí caminaríamos hasta el puente de Toledo, ahí unas fotos más y luego, ya bien sudados, de regreso a casa para que doña Zulay “cargada con buena energía” empezara la preparación de su famosa paella.

Desde la casa hasta la Puerta de Toledo la conversación fue muy vigorosa. Giro en torno a Costa Rica, a mí vida, mi familia, los motivos de mi auto exilio, todo muy por encima, pero apegado por completo a la realidad. Así doña Zulay se dio una idea de cosas tan básicas como mis preferencias heterosexuales, mi

fracaso matrimonial, mi amistad con Eduardo, mi intención de hacer una nueva vida lejos de la trastornada de Laura y mi gran pesar por dejar atrás a mis dos hijas y a mis padres.

Ya satisfecha su curiosidad sobre lo que me había llevado hasta ahí, algo que yo considero, era casi que protocolario, tanto ella como yo le entramos al tema que nos tenía a ambos con la espinita en el ojo. Eso sí, cada uno por su lado y a su manera.

—¿Sabes que Leo? Me parece que eres una buena persona. Para eso yo tengo muy buen ojo —me dijo para empezar—. Tú no eres el primer amigo de Eduardo que conozco, pero sí el más importante, porque lo conoces desde que eran chavales. La mayoría de las amistades que Cleo ha traído a la casa son mujeres, y todas así... como es ella. ¿Me entiendes? Por eso me gustaría que me fueras muy franco: ¿Qué piensas de la relación entre Cleo y Eduardo? —preguntó, doña Zulay, lanzando el primer anzuelo.

Yo apuntaba con mi cámara hacia la puerta de Toledo y me preguntaba porque habían hecho la puerta principal arqueada y las laterales rectas. Habría sido más bonito que las tres fuesen curvas —pensé—, pero claro yo de arquitectura se lo que las Rorro, de Las Bragas de la Medusa, sabían de Costa Rica: nada.

—Si se refiere a la edad, pues yo diría que ambos tienen más por perder que por ganar —le respondí, no estando muy seguro de si por ahí iba el asunto—. Eduardo porque corre el riesgo de que ella llegue a aburrirse y lo mande al carajo, como decimos allá en Costa Rica, y Cleo, porque si siguen juntos, llegará un momento en que la edad va a tener mayor peso. Dentro de veinte años él va a estar viejo y ella va a estar aún plena. ¿No cree usted, doña Zulay?

—Ji ji ji ji. Eso es cierto. Y hasta lo más probable es que lo termine cambiando por una mujer más joven, en lugar de por otro hombre —aseguró con burla, demostrándome que estaba al tanto de los gustos de su nieta, la que, a pesar de todo, para ella era la niña de sus ojos.

—Sí, podría ser —la secundé algo sorprendido con el comentario y sobre todo porque me resultaba difícil de imaginar que Eduardo y Cleo llegaran a vivir tanto tiempo juntos.

—En eso de la edad estamos claros, Leo, pero no me refería a eso. Me refería a lo de su familia en Perú —me tiró el segundo anzuelo doña Zulay.

—¿Se refiere a su ruptura con Clara? —caí redondito.

—¡Si, a eso me refería! A la forma en como terminó con su esposa —se arriesgó ella, ya que Cleo y Eduardo no le habían hecho el menor comentario sobre cómo habían dado inicio con su relación de pareja.

—Diay, doña Zulay. ¿Qué le puedo decir? Como le conté: yo soy hijo único y

Eduardo la verdad es que viene a ser como un hermano para mí. Por eso me dolió montones cuando me enteré de lo que pasó. Pero también tengo que serle muy franco: me dolió más por Clara y por su familia que por Eduardo. Sobre todo, después de haberlos tratado y conocer todo lo que ellos han hecho con la gente de Lima. No creo que usted esté enterada de eso y discúlpeme que se lo diga. No es que piense que Cleo es una mala muchacha. Creo que ella está muy enamorada de Eduardo y lo trata muy bien, pero Clara y su familia valen oro. Si usted supiera, doña Zulay —añadí, mientras caminábamos hacia la Plaza Francisco Morano.

—No sé... puede que tengas razón —me replicó con innegable desconsuelo en su voz.

Así fue como se lo empecé a contar:

Como parte de mi trabajo en Avianca, me tocó ese año ir a recibir una capacitación a Perú. Esa era la gran oportunidad de conocer Lima, visitar a Eduardo y también de conocer por fin a Clara y a su familia.

Eduardo y Clara se conocieron en Costa Rica, mientras ella asistía como invitada especial a una conferencia de la organización Rosa Azul. A ella le tocaba dar una charla sobre sus experiencias en Perú y Eduardo, por su parte, fue contratado por la organización como fotógrafo del evento. Ahí fue donde hicieron el primer clic. Al final su exposición caló tan hondo entre los dirigentes de la organización, que por decisión unánime acordaron conformar una comisión para visitar Lima. Así conocerían el proyecto de su familia más a fondo, y de ser posible, lo replicaran en Costa Rica. Eduardo, prendado por la primorosa personalidad de la princesa inca, ofreció sus servicios, asumiendo él mismo el costo de su pasaje y gastos de estadía. La visita fue de cuatro días; después de eso, todos los miembros de la comisión regresaron a Costa Rica sumamente impresionados, incluido Eduardo; sin embargo, la cosa no se quedó ahí; él, a partir de esa visita, siguió en contacto con Clara, al punto de que pasado un año ya estaba haciendo maletas para irse a trabajar a Lima. Dos años después, los dos ya eran marido y mujer.

Doña Zulay escuchaba atenta y algo seria, mientras yo disparaba fotos sin poner demasiada atención en los objetivos. En un par de ocasiones nos topamos con vecinos suyos que también acostumbraban a hacer ejercicios por las mañanas, a quienes me presentó con toda amabilidad.

Cuando llegué al aeropuerto Jorge Chávez, una buseta de la aerolínea me está esperando. Mi capacitación era apenas de dos días, jueves y viernes, por lo que se prolongaría hasta altas horas de la noche. Lo acordado con Eduardo, era que, a pesar de estar en Lima desde el jueves, nos íbamos a reunir hasta el sábado en la mañana. Así pasaríamos juntos todos el día y toda mañana del domingo hasta

el almuerzo, regresando yo a Costa Rica por la tarde.

Ese fin de semana, yo, con puntualidad inglesa y no tica, ya los estaba esperando en el lobby de mi hotel. Para mi sorpresa su residencia estaba muy cerca de ahí. Habían construido una casa bastante bonita junto a la de sus papás, cuya casa sí que era un caserón; en un terreno bastante amplio. Luego me daría cuenta de que don Rómulo, tipo de tez clara y ojos celestes, era un viejo diplomático retirado, que compartía con su esposa y sus dos hijos una vida holgada y bastante tranquila, ya que el peso del negocio de la familia recaía sobre los hombros de doña Isabel y Clara —ambas con fuertes y encantadores rasgos incas—, y por su puesto en los del talentoso y carismático Marlon, que conocería al final del día y quien era copia al carbón de doña Isabel. Alrededor de él, específicamente, giraba toda la vida de la familia de Clara, y por consiguiente la de mi amigo Eduardo.

De su casa pasamos para Barranco, luego nos devolvimos de nuevo a Miraflores, San Isidro y luego al centro histórico. La única especificación que yo le había dado a Eduardo era que quería almorzar en La Rosa Náutica, restaurante icónico e imperdible para quien visita por primera vez la ciudad. Ante mi solicitud, él ya había hecho la reservación del caso; aunque luego me daría cuenta de que en Lima había también un lugar igualmente increíble y digno de admirar, degustar y recomendar hasta la saciedad: La Rosa Escogida. Como la noche anterior ya me había dado el gusto de comerme un ceviche estilo peruano, para el almuerzo opté por un churrasco, antes del cual degusté junto con Eduardo, un par de Pisco Sour. Al final de cuentas, la que manejaba el carro era Clara. Eduardo y yo: ¡Cero estrés!

Cuando llegamos al puente de Toledo, me quedé admirado con la arquitectura del mismo. Nueve arcos, debajo de los cuales pasan el río Manzanares. Había hermosos jardines a ambas riberas. Ahí me di gusto tomando fotografías, incluidos por supuesto, los dos templetos centrales en donde se encuentran las imágenes de Santa María de la Cabeza y San Isidro Labrador, patronos de España. Desde ahí doña Zulay me mostró lugares cercanos como el estadio Vicente Calderón, al que podríamos ir a la mañana siguiente.

Para cuando salimos de La Rosa Náutica, ya estaba cayendo el atardecer y a Eduardo se le ocurrió una idea genial, pero al mismo tiempo cruel.

—Clara, ¿Qué tal si te llevas el carro y nos esperas arriba? Leo y yo podemos subir caminado. ¿Te parece Leito? ¿Te la juegas? —me preguntó Eduardo, retándome.

—¿En serio? —le repliqué con cara de loco.

—Si... en serio —me respondió—. En serio.

—¡Diay hagámoslo! —le respondí, comprendiendo que Eduardo lo que

quería era que pudiéramos hablar a solas. Y así lo hicimos.

La subida era brutal, casi que despiadada, pero valió la pena, porque Eduardo me pudo poner al tanto de cómo eran las cosas en la familia de Clara. Marlon, su hermano menor era una persona especial, ya que tenía síndrome de Down. Eso era algo que yo ya lo sabía, y también sabía que su familia estaba entregada en cuerpo y alma a ayudarlos a él y a su proyecto de vida. Por lo que pude ver Eduardo trataba de justificar la importancia de lo que hacían Clara y doña Isabel, pero al final, conociendo a Rojitas, sentí un leve sinsabor en sus palabras. Como que algo no cuajaba del todo en las cosas tan positivas que me estaba contando. En ese momento fue muy vago, creo que Rojitas al final no tuvo el valor de abrirseme para contarme por lo que realmente estaba pasando.

Para cuando llegamos arriba, Clara nos estaba esperando con dos botellas de agua, yo estaba casi infartado y a punto de devolver el Churrasco y los Pisco Sour que tanto me había saboreado hacia unas pocas horas. Después de eso me fueron a dejar al hotel para que descansara y así, en la noche, estuviera preparado para visitar La Rosa Escogida.

—Creo que no me va a gustar mucho el desenlace de esta historia —se quejó doña Zulay, visiblemente preocupada.

—No se me adelante, doña Zulay. Va a ver que Cleo no hizo lo que usted está pensando —la calmé, pensando en reformular el final de la historia de Cleo y Eduardo con una de mis famosas “versiones oficiales” de los acontecimientos.

Se puede decir que los mejores restaurantes de Lima —que son muchos y muy buenos (para mí los peruanos, al igual que los mexicanos, están volando en cuanto a gastronomía se refiere) — se ubican en Miraflores, sin embargo, La Rosa Escogida: el más inspirador, noble, entrañable y también delicioso de todos, se ubica en Barranco, no muy lejos del puente de Los Suspiros. La zona de parqueo estaba un poco alejada del restaurante, pero, empezando por ahí, destacaba la diferencia del servicio: dos chicos y una chica, dos de ellos con síndrome de Down —la mujer y el mayor de los varones—, uniformados, con chalecos reflectivos, linterna y radio comunicadores, ordenaban los autos y les entregan la boleta de parqueo. Después de caminar un corto trecho, llegamos a una casa antigua, bastante grande que estaba completamente acondicionada como restaurante. Era sábado por la noche y la fila para entrar estaba compuesta por un grupo familiar que en conjunto serían unas siete personas. Nosotros, por supuesto, ya teníamos mesa reservada, así que Clara nos hizo un tour por todo el local, que era de dos plantas. En la parte baja había mesas externas que ocupaban el frente y la parte norte del edificio, todas decoradas con manteles de colores vistosos y con mucho espacio entre sí, algo que se repetiría también en la parte interna del restaurante y cuyo objetivo primordial era dar campo suficiente para

las personas en sillas de ruedas (unos de los diferentes comensales VIP que llegaban a disfrutar del tranquilo y apacible ambiente del lugar). Ya adentro, a pesar de que el decorado era rústico, a un lado de la barra, camuflado con un marco y una puerta también rústica, había un moderno y espacioso elevador. Supongo que dicho activo era pieza sumamente costosa de instalar en un local de tan solo dos plantas, pero definitivamente, bajo el concepto del restaurante, era impensable que no existiera. Fueron muchas las cosas que me llamaron la atención en La Rosa Escogida: La barra para personas pequeñas, los menús con letras grandes y los de braille, la vajilla especial para personas con problemas motores, entre muchas otras cosas. Algo que sucedió cuando estábamos haciendo el recorrido, me conmovió hasta el tuétano. Detrás de las familias que estaban haciendo fila, llegó una tercera familia conformada por cinco personas, una de ellas VIP por su condición de no vidente y junto con ellos un VIA, hermoso perro labrador de pelaje café oscuro. ¡Sobra decir a quienes le dieron prioridad en la fila! El despliegue de los edecanes y de los camareros fue excelente para con los nuevos visitantes. Rápidamente les buscaron acomodo, y no cualquier acomodo. Dentro del restaurante siempre había mesas especialmente desocupadas, a pesar de que hubiera fila, esto para dar atención inmediata a la clientela que justificaba la razón de ser del negocio. ¿Creen que familia que estaban haciendo cola se enojó porque les pasaron por delante de la fila? ¡Qué va! ¡La cultura del restaurante y de los clientes era la misma! Más bien cuando una situación de este tipo se daba, era de beneplácito para todos los presentes. Clara me contó luego que hasta tenían comida especial para los lazarillos, esto en caso de que los dueños los quisieran alimentar durante su estadía en el restaurante. Y esa comida, obviamente, no se les cargaba en la cuenta.

La planilla de la Rosa Escogida estaba conformada por un 70% de empleados con alguna condición especial: síndrome de Down, ceguera, parálisis, amputados y un señor sordomudo. El otro 30% eran personas sin limitaciones físicas que brindaban apoyo en labores que representaban algún problema o riesgo para los demás, como por ejemplo los parrilleros. Fue para cuando llegamos a la cocina que puede conocer al famoso chef Marlon. El máster chef del restaurante. Título que se ganó, no por ser el hijo de los dueños, sino por su formación en gastronomía en las mejores escuelas, tanto nacionales como en el extranjero. A leguas se notaba su dominio en la cocina. Daba órdenes, aprobaba o reprobaba platillos, dirigía camareros y velaba por el estricto apego a las normas de higiene en la manipulación de los mismos. Cuando Clara me lo presentó, Marlon se limpió las manos antes de saludarme y con perfecto dominio, dirigió sus característicos ojos directo a los míos, mientras me regalaba una calurosa y

sincera sonrisa de enhorabuena.

—Bienvenido, don Leonardo. Esta es su casa —me dijo estrujando mi mano entre las de él con firmeza—. Espero que disfrute la noche.

Yo me quedé boquiabierto, cosa que él no hacía — supongo que por la esmerada educación recibida por parte de su familia—, por lo que lo único que acaté fue a darle las gracias estrujando también su mano entre las mías. ¡Qué personalidad de muchacho! ¡Admirable!

La comida: de chuparse los dedos. La ensalada Capéese, fue con lo que se me ocurrió comenzar, eso porque me encanta la mezcla de tomate queso y albahaca. Luego como plato principal pedí una causa a la limeña, rellena de mariscos — plato cuya porción era como para satisfacer a dos comensales— y al final, para reventar, digo, para terminar, Mazamorra morada.

Cuando estábamos a la mitad de la cena, llegaron don Rómulo y doña Isabel. Doña Isabel se sentó junto a mí y ahí empezamos una muy amena y entretenida conversación sobre los logros tan destacados de su hijo Marlon —todo a pesar de su especial condición—. En pocos minutos quedó en evidencia quien era el cerebro detrás de todo este proyecto llamado La Rosa Escogida. Ella, después de luchar contra viento y marea para que a Marlon lo aceptaran en las más reconocidas escuelas y academias de cocina, se topó con otra cruel y cruda realidad: que, a pesar de sus destacadas notas y su dominio en el área de la gastronomía, el mercado laboral para él estaba vedado. Ante esto, en lugar de bajar la cabeza y dejarlo en su casa, optaron por la mejor de todas las opciones: que Marlon, con la ayuda incondicional de la familia, tuviera su propio restaurante. Cuando escogieron el nombre, junto con el definieron la filosofía del negocio. Su misión: demostrar a todo el Perú, y al mundo entero, que, en La Rosa Escogida, las personas con condiciones especiales pueden dar un servicio igual e incluso de mejor calidad que los mejores restaurantes. Tanto a nivel gastronómico, como a nivel de servicio. Al final terminamos hablando sobre los costos, activos, cargas sociales y tributarias, e incluso sobre marketing, asunto que era el punto fuerte de Clara, junto con el de los Recursos Humanos.

Una vez terminada la cena, los últimos en llegar, fueron los primeros en partir. Yo me despedí de los padres de Clara, muy agradecido por su trato y quedé en visitarlos nuevamente.

—Un par de meses en Lima y me mandan en servicio de carga para Costa Rica —le bromeé a Clara y a Marlon, poco rato después, al despedimos, ya entrada la noche, puesto que al día siguiente iba a pasar la mañana únicamente en compañía de Eduardo—. Definitivamente me voy enamorado de la comida limeña y sobre todo del ambiente tan acogedor de su restaurante. Créanme que los voy a recomendar entre mis compañeros para que los visiten cuando vengán

a Lima —les prometí, lo cumplí, y lo sigo haciendo hasta la fecha.

Como chabacanamente decimos en Costa Rica: doña Zulay estaba más seria que un burro en lancha, o que un mono con un banano plástico. ¡Pobrecita!

Al día siguiente, bien temprano, entregué las llaves de mi habitación y partí junto con Eduardo rumbo al distrito de Ventanillas. Era un viaje de unos treinta kilómetros de ida, para luego volver a bajar hasta Callao, Linda Vista, La Perla y La Punta, que eran los lugares que Eduardo quería mostrarme —aunque sería muy por encima—, antes de dejarme, por la tarde, en el Jorge Chávez.

Para empezar: salimos de Lima por la Panamericana Norte y luego conectamos con la autopista Néstor Gambetta. El viaje era un poco largo para el poco tiempo que teníamos, pero resulto bastante interesante; así pude conocer detalles que los turistas generalmente no descubrimos en los city tours. Ya en Ventanillas, llegamos a una urbanización llamada Los Próceres, ahí, frente a una casa de dos plantas, pintada de amarillo, Eduardo tocó el claxon y, casi de inmediato, salió un joven moreno muy alto y sumamente delgado; con brazos inusualmente largos y pelo negro chuzo. Juan José Cubas, o, mejor dicho: Juanjo. Un egresado del Salesiano Don Bosco que vendría a ser el pupilo número uno de Eduardo en su proyecto de Manga latino. Para muestra: una laptop. Justamente la que Juanjo traía debajo del brazo, como si fuera un pequeño cuadernillo de dibujo. Ahí, rumbo al sur, el joven chalaco me mostro todos los personajes nuevos que él y Eduardo habían creado, y los proyectos que tenían en ciernes.

—Muéstraselas con cuidado, Juanjo... no vaya a ser que Leito se nos vomite encima de la laptop —bromeó Eduardo, sin que Juanjo se percatara a que oscura anécdota se refería con ese comentario.

Ya en el centro histórico, Eduardo me paseó por todas las plazas que pudo, mientras Juanjo me contaba algo de historia de cada una. La plaza José Gálvez, la Independencia, Miguel Grau, el faro, el pasaje Ronald y el muelle. Ah, y por supuesto pasamos por el Salesiano que no podía faltar. Después de eso el tour se puso interesante cuando llegamos al colegio miliar Leoncio Prado, famoso gracias a la novela de Mario Vargas Llosa “La ciudad y los perros”. Ya al final, algo hambrientos, vistamos La Punta, donde por fin almorzamos. Fue ahí en La Punta, específicamente en el mirador, donde tome las últimas fotografías de ese: mi primer viaje a Perú.

Nueve meses después regresaría con más tiempo, pero para ese momento, el matrimonio de Eduardo y Clara, desgraciadamente, había pasado a la historia.

—¡Joder, Leo! Así como me lo cuentas: Eduardo cambio a la Madre Teresa por una ramera. ¡No seas ingrato! —se quejó doña Zulay—. Y lo peor es que no me has contado lo que más me preocupa, Leo.

—Disculpe doña Zulay. Solo le conté las cosas tal como las vi. Veá que en ningún momento he hecho algún comentario negativo. Solo me limite a contarle como era la vida de Clara y Eduardo en Lima. Nada más. Y créame: se perfectamente que es lo que tanto le preocupa: si Cleo y Eduardo se involucraron estando él todavía casado con Clara. ¿Cierto, o no? — me sacudí, al ver que doña Zulay había perdido ligeramente la dulzura de su lindo carácter.

—Sí, Leo. Qué pena. Tienes toda la razón. Es que tanto Alicia como Cleo me han sacado canas verdes con sus correrías. Desgraciadamente, Cleo heredó de su mamá el mal juicio a la hora de escoger a sus parejas. Y eso es lo que me tiene con este desconsuelo entre pecho y espalda. ¡Y ahora más, con todo lo que me has contado! Dime, Leito, por favor: ¿sabe si las cosas entre ellos empezaron así? —me suplicó doña Zulay sin aparta su vista de las tranquilas aguas del río Manzanares, evitando así verme a la cara con sus pequeños ojos, llenos de angustia.

En ese momento se me hizo un nudo en la garganta. Yo conocía, por boca de Clara, exactamente lo que había sucedido. Sabía como ella se había enterado de las correrías en las que andaba Eduardo con Cleo. Situación que venían dándose incluso antes de mi primera visita a Lima. Sabía incluso que ella los había cachado juntos, saliendo tomados de la mano de un café en pleno centro de la ciudad. Sabía también que Clara lo había perdonado y le había propuesto continuar juntos con la única condición de que él dejara de verse con Cleo. También para desgracia de doña Zulay, sabía que Eduardo no quiso hacerlo y, por el contrario, le pidió el divorcio a Clara, alegando que él, definitivamente, no calzaba ni con ella ni con su familia, cuya única meta era sacar adelante a Marlon. Que él en Cleo había encontrado a la persona que siempre había andado buscando y que su matrimonio con Clara se había cuajado precisamente por lo que ahora él mismo rechazaba: su gran corazón y su gran entrega hacia la causa de su mamá y de su hermano.

—No, doña Zulay. Hasta donde yo sé, Eduardo y Cleo empezaron a salir unos meses después de que él y Clara se habían divorciado, o por lo menos separado —le mentí, con todo el dolor del alma.

Después de todo que ganaría la pobre abuelita conociendo la injusta y triste verdad. Nada.

—Además, doña Zulay. Dígame una cosa: ¿usted cree que un hombre, sin importar si es Eduardo, yo, o cualquier otro carajo, podría sentirse feliz estando casado con la Madre Teresa de Calcuta?

Ella sonrió por fin.

—Ji ji ji ji ¡Por supuesto que no, Leito! ¡Por supuesto que no!

—Claro que no. Para eso existe el celibato —le respondí con determinación

—. Para que los que quieren casarse con una causa se entreguen en cuerpo y alma a la misma y no le vengan a echar esa carga encima a alguien que no tiene sus mismas capacidades ni su misma entrega. En eso creo que fallaron los dos. En no ver la realidad. Y créame: ¡en eso yo tengo un doctorado!

—¿Sabes qué Leito? Entre más te conozco, más me agradas —me replicó doña Zulay, con una gran sonrisa y el corazón definitivamente agradecido.

—Gracias doña Zulay. Créame que es mutuo. Pero no se me despiste. ¡Yo también tengo mis interrogantes! Dígame: ¿Cómo fue que Cleo terminó en Perú? ¿Qué fue lo que la llevó hasta allá, para que conociera a Eduardo?

—¡Uy! Eso en mi familia no es ningún secreto, Leo. A pesar de ser algo deshonesto, ¡porque lo es! Al final de cuentas, ya todo el mundo se resignó. Mi hija Alicia, como te dije, desde pequeña siempre fue la oveja negra de la familia. Así que para cuando se enredó con Rogelio y se fue para Francia, dejando abandonado a su marido y a Cleo, nadie se extrañó demasiado de eso. Conociendo a Alicia, casi que era de esperarse una trastada de esas. Para no cansarte con los detalles, al final de cuentas Cleo quedó bajo mí tutela porque el pobre de su papá no pudo lidiar con su carácter. Eso fue cuando ella tenía apenas doce años. Yo al principio cometí el mismo error que con Alicia. ¡Le recetaba hostia mañana, tarde y noche! Al final caí en la cuenta de que iba por el mismo camino que su mamá y desistí. Y créeme Leito: al final, dejar la violencia a un lado me dio mejores resultados con Cleo de los que yo me hubiera imaginado. Sin embargo, para cuando Cleo cumplió los veinte, se fue a vivir una temporada con Alicia y así siguió por años: viviendo un rato aquí y un rato allá en París. Dentro de esas estadías con su madre y su padrastro fue que empezó a viajar eventualmente a Suramérica. Supongo que en uno de esos viajes fue cuando conoció a Eduardo. Esa es la historia —me terminó de contar doña Zulay cuando estaba justamente abriendo la puerta de su casa.

—Pero no entiendo, ¿Por qué a Perú? Tengo entendido que Cleo pasaba meses en Lima —le dije en voz baja, mientras entrábamos.

—Muy simple, Leo: porque Rogelio es peruano. Por eso —me respondió también en voz baja, mientras me hacía una señal con la mano, indicando que hasta ahí llegaba la conversación.

Cuando entramos a la cocina, Cleo y Eduardo ya estaban bañados y desayunando. Solo faltaba que yo me apurara para poder aprovechar el día.

—Abue, la paella nos la comemos en la noche, porque vamos a pasar todo el día afuera. Para que Leo conozca un poco más antes irnos. ¡Si! ¿Te parece?

—Por supuesto, amor. Es una muy buena idea. No ves que este par de haraganes, duramos demasiado en nuestra caminata. Ji ji ji ji Ya es casi media mañana y tengo mucho por hacer, así que me cae de perlas. Sólo me llamas una

media hora antes de que regresen. Para tenerles todo listo.

Me sentí como un perro el resto del día, a pesar de que el día fue excelente y tanto Cleo como Eduardo se esmeraron en llevarme a cuanto lugar se me antojó. El hecho de haberle mentido a doña Zulay no me dejó en paz un solo instante. ¡Solo eso me faltaba: que la traidora de mi conciencia me jugara una vez más una de las suyas! Ya había comprobado muchas veces en mi vida que eso de decir la verdad, sólo problemas y sufrimientos depara. “Calladito más bonito”, pensé ese mismo día por la noche, cuando cruzaba nuevamente el umbral de la puerta y mi nariz era jaloneada por un olor a mariscos que hacía que mis pies no tocaran el suelo mientras mi cuerpo flotaba en dirección a la cocina.

—¿Pero que es esa delicia que me llega desde que entramos al edificio, doña Zulay?! —le pregunté, paseando la nariz por sobre la paella—. Con ese olor, no es raro que ahorita todos los vecinos estén tocándole la puerta con un plato.

—¡Ah, que lindo, Leito! —Exclamó doña Zulay, mientras me daba un fraternal beso de bienvenida— Y espérate a que la pruebes. ¡Con esta sí que te termino de ganar! ¡Vas a ver!

Y en efecto. Esa noche probé la mejor paella que probaría en toda mi vida.

—Si el secreto de la pizza está en la pasta, el secreto de la paella está en el arroz —me dijo por lo menos dos veces doña Zulay, mientras saboreábamos el delicioso manjar. Lo que ella no sabía era que precisamente a quien le hablara, era la única persona, que, aunque fuera a medias, había descubierto su secreto. Esto porque a pesar de saber que le echaba algo al arroz estando aún crudo, yo ignoraba por completo el tipo o nombre de la especie que utilizaba.

Ya entrada la noche, aunque parezca increíble, por lo cansados que estábamos, Cleo y Eduardo inventaron que teníamos que aprovechar la noche para salir, pues habían decidido, esto antes de que yo llegara a España (sí, así: sólo ellos dos, sin preguntarme nada) que lo mejor sería regresar a Mallorca el sábado en lugar del domingo. Así yo tendría todo el domingo para conocer y familiarizarme con el centro. Aunque la decisión me pareció un poco dictatorial, no me molesté, ya que, dándole vueltas al asunto, ellos tenían razón: llegar el domingo y de sopetón empezar a trabajar el lunes, no sonaba como muy agradable. Al final, para sorpresa de ellos, opte por hacer lo que me dictaba, desde muy temprano la conciencia: quedarme en casa y ayudarle a doña Zulay a recoger, lavar y guardar la vajilla. De esa decisión no me arrepentiría, pues, al igual que todas nuestras conversaciones, la que tuvimos esa noche resulto sumamente enriquecedora y ayudó mucho a que creciera entre nosotros una linda y sincera amistad. Mi querida y siempre sonriete, amiga, doña Zulay Venegas Aznar.

Lo primero que hicimos fue recoger platos y ordenar el comedor. Ya con eso

listo, nos llevamos la fiesta para la cocina. A lavar platos, comales y cubiertos, mientras amenamente conversábamos sobre los lugares que Eduardo, Cleo y yo habíamos visitado durante el día. Lugares de los cuales ella siempre tenía alguna historia o anécdota interesante que agregar. Para cuando ya habíamos guardado todas las cosas y estábamos limpiando la estufa y el fregadero, no puede aguantar más y salí con una de mis típicas frases.

—Doña Zulay: ya que usted ha sido tan amable conmigo y francamente no tengo forma en cómo pagárselo, me gustaría ser honesto con usted y confesarle algo. Es algo que de fijo no le va a gustar, pero me sentiría muy mal yéndome de su casa, sin habérselo confesado.

Casi de inmediato, doña Zulay borró su simpática sonrisa y puso ojos fúnebres. En ese instante comprendí que estaba en lo cierto: la peor noticia que podía darle a doña Zulay era que Cleo y Eduardo se habían enredado cuando él aún estaba con Clara. Y lo peor era que a pesar de lo que yo le había dicho temprano, aún abrigaba algo de duda en su corazón. Esos ojos lo decían todo.

Justo antes de empezar a hablar, clave mis ojos en la pared del frente, justo en dirección al anaquel en donde doña Zulay guardaba todos sus frasquitos con especias. Algunos tenían nombres conocidos como orégano, canela, nuez moscada. Algunos, muy pocos, no tenían nombre, simplemente estaban los frasquitos de vidrio cargados de granos. Al final de la segunda fila, casi a la altura de mi frente, puede distinguir uno que me resultó familiar; uno con sus granos amarillos, cafés y unos muy, muy sutiles pigmentos blancos. Ella mientras tanto: muda como una tapia.

—Vea doña Zulay, me da pena admitirlo, pero hay algo que no le he dicho —trastabillaba en una tambaleante cuerda floja sin saber para cuál de los dos lados tirarme. En el último segundo recapacité— Vea, lo que pasa es esto: el martes, casi a las doce, un ruido proveniente de acá de la cocina me despertó. Al principio no sabía que hacer: si quedarme acostado o levantarme y venir a ver qué era lo que pasaba. Al final opté por lo segundo —balbuceé con vergüenza, mirando de reojo a doña Zulay.

—¡Ah! ¡Eso era lo que lo traía tan serio, Leito! —Exclamó ella, con voz aliviada, dibujando nuevamente una sonrisa en su rostro—. Ji ji ji ji.

—Si doña Zulay. ¡Qué pena con usted!, pero desgraciadamente, desde niño, tengo hábitos de nómada nocturno, como me decía mi papá. Todas las noches me da por despertarme a eso de la media noche, o en la madrugada, y me cuesta montones volverme a dormir. Así fue como la vi preparando el arroz para la paella. Aunque créame: conmigo su secreto está a salvo —le prometí—. Primero: porque de cocina yo no sé nada. Y segundo: porque no sé qué tipo de especie es esta —continué, extendiendo el brazo y tomando el misterioso

frasquito— y tercero y más importante: porque no está dentro de mis planes poner un restaurante de comida española en este momento —concluí, tratando de ser gracioso.

—¡Tranquilo, Leito! Si supieras el susto que me has dado. Por un momento creí que me ibas a decir que me habías mentido con lo de Cleo y Eduardo (trágame tierra, pensé yo). Eso sí que hubiera sido una mala noticia. Esto no es nada —me dijo, tomando el frasquito, que agito por unos instantes, para luego quedarse fija mirando los granitos—. Lo de la paella es solo una vieja receta de cocina. Además, si mis hijos o mis nietos de verdad estuvieran interesados en aprenderla, hace años que se las hubiera enseñado. El problema es que como tú puedes ver: Cleo con costos lava el plato en donde come. ¡Va a estar interesada en aprender a cocinar una buena paella! ¡Válgame Dios, muchacho!

—¡Que dicha que lo tomó así, doña Zulay! ¡No sabe lo que me alegra haberle confesado eso! (y no lo otro, pensé).

—Bueno... pues ahora que ya todo está aclarado. Me gustaría saber algo más sobre eso que me dijiste.

—¿Sobre qué, doña Zulay? ¿No le comprendo? —le pregunté, sin tener la menor idea de a qué se refería.

—Lo de que tu papá te decía que eres un nómada nocturno. ¿De dónde sacó tu papá eso? Es que sabes: yo también, hace muchos años, no tantos —aclaró acomodándose el cabello con la mano— cuando estaba pequeña, escuche de mi abuela: Jazmín, la historia de la tribu de los nómadas nocturnos. Y francamente, no creo que tu papá conozca esa historia.

Recordé por un instante a mi papá diciéndole a mi mamá: “mira ahí está de nuevo el nómada nocturno”.

—Sí, definitivamente no creo que la conozca. La cosa va por otro lado, doña Zulay. ¡Qué va!

—No importa, Leito. Soy toda oídos. Ji ji ji ji — me respondió.

—Bueno... el asunto no es tan misterioso. Va a ver. Como le había contado: mis papás sólo me tuvieron a mí. Según decían: conmigo les bastaba y sobraba para sentirse realizados como padres. Pero como usted sabrá, cuando uno es hijo único, los papás siempre tienen a chinearlos más de la cuenta. Así pasó conmigo. Ellos, como todos los papás del mundo, me compraron una cunita y la pusieron en el cuarto para poder cuidarme mientras dormía. Sin embargo, la vendita cuna terminó siendo un perchero rectangular en donde ponían ropa, bolsas, fajas, almohadas y cuanto chunche a usted se le ocurra. Desde que me llevaron a la casa, siempre optaron por dormirme en su cama matrimonial. De cuna: ¡nada! Ahí me la pasaba yo: de mata lances como decimos en Costa Rica (por dicha doña Zulay se sonreía y hasta carcajeaba al escucharme). No fue sino hasta que

cumplí los cinco años que empezaron a hacerse el propósito de que durmiera en mi propio cuarto y en mi propia cama. Y ya en la cuna, ¿para que? ¿Verdad?

Bueno pues para no cansarla con el cuento, doña Zulay. Mis papás tenían que dormirme en su cama, y una vez que ya estaba bien dormido, me pasaban a mi cuarto para que, según ellos: “durmiera ahí el resto de la noche”. Y adivine ¿Qué?

—¿Qué? Ji ji ji ji —se carcajeaba doña Zulay, deduciendo el resultado.

—Pues que por un lado mi papá me iba a dejar a mi cuarto y por el otro yo me venía detrás de él. Casi que cuando llegaba él de nuevo al cuarto, yo ya estaba ahí, metido de nuevo en la cama. ¡Bueno... no tan exagerado! Generalmente yo pasaba un rato en mi cuarto, pero una vez que me despertaba, regresaba corriendo a su cuarto y me les metía entre las cobijas; buscando mi lugar en medio de ambos. Así me la pasé como por un año, hasta que me empecé a dar vergüenza y entonces lo que hacía era asomarme por la rendija de la puerta, para ver si estaban dormidos. Cuando mi papá me veía asomado a la puerta, le decía a mi mamá: “me parece que estoy viendo los ojos de un nómada nocturno asomándose por la rendija de la puerta”. Entonces mi mamá se levantaba y se iba conmigo a mi cuarto.

—Uy Leito. ¡Qué chineado que eras! ¡Y que mata lances, como dices tú! Pobres de tus papás. Con razón no tuvieron más hijos. Ji ji ji ji —se burló doña Zulay.

—Pues si, doña Zulay. Esa es mi historia del nómada nocturno. Nada misterioso, pero sí un poco vergonzoso de compartir. No es algo como para contárselo a cualquiera.

—¡Qué lindo oír eso, Leito! Eso quiere decir que me estas abriendo tu corazón. Te agradezco la confianza. De mi parte lo que te puedo decir es que esta casa es tu casa para cuando quieras regresar. ¡Aquí siempre vas a ser bien recibido!

—Yo creo que, entre amigos, lo más importante es no hacer o decir algo que pueda lastimar los sentimientos de la otra persona —le respondí, tratando de auto convencerme de que la mejor manera de demostrarle mi amistad a doña Zulay, era ocultándole la verdad—. Lo que me gustaría escuchar ahora es la historia de los nómadas nocturnos que le contaba su abuela. ¿Sí?

—Sí, Leo, la historia es esta:

Nos contaba mi abuela Yazmin que hace muchos, muchos años, en el desierto habitaba una tribu de nómadas, lo cual no era algo extraño, pues en el desierto siempre ha habido pueblos nómadas. Lo interesante de este pueblo era la forma en cómo se desplazaban. Lo hacían siempre en la oscuridad de la noche. Contaban los ancianos que esta costumbre surgió durante una época de tremenda

tribulación para la tribu, ya que había caído sobre sus tierras una gran tormenta de arena que pasaban días, semanas e incluso meses y no se desvanecía —y abría los brazos y hacía cara de misterio doña Zulay—. La tormenta era tan grande y tan intensa que prácticamente los días y las noches se fundían en una sola, formando una gruesa y fantasmal muralla de oscuridad. Con el pasar del tiempo los alimentos empezaron a escasear y los animales, algunos niños pequeños y ancianos se empezaron a enfermar, e incluso a morir. Ante esta situación el líder del pueblo, un hombre de avanzada edad y muy sabio, decidió que deberían de buscar entre los jóvenes de la tribu al más fuerte y apto para que los guiara en medio de la oscuridad y así poder salir de ese infierno cruel que los consumía. Para sorpresa de todos, ninguno de los jóvenes más fuertes de la tribu tuvo el valor de ofrecerse para dicha tarea. Todos tenían miedo y esto les hacía pensar que la tribu estaba condenada a la extinción en medio de la noche eterna. No fue sino hasta que de entre la multitud, en medio de la oscuridad, surgió una voz que dijo: Yo lo haré. La voz provenía del rincón más alejado de las tiendas, en donde, a duras penas, sobrevivía un joven escuálido y frágil que, “castigado por la providencia”, había nacido ciego.

—¡Que triste!

—Sí, pero espérate, ya vas a ver cómo termina.

Todos, en cuanto se dieron cuenta de quien se trataba, se burlaron y dieron por sentado que la voluntad del creador supremo era su aniquilación; sin embargo, el joven ciego insistió y les dijo que él ya estaba acostumbrado a caminar entre las tinieblas, pues era ahí donde Dios lo había puesto desde que abandonó el vientre de su madre. Sólo tendrían que atarle una cuerda y caminar en dirección a donde él los llevara. Esa era su salvación: dejarse guiar por el más débil en la noche oscura en la que estaban atrapados. Los más jóvenes y fuertes se burlaron de su determinación, pero el líder de la tribu dictó la última palabra. Buscarían la cuerda más larga con que contaran, se la atarían al joven ciego a la cintura y lo mandarían por delante, para que fuera él quien los librara de la oscuridad. Y así lo hicieron; durante varios días la gran caravana siguió la cuerda, hasta que llegaron a una parte del desierto donde se empezó a distinguir un pequeño rayo de luz en medio de la penumbra, dos días después de ese primer destello de luz, lograron salir de las tinieblas y alcanzaron así la salvación. Desgraciadamente, cuando llegaron a donde estaba el pequeño joven ciego, era demasiado tarde. Su espíritu ya había abandonado su frágil cuerpo. Así fue como en honor a ese joven ciego, débil y aparentemente inútil ante los ojos de todos, lograron sobrevivir. A partir de ese día, el viejo líder de la tribu decretó que los desplazamientos de la tribu serían de ahí en adelante solamente realizados en la oscuridad de la noche, en honor al joven que los enseñó a ver la vida con ojos de

nómada nocturno.

—¿Qué te parece, Leo? ¿Te gusto?

—Es una linda historia, doña Zulay. Pero creo que no tiene nada que ver conmigo, o con lo que mi papá quiso dar a entender cuando empezó a llamarme así. Incluso, ese es un apodo que a mí se me había borrado por completo de la memoria, y solo regresó cuando me casé y empecé de nuevo a deambular de la recamara al sofá y luego de la recamara al cuarto de Leonora y ya al final al cuarto de Camila. ¿Me entiende? Para mí eso representa algo negativo en mi vida. Primero por el apego increíble que tenía de pequeño al cuarto de mis papás, y lo difícil que resultó para mí el superarlo, y luego por el desagradable hecho de dejar mi cuarto matrimonial para andar rodando por los cuartos de mis hijas. ¿Me entiende, doña Zulay?

—Sí mi amor... te entiendo —me respondió tiernamente doña Zulay, abrazándome, mientras me pasaba una toalla de papel para que me secara las lágrimas—. Pero no creas, lo más probable es que te equivoques, Leo. Al rato y Dios iluminó a tu papá de alguna manera para que te pusiera ese mote. Al rato y no es un simple apodo, Leo; sino tu nombre de batalla. Tal vez tú, de alguna manera y en algún momento que, sólo Dios sabe, y tiene dispuesto, podrás guiar a otros para que descubran donde esta esa luz anhelada que los ayude a salir de su tribulación. Eso es algo que sólo Dios lo sabe, Leito —recalcó doña Zulay.

El resto del tiempo que pasé en Madrid, lo compartí más con doña Zulay que con Eduardo y Cleo. Visitamos juntos el Museo del Prado —que no tiene palabras para describirse— y salimos por la noche. Sólo basta mencionar que cuando dejé la casa de mi amiga doña Zulay, ella me regaló el frasquito con la famosa especie secreta y me dijo lo siguiente:

—Esto es para que puedas prepararla paella más succulenta y provechosa que te puedas imaginar. No de las que se preparan solito, sino acompañado. Si, Leito —continuó con tono misterioso—, para que la prepares en compañía de la chica más dulce, más tierna y más encantadora que vas a conocer en toda tu vida. Vas a ver, que sí. No te miento. Por ahora no te voy a decir su nombre, pero a penas la veas te vas a dar cuenta. ¡Buen viaje, Leito!, y que Dios te bendiga.

14. Santiago de Chile, 22 de agosto del 2008

—Bueno, Ale, ya que lo vamos a hacer, ¿Qué tal si yo abro el número tres y tú el grandote? El que parece un libro —propuso Susy, tomando de una vez la cajita entre sus manos.

—Está bien. Entonces ábrelo y no suframos más —aceptó Alexa, tomando el último paquete.

Susy desempacó la cajita y adentro venía un reloj de pulsera. Lo revisó y en la tapa que cubría el mecanismo se leía: “Con cariño para ti”

—Este debe de ser propiamente el regalo que don Leonardo le compró a mi mamá para sus cincuenta años. Y tiene sentido. Se puede decir que representa todo el tiempo que ha pasado y el que falta por venir —especuló Alexa—. ¿No crees?

—Supongo que sí —refunfuñó Susy—, porque dentro de la cajita no viene ningún papelito que explique nada —y la puso boca abajo, sacudiéndola, para que Alexa viera que estaba vacía—. Al rato es como tú dices: El regalo se explica por sí solo.

—Bueno ahora sí. Sigo yo —la interrumpió Alexa, ignorando la apatía de Susy— Te apuesto un mes de salario que se trata de un diario.

Y estaba en lo correcto. Del paquete sacó un libro tamaño legal, negro, de tapa gruesa, en cuya tapa frontal había una etiqueta blanca que decía “Libro de actas”. Abrió el libro y en su primer folio aparecía lo siguiente:

“San José 19 de junio de 1985

Querida Carmen: el pasado 16 de junio cumpliste 18 años. Me hubiera encantado que estuviéramos juntos para celebrarlo, o por lo menos me hubiera conformado con poder verte ese día, o siquiera hablar contigo por teléfono, pero desde que terminamos, solo he podido verte en dos oportunidades, y fue de muy lejos. Ni siquiera sé si te habrás dado cuenta.

Fiel a tus deseos, no volví a pasar por tu casa ni a frecuentar los lugares en donde, estoy seguro, podríamos habernos encontrado. Lo hice no solo por respeto a lo que me pediste cuando terminamos, sino porque no me hubiera gustado verte, tomada de la mano, del tipo que ahora es tu novio.

Como no he podido compartir contigo todo este tiempo, y en mi vida han

pasado muchas cosas, algunas muy importantes, supongo que en la tuya también, se me ocurrió que tal vez debería de anotarlas a manera de diario; esto, para que, en el futuro, si Dios así lo permite y volvemos a estar juntos, puedas conocerlas. Por eso, de hoy en adelante, todos los años, cerca del día de tu cumpleaños, te voy a contar todas las cosas importantes que me ha pasado durante los últimos meses. Espero que lo entiendas, y que te guste.

Te ama: Leonardo Montiel”

Alexa dio vuelta a la hoja y en la parte superior de la siguiente página aparecía la misma fecha: 19 de junio 1985, luego siguió, dos, tres páginas más adelante y encontró otra anotación fechada: 17 de junio de 1986, siguió pasando las hojas y cuatro páginas más adelante se leía: 16 de junio 1987, luego lo abrió mucho más adelante: 18 de junio 1992.

—¡No manches! —exclamó Susy, que estaba siguiendo los movimientos de Alexa por sobre sus hombros—. ¡Todas las anotaciones están hechas unos días después del cumpleaños de tu mamá! ¡No lo puedo creer! ¡O don Leo estaba muy enamorado de tu mamá, o está loco de atar! ¡No hay otra!

—Sí, Susy, es increíble que don Leonardo se haya tomado tan en serio esto de escribirle a mi mamá todos estos años para su cumpleaños. ¡De verdad que estaba bien enamorado de ella! ¡Pobrecito! Ahora sí que me dio lastima —suspiró Alexa con tristeza, recordando lo muy agradable que le había resultado don Leonardo.

—¡Vez Ale, yo te lo decía! ¡Don Leonardo sigue enamorado de doña Carmen! ¡Júralo que sí! —cantaba Susy Q, con alharaca incluida, moviendo las caderas en forma circular, mientras con los brazos daba vueltas a un molinillo imaginario, como haciendo chocolate.

—Mmm mejor no nos adelantemos a los acontecimientos, Susy. Mira la sorpresa que nos llevamos con lo de su familia. Mejor veamos lo que anotó en el 2008. Ese año dice él que le pasó algo muy importante —repuso Alexa, pasando rápidamente las hojas.

Llegando casi al final del libro encontró la del 17 de junio de 2008, pero le extraño que faltaban muy pocos folios para que se terminara el diario, así que se fue hasta el final y encontró una anotación muy corta que; cual máquina del tiempo, hacía referencia a una fecha futura: 16 de junio de 2017, fecha en que su mamá estará cumpliendo sus cincuenta años.

—¡Qué raro! —Murmuró, retrocediendo unas cuantas hojas, hasta que dio con lo que andaba buscando: 27 de agosto de 2008. — ¡Ah...ya entiendo! El diario llega hasta agosto del 2008, la última anotación la del 16 de junio del 2017, don Leonardo la debe haber hecho poco antes de entregarme el paquete; para que mi mamá la lea el día de su cumpleaños.

—Bueno, Ale. Pero regresa a la del 2008. ¡Me muero de curiosidad por saber que fue lo que le paso en Santiago de Chile!

Si Alexa y Susy hubieran empezado a leer el diario desde el principio, abrían ido descubriendo todas y cada una de las cosas que le habían sucedido a don Leonardo a lo largo de todos esos años. Se habían dado cuenta de que abandonó la universidad para estudiar contabilidad, todos los trabajos que tuvo, las novias; hasta llegar a la época en que conoció a Magdalena, luego su tortuoso noviazgo con Laura, su matrimonio, el nacimiento de Leonora y todo el sinfín de problemas que tuvieron al ver como su relación se deterioraba más cada día.

Como punto de partida, para que ellas entendieran realmente lo que me pasó en Santiago, tendrían que haber sabido tres cosas fundamentales. La primera era que ese era su segundo viaje y que lo había hecho en solitario. La segunda: que, aunque don Leonardo estaba muy ilusionado con el viaje, también se sentía un poco triste, ya que lamentaba profundamente no tener a una persona especial para disfrutarlo, y la tercera y última —aunque en ese momento era imposible que don Leonardo determinara su gran importancia— fue algo que resultó fundamental: el comentario que hizo María Ester en el programa El Desayuno azul, la mañana del día anterior a su partida. Ese día la psicóloga, junto con Rony y Débora, iban a abordar el tema del síndrome del nido vacío. Dio la casualidad (aunque eso se puede poner en duda, ya que los caminos de Dios son misteriosos) que una joven oyente llamó para opinar sobre el tema, pero al final de su intervención le pidió a María Ester, que por favor le dijeran unas palabras de aliento. Algo que la ayudaran a sentirse mejor, ya que había amanecido un poco triste. Don Leonardo venía atento, escuchando el programa y en ese momento María Ester empezó a aconsejar a la muchacha con su voz calidad y maternal. Le dijo cosas muy bonitas sobre la vida y todo lo que ella implica, y también sobre el apoyo que podía ella recibir de parte de sus familiares y amigos, pero al final se soltó con una de esas frases sabias que le calan a uno en lo más profundo del corazón: “amiga lo que tienes que saber es que la tristeza a veces llega a nosotros porque tiene algo importante que decirnos. Lo que tenemos que hacer es aprender a escuchar nuestra tristeza, para descubrir realmente qué es lo que ella tiene que contarnos. Ella no llega en vano”. Ese inspirador consejo sería fundamental para lo que le sucedería próximamente a miles de kilómetros de distancia.

Detalle de lo que le pasó a don Leonardo Montiel en ese memorable viaje a Chile (basado en su diario):

El vuelo salió a las 3:45 de la tarde, hizo una escala en Lima y llegó a Santiago en la madrugada. Cuando terminé de hacer los trámites de aduana y recogí la maleta, eran como las 4:30, lógico: aún estaba oscuro y como no valía

la pena pagar hotel por tan corto tiempo, y ya había dormido buena parte de la noche en el avión, hice lo que mucha gente acostumbraba hacer: me fui al final del aeropuerto y busqué una banca donde sentarme para pasar ahí el rato mientras amanecía. Como a eso de las seis de la mañana, aunque aún estaba oscuro, me cansé de esperar y fui a tomar un taxi para que me llevara al hotel. Mi intención era desayunar, pedir que me guardaran la maleta y emprender, desde muy temprano el tour por la ciudad, ya lo traía todo planeado. El hotel que había contratado era el Principado de Asturias, que quedaba a muy pocos metros de la estación del metro —Baquedano específicamente—. Cuando el taxi me dejó en el hotel, todavía estaba oscuro, pero no tuve problemas y muy amablemente me hicieron el check in. Solo me quedó esperar a que iniciaran la hora del desayuno. Ese y los siguientes días, extrañé lo que todos los ticos extrañamos cuando tenemos que desayunar en el extranjero: el gallo pinto; de ahí en fuera todo estaba delicioso. Para cuando terminé de desayunar, ya estaba bastante claro, así que tomé mi cámara y me tiré a la calle. Las primeras fotografías las había tomado en el aeropuerto, pero las primeras de la ciudad fueron en el parque Bustamante. Desde ahí me volteé y le tomé una foto a la fachada del hotel, luego otra al monumento de Manuel Rodríguez, al edificio de la telefónica, tomando, por último, antes de ingresar a la estación del metro, una fotografía del Cerro San Cristóbal. Ya en el metro me compré un tiquete para ir a conocer La Moneda, que quedaba como a tres o cuatro estaciones de Baquedano. Ahí fue donde empecé a pedirle a los transeúntes que me tomaran fotografías o si había algún lugar donde apoyar la cámara, la programaba, tomándomelas yo mismo. Eso me resultó un poco patético, y su peso tendría esta situación al final del día, pero diay, ¿qué podía hacer?

Después de estar tomando fotos por los alrededores de La Moneda, me fui a buscar donde cambiar dólares por pesos chilenos; eso me retrasó bastante, ya que era muy temprano y los puestos de cambio estaban cerrados. Cuando por fin pude hacerme de unos cuantos pesos, caminé en dirección al Cerro Santa Lucía, subí por la fuente que tiene la imagen de Neptuno (es un problema andar sin un guía. Uno ve un montón de cosas, pero no sabe ni qué son). Ahí me volví a auto fotografiar, luego llegué a la fachada de lo que me pareció una Iglesia (otra auto fotografía) y continué subiendo las gradas hasta llegar a una zona intermedia. Ahí le pedí a una pareja de extranjeros que me tomaran... sí: otra fotografía. No hizo falta hablar alemán, ruso, griego o lo que fuera que hablaban, sólo fue necesario enseñarles la cámara y decirles: ¿me pueden tomar una foto? y de inmediato me la tomaron. Luego les hice señas para tomarles yo una con su cámara y así lo hicimos (apenas como para pedir trabajo de traductor en la ONU). Cuando llegué al cucurucho del cerro —y también conforme iba

subiendo— empecé a descubrir lo grande, desarrollada y bonita que es la ciudad de Santiago. San José: ¡Chiquititica!

Dentro de lo que tenía planeado hace el primer día, estaba abordar el turistick que es un bus turístico —o turibus como le dicen en México—. Así podría ver los principales atractivos de la ciudad. Lo tomé ya en horas de la tarde y aunque pasaba por lugares que ya había visto en la mañana, contaba con una grabación con información de gran interés turístico—: Plaza de Armas, el Mercado, la Catedral, el cerro Santa Lucia, Providencia. Cuando el bus pasó por Showcase Cinemas mi cabeza hizo como Regan MacNeil (Linda Blair) en “El exorcista”. Aunque para algunos resulte absurdo, no aguante las ganas y me baje del autobús. Una hora después —tiempo que aproveché para conocer el lugar— estaba viendo, en Santiago de Chile, palomitas y gaseosa incluidas: Batman: El caballero de la noche.

Cuando salí del cine ya era un poco tarde y me faltaba por visitar el lugar que más me había llamado la atención cuando planeé mi tour por Santiago: el cerro San Cristóbal. Tomé un taxi y le pedí al señor que me llevara al pie de la montaña. Por lo que había investigado, sabía que podía subir por el funicular y bajar por el teleférico —o los huevitos como le decían a las cabinas los mismos chilenos—. Ahí, después de comprar los tiquetes, estando ya arriba, se me presentó una situación que se vendría a sumar con lo que me había pasado durante todo el transcurso del día, cuando tuve que recurrir a otras personas para que me tomaran fotografías. Todos eran parejas de novios.

Como dije: cuando llegué al final, le pregunté al joven del funicular como era que funcionaba eso de los tiquetes, ya que tenía varios. El joven me vio extrañado y con ese agradable acento que tienen los chilenos me pregunto: “¿Y usted viene sólo o acompañado? Es que le vendieron tiquetes para dos personas. Aquí casi nadie sube sólo. Seguro mi compañera se equivocó, pensando que venía acompañado”. Yo me sentí un poco mal con el comentario, que supuse no fue mal intencionado de su parte. “vengo solo”, le respondí. De inmediato el joven, muy amable, me dijo que me quedara tomando fotos por aquí cerca, así él bajaba y le pedía a su compañera el reintegro por los tiquetes comprados de más. El asunto me dejó un mal sabor de boca y, junto con el asunto de las fotografías, me bajo por completo las pilas. Mientras el joven regresaba, empecé a poner atención a las personas que había a mi alrededor para ver qué tan cierta era su observación, y pude constatar, con tristeza, que tenía toda la razón. No había ningún otro turista solitario en todo el cerro. Mientras esperaba empecé a tratar de familiarizarme con la geografía de la ciudad. Identifique el cerro Santa Lucia, que desde ahí se veía increíblemente pequeño. Más al fondo reconocí el parque O'Higgins, donde está el Movistar Arena con su impresionante domo tipo ovni

(algo así como invasión extraterrestre en medio del bosque). Más hacia el centro, el edificio de la Telefónica, el parque Baquedano, el Bustamante y a un lado: mi hotel. A poca distancia de ellos, el río Mapocho, que discurre a través de la ciudad, dividiéndola en dos zonas muy diferentes: la rivera de los grandes edificios a un lado y la del cerro al otro lado, donde las edificaciones son más bajas. Y para coronar la postal, en el puro fondo del paisaje: los cerros nevados, donde el domingo, por fin, conocería la nieve en mi tour al Colorado, Farallones y Valle Nevado.

Para cuando el muchacho regresó, ya estaba empezando a ponerse oscuro, por lo que tuve que apurar el paso. Después de la explanada que había donde llegaba el funicular, subí unas gradas y llegué a otra en donde había un altar para oficios religiosos, más allá estaba el Santuario de la Inmaculada Concepción, en cuya entrada había unas estampitas con una hermosa oración en la que los chilenos se encomiendan a la Virgen María. Tomé dos estampitas: una para mí y otra para mis papás. Más adelante, subiendo, estaban las jardineras con diferentes tipos de flores y plantas ornamentales; y ya en la cúspide, coronando el cerro: la imagen de la Virgen, Nuestra Señora de la Inmaculada Concepción. Ahí en la base de la imagen, en una pequeña celdita, había un crucifijo, y sobre una Biblia estaba la fotografía de Su Santidad Juan Pablo II, que indicaba: “Evangelio según San Lucas. Regalo de S.S. Juan Pablo II a la Iglesia y al pueblo de Chile”. A un costado un pergamino decía: “Jóvenes chilenos, no tengáis miedo de mirarlo a él”. Ahí hice una pequeña oración pidiéndole a la Virgen María su intercesión para que Dios cuidara de mis papás, de mi esposa, de mi hija Leonora y también de nuestros trabajos. Oración que para variar fue interrumpida por una pareja de orientales que querían que les hiciera el favor de tomarles una fotografía. De inmediato la pareja de asiáticos me devolvió el favor con mi cámara, la cual —al igual que la de ellos— activo el flash automático pues ya estaba bastante oscuro.

Según yo, ya todo estaba hecho. Había subido hasta la punta del cerro, había tomado fotografías fabulosas que mostraban vistas hermosas de toda la ciudad y hasta había hecho una pequeña meditación a los pies de la Virgen María. ¡Qué equivocado estaba!

Cabizbajo descendí hasta la primera explanada. De ahí tenía que caminar unos cuantos metros para abordar el teleférico. Antes de hacerlo me pareció importante disfrutar de las luces de la ciudad. Como mi cámara era demasiado económica como para tomar buenas fotografías en la noche, concluí que ese recuerdo me lo tendría que llevar en la cabeza y no en la tarjeta de memoria. Me senté en el muro, y ahí, en ese preciso momento, caí en la cuenta de que me estaba sintiendo tremendamente triste. Era algo extraño. Estaba disfrutando

montones del viaje, pero al mismo tiempo un sentimiento de tristeza se estaba atrincherando desde buena mañana en mi corazón; al punto de que empezaba embriagarme con una tremenda amargura. Fue también en ese momento cuando recordé las palabras de María Ester: “Lo que tenemos que hacer es aprender a escuchar nuestra tristeza, para descubrir realmente qué es lo ella que tiene que contarnos. Ella no llega en vano”

Cerré los ojos por un instante y dije en voz baja: “Tristeza: ¿Qué es lo que tienes que contarme? ¿Por qué me acompañaste hasta aquí, tan lejos de mi casa? —le reclamé— ¿Por qué me viniste a perseguir hasta Santiago —la volví a increpar—, la tierra de Neruda?” Instantáneo, casi como un relámpago, llegaron a mi mente los primeros versos del famoso poema veinte de don Pablo Neruda. Me pareció difícil poder recordarlos todos, pero repetí los versos que mi memoria pudo recuperar de mis, muy, muy lejanas en el tiempo, clases de literatura. “Mi alma no se conforma con haberla perdido” ese verso fue el que al final quedó retumbando en mi cabeza; aunque luego me daría cuenta de que no eran exactamente las mismas palabras que había utilizado Neruda en el más famoso de sus poemas. Cambie “contenta” por “conforma”. Supongo que la memoria me traicionó, aunque hasta la fecha no estoy muy seguro de eso. Tal vez para mi alma ese pequeño cambio de palabras vendría a resultar fundamental. No sé si fue así, y no me lo explico exactamente, pero en adelante todo giró en torno a esa frase.

Eso es exactamente: mi alma nunca se ha conformado con haberla perdido. O, mejor dicho: mi corazón nunca me ha perdonado el haberla traicionado, y por eso mismo, haberla perdido —pensé, abriendo los ojos y volviendo mí vista hacia lo alto del cerro, mirando exactamente hacia el rostro de la Virgen.

No llegué hasta el pie de la imagen, sino que en medio de las jardineras detuve mi carrera y me arrodillé, persigné, y de mi corazón brotó la siguiente suplica:

“Querida Virgen María: Una vez más te vengo a pedirte lo mismo, sólo que hoy lo hago aquí, en Santiago. Ya son veinticinco años de estar cargando esta cruz y de estar pidiéndoles siempre lo mismo. Son muchas las veces que le he pedido a Dios que arranque de mi corazón este remordimiento y que me libere de esta obsesión con Carmen Otárola. A ti también te he pedido tu intercesión y la respuesta ha sido siempre la misma: el silencio.

Supongo que Dios ya me perdonó y lo que quiere es que yo mismo me perdone. Pero eso es precisamente lo que no he podido lograr. La carga me la puse yo mismo sobre los hombros, y se supone que sólo yo me puedo liberar de ella. Que ese es el único camino que tengo. No sé si es por eso, o por no haber hecho ningún mérito en mi vida que sea digno de resaltar, o por ser un tibio en

las cosas de Dios.

Madre: Hoy sólo te puedo decir que ya estoy cansado de pedir y pedir siempre lo mismo y no ser escuchado. Ya siento que he perdido la esperanza de que algún día mi vida sea diferente. Para mí está claro que nunca me voy a poder perdonar lo que le hice a Carmen Otárola, y que al final de cuentas, me hice a mí mismo. Mi tendencia enfermiza a ser obsesivo me lo impide. Para peores mi relación con Laura está casi despedazada. Cada día las cosas están peor”.

En ese momento, mezclando tristeza con resentimiento, frustración y amargura, interrumpí mis súplicas, sintiendo que era una pérdida de tiempo. Me levanté y caminé con paso firme hacia abajo.

Yo creo que eso no fue una plegaria y mucho menos una suplica — no como las miles que había hecho a lo largo de todos esos años—. Más bien me pareció como una declaración de derrota, en la cual demostraba la gran frustración y tristeza que sentía en ese momento en lo más profundo de mi corazón. Estaba completamente desolado, desmoralizado y triste por haber llegado hasta esas alturas de mi vida arrastrando un remordimiento y viviendo de la añoranza de una persona que hacía muchos años había dejado de existir. Realmente me sentí patético y miserable, pues seguía enamorado de una colegiala cuyo rostro, incluso, ya se había ido borrando lentamente de mi memoria con los aires del tiempo. Y hasta sería muy probable que, si algún día me topaba a Carmen Otárola en la calle, probablemente ni siguiera la reconocería; y ella a mí tampoco. Como dije: no fue una oración, sino una especie de resentimiento con Dios y la Virgen María por no haberme ayudado a perdonarme a mí mismo. Una capitulación definitiva en mis intentos por lograrlo. Ese día, mientras bajaba las gradas, decidí, ante Dios y ante la Virgen, que seguiría arrastrando mis cadenas, cargando con mis demonios y viviendo con ese fantasma del pasado hasta el último día de mi vida. Juré, con rabia, que nunca más les volvería a pedir por eso y tampoco por mi matrimonio, que desgraciadamente, al igual que yo, estaba cada día más hundido en el fango. También me juré a mí mismo que si algún día volvía a visitar Santiago, no subiría a ese cerro si no venía acompañado por el verdadero amor de mi vida. Por lo poco que había visto ese día, pensé que me encantaría regresar de nuevo, pero ni a rastras me harían subir de nuevo al San Cristóbal si no venía acompañado de al menos uno de mis seres queridos. Todo eso con lágrimas amargas, rodando por mis entumidas mejillas.

Me limpié el rostro con el pañuelo, luego revisé el bolsillo de mi camisa, cerciorándome de que aún tenía el tiquete de teleférico, luego, un poco más tranquilo, busqué la salida. Cuando llegué a la estación de abordaje, traté de empezar a planear donde iba a ir a cenar. ¿Lo hacía en el hotel o buscaba algún restaurante cercano? Mientras estaba en eso, llegaron a la fila un par de mujeres:

una joven trigueña de cabello lacio y grandes ojos negros, y la otra: un poco mayor, blanca, pelo castaño también lacio y rostro amable; ambas bien enfundadas en gruesos abrigos y largas bufandas. “Hay tía, no te preocupes, vas a ver qué rapidito estamos abajo. Ni cuenta te vas a dar” dijo la más joven. “No sé, Diana. Tú sabes que le tengo pavor a estos aparatos. Nunca termino de acostumbrarme” se lamentó la mayor. Colombianas, pensé de inmediato al escuchar su acento, un acento que muchos en Suramérica confunden con el de los costarricenses. Como prácticamente no había fila, se me ocurrió proponerles que si gustaban abordáramos los tres la misma cabina, pero luego me lo pensé mejor y supuse que les podría resultar peligroso subirse al teleférico con un extraño, así que me contuve. Cuando llegó el huevito, abordé el mío: uno rojo, y ellas tomaron el próximo: uno amarillo.

Mientras el cable del teleférico, lentamente me bajaba del cerro, iba disfrutando de la vista nocturna de la ciudad al ver las calles y edificios cada vez más grandes y más cercanos. Al pasar por cada una de las torres, la cabina daba un pequeño saltito, hasta que, al fondo, por fin, pude observar las instalaciones de salida. Ya afuera del huevito, pude ver que el caminito zigzagueaba dos o tres veces hasta llegar a un parqueo y luego a la calle. No sé porque, pero en ese bendito momento se me ocurrió tomarme mi tiempo para revisar las fotografías que había tomado en el cerro. Mientras hacía eso, me pareció escuchar una voz femenina que me indicaba: “ve pronto hasta el Mapocho, Leo”. Volví mi vista hacia atrás y puede ver que el par de colombianas ya venían saliendo de su huevito amarillo, pero era imposible, apenas llegaban y estaban a varios metros como para que yo hubiera podido escuchar la voz de alguna de ellas hablándome tiernamente, casi al oído y por mi nombre. Miré a mí alrededor y no vi a nadie, así que seguí en lo que estaba: viendo las fotografías. Ellas pasaron a mi lado, contentas de haber pasado el sustillo y se perdieron en la primera curva del sendero. “Tu alma no se conforma con haberla perdido” volví a escuchar, ahora aún más cerca. Gire la cabeza para un lado, para el otro. Di media vuelta a la izquierda, media vuelta a la derecha: nada. “¡Dios mío! ¿Qué pasa?”, exclamé en voz baja, empezando a sentir un poco de miedo. Ante tal confusión, en lugar de empezar a bajar lo que me restaba del cerro, opté por devolverme a donde estaba uno de los empleados que operaba el teleférico. “No, Leonardo, camina hasta el Mapocho. Ahí te espero” volvió a decir la voz. No es fácil de explicar lo que sentí en ese momento. No fue miedo... ¡fue peor!: un pavoroso, espantoso y aniquilador ataque de pánico se apoderó de cada célula de mi cuerpo. El cuero cabelludo se me frunció jalándome el espinazo hacia arriba, mientras en cuestión de microsegundos empecé a hiperventilarme y mi corazón a galopar como potro salvaje en medio de una pradera en llamas. Las manos se me entumieron y dejé

caer la cámara, la cual no fue a dar al suelo, gracias a que la correa estaba sujeta a mi muñeca. Estaba casi a punto de caer al suelo paralizado de pies a cabeza, cuando escuché de nuevo la voz, igual de dulce que las dos veces anteriores, pero esta vez más vehemente: “Es tu alma, Leonardo. Es tu alma la que no se conforma con haberla perdido. No tengas miedo, Leonardo. Ve, ve al río” insistió. No sé cómo hice para no caer redondito al suelo, la vista ya la tenía nublada, había perdido toda la visión periférica y empezaba a verlo todo como a través de un largo túnel. Saqué fuerzas de flaqueza y luego, en medio de mi limitada visión, empecé a correr destartaladamente sendero abajo. Tomé la primera curva y vi que en medio de la recta estaba paradas las dos colombianas. A como pude, corriendo, pasé en medio de ellas, casi tirándolas al suelo, tomé la siguiente curva, y en mi locura, mientras le pedía a Dios y a la Virgen perdón por haber renegado de ellos, volví a ver hacia atrás y en un santiamén empecé a sentir que perdía el contacto con el concreto, pisando de ahí en adelante el zacate. Cuando puse mí vista de nuevo en el camino: ¡Zas! ¡Pun! ¡Pao! Una mole de cemento me recibió de frente. Del golpe revoté y caí al suelo como un yunque. Constelaciones de estrellas desfilaron por un segundo frente a mis ojos y luego todo, muy, muy brevemente, se oscureció. Me levanté y a gatas le di la vuelta a la especie de pedestal con el que había chocado. Sobre el mismo reposaba la imagen de un militar que miraba impávido hacia el frente. Por el golpe, el susto, la sangre, o las tres cosas juntas, no pude distinguir las letras de la inscripción. Volví a ver hacia el sendero y las dos colombianas venían corriendo, seguramente para ver que me había sucedido. No lo dudé un segundo: eché a correr de nuevo hasta llegar al parqueo y por fin llegué a la calle. Me detuve por un momento pensando que tal vez ahí las cosas volverían a la normalidad, pero estaba equivocado. “Hasta el Mapocho, Leo” volví a escuchar, pero esta vez sí que fue para morir: “una mano invisible se apoyó en mi hombro”. Esta vez empecé a correr a toda prisa, como sólo lo había hecho hacia como doce siglos atrás, cuando Bruno me perseguía después de haber hablado con don Rodrigo Montoya; sólo que ahora estaba más viejo, era más sedentario y estaba a punto, literalmente, de defecarme en los pantalones. Corrí, corrí y corrí, y para mi tormento nada de que llegaba hasta el bendito río. En un momento sentí que ya no podía más: tenía que apretar los labios con fuerza porque el corazón empujaba mi garganta, tratando de escurrírseme por la boca. Me detuve de nuevo con el pavoroso temor de volver a sentir una mano tocando mi hombro, pero esta vez fue de nuevo la voz, que con gran dulzura me dijo: “continúa, Leonardo, ya casi lo logras”. No sé porque, si fue que ya estaba hecho un autómatas, pero haciendo un esfuerzo que supuse, me costaría la vida, retome de nuevo la marcha. Para cuando llegué al puente, ya era humanamente imposible

que diera otro paso. Me apoyé en la baranda y pude sentir como los latidos de mi corazón hacían retumbar cada célula de mi cuerpo. Me desplomé de espaldas contra la baranda y traté de jalar aire por la boca, casi sin éxito. Por lo menos ya no estoy escuchando la voz —pensé inocentemente, pues todavía faltaba lo más difícil: ¡sentir la verdadera proximidad de la muerte!

Si he de ser fiel a lo que me sucedió, tengo que admitir con vergüenza lo siguiente: levanté mi vista casi agónica en dirección al cerro y empecé a ver unos destellos sobre la montaña: verde esmeralda, dorado, azul y de nuevo verde esmeralda y dorado. Una aurora boreal —pensé— (Sí... me estaba muriendo y mi pobre cerebro, falto de oxígeno, eso fue lo que pensó: en el sur, en un lugar donde ni siquiera podía ver una aurora austral mi cerebro estaba diciéndome que había una aurora boreal. Bueno digamos que unas luces raras para no insistir en eso). Cuando la luz dorada se tornó más y más intensa, no me quedó más remedio que cerrar los ojos y voltear el rostro, pero para mi sorpresa el destello dorado continuaba como si la intensa luz estuviera flotando frente a mi rostro. En lugar de ir recobrando el aliento, me sentía cada vez peor. Ahí fue cuando experimente esa sensación horrible del agonizante. Un par de tenazas incandescentes penetraron mi esternón fragmentándolo en mil pedazos, luego separaron mis costillas causándome un dolor indescriptible. “¡Dios mío! ¡Estoy sufriendo un infarto!” pensé, mientras los ojos, que no podía abrir, se llenaban de lágrimas y mis manos temblaban inútiles, tratando de despegarse del suelo para tomar mi pecho. Por mi mente pasaban la imagen de mi pequeña hija, Leonora, de mis papás, de Laura y de una borrosa, muy, muy borrosa jovencita, vestida con el uniforme del Colegio de Curridabat. Cuando sentía que estaba a punto de desfallecer y que mi pecho estaba ya completamente desgajado, sentí como si un par de delgadas manos atravesaran la herida abierta y empezaran a presionar entre sus dedos el músculo cardiaco. Los dedos se desplazaban de un ventrículo al otro, dando un masaje enérgico como buscando algo que se les escapaba como gusano infecto y escurridizo. Cuando por fin se detuvieron, dando la impresión de que habían encontrado lo que andaban buscando, ambos puños se cerraron y empezaron una lucha atroz. El bicho inmundo se retorció y daba espasmos eléctricos como una anguila. Se enroscaba y luchaba con tal de no ser arrancado del nido en el cual había vivido durante largos e interminables años. Cuando las dos pequeñas manos tiraron con fuerza, y salieron de mis entrañas junto con su presa, junto en ese momento, me levanté impulsado por las convulsiones de mi diafragma, me voltéé contra la baranda del puente y vomité una baba verdusca, repulsiva y amarga. El torrente salía a chorros por mi boca y por mis fosas nasales, como si fuera un hidrante cuyas aguas fétidas, caían a las gélidas corrientes del río Mapocho —río místico, que esa noche se llevaría todas las

amarguras que mi atormentado corazón había guardado durante todo este tiempo —. Después de expulsar hasta la última gota, me volví de espaldas a la baranda, escurriéndome lentamente hasta perder el conocimiento y quedando sentado sobre mi pie derecho, el izquierdo extendido, los brazos inertes a ambos lados del tronco y la cabeza caída sobre el pecho.

—Ay, Diana, mejor no te le arrimes. Mira que al rato y está muerto el pobrecito. Nos podemos meter en un problema. Con el golpe que se dio y la carrera que se pegó, al rato ya se murió, Tita.

—No Tía. ¿Cómo se te ocurre que lo vamos a dejar aquí tirado? Y menos yo. Sería una barbaridad. No, definitivamente no lo podemos dejar solo. Ni lo quiera Dios. Además: no te preocupes, está vivo.

—No Tita. ¡Tampoco así! Yo decía llamar una ambulancia —repuso Teresa Almar a su sobrina, Diana Martínez—. Ellos podrían hacerse cargo de él mejor que nosotras.

—No te preocupes, Tía. Tiene pulso. Si no fuera por la herida en la frente y la sangre, hasta parecería que está dormido. Voy a tratar de despertarlo.

Diana, se había quitado los guantes para tomarme el pulso. Cuando tocó mi rostro, pude sentir la temperatura cálida en la palma de su mano. Abrí los ojos, pensando que iba a ver a un ángel o a un querubín, y que me iban a estar recibiendo al son de trompetas en medio de nubes o de campos floridos, con hermosos riachuelos y pajaritos revoloteando a mí alrededor. Al verla, de inmediato supe que no estaba muerto, pues recordé que era una de las dos colombianas que había visto cuando venía saliendo del cerro; miré a un costado y pude ver el rostro de Esperanza, que ahora sostenía y frotaba mi mano derecha en medio de las suyas, enguantadas aún.

—¿Está bien, muchacho? —me pregunto, con cara de preocupación, mientras Diana sacaba un pañuelo de su bolso, con el que empezó a tratar de limpiarme la sangre de la frente. Lo que quería era determinar la profundidad del corte. Yo miré hacia el cerro y luego hacia el otro lado del puente.

—No sé... Creo que sí, pero creo que me abrí la frente en dos —respondí, tratando de tocarme la cabeza.

—No, no trate de moverse hasta que lo revise bien —me detuvo Diana, bajándome la mano suavemente—. Soy médico. Estese tranquilo.

Sacó un foquito de su bolso y empezó a revisarme los ojos, la herida en la frente, el cuello, los brazos y las manos, preguntándome si me dolían y si sentía alguna molestia cuando los tocaba. Le respondí que no, que todo estaba bien, que lo único que me dolía era la frente, pero que ya no estaba mareado ni desorientado, como me había sentido hacia un rato, cuando estaba recién bajando del teleférico.

—Fue un ataque de pánico, ¿verdad? —dijo, convencida, pues era algo que ya había visto en varias oportunidades en su trabajo.

—Sí, creo que sí. Definitivamente fue un ataque de pánico. Pero creo que además de eso, algo sucedió, pero no me lo puedo explicar.

—¿Alucinó?

—Sí. ¿Cómo sabe? —le pregunté sorprendido.

—Eso les pasa a veces a los soldados novatos cuando ven acción por primera vez en la selva. El choque es tan fuerte que pierden el contacto con la realidad. Muchas veces escuchan voces o ven cosas y se echan a correr todos desorientados. Después de eso hay que ir a buscarlos, a ver dónde quedaron desmayados, despeñados o incluso muertos.

—Mm... no sé... podría ser que tenga razón —le respondí, pero no estaba muy convencido de que lo que había sentido fuese fruto de una alucinación.

—Usted es tico, ¿verdad? —me preguntó Diana, después de que estuvo segura de que todas mis respuestas demostraban que ya estaba mejor orientado y que no tenía ninguna lesión grave.

—Sí, y ustedes son colombianas —le repliqué, tratando de convencerla de mi lucidez—. Me di cuenta cuando las escuché hablando allá arriba —agregué.

—Supongo que no quiere que lo llevemos a un hospital —interrumpió Esperanza.

—Sí, es cierto, no creo que sea necesario.

—Yo diría que sí —interrumpió, Diana—. Porque esa herida requiere por lo menos unas tres o cuatro puntaditas. Si no le puede quedar una cicatriz muy fea. Además, lo correcto en estos casos es tomar una placa. No quiero asustarlo, pero a veces, después de un golpe de esos, uno se siente bien y al rato se complican —me advirtió.

—No. No creo que haga falta, pero si me ayudan a pararme, mejor, porque tengo el pie derecho completamente dormido.

Me levantaron dificultosamente y yo hice todo lo posible por no quejarme del dolor y cosquilleo que sentía. Ya de pie, mientras ellas me soltaban para que diera unos pasos, empecé a repasar mentalmente que era lo que había sucedido.

—Creo que tengo que pedirles disculpas —les dije al fin—. Si no me equivoco, cuando venía corriendo, casi las tiro al suelo. ¡Qué pena! Por cierto, ¿Ustedes saben contra que fue lo que pegué?

—Sí, Claro. Pegó contra el busto del Comodoro Benítez.

—¿El del aeropuerto? —les pregunté.

—Sí, el mismo —me respondió Esperanza—. Se puede decir que sufrió un accidente aéreo —agregó con burla.

—¡Ay, tía! Como le dices eso después del susto que se llevó el pobre.

—Yo decía, Tita.

—No se preocupe, no me molesta. Realmente fue una bendición que ustedes me hayan visto y que ahora me puedan ayudar. Este es el primer viaje que hago solo y con lo que me pasó, pudo haber resultado fatal. De corazón se los agradezco. Por cierto, mi nombre es Leonardo Montiel, ¿y el de ustedes?

Esperanza tomó la palabra y me presentó primero a su sobrina: Diana Martínez, quien, como ella misma me había indicado, era médico y estaba al servicio del Ejército Colombiano. Esperanza, por su parte, resultó ser contadora igual que yo, pero no trabajaba con ninguna empresa, sino que tenía su propia oficina en la que llevaba trabajos a destajo. Yo le di mi más sentido pésame por compartir conmigo la misma profesión y empezamos a caminar hacia la estación del metro más próxima. Creo que era Valdivia o Los Leones... no recuerdo.

Para cuando llegamos a una zona más céntrica, Diana me propuso que fuéramos a su hotel. Ahí ella tenía un botiquín de primeros auxilios. Como yo insistía que no quería recibir unas puntadas, me propuso ponerme por lo menos un antibiótico y una venda. Y así lo hicimos. Ellas estaban hospedadas en un hotel cercano a La Moneda. Después de la curación, tomamos de nuevo el metro, fuimos a mi hotel para que yo me cambiara de ropa y cruzamos a pie hasta la zona de los bares y restaurantes. Ahí cenamos, hablamos, tomamos cerveza (Diana no estuvo muy de acuerdo) y ya para el final de la noche, hasta habíamos planeado que yo me les uniera a un tour que iban a hacer el día siguiente a Viña del Mar y Valparaíso. Como ya era muy tarde para llamar a la agencia, quedamos en que, al día siguiente, me alistaría y bajaría a desayunar para esperarlas en el living del hotel. Ellas verían si quedaba campo, y si no, me llamarían para que yo planeara mi día en solitario como originalmente lo tenía ideado. A eso de las once, caminamos de nuevo hasta mi hotel, donde ellas abordaron un taxi. Ya en mi habitación, me dieron la una y media pensando en lo que me había sucedido ese día. Cansado de darle vueltas, vueltas y más vueltas al asunto, traté de llegar a una conclusión para ver si conseguía dormirme; de lo contrario me daría la madrugada o incluso el día siguiente pensando en lo mismo. Mi conclusión fue la siguiente: lo que había sufrido ese día fue un ataque de pánico tan fuerte que me causo alucinaciones. Lo del puente, probablemente fue un ataque cardíaco, causado por el increíble esfuerzo al que sometí mi cuerpo cuando huía del cerro. El que haya sobrevivido sin secuelas aparentes, eso probablemente sí que fue un milagro. Ahora bien, si en los próximos días notaba algo sustancialmente diferente en mi vida con respecto a mi obsesión con Carmen Otárola, entonces lo que sucedió ese día en el cerro, de fijo, entonces si se podría considerar como un milagro. Habría que ver que pasaba en los próximos días.

Fin del relato sobre la experiencia de don Leonardo en Santiago de Chile, basado en su diario.

—¿Qué opinas, Susy?

—No sé, Ale. Es una historia increíble. —suspiró Susy. ¿Qué tal si leemos la última anotación? La del 2017. Luego podemos empezar desde el principio. Tal vez así nos queden más claras las cosas.

—Okey.

“¡Feliz cumpleaños, Carmen!

Que Dios te bendiga, te tenga con salud y te de muchos momentos felices al lado de tus seres queridos.

Si todo salió de acuerdo con lo planeado, ya Alexa te dio mi arreglo de rosas. Rojas por el amor que una vez hubo entre nosotros y amarillas por la amistad ausente que he compartido contigo durante todos estos años. El reloj es para que tengas un recuerdo más duradero y no tan perecedero como las rosas (aunque esas viven para siempre en el corazón). Como puedes ver: guarde el muñequito de E.T. durante todo este tiempo, al igual que algunas otras cosas. En cuanto a este diario, creo que es justo que puedas conservarlo. Así podrás ver todo lo que pasé, todo lo que te amé, todo lo que sufrí y todo lo que viví durante esos 25 años. Del 2008 hasta el día en que se lo entregué a Alexa, pasaron muchas cosas más: Tuve otra hija: Camila, hice muchos otros viajes y continué casado con Laura. No te voy a dar más detalles de todo eso. No es ese mi objetivo el día de hoy. Lo único que si me gustaría contarte es que después de tantos años, por fin tomé la decisión de separarme de Laura. En los últimos meses, antes de entregarle este diario a Alexa, he llegado a la conclusión de que las cosas pueden terminar terriblemente mal si ambos seguimos juntos. No quiero molestarte más con mis problemas, solo quiero que sepas que, para el día de hoy, si todo salió bien, estaré viviendo en una hermosa isla al extremo occidental del mar mediterráneo. Ya tengo que haber celebrado mis cincuenta años y espero tener, ya de nuevo, la posibilidad de regresar a Costa Rica. Tal vez no ahora, pero sí muy pronto. Supongo que eso va a depender de cómo le haya ido a Laura durante este tiempo. Si ella logró volver a casarse al rato ya estoy de nuevo en Costa Rica. Sólo Dios lo sabrá. En fin... mejor no te canso más con mis historias. De nuevo ¡Feliz cumpleaños! Un beso y un abrazo de tu amigo: Leonardo Montiel”.

15. Un tipo muy bien recomendado

Tengo que admitirlo: me dolió mucho cuando me enteré de lo que pasó entre Eduardo y Clara. Lo que ellos le terminaron haciendo a Clara y su familia tiene que haberlos herido profundamente. Sin embargo, sin intenciones de alardear, creo que no caí en el error común de juzgarlos en forma cruel o precipitada. Primero traté de entender la situación en la que Eduardo se encontraba. Estaba casado con una mujer hermosa, de buenos sentimientos, pero comprometida en cuerpo y alma con la causa de sus padres —especialmente la de su madre—. Compromiso que le habían impuesto desde muy temprana edad; y que ella, como hija obediente, había aceptado con una gran entereza y dedicación. Y realmente no me costó mucho imaginármelo; tomando como referencia mi propia experiencia con Laura; experiencia que, aunque parecían ser totalmente diferente a la de ellos, terminó desembocando exactamente en el mismo lugar; ese lugar en donde la mayoría de los amores terminan desmoronándose como castillos de arena: la desilusión de él y la decepción de ella. Sí...así es. Tarde o temprano siempre llega ese momento en el que él, ya sea por su propio pie o por la zancadilla vil y miserable de destino, termina bajándose del pedestal en que lo habían colocado, mientras que ella, también, por su propia mano o por la mano cruel de la monotonía y la rutina, termina rompiendo el frágil y delicado hilo de la ilusión, hermana siamesa de la seducción. Es a través de ese par de primigenios eslabones: la ilusión de él y la admiración de ella, que se forja, en primer plano, la muy complicada y delicada filigrana del amor. Rotas ese par de argollas, la posibilidad de encontrar la felicidad al lado de esa persona es, para condena de ambos, prácticamente imposible.

Por eso es por lo que en ningún momento fue mi intención hacerle a Eduardo lo que la mayoría de las personas haría: despellejarlo vivo por abandonar a Clara para venirse a Europa con Cleo, con quien para peores ya tenía montada una relación antes de su separación definitiva. Por eso, cuando llegué a Madrid, y vi cómo era Cleo, con su personalidad alocada, sus gustos raros y su forma tan liberal de ver y vivir la vida, también me contuve, y a pesar de mi desagrado, tampoco me precipité a condenarla. Todo lo que hable con doña Zulay durante esa semana que estuve en su casa, traté de que fuera lo más honesto posible.

Además: siempre he sido muy consciente del poder que tienen los comentarios negativos para volverse en contra de uno como un escupitajo tirado a contra viento. Aun así, creo que después —en una forma muy curiosa—, Dios se encargaría de hacerme ver lo importante que es no juzgar los errores de los demás, aunque sea en forma solapada y en lo más íntimo de nuestros pensamientos. Y es que precisamente eso fue lo que sucedió. En cuestión de unos pocos meses yo ya había superado la situación tan particular en la que se encontraba mi querido amigo Rojitas. Aunque Guadalupe no tenía veintiocho años, como Cleo, sino que era diez años mayor; en los demás rubros de la relación, me lo brinque todo como con garrocha. ¡Sí! ¡Definitivamente que sí!

Si bien es cierto, ya lo habíamos hablado, y prácticamente fue uno de los motores que impulso nuestra relación —eso por los anhelos que albergaba Guadalupe en su corazón—, cuando me lo dijo, prácticamente se me desdibujó el rostro y se me aflojaron las piernas a tal punto, que tuve que buscar de inmediato un lugar donde sentarme. “¡Estoy embarazada!” me dijo, con una sonrisa que iba de oreja a oreja, blandiendo la paletita de la prueba, la cual, orgullosa y concluyente, mostraba dos rayitas rojas perfectamente dibujadas en el reactivo.

¡Sí! Yo: Leonardo Montiel: Marido prófugo, padre desnaturalizado (según Laura y su familia), contador desagremiado y próximo a los cincuenta años: en el idílico, eterno y cálido verano azul de Palma de Mallorca, y con la mujer más increíblemente interesante que he conocido en toda mi vida, había dado el más absurdo de todos los pasos que puede dar un tipo recién separado o recién divorciado: volver a lidiar con los pañales, las desveladas, los biberones, los doctores, las fiestas de cumpleaños (piñata y pastel incluidos), el kínder, la escuela y un larguísimo, pesado y agotador etcétera. Claro, también está la parte gratificante de todo el asunto, de eso no hay duda, y eso es algo que no se puede negar. Que te digan papi de nuevo, que lo veas o la veas gatear, empezar a hablar, a caminar, a quebrar adornos, a raya paredes, en fin... Pero para ser verdaderamente franco: en ese momento, eso fue en lo último en lo que se me ocurrió pensar, o por lo menos lo último con lo que podía consolarme. “¡Qué bárbaro, Leonardo Montiel! ¡En la que te metiste!” No terminaba de repetirme una y otra vez, después de haber recibido la buena nueva de parte de la dulce, tierna y siempre cariñosa: Guadalupe Recinos, “Mi nueva pareja”.

Cuando llegamos al Son Sant Joan —o aeropuerto de Palma de Mallorca, como algunos prefieren llamarlo—, una cara conocida ya nos estaba esperando a la salida: Juan José Cubas. Estaba un poco más grueso y ya no se veía tan larguirucho como cuando lo había conocido allá en Lima. Por lo visto el aire de la isla le había sentado bien. Incluso ya había aprendido a conducir, algo que no

sabía hacer cuando me sirvió de guía turístico en la zona del Callo. El carro era un Ibiza cuatro puertas, color rojo, propiedad de Eduardo, que Juanjo usaba a su entera discreción cuando él y Cleo salían de viaje —situación que, para su beneficio, se daba bastante a menudo—. Después de un eufórico saludo, los cuatro nos fuimos directo para la casa de Eduardo y Cleo para dejar las maletas y ponernos ropa más cómoda. Su residencia estaba ubicada en las afueras de la ciudad en una urbanización llamaba Las Palmas; era de dos plantas y tenía un balcón en la parte de atrás que contaba con una magnífica y envidiable vista de la bahía. Eduardo me mostró la casa rápidamente y sin perder más tiempo los tres salimos para que yo tuviera la oportunidad de irme familiarizando con mi nueva ciudad (detalle importante: dentro de las sorpresas que me esperaban, una era que mi residencia oficial no iba a ser en su casa, sino una imprenta abandonada en el centro de la ciudad, esto debido a la ubicación y horario de mi nuevo empleo). Juanjo por su parte se excusó de acompañarnos con el pretexto de que tenía que ir a hacer unas compras con urgencia. “En la noche tendremos oportunidad de hablar con más calma”, me prometió.

¿Qué puedo decir del tiempo que pasé en Mallorca? Todo era tan bello, tan encantador, tan placentero, y porque no decirlo: tan romántico. Sin embargo, hay algo que para mí define a la perfección mi relación con la isla: entre más me alejaba del centro, o sea de Palma: más me gustaba. El verdadero paraíso azul se encontraba en las playas más alejadas y en el interior propiamente de la isla. Iglesias, albergues, monasterios, caseríos a las orillas de las peñas, montañas, pequeños valles llenos de sembradíos, acantilados, cuevas submarinas llenas de estalactitas, cavernas misteriosas, atalayas que, sigilosas y aventajadas, escudriñaban el horizonte buscando naves invasoras de tiempos remotos, ya casi olvidados. Y por sobre todas estas maravillas: el hermoso, inmenso, azul, y a veces también verde turquesa: Mar Mediterráneo. Todo eso lo descubriría con el tiempo y con la ayuda y compañía de mis nuevos amigos: Guadalupe Recinos (como dije: mi futura compañera), Andrés Martinuzzo, su socio, Lorena Hasbun, su esposa y Claudia Tobar, la mejor amiga de Lorena; todos latinos. Ah, y por supuesto, no puedo dejar de mencionar también a Juanjo, a Eduardo, a Cleo, el padre Juan Carlos y dos hermosas francesitas de nacimiento, pero también con raíces latinas, llamadas: Denia y Grace Badilla; esta última, novia de Juanjo y a quien podía considerarse un verdadero “bombón asesino”; no por tremenda o mal portada, sino por lo increíblemente guapa que estaba. ¡Tenía la gracia escondida Juan José, para conquistar a semejante muñecota! De esta lista habría que dejar por fuera a Esther Montesinos, a quien, aunque parezca mentira, nunca llegue a conocer.

En cuanto a Palma, puedo decir que resultó ser una ciudad preciosa pero

también muy similar a otras que ya había conocido. Tenía un casco antiguo y una zona moderna donde uno encontraba lo de siempre: artistas callejeros, mimos, malabaristas, vendedores callejeros, magos, chulos, putas y putos, comerciantes, y un sinfín de turistas y locales que te hablaban italiano, francés, alemán, y por supuesto catalán. En cuanto a la infraestructura, sólo puedo decir que todo resultó ser un mágico y muy bien cuidado jardín mediterráneo, con tintes medievales algunas veces y con fina modernidad en otras, como es el caso de la parte moderna de la ciudad, con centros comerciales, buenas calles, metro, e incluso hasta una ciclo vía. Y ni que decir de la marina y el muelle con sus cruceros, sus yates de lujo, votes deportivos y todo tipo de veleros. A todas luces: un mar de lujos.

El primer lugar que visitamos fue el icono de la ciudad y del cual tengo muy gratos recuerdos: La catedral de Santa María de Palma de Mallorca, o más fácil: “La Seu” como le dicen lo mallorquines y como también terminé diciéndole yo; aunque también la llaman: Catedral del mar o aún más acertado: Catedral de la luz. Y no es para menos: está ubicada a la orilla de la bahía, su estilo es gótico levantino, mide ciento veintiún metros de largo, cincuenta y cinco de ancho y (muy importante) tiene una altura interior de cuarenta y cuatro metros. Su rosetón, con ciento cincuenta metros cuadrados de área y un diámetro de trece punto ocho metros, es conocido como “el ojo del gótico”; tiene una gran estrella de David dentro de su diseño y está ubicado sobre el altar central —lo cual es poco común, según me explicaron—. El templo cuenta con tres naves y tres capillas paralelas en la cabecera, además de varias en sus laterales. Para darle aún una mayor relevancia, en la Capilla de la Trinidad, en el presbiterio, se encuentran los sepulcros de los reyes soberanos de Mallorca, Jaime II y Jaime III. En otras palabras: La Seu es una joya de belleza y proporciones increíbles de la cual los mallorquines —con justa razón—, están sumamente orgullosos. Más adelante me daría cuenta de muchas otras cosas increíbles de la Seu, pero ese sábado no fue mucho el tiempo que le pudimos dedicar.

Justo al lado de la Catedral, visitaríamos el Palacio de la Almudaina que según me contó Cleo es utilizado por la familia real en la época de verano. Este vendría a ser el segundo castillo que conocería en mi vida, después del de Madrid, que había visitado la semana anterior, pero el tercero, el de Bellver, que en catalán antiguo significa: Bella vista —con toda razón por estar ubicado en la cima de un monte—, sería el que más me llamaría la atención. ¿Qué por qué? Pues muy simple: por su arquitectura tan particular, pero sobre todo por su condición. Tanto el de Madrid como el Almudaina tengo que admitir que me dejaron gratamente impresionado, pero el Bellver viene a ser, según mi criterio, el que mejor calza con el prototipo de un castillo medieval, todo esto a pesar de

ser de forma circular, lo cual es algo bien particular y lo mete en un pequeño grupo de castillos con esta característica. Con decir que el de Bellver hasta fosa tiene (lamentablemente sin agua, pero la tiene). La torre principal está a un externo y en el centro tiene una plaza en cuyo centro no se puede evitar el vértigo al quedar rodeado de infinidad de arcos, tanto en el primero como en el segundo nivel. Al ser el Museo de historia de la ciudad, se pueden ver gran cantidad de piezas artísticas como: cuadros, ornamentos, herramientas medievales, calderos y ánforas. A mí lo que más me llamó la atención fue encontrarme con una gran cantidad de esculturas, entre ellas una de la medusa (solo la cabeza). Fue ahí, observando la imagen de ese ser mitológico, cuando por fin caí en la cuenta de donde salía el nombre Las bragas de la Medusa. No era que la medusa tuviera bragas, como yo inocentemente había creído desde un principio, sino que en las bragas imaginarias de las camareras era donde estaba el verdadero rostro de la medusa; de ahí la lógica de la vestimenta: si uno se quedaba mirando fijamente la abertura que tenían entre las piernas, sin duda e inevitablemente terminaría convirtiéndose en una estatua de piedra.

Cuando salimos del Bellver la tarde ya estaba agonizando. Una brisa fresca se colaba entre los árboles y la ciudad y la bahía estaba siendo bañada por los últimos rayos del sol. Sentí un deseo increíble por detener el tiempo y quedarme ahí: saboreando la tranquilidad de ese mágico lugar sin pensar en nada o en nadie, sin sentir temor o angustia por lo que habría de venir o lo que tendría que superar en esta nueva etapa de mi vida. Por primera vez, en muchos años, sentí que ya no iba a necesitar brincar de un pequeño oasis al otro durante el transcurso del día. Todo parecía indicar que la isla era un perfecto, mágico y ensoñador paraíso azul.

Cuando por fin llegamos de nuevo a la casa, ya era de noche. La puerta estaba abierta y para mi sorpresa se escuchaba perfectamente al grupo Cañaveral, junto con Jenny and de Mexicats tocando: Tiene espinas el rosal. Aún más raro: Juanjo se tomaba una cerveza mientras mantenía una entretenida y fluida conversación en francés con un par de guapas y esbeltas jovencitas.

—¡Qué bueno que llegaron, Leo! Ya estaba pensando que todos los demás iban a llegar primero que ustedes. Esta es mi novia: Grace Badilla, y ella es mi cuñada: Denia —me dijo Juanjo, mientras las dos jóvenes me saludaban muy amablemente con un beso en cada mejilla.

—Eduardo y Juanjo nos han hablado mucho de usted, Leonardo —dijo Grace en español, pero con un fuerte acento francés.

—Sí, es cierto —agregó Denia, que solícita y muy amablemente, tomó una cerveza, la abrió y me la puso en la mano.

—Espero que solo cosas buenas —les respondí sonriendo, sin disimular mi

sorpresa ante la belleza y simpatía de ambas muchachas, dándole inmediatamente el primer chupetazo a la botella.

Esa noche me di cuenta de que Eduardo y Cleo, desde un principio, al abandonar Lima, se habían traído a Juanjo, ya que él sería parte fundamental de su nueva vida. Desde que llegaron a Europa, sólo los primeros tres meses los pasaron en España. Desde un principio su verdadero objetivo era Francia, ya que, para mí ilustración, resultó que, en Europa, los franceses son los principales aficionados, y, por ende, consumidores de Manga. En París fue donde montaron su primer estudio, gracias a la ayuda de Cleo y las dos hermanas Badilla, que ya empezaban a escollar por sus habilidades artísticas, a pesar de vivir en Saint Denis, una comunidad que queda como a unos nueve kilómetros al norte de Paris, que es considerada como una zona conflictiva por la cantidad de inmigrantes musulmanes y latinos con que cuenta. Durante casi tres años, los cuatro, liderados por Eduardo, se apoderaron de una buena parte del mercado francés. Las luchas de imperios en las milenarias tierras americanas, los ataques dirigidos por los Aseyanes, encabezados en esta nueva versión por clanes; la colocación estratégica de moáis en lo que hoy conocemos como la Isla de Pascua, monolitos que resultaron ser indicadores de coordenadas para el primer ataque teledirigido desde las pléyades por uno de sus supuestos aliados en el reino de los sueños: los Alquinitas; la forma en como los Asetacas repelieron la ofensiva, mediante una nueva diagramación de las coordenadas, colocando esferas de piedra en lo que serían las tierras emergentes (hoy Costa Rica) que unirían ambos reinos; desviando así el ataque a cientos de kilómetros de donde estaba ubicado su imperio, y formando un gigantesco e impresionante cráter que sería conocido por milenios como el Cráter Chicxulub. Al final, la fuerza de dicho impacto fue tal que ambos reinos casi sucumben, los muertos se contaban por millones y cientos de especies fueron aniquiladas por completo; muchos tuvieron que sobrevivir en la zona de ultratumba y otros fueron parte del primer gran arrebato; migración que además ya había sido pactada entre los Aseyanes y los Alquinitas. Al final la historia termina con un periodo de paz de más treinta mil años.

Después del éxito de esa y de otras historias —algunas de ellas eróticas—, los cuatro decidieron que era el momento de propagar su trabajo en España y desde ahí a toda Latinoamérica; meta que cumplirían a cabalidad en poco tiempo, dándole al grupo fama mundial, especialmente a Eduardo (¡Euros van euros vienen!).

—Buen Leito ¡Ya llegó la hora de que sepas cuál va a ser tu nuevo empleo!
—exclamó Eduardo, cuando escuchó que un auto se estacionaba frente al portal de la casa.

Del vehículo se bajó un tipo alto, delgado, pelo negro, barba tupida, ojos negros; vestido con unos jeans rotos y una camiseta blanca en la que se veía una figura que me resultó bastante familiar

—¡Cheee boluuudo!” —le dijo Eduardo, mientras salía a recibirlo.

—¡Cómo estas Eduardito! ¡Pura viiiida! —le respondió Martinuzzo, contento de verlo. Tomada de la mano traía a una muchacha bastante alta, mucho más alta que él; blanca, rubia, cabello largo, espalda amplia, de esas tipo ondina, con un pantalón y sandalias blancas y una blusa amarillo canario. Más atrás venía otra joven: morena, un poco más baja, pelo negro, tez canela tipo indígena, con un short negro y una blusa roja de tirantes. Cosa curiosa, las dos eran sumamente atractivas, pero su belleza era diametralmente opuesta la una de la otra.

Eduardo hizo los honores:

—Andrés Martinuzzo. Su esposa: Lorena Hasbun, y Claudia Tobar una amiga y compinche de ambos —bromeó Eduardo—. Este es mi amigo del alma: Leonardo Montiel —continuó, abrazándome con orgullo y despegando como siempre mis pies del suelo—. Como te has dado cuenta, Andrés es argentino, mientras que Claudia y Lorena son salvadoreñas.

—Mucho gusto —les dije mientras recibía besos y apretones de mano.

—Mucho gusto, igualmente, bien venido a Palma, me dijeron respectivamente.

—Ya veo el porqué de la camiseta —le dije a Andrés—. “La voz de los sin voz” Monseñor Romero ¿verdad?

—¡Sí! ¡Qué bueno que lo reconoces, Leonardo! Mi esposa y yo somos fieles seguidores de Monseñor Romero.

—Con justa razón. Ese si que fue un verdadero defensor de los pobres y oprimidos —le respondí.

—¿Y Guadalupe? —Interrumpió Eduardo— ¿No venía con ustedes?

No había terminado de preguntarlo, cuando se escuchó el motor de otro taxi que se estacionaba frente a la casa.

¿Alguna vez han visto a la diosa azteca de la belleza? Pues sino la han visto, es porque todavía no han conocido a Guadalupe Recinos. Morenita, ojos negros, cabello ondulado, largo, piernas torneadas, manos finas y suaves, piel tersa, senos pequeños, cintura delgada y caderas amplias, (pero no demasiado). Venía también con sandalias y un short blanco, blusa verde esmeralda de botones, argollas en las orejas, un collar con pequeñas figuras de jade (curiosamente en ese collar, en la parte central, colgaba un anillo con una hermosa piedra blanca, que obviamente no formaba parte del juego), en sus muñecas lucía varias pulseras, también con piedritas de jade, además unas de esas pulseras, de las que se hacen con hilos y nudos y que forman figuras, ostentando los colores de la

bandera de México de la cual colgaba un pequeño dije mostrando, inmaculada, la imagen inconfundible de la Virgen de Guadalupe.

—Guadalupe Recinos —me la presentó Eduardo—. Guadalupe y Andrés tienen una compañía de restauraciones especializada en vitrales. Están aquí para restaurar los vitrales de la catedral —me reveló por fin Rojitas, mientras yo saludaba a la que, junto con Andrés, serian, en adelante, un de mis dos nuevos jefes.

—Bienvenido a Palma y bienvenido también a “Restauraciones Monterrey” —me dijo Guadalupe, con una sincera y hermosa sonrisa—. Yo ya conocía la isla, he venido en varias oportunidades, pero el resto del equipo tan sólo tiene dos semanas de estar aquí, así que se puede decir que la mayoría son nuevos en la isla.

—Mucho gusto, Guadalupe. ¿O jefe? ¿Cómo prefiere que le diga?

—Me puedes decir Guadalupe. Y si terminamos llevándonos bien, lo más seguro es que termines diciéndome como todos: Guada.

—A mí me puedes decir Andrés y no Cheee boluuudo, como me dice Eduardo. ¡Viste! —agregó Andrés, y todos nos reímos.

La pequeña fiesta de bienvenida que me organizaron resultó muy amena y sustancialmente reveladora. Durante largo rato estuve conversando con todos. Andrés y Guadalupe me contaron sobre cómo se habían hecho socios. En un principio Guadalupe fue la que fundó la compañía, su familia es de Monterrey, Nuevo León; de ahí el nombre de la empresa. Cuando el negocio empezó a crecer, ganando contratos más grandes y complejos, ella se vio en la necesidad de buscar ayuda; ahí fue cuando llamó a Andrés para que se le uniera; ambos se especializaron en Francia, donde se conocieron y entablaron una gran amistad. Junto con la incorporación de Andrés a la empresa Claudia, otra especialista en restauración de vitrales; no así Lorena, que era la única del grupo que no trabajaba en labores de ese tipo, sino que se encargaba del área administrativa, pero lo hacía de forma empírica, pues su carrera realmente era el periodismo, carrera que nunca llegó a ejercer.

Después de la llegada de Guadalupe, la pequeña reunión se había trasladó a la terraza del segundo piso, que daba al patio y que, como mencione antes, nos regalaba una envidiable vista de la bahía de Palma y también de una buena parte de la ciudad. El balcón no era demasiado grande, pero nos pudimos acomodar bastante bien. En el centro había una pequeña mesita de vidrio, sobre la que pusimos los bocadillos y debajo reposaba una hielera repleta de cervezas Alhambra. El plato principal de la noche era un ceviche peruano preparado por Juanjo con la ayuda de Grace y Denia, mientras que el entretenimiento lo pusieron Cleo y Eduardo, con un pequeño karaoke que estaba incorporado por

completo en un micrófono. Lo realmente divertido era que el aparato sólo estaba conectado al minicomponente y no había pantalla, ya que el juego, ideado por ellos, era improvisar letras para las pistas de las canciones. Algo que sólo los del grupo de Eduardo dominaban a la perfección hasta ese momento.

—Antes de que se me olvide, me urge entregarte algo. Vamos a bajo. Lo tengo en mi bolso —me dijo Guadalupe, mientras Eduardo ya entonaba: “Follandooo, Follandooo, tu cuerpo y el mío de hacerlo tan rico terminan sudandoooo” “Terminan sudando” repetía Juanjo, haciendo megáfono con las manos.

Bajamos la angosta escalera, ella primero, yo detrás; viéndole la espalda, el trasero, las piernas morenitas bien torneadas y los brazos delgados con el montón de pulseras en las muñecas.

Cuando llegamos al living tomó su bolso y sacó un libro tan grande y tan grueso como una biblia.

—Es esto. Necesito que te lo hayas leído para mañana a medio día —me ordenó, mientras lo depositaba en mis manos.

—¿En serio, Guadalupe? —respondí, angustiado.

—¡Por supuesto que no, Leo! Tranquilo, ¡es sólo una broma! —se rio, mostrándome sus blancos y hermosos dientes—. Lo que si necesito que te leas el segundo y el tercer capítulo en el transcurso de esta semana. El primero te lo puedes saltar si quieres, pero creo que, si realmente te interesa trabajar con nosotros, vas a terminar leyéndotelo completito.

La tapa del libro lo decía todo: “Restauración de vitrales. Historia, materiales y técnicas”, y abajo venía el nombre de Guadalupe. Por lo visto era algo así como su tesis de graduación.

—¡Que susto! —respondí aliviado.

—Vas a tener tiempo suficiente —agregó—. Primero tenemos que resolver lo de tu permiso de trabajo. Antes de eso, y de los seguros, ni pensarlo que te subas a un andamio —acotó, dándome una palmada en el hombro—. Por suerte el Padre Juan Carlos nos pude ayudar con esos trámites; mañana te lo presento, sólo vamos a necesitar que llenes y firmes unos cuantos formularios y él se encargara de buscarnos todo lo demás.

—Perfecto. ¡Cómo me alegra oír eso, Guadalupe! No sabes el peso que me quitas de encima al escuchar tan buenas noticias. Lo del permiso de trabajo me tenía muy preocupado —le confesé, ojeando las primeras páginas del libro.

—Tranquilo, Leo. Cuando me conozcas, te vas a dar cuenta de que yo soy una persona muy llevadera. Mis amigos dicen que tengo buen carácter, pero también en cuestiones de trabajo soy muy ordenada. Bueno... con excepción de Cleo, que dice que tiene más personalidad, una tabla de picar verdura, que yo.

—Comparado con Cleo, todos tenemos la personalidad de una tabla de pizarra —la interrumpí.

—¡Ja!, en eso tienes toda la razón. Se nota que ya has podido tratarla. Bueno, pero para empezar con el pie derecho, voy a confesarte una cosa: no estaba interesada en contratar a una persona recomendada por Esther Montesinos. Si no hubiera sido porque de última hora recibí muy buenas recomendaciones tuyas.

—Perdón, Guadalupe —la interrumpí, confundido— ¿Quién es Esther Montesinos? ¿No fue Cleo la que me recomendó con ustedes?

—Sí y no, Leo. El asunto es algo complicado. Esther Montesinos es la socia de Cleo, solo que ella maneja las oficinas que tienen en Madrid mientras que Cleo trabaja aquí, pero solo por estar siempre al lado de Eduardo, porque la base de operaciones de sus negocios realmente está allá. Por otra parte, Esther es hermana de una cuñada de Andrés. Así fue como se hizo el contacto. Andrés comentó con su familia que veníamos a trabajar a Palma en la restauración de los vitrales de la Catedral y que seguramente íbamos a necesitar contratar a varias personas para lo que es la instalación de los andamios, además de un ayudante para Claudia. El resto es obvio.

—¡Sí, claro! ¡Obvio! Entonces estoy aquí gracias a un pasabola que no fue jugando —gimoteé, con evidente desagrado.

—Sí, pero tranquilo. Como te dije: una recomendación de última hora lo vino a cambiar todo. Además, la primera impresión siempre es muy importante, y la tuya ha sido excelente —agregó.

—¡Que dicha! Eso sí que me alegra. Pero... eso es algo que me deja aún más intrigado. ¿De dónde vino esa “excelente recomendación de última hora”? Yo no conozco a nadie aquí, y ustedes tampoco conocen a nadie que me pueda recomendar, excepto a Eduardo, que yo sepa.

—¡Uy! Que no te oiga mi tía porque se resiente. Pasaron todo un día en el Museo del Prado, hicieron ejercicios juntos por las mañanas, te hospedó en su casa y hasta, según me contó, parece que descubriste su receta secreta, y me vas a decir que no sabes quién es —se burló Guadalupe.

—¡Doña Zulay!, —exclamé, tratando de digerir todo el rollo—. ¿Doña Zulay es tu tía? Entonces Cleo y vos son familia —razoné, comprendiendo el porqué del comentario de la tabla de pizarra; como si le hubiera acabado de descubrir los hoyos al queso—. ¿Cómo es que nadie me había contado todo eso? —reclamé, todavía más confundido.

—¿Cómo qué no? —respondió Guadalupe, volteándose a verme, mientras subía las gradas que doblaban después de un pequeño descanso. Esa fue la primera vez que me cacho mirándole las piernas—. Tía Zulay me dijo que ya te había hablado de mí.

Ahí fue cuando me acodé de las misteriosas palabras de despedida que me había dicho doña Zulay. Guadalupe era la mujer a la que se refería doña Zulay cuando ese día, jugando de Celestina, me dijo que con ella prepararía la “más suculenta y provechosa paella de toda mi vida” (profetizando a la perfección lo que al final de cuentas sucedería).

—Doña Zulay. Es decir: tu tía —le respondí, tratando de coordinar mis palabras, cuando íbamos llegando de nuevo a donde estaban los demás—, me dijo que iba a conocer a una mujer muy especial, pero no me dijo el nombre y mucho menos que iba a ser su sobrina, la prima de Cleo, y mucho menos mi jefe. ¡Pequeño detalle! ¿No?

—¡Muy especial! ¡Bravo con tía Zulay! Ya veo por donde va el asunto —dedujo, con ironía, Guadalupe—. Si, pero eso no fue cosa de ella, sino de este par de bobos, que le dijeron que querían que lo de tu trabajo fuese una sorpresa. Especialmente de ella —me respondió, señalando a Cleo, que ahora estaba cantando su versión de: Eternamente bella, bella; solo que bastante pasadita de tono.

—Así las cosas... murmuré.

Al día siguiente, en la pura mañana, como Eduardo y Cleo todavía estaban dormidos, opté por no hacer ruido levantándome y metiéndome a la ducha, así que lo que hice fue empezar con el libro que Guadalupe me había entregado la noche anterior. El primer capítulo era una reseña sobre el arte de los vitrales. Hacía referencia a hallazgos hechos en Egipto y Mesopotamia que datan de unos tres mil años antes de Cristo, luego pasaba a los romanos y de ahí a la edad media con el periodo románico, el periodo gótico, el renacimiento del gótico y por último el periodo contemporáneo, punto en el que hablaba hasta de los talleres norteamericanos y terminaba pasando de los vitrales religioso a los comerciales. No me detuve mucho en esa parte; lo que al final me quedó claro, o más o menos claro, fue que Francia tuvo un papel muy importante y que su arte influenció al resto de Europa, de ahí, supongo, surgió el interés de Guadalupe y Andrés por cursar sus estudios o especialización en ese país. El segundo y tercer capítulo eran gigantescos; hablaban sobre materiales y técnicas. Iban desde la escogencia de los mejores yacimientos de la materia prima, la fabricación de los vidrios con sus colores, sus ahumados, esmaltados, los materiales de las venas, que iban desde lo más básico como el plomo, hasta materiales modernos como los epóxicos. Ambos capítulos eran grandísimos y la información demasiado técnica para mi pobre, y prácticamente, inexistente conocimiento sobre la materia. Yo, que siempre fui un alumno mediocre en artes industriales y en artes plásticas, tenía ahora que llegar a dominar toda es gigantesca masa de información sobre el bendito arte de la restauración de vitrales. ¡Qué esperanzas

las de Guadalupe!, me lamentaba, pues antes de ese día ni por la mente me había pasado que existiera un aparato para medir el espesor de los cristales o de los plásticos; aparatito que era parte del arsenal de herramientas con las que después vería a Guadalupe, Andrés y Claudia subirse a los andamios.

Cuando Eduardo y Cleo se levantaron, lo primero que hice fue irme corriendo para el baño; no para ducharme primero que ellos, sino para buscar en el botiquín una aspirina, o mejor dos, para tratar de calmar mi demoledor y punzante el dolor de cabeza.

Cuando el padre Juan Carlos me dijo que eran hermanos, lo hizo con toda normalidad, pero detrás de eso estaba muy clara su intención de ver la cara de incredulidad que yo ponía. Y no era para menos: Juan Carlos era bastante alto, fornido, de pelo negro, tez morena, ojos negros, además de que tenía una pequeña zona de su rostro con pequeños indicios de melancolía, justo en la parte derecha de su boca, mientras que Javier era blanco, delgado, de ojos claros, pelo cano y mediana estatura (característica física que sólo pude calcular, ya que estaba encogido y medio ladeado en su silla de ruedas).

—Lo que pasa es que los dos fuimos adoptados —aclaró de inmediato, al ver mi evidente confusión—. Nuestros papás eran misioneros y anduvieron por cuanto lugar se te ocurra imaginar, Leonardo. Javier es polaco y yo soy hindú; a los dos nos adoptaron cuando estábamos de brazos, pero con una diferencia de veinticinco años. ¡Te imaginas! Javier acaba de cumplir ochenta y cuatro y yo, dentro de un mes, el 15 de agosto, cumplo cincuenta y nueve.

—¡Qué casualidad, padre! Yo cumplo años el 12 de agosto. Cuarenta y nueve.

—¡Ah, casualidad, muchacho! ¡Qué bendición! Ahora los dos tenemos muy buenas razones para hacer la marcha hasta donde Nuestra señora de Lluc. Primero para darle gracias por un año más de vida y segundo para pedirle por nuestra nueva, y espero que muy larga y provechosa, amistad. ¡Te parece, Leonardo! —me propuso alegremente.

—¡Claro que sí padre! Sería un honor. Sólo hay algo que me gustaría saber. Y perdóneme la ignorancia. ¿Quién es La señora de Lluc? Supongo que es una Virgen, pero nunca he oído hablar de ella —le respondí con toda sinceridad, sin saber la sorpresa que me esperaba.

—¡Pues te vas a ir de espaldas en cuando te cuente quien es Nuestra señora de Lluc, Leonardo! Primero déjame aclararte que ayer, cuando doña Zulay me llamó para darme referencias tuyas, me contó que eres de Costa Rica, así que lo primero que se me ocurrió hacer, fue investigar un poco sobre tu país. ¡No me vas a creer de lo que me di cuenta!, —dijo, con un brillo de satisfacción en sus ojos—. ¡Yo mismo no lo podía creer, Leonardo! Aunque tendré que investigar

más al respecto.

—Sinceramente no entiendo, padre. ¿A qué se refiere? Y ¿Cómo que doña Zulay también le dio referencias mías? Por lo visto a doña Zulay todo el mundo la conoce en Palma. Primero habló con Guadalupe; aunque eso no es raro ahora que sé que es su tía, pero ¿y con usted? ¿Cómo está el asunto? Por lo que veo, voy a tener mucho que agradeceré a doña Zulay, la próxima vez que la vea.

—¿En serio, Leo? No lo puedo creer. ¿Doña Zulay no te puso al tanto de todo? De los doce meses del año, ella pasa por lo menos cuatro a cinco aquí en la isla.

—Sí, es cierto. Tía Zulay tiene amistades con la mitad de Palma; y la otra mitad por lo menos ha oído hablar de ella —exageró Guadalupe.

—¡Que bárbara doña Zulay! No me dijo ni media palabra.

—Bueno, bueno, pero no es eso de lo que se trata mi sorpresa, Leonardo. Dime una cosa: la patrona de Costa Rica es la Virgen de los Ángeles, ¿verdad?

—Sí. Es correcto —le respondí intrigado.

—Y de cariño ustedes los ticos le dicen La Negrita. ¿Cierto?

—Sí —repetí de nuevo.

—¡Pues por ahí va la cosa, Leonardo! —exclamó el padre Juan Carlos, blandiendo las grandes y blancas palmas de sus manos en el aire.

Y es que definitivamente el padre Juan Carlos tenía toda la razón al decir que se trataba de un gran descubrimiento, tanto para él como para mí. Resulta que la Virgen de Lluc es la patrona de Mallorca y los mallorquines de cariño le llaman La Moreneta. Y eso no es nada. Lo realmente increíble es que ambas devociones se originaron con el hallazgo de una imagen, y de forma casi que idéntica. La imagen de La Moreneta fue hallada por un pastor llamado Lluc (que en español significa Lucas); mientras que, en Costa Rica, como ya sabemos todos los ticos, fue una niña llamada Juana Pereira. Ambos niños encontraron la imagen de la pequeña muñequita sobre una piedra y se la llevaron. El pastorcito para una iglesia, ya que desde un principio la identificó como una imagen de la Virgen María, además de que la leyenda dice que el iban en compañía de un monje (aunque eso no está muy claro). Juana, en cambio, se la llevó para su casa, ya que pensó que se trataba de una linda muñequita, con la que podría jugar más tarde, luego de cumplir con sus deberes. La sorpresa de ambos niños fue que la imagen desapareció del lugar en donde la guardaron y al día siguiente la volvieron a encontrar de nuevo en la misma piedra. Eso se repitió hasta que los religiosos de la época dieron por sentado que se trataba de una manifestación de la Virgen María, y que la Virgen lo que realmente quería era que se le erigiera un santuario en su honor en ese lugar. Y como si no fuera suficiente, a ambas Vírgenes se les tiene como devoción hacer una caminata; la de La Negrita se

hace la noche del 01 de agosto, ya que su día se celebra el 02 y es conocida como: La romería, mientras que la de Lluc se hace el primer sábado de agosto y es conocida como: Marcha des Güell a Lluc a peu, a pesar de que su día se celebra el 12 de setiembre.

Después de que el padre Juan Carlos me contó toda la historia quedé maravillado. Sólo me quedó una pequeña duda que rayaba en picardía, pero no quise externársela, porque pensé que mi ocurrencia podría ser una falta de respeto.

Según me contó el padre: la imagen que actualmente reposa en el Santuario de Lluc no es la imagen original; la original fue encontrada en el siglo XIII y se desconoce su paradero; en sustitución de esa imagen se hizo una nueva en el siglo XIV. En cambio, La Negrita, que está en la Basílica de Cartago y es la patrona de Costa Rica, esa si es la imagen original. Ahí fue cuando pensé: ¿No será que, a La Moreneta, o, mejor dicho, a La Negrita, como le decimos los ticos, con eso de “bum” por el descubrimiento del nuevo mundo, le entraron ganas de unirse a la conquista y escogió a la pequeña y humilde Costa Rica como su nuevo hogar? No sé... ¡Se me ocurre!

—Hace un año el doctor me dijo que estaba entrando en la última etapa de la enfermedad —me comentó, el padre Juan Carlos cuando cambiamos de tema—. Lo diagnosticaron de Alzheimer hace como 15 años. En un principio los otros padres lo cuidaban, pero llegó un momento en que se complicó, y entonces fue cuando pedí el traslado para encargarme personalmente de él.

—Debe de ser algo muy doloroso, ver como poco a poco fue perdiendo las facultades —comentó Guadalupe.

—Sí. Vieran que difícil y que doloroso fue al principio. ¡Sólo Dios, con su infinita misericordia me ha ayudado a superarlo! Él era una persona muy preparada, Leo; sus homilías siempre estaban muy enfocadas en la formación de los fieles. Muy diferentes a las mías, que por lo general son más anecdóticas y muy sencillas.

—No se subestime, padre, vea que yo he ido a sus misas y a la gente le encanta escucharlo. A veces es más fácil enseñar con ejemplos que las personas entiendan, como lo hizo Jesús, que, con fechas y datos históricos. La gente humilde las recibe mejor —lo interrumpió Guadalupe, tomándolo del brazo con sincero afecto.

—Bueno, Guadalupe. Por ese lado tal vez tengas razón, pero no deja de ser admirable un buen manejo de fechas y datos históricos como lo hacía Javito. Desgraciadamente, creo que ya es muy poco el tiempo que va a estar con nosotros. Por lo menos físicamente, porque mentalmente ya hace mucho tiempo que nos dejó —se lamentó el padre Juan Carlos, mientras rodaba la silla de

ruedas en dirección a los jardines—. Vamos, no perdamos más tiempo. Quiero enseñarle a Leonardo algunas de las cosas más interesantes que tiene la Catedral.

—Precisamente yo quería hacer lo mismo, padre. Pero quería llevarlo para que vea la imagen con el Sagrado Corazón de María. ¿Si a usted le parece y no tiene ninguna inconveniente? —Le consultó Guadalupe con algo de temor en sus palabras—. Después de todo él va a trabajar con nosotros —le recalcó.

El padre Juan Carlos se quedó parado, pensándolo. La pausa fue tan larga y su expresión tan severa, que por un momento pensé que iba a rechazar la propuesta de Guadalupe.

—Mmmm, bueno está bien, Guadalupe. Después de todo, si viene recomendado por doña Zulay, creo que no hay problema —respondió al fin—. Leonardo, lo que vas a ver hoy, es algo que son contados con los dedos de las manos los mallorquines que lo han visto. Puedes considerarlo un privilegio y al mismo tiempo una gran responsabilidad contraída conmigo y con el Cabildo —me dijo, mientras se devolvía, abría un viejo gabinete y sacaba un manajo de llaves, que le entregó a Guadalupe.

—Entonces los espero en la Sacristía Dels Vermells. Mientras ustedes observan la imagen yo me adelanto y busco a don Malaquiel. Sólo tienen que darnos tiempo para que saquemos a la gente de esa parte del museo y así ustedes puedan salir. Ya conoces el procedimiento. Abres la puerta, pero no corres el mueble —le recordó a Guadalupe—. Eso lo hacemos nosotros. Es sólo por seguridad. Primero hay que cerciorarse de que no haya público presente —aclaró.

Luego de que el padre Juan Carlos salió junto con su hermano, Guadalupe cerró la puerta y ambos bajamos hasta el sótano de la residencia. En el puro fondo, detrás de un mueble, que corrimos con algo de dificultad, apareció una vieja y pequeña puerta de madera con antiguos herrajes.

Para aclarar de qué se trataba el asunto, cabe decir que la casa en la que se alojan los padres forma parte del Palacio Arzobispal. Desde ese lugar se puede llegar a La Seu y hasta la Casa de la Almoina (o de la limosna en español), que en la actualidad cumple la función de archivo y que es uno de los distintos edificios anexos de la Catedral. Y todo esto a través de un pasaje secreto, específicamente un largo y estrecho túnel que además tiene varios recovecos. El mismo inicia en el sótano de la casa de los párrocos, llega, después de hacer un par de quiebres hasta una pequeña puerta, que en teoría es la entrada a otro largo túnel que llegar a la Almoina, ahí uno puede subir si quiere para entrar al archivo; sino, pues simplemente sigue el primer túnel hasta llegar a lo que se puede denominar como un pequeño descanso, en donde se ensancha un poco, y luego, después de otro par de quiebres, llega a su final, la Sacristía Dels

Vermells, donde se encuentra una puerta idéntica a la que se cruzó al inicio del recorrido. Gracias a Dios, y a la modernidad, cuando entramos al túnel Guadalupe accionó un interruptor y se encendieron una serie de bombillos que iluminaban todo el interior. El objetivo era llegar al pequeño lugar en el que el túnel se ensanchaba. Ahí, empotrada en la pared, había una pequeña gruta con un reclinatorio de madera que tenía el espacio justo para dos personas. Ambos nos acercamos, nos arrodillamos y nos persignamos casi que al mismo tiempo. La gruta tenía una escasa profundidad, si acaso un metro. En el puro centro, y como a un metro del suelo, había un pequeño nicho.

—Parece un sagrario, ¿verdad? —dijo Guadalupe.

—Si —respondí, admirado al observar ante mis ojos una hermosa y detallada imagen del Corazón de María, hecha con pequeñísimos vidriecitos. El fondo de la imagen era oscuro como la noche, el vestido rojo como la sangre, el manto azul como el mar y el velo blanco como las nubes. El corazón no lo tenía en el pecho, sino en su mano izquierda, mientras que con la derecha hacía un gesto como de entrega.

—Pues no. No lo es. Detrás de la imagen lo que hay es un candelabro —me mostró, abriendo la pequeña puerta de cristal—. Vamos a encender una velita. ¿Te parece? —Y sin esperar mi respuesta tomó una velita y una caja de fósforos de una cajita metálica que estaba a un costado del reclinatorio.

Luego de una pausa, sacó su celular y me mostro una fotografía que había tomado antes de restaurar el pequeño vitral. ¡La diferencia era abismal!

—No puedo creer que se trate del mismo vitral. ¡Es un trabajo increíble, Guadalupe! ¡Impecable! ¡Lo dejaste como nuevo! —le dije, deslumbrado.

—Gracias, Leo, pero como puedes ver: esta incompleto.

—¿Incompleto? ¿Por qué? Para mí está perfecto. No le falta nada.

—¿Estás seguro, Leo? Ponle más atención —replicó—. Quiero que la observes detenidamente.

Empecé a revisar la puerta desde arriba hacia abajo, tratando de recordar algunas de las cosas que había leído en la mañana y cuando llegué al centro de la imagen, descubrí a lo que Guadalupe se refería: ¡El corazón! El corazón estaba dividido en dos partes, o, mejor dicho: en dos ventrículos, y el detalle al que Guadalupe se refería era que uno de ellos no tenía lo que en un principio creí que era un pequeño vidriecito color rojo.

—¡Le falta un vidriecito en uno de los lados del corazón! Eso es ¿Verdad? —respondí emocionado.

—¿Y qué más? Fíjate bien —me insistió Guadalupe con gran paciencia, ante la impericia en mis observaciones.

Abrí la puertita y empecé a palpar los cristales hasta que descubrí al fin a lo

que se refería.

—¡Por Dios, Guadalupe! ¡El corazón de esta imagen estaba formado por dos rubís! ¿Cierto?

—Exacto, Leo. Exacto —sonrió, satisfecha—. Dos rubís cortados de una forma tan particular que difícilmente puede ser reproducida. El padre Juan Carlos quería que le pusiera una copia en vidrio, pero le dije que no. Que eso sería como un sacrilegio. Es preferible, mil veces, dejarlo sin la pieza que le hace falta, que hacer algo así. ¿Me entiendes?

Para ese instante, yo ya había cerrado la puertita y estaba embelesado de la forma en como los cristales reflejaban sus colores en el rostro de Guadalupe. Ahí fue cuando pasó todo. Guarde silencio y me limite a asentir con la cabeza, luego de que Guadalupe me dio una explicación que yo no pude escuchar, cerró los ojos e inclinó la cabeza como para hacer una última oración antes de marcharnos.

Y es que, para ser franco, no lo planeé, no lo imaginé, y mucho menos lo pensé. Simplemente en ese instante, un impulso sobrenatural se apoderó por completo de mí en cuerpo y alma. En cuestión de segundos mi mano derecha tomó la barbilla de Guadalupe, la levantó suavemente, girándola a un costado; me incliné, y cerrando los ojos, posé mis labios sobre los suyos, dándole un rápido e inesperado beso.

Su sorpresa y reacción fueron igual de inesperadas que mi proceder. No me empujó, ni tampoco me abofeteó —como podría haber sucedido—, pero me separó de inmediato con ambas manos, a la vez que dibujó una expresión tan surrealista en su rostro que me dejó atónito. Se incorporó, y mirándome fijamente, sus ojos se empezaron a llenar lentamente de lágrimas, mientras su barbilla: temblorosa, gesticulaba sin conseguir emitir palabra alguna. Dio unos pasos hacia atrás y, desesperada, se echó a correr hacia lo que supuse, era el final del largo y estrecho túnel que llegaba a la Sacristía Dels Vermells.

—¡Dios mío, Dios mío! ¡Qué he hecho! ¡Qué he hecho! ¡Bestia! ¡Animal! ¡Imbécil! ¡Imbécil! ¡Mil veces imbécil! —me decía y me reclamaba una y otra vez, dando vueltas de un lado para otro, como un animal enjaulado, hasta que caí en la cuenta de que seguramente estaba en el subsuelo de la Catedral. Tomando aire traté de calmarme, porque yo también, para ese momento estaba con las manos temblorosas, y como Guadalupe: con los ojos completamente llenos de lágrimas. En vez de salir en su búsqueda, opté por arrodillarme de nuevo en el reclinatorio y empezar a clamarle desesperadamente a Dios su misericordia por haber hecho semejante barbaridad. Después de un rato de tener mi rostro cubierto con ambas manos, pude escuchar unos pasos presurosos y fuertes. “Debe de ser el padre Juan Carlos. Seguro debe venir furioso a sacarme a

patadas y pescozones de aquí” pensé.

—¡Leonardo! Hombre, ¿Qué pasó? —Me preguntó de inmediato, con el aliento entrecortado— ¿Qué le pasó a Guadalupe? ¡Por Dios, muchacho! ¿Qué le hiciste?, ¿Qué fue lo que le hiciste que la pobre salió llorando y no ha habido forma de que se calme?

Lentamente me incorporé hasta quedar frente a él. Levante la cabeza y con toda la vergüenza del mundo le balbucee:

—¡Le di un beso, padre! ¡Le di un beso! No lo pude controlar padre, ¡le juro que no lo pude controlar, padre! Algo pasó. Algo más fuerte que yo me impulsó a hacerlo, padre —insistí con angustia y profunda amargura, clavando nuevamente la mirada en el suelo.

El padre Juan Carlos se quedó callado por un instante; luego me puso sus grandes manos sobre los hombros y me dijo después de un largo suspiro:

—Tranquilo, Leito. Créeme: Lo que acaba de pasar, tal vez te parezca una barbaridad y un grave error de tu parte, pero conociendo la historia de Guadalupe. Al rato y lo que acaba de pasar no fue algo malo, sino todo lo contrario. Al rato y lo que acaba de pasar fue un milagro.

—No padre, Juan Carlos. ¿Cómo se le ocurre decirme eso? —le respondí tratando de secarme las lágrimas con las mangas de mi camisa—. Fue una barbaridad padre. Yo no creo que eso haya sido un milagro. ¿Cómo va a ser eso un milagro? Yo abandoné a mi esposa y a mis hijas en Costa Rica hace tan sólo una semana, padre. Esto definitivamente no puede ser un milagro —insistí, aún más atribulado.

—¡Ay, Dios mío, ¡Leonardo! ¡No me digas! ¿De verdad eres un hombre casado?

—¡Sí padre!, Laura y yo tenemos más de veinte años de casados, por Dios. Y tenemos dos hijas. Hace unos meses decidí huir de mi casa porque tenía miedo de que Laura me fuera a matar si trataba de separarme de ella. Por eso me vine hasta aquí padre. ¡Para que ella no pudiera encontrarme! —exploté, nerviosísimo, casi sin respirar.

—¡Dios mío, Leonardo! ¿Tan mal estaban las cosas entre ustedes?

—Sí, padre. Laura, hasta había comprado una pistola para matarme si trataba de dejarla. Tuve que dejar todo tirado —le aseguré, rompiendo de nuevo en llanto.

De nuevo el padre Juan Carlos guardó silencio por un instante, mientras sopesaba de nuevo el asunto y también daba tiempo a que yo me calmara.

—¿Y eran casados por la Iglesia, Leo? —preguntó al fin.

—No padre. Fue una boda civil. Nunca nos casamos por la Iglesia.

—¡Aaaah ya! ¡Ya veo como está el asunto! —se rió—. ¡Vez, Leonardo! ¡Al

rato y no estoy tan equivocado! Los matrimonios oficiados por abogados son simplemente eso: matrimonios de papel. Los que oficiamos los sacerdotes. ¡Esos si cuentan! —Se volvió a reír—. Vamos, Leonardo, salgamos de aquí y busquemos un poco de aire fresco. A mí esto de andar bajo tierra, como que no me sienta muy bien. Tenemos que ver que hacemos para que a Guadalupe se le pase el susto de su primer beso. ¿Te parece?

Y ambos subimos. Él: muy tranquilo y relajado, mientras que yo: completa y definitivamente confundido y desanimado.

16. Letras amargas

Alexa tomó su bolso, sacó el gran libro de actas, lo abrió en donde había puesto el separador la noche anterior y empezó por la fecha anotada en la parte superior de la hoja:

—*Sábado 21 de julio de 2007* —leyó en voz alta, aclarando de inmediato su garganta, y tragando una saliva, amarga y espesa, que se había acumulado en su boca.

Hola, Carmen. Como todos los años: espero que la hayas pasado de maravilla en tu cumpleaños; sobre todo en este, en el que abandonas los hermosos y encantadores treinta y te conviertes, como diría Ricardo Arjona, en una “señora de las cuatro décadas”.

Para este año tengo varias cosas importantes que contarte.

Para empezar, podría afirmar, sin temor a equivocarme, que el segundo semestre del 2006 fue de los más desastrosos, tormentosos y miserables que he pasado en muchos años. ¡Y no sabes hasta qué punto! Con decirte que me sucedió algo que ni siquiera tengo el suficiente valor para contártelo. Al menos no por ahora; tal vez más adelante. Fue algo tan horrible que prácticamente lo único que he podido hacer, es tratar de olvidarlo, como si eso nunca hubiera sucedido. Sólo me animo a decirte que fue algo sumamente desagradable que me sucedió con mi cuñada, Elena, y que al final de cuentas ha hecho que Elena llegue a ser una de las personas que más detesto y detestaré a lo largo de toda mi vida. Incluso más que al viejo miserable de don Rodrigo y que a doña Marielos. Bueno, pero como Dios aprieta, pero no ahoga, el primer semestre de este año fue todo lo contrario. ¡Por fin pude ver la luz al final del túnel! Ya verás por qué.

Como en los chistes, primero tengo que contarte las malas noticias y luego las buenas. No por hacerme el gracioso, sino porque cronológicamente, así fue como sucedieron las cosas. Como te contaba el año pasado, en los primeros días de julio yo ya estaba esperando que Laura me dijera en cualquier momento, como me lo hacía todos los años, antes de que naciera Leonora, que se iba de viaje junto con su familia. Eso era algo que me comunicaba con una descarada antelación de cinco o seis días a lo sumo. Como se estaba lardeando un poco

con la noticia, supuse que en esa oportunidad tampoco iba a viajar con ellos por estar Leonora todavía muy pequeña, pero que va, Carmen. El año pasado el viejo ya estaba planeando hacerme la misma trastada que me había hecho dos años consecutivos antes de que Laura quedar embarazada: llevársela a Boston junto con toda la familia en el mes de agosto; coincidiendo su ausencia con el día de mi cumpleaños. Así el viejo se garantizaba que yo me pasara esa fecha, íngrimo, cual perro sarnoso. Eso según él, porque por dicha, y gracias a Dios, tengo a mis papás y a mis amigos y la presencia de Laura, dadas nuestras diferencias, cada vez más grandes, no hacen la gran cosa. No sé si me entiendes, pero lo chocante, y que hace que me hierba la sangre, no era contar o no con ella para celebrar mi cumpleaños, eso realmente era lo de menos; sino la intención del viejo y la complicidad de Laura en darle la oportunidad de hacerme la vida lo más miserable que le fuera posible.

El: un verraco del carajo; junto con su esposa y sus hermanas, y ella: su cruel cómplice.

Dicho y hecho, Carmen: el 04 de agosto me dio la noticia. Se iban por veintidós días. Primero a Boston y luego a Miami. Ese día tuvimos una de nuestras discusiones de antología. Siempre me da vergüenza contártelo, pero es la pura y santa verdad. No sería honesto contarte sólo las cosas bonitas. Como si mi vida sólo fuera un jardín de rosas y no estuviera lleno de espinas y sinsabores. Al final, después de gritarnos hasta de lo que nos íbamos a morir, terminé, como muchas veces, durmiendo en el sofá, mientras que ella durmió con Leonora en nuestra habitación. Hasta el día en que partieron, e incluso a la hora de que se despidió de Leo, no nos cruzamos ni media palabra. Lo que por fin me animé a decirle, cuando ya estaba a punto de cerrar la puerta, sería algo que, si hubiera tenido idea de lo que pasaría en abril de este año, a lo mejor no me hubiera animado a decir. Desgraciadamente lo hice y por más que me pique la lengua, por orgullo, por amor propio o simplemente por terquedad, es algo de lo que no puedo y no estoy dispuesto a retractarme:

“Te juro que si algún día tengo la oportunidad de viajar: primero muerto antes que hacerlo contigo. ¡Te lo Juro, Laura!” Le dije al oído, con un tono de voz que hasta a mí mismo me resultó desagradable al ver lo cargado de rencor de mi comentario. Qué pena Carmen, pero así es. Contigo son muy pocos los secretos que tengo.

Para ese viaje la novedad era que Elena no iba a poder acompañarlos. Supuestamente tenía mucho trabajo acumulado, por lo que según ella no podía salir del país por tantos días. La bruja esa, muy amablemente, según Laura, se ofreció en cuidar a Leonora los sábados que durará el viaje. Disque para que yo tuviera más tiempo libre. ¡Bestia!

Y como si lo del viaje no hubiese sido suficiente, para el mes de octubre, sucedió por fin lo que tarde o temprano tenía que llegarnos a pasar: don Marcial declaró la fábrica en bancarrota. Eso era algo que ya todos los empleados sabíamos desde hacía muchos meses. Como ya te he contado: la Cordobesa tenía años de venir en números rojos. Las ventas apenas y venían dando para pagar salarios, mientras que las cuentas por pagar se acumulaban en forma exponencial, mes, tras mes, tras mes. Ya para setiembre con el cierre fiscal y como último recurso de la moribunda zapatería, se remató a precios ridículos todo el inventario. No quedó ni un solo par de zapatos en la bodega. A principios de octubre, cuando los proveedores de materia prima dijeron: no va más; hasta ahí llegamos todos con la zapatería.

Sabiendo yo, mejor que nadie, como estaban las cosas. Cuando don Marcial dijo que no podía pagarnos las prestaciones, y que lo único que podía hacer era liquidarnos con el mobiliario y las máquinas, lo primero que hice fue llamar un taxi y cargarlo con el único par de computadoras con que contábamos. Pensé que era lo más justo, las máquinas y herramientas serían de más utilidad para los pobres zapateros, que a partir de eses día, perdían la única y humilde fuente de ingresos con que contaban ellos y sus familias.

Ese día, cuando Laura me vio llegar con ese par de máquinas viejas y súper obsoletas, fue otro pleito de los once mil demonios. Según ella don Marcial lo que había hecho era vernos la cara de idiotas a todos. “Ese viejo miserable está podrido en plata, ¡cómo me vas a decir que no tiene dinero con que pagarles! ¡Está bien que engañe a los otros brutos!, ¡Pero a vos, Leonardo! ¡A vos! ¡Por Dios! ¡Cómo vas a darte por pagado con este par de tarros viejos! ¡Perdedor! ¡Perdedor, Leo: eso es lo que sos: un puto perdedor!” me recalcó, dando por terminada la discusión, al tiempo que agarraba el par de chécheres y fúrica los reventaba en el planché del patio. Algo que me dejó, una vez más, como ya es una costumbre: con la boca abierta.

Que va Carmen. Laura, como siempre, se equivocaba conmigo. Yo eso lo sabía de sobra, ella no tenía que decírmelo: don Marcial esta fundido en plata, pero lo que Laura se niega a entender es que una cosa era la fortuna personal de don Marcial, y de su familia, y otra muy diferente la situación de la fábrica. ¡Según ella don Marcial iba a sacar dinero de su propio bolsillo para pagar las cuentas de la empresa y liquidar a los pobrecitos empleados! ¡Que ilusa mi esposa!, como si no fuera hija de un millonario. ¡Apenas como para enterrarla en cajita blanca a Laura!, ¿No crees?

Como podrás imaginarte, en diciembre no pasamos precisamente una blanca y dulce navidad. Que yo estuviera desempleado no fue el problema; con el salario de Laura y mis ahorros salimos con todos los gastos. El problema es que

Laura no deja ni un día de practicar su deporte favorito: quejarse. Según ella ya está más que harta de haberse casado con un perdedor, y yo, por mi parte, sin llegar a entenderla, nunca he podido descifrar porque se empecina en mantener a toda costa las ridículas apariencias. ¡Dios guarde hablarle de divorcio o separación!, eso lo único que me ha ocasionado a lo largo de todos estos años son: adornos y platos rotos (y ahora también computadoras), además de insultos con muchas, demasiadas, malas palabras.

Bueno, Carmen, pero dejemos lo negativo y pasemos a las buenas noticias, que al igual que las malas, son sólo dos. ¡Pero son buenísimas! En abril de este año, ¡por fin!, conseguí un nuevo empleo. Y no te imaginas en dónde. ¡Ironías del destino! ¡Ley divina!, o como quieras llamarlo. Bastó que hiciera el juramento de no viajar nunca en mi vida con Laura para que me llamaran a finales de marzo para una entrevista en Avianca. Ese día y los otros en que hice pruebas psicológicas y teóricas, todo salió a pedir de boca y el viernes 20 de abril a las ocho de la mañana, fue cuando me informaron que estaba contratado.

Segunda buena noticia, Carmen: mi primer vuelo lo voy a hacer ahora en el mes de agosto. Si, así de rápido. Este mes, en los primeros días, por fin pude hacerle a Laura lo que siempre soñé desde que empezó con sus repugnantes viajes familiares. Llegué y le dije: “este año voy a pasar mi cumpleaños en México, junto con mis papás. Espero que, si tú y tu familia piensan hacer algún viaje, lo tengan en cuenta, porque yo ya lo tengo todo contratado” Punto. Y me di media vuelta sin esperar su respuesta y mucho menos ver su cara de sorpresa o incredulidad.

Al día de hoy, en que te escribo, Laura no me ha dicho ni media palabra. Vamos a ver qué pasa. El año entrante te cuento como me fue con el viaje y si hubo alguna bronca antes de irnos. Lo que sí es fijo es que a la única que le pienso traer algún regalito de México es a Leonora; a Laura... ¡ni un llavero! ¡Qué vida, Carmen! Lo que son las cosas. Siempre me pregunto cómo serían las cosas si uno pudiera volverle a pegarle unas cuantas hojas al almanaque; para rehacer su vida. Sólo Dios lo sabe.

Bueno Carmen, eso es todo por ahora. Si Dios quiere, el año entrante te cuento como resultó todo. Un beso.

Alexa colocó de nuevo el marcador en el libro, dejándolo listo para arrancar en la lectura del próximo año. Se levantó pesadamente de la silla y se asomó a la ventana. La madrugada había atrapado con su manto oscuro todo a su alrededor, permitiéndole ver únicamente su propia imagen reflejada en el vidrio. Susy, que había escuchado con atención toda la lectura, mientras le acariciaba los cabellos, también se aproximó a la ventana. En ese preciso instante, un relámpago, como

el flash de una cámara, iluminó la escena, mostrándoles fugazmente en la lejanía las siluetas de las grandes montañas. Ambas pudieron ver, por fracciones de segundo, los contornos que dan forma y definición a las tres montañas del norte. Las tres Marías.

—En estos momentos debe de haber una espantosa tormenta del otro lado —comentó Susy, pensando en la cordillera.

—Sí, Susy... eso parece —respondió Alexa, tocando la superficie del vidrio con su dedo índice, pensando en lo complejo de su actual situación.

17. Mi cabeza en su hombro

Tal y como me lo temía: cuando por fin el padre Juan Carlos y yo salimos al otro lado del túnel, Guadalupe no estaba esperándonos. En su lugar, parado junto al padre Javier, estaba don Malaquiel; tipo con una apariencia que en un principio me resultó sumamente siniestra, por sus cientos de arrugas apretujadas en un rostro curtido cruelmente por el sol mediterráneo, y que, junto con su corte de cabello, tipo rape, y sus vestimentas cafés perpetuo, le daba a uno la impresión de estar viendo un delgado y largo puro cubano, que en el momento menos pensado iba a empezar a tirar humo por las orejas. Al final de cuentas, terminó siendo un tipo muy alegre y parlanchín que no reparaba en entretenerme con cuentos y anécdotas sobre los muchos años que tenía de laborar en la Seu, la que para él —y lo decía constantemente—, venía a ser algo así como su segundo hogar. Él y el padre Juan Carlos fueron los que terminaron de ponerme al tanto de cuales era los planes que tenía Guadalupe para llevar a puerto seguro su delicado y meticuloso trabajo. Las primeras semanas de labores se iban a dedicar a la restauración de los siete rosetones, dejando para una segunda etapa los ochenta y tres vitrales con que cuenta la Seu. La restauración del rosetón principal iba a ser, definitivamente, la más complicada y por esa razón Guadalupe y Andrés lo iban a realizar en conjunto, dejándole a Claudia y a su ayudante (o sea: yo, si Guadalupe y Andrés no me despedían después de lo sucedido. Lo cual por dicha no se dio) los otros más pequeños. Si los trabajos se iniciaban según lo esperado —a mediados de la próxima semana—, el gran rosetón estaría immaculado para el espectáculo del mes de noviembre. Ahí fue cuando, entre ambos, me contaron sobre el fenómeno que se da solamente dos veces al año: el febrero y en noviembre, meses en los cuales, en días específicos, el sol atraviesa con sus rалos el gran rosetón, reflejando su caleidoscópica y multicromática luz en la pared opuesta al punto de quedar alineado con el otro rosetón. De ahí que popularmente muchos de los mallorquines denominan el fenómeno como el ocho, aunque para los más románticos y espirituales resulta más evocativo y místico llamarlo: el milagro de la luz. Gracias a Dios, ese año tendía la gran suerte de apreciar dicho acontecimiento en todo su esplendor.

Mientras el padre Juan Carlos atendía a algunos feligreses, que aprovecharon

su presencia para hacerle unas consultas sobre ciertas actividades litúrgicas, don Malaquiel me hizo un rápido, pero ilustrador recorrido por la azotea de la catedral. Cuando bajamos, el final del recorrido se centró en admirar los múltiples tesoros artísticos con que cuenta la Seu; como es el caso del imponente órgano: una joya invaluable que cuenta con cuatro teclados manuales y un pedal de treinta notas.

—Bueno. Ahora sí. Entrémosle a lo de Guadalupe —dijo el padre Juan Carlos, después de pedirle a don Malaquiel que llevara al padre Javier de regreso a la casa, encomendándole vehementemente su cuidado hasta que él regresara.

—Díay sí, padre. Entrémosle —musité con un leve desconsuelo en el estómago.

Creo que el padre Juan Carlos, pecó de confiado al permitir que Guadalupe y yo durmiéramos en el mismo lugar. Supongo que cuando lo planeó, ni por la cabeza le pasó que yo terminaría saliéndole con un domingo siete; y mucho menos que fuese precisamente el mismo día en que nos conocimos. Para cuando llegamos a la vieja imprenta, gracias a Dios Guadalupe ya estaba completamente calmada. Una muy sentida disculpa de mi parte y un “No te preocupes, Leonardo. No ha pasado nada. Estese tranquilo” de su parte, fueron más que suficiente para dar por superado el angustiante e incómodo capítulo. Al menos eso fue lo que pensó el padre Juan Carlos, que se marchó muy alegremente una vez que escuchó nuestra escueta reconciliación; justificándose con el pretexto de que a don Malaquiel le resultaba incomodo cuidar por mucho tiempo al padre Javier. A todas luces eso era como pretender tapar el sol con un dedo. Era evidente que lo sucedido definitivamente que no iba a quedar en el olvido, ni para ella ni para mí. En otras palabras: aún faltaba mucha agua por pasar debajo del puente.

Nuestra morada temporal quedaba a escasas dos cuadras de la Seu y a la vuelta del almacén en donde estaban alojados Andrés y las muchachas. Era una imprenta abandonada, en la que tiempo atrás se imprimían el periódico y demás comunicados del Cabildo Canónico. Estaba en el segundo piso de un viejo edificio y constaba de una habitación grande, atestada por completo con grandes columnas de papeles viejos y tres pesadas y herrumbradas maquinas (una imprenta y dos guillotinas), laqueadas las tres con una fina y molesta capa de polvo. A parte de ese gran salón, había tres habitaciones un poco más pequeñas, que en su momento debieron de ser las oficinas de los redactores y un modesto e incómodo cuarto de baño ubicado, como es lógico: al fondo a la izquierda.

Como si el desorden por tantas cosas viejas y apiñadas no fuese suficiente como para querer salir corriendo, cuando entré en la siguiente habitación, me encontré con algo que me dejó completamente aturdido (algo así como si me

hubieran dado con un martillo por la cabeza). Prácticamente era imposible caminar entre tantas maletas; repletas todas ellas con herramientas, cascos, uniformes con el logo de la compañía, materiales, muestrarios, copias de unos planos, un escritorio improvisado al lado de una pequeña y angosta cama, que en realidad lo que era, era un catre viejo, endeble y escandaloso que estaba pegado contra la pared, sobre el que, por cierto, colgaban de un gran clavo varios antifaces de esos como los que dan en los aviones para dormir durante el vuelo; sólo que estos eran un poco más grandes y más bonitos, ya que los tenía de varios colones (más adelante me daría cuenta de que esos antifaces a Guadalupe le eran imprescindibles para dormir cómodamente).

—¡No me veas así, Leonardo! —Me suplicó Guadalupe, angustiada, tomándose la mandíbula con ambas manos—. He hecho lo que he podido, pero es demasiado el desorden. Me supera el tener tantas cosas por hacer y no saber ni siquiera por dónde empezar. La verdad es que esto es un desastre y necesito ayuda urgente. Se puede decir que este va a ser tu “primer gran reto” —me dijo, apoyando su mano sobre mi hombro, como si ella fuera el entrenador del equipo y me estuviera dando la gran oportunidad de ganar el partido en el último minuto; algo que me consoló demasiado poco, pero que al mismo tiempo me resultó formidable; al ver que después de haber salido corriendo y llorando como atacada hacia escasa hora y media, ahora reanudaba el contacto físico, como si realmente no hubiera pasado nada entre nosotros. ¡Qué extraño!

—¿Y la cocina?

—No hay. Para eso tengo que ir donde Lorena y Claudia. Ellos si tienen donde cocinar y donde lavar ropa.

—¿Y esa mini refrigeradora?

—Ah... es donde guardo mis zanahorias —respondió, como si nada.

Me acerqué, la abrí, y para mi sorpresa el aparato estaba atestado de paquetes de zanahorias; peladas y trozadas unas, y en versión de mini vegetales otras.

—¡Por Dios... si mi jefa es la hermana de Roger Rabbit! —exclamé, en son de broma, mientras juntaba un paquete que había caído en el piso.

—Poco más o menos, Leo. Digamos que es el único vicio secreto que tengo —respondió sonriendo, sin molestarse.

—¿Y Andrés y las muchachas? ¿Ellos no te han podido ayudar? —le pregunté, al tiempo que me salía de su habitación y le echaba una ojeada al cuarto de baño.

—¡Hay Dios mío! ¡Si los vieras, Leo! ¡Ellos están peor! —me respondió, al tiempo que recogía un par de shorts y algunas prendas íntimas que estaban colgadas sobre la cortina de baño.

—Eso, definitivamente, es algo muy difícil de imaginar —repuse, jalando,

por impulso, o por simple curiosidad, la palanca del inodoro, el cual empezó a evacuar con un par de giros y luego se detuvo, bajando el nivel del agua con la velocidad inferior a la de un caracol en silla de ruedas—. Hay que ir a comprar con urgencia una bomba o desatorador para inodoros. Es lo primero que habría que poner en la lista.

—Si funciona. Solo que es un poco lento para evacuar —aclaró Guadalupe con un poco de vergüenza su voz.

Esa semana, mientras el padre Juan Carlos se encargaba de finiquitar todo el papeleo, Guadalupe y yo sudamos la gota gorda limpiando y ordenando la vieja y ruinosa imprenta. Los días nos la pasábamos trabajábamos como hormiguitas, hablando bastante, pero casi sólo de cosas de trabajo, mientras que las noches las dedicamos a conocernos mejor. La noche del lunes, después de ir al viejo almacén en que estaban alojados Andrés, Lorena y Claudia, para dejarle una ropa sucia a Lorena —que amablemente se ofreció para lavárnosla—, dimos un largo paseo por el Parc de la Mar. Ella me habló de Monterrey, de su familia, de cómo era su vida de pequeña, su época de escuela y de secundaria, de sus trabajos, sus primeros viajes a España y luego de sus estudios en Francia (algo de lo que habíamos hablado la primera noche, pero muy por encima). También me habló de sus amigos, pero en ningún momento, ni por referencia, tocó el tema de sus relaciones sentimentales. Yo, por el contrario, preferí contarle cosas más íntimas. Al igual que ella, también le conté como había sido mi niñez en Curridabat, los años de escuela y de colegio y a solicitud suya (porque doña Zulay ya se la había contado), le conté la historia de cómo mi papá me había puesto el sobrenombre de nómada nocturno y como había cobrado relevancia el apodo cuando empecé a tener problemas con Laura. En lo referente a Laura, le conté con lujo de detalles como la había conocido y todo el rollo que pasamos antes de casarnos, así como las cosas que con el paso de los años fueron echando a perder nuestro matrimonio. Supongo que inconscientemente estaba tratando de justificarme, para que en un futuro —no muy cercano, según yo—, estuviera abierta la posibilidad de que entabláramos una nueva relación. Y digo que fue inconscientemente, porque esa es la verdad. Según yo, insisto, no estaba dispuesto a involucrarme sentimentalmente con nadie. “Nada de pensar en relaciones amorosas hasta que no esté concretado lo de mi divorcio” me repetía una y otra vez, insomne, recostado en mi destartalado y herrumbrado catre. ¡Qué iluso!

La noche del martes el ritual fue el mismo: fuimos un rato a donde Andrés y las muchachas a recoger las ropa recién lavada y aplanchada. Luego optamos por no alejarnos demasiado de la vieja imprenta, así que fuimos a tomar el fresco a la Plaza de la Reina. Ahí nos sentamos en una banca y fueron tres horas de

anécdotas, bromas y hasta de una que otra confesión sobre nuestras travesuras de juventud. Ahí fue cuando empecé a sospechar que en la vida de Guadalupe también había un secreto como el que yo había ocultado durante tantos años. Un secreto que le impedía hablar abiertamente sobre sus viejos amores, por el lógico temor a abrir o maltratar alguna sensible y profunda herida. Claro, esas eran puras conjeturas mías, ya que de alguna manera también para mí resulta difícil sacar a flote una historia, que, aunque ya estaba superada, me resultaba demasiado íntima como para compartirla con una chica a la que apenas tenía cuatro días de haber conocido; eso a pesar de que la química que estábamos empezando a desarrollar ya era increíble.

El miércoles salimos en la tarde a comprar mi nueva línea celular y para cuando ya le había activado las aplicaciones y metido los números de mis contactos (los números de Magdalena y Erick fueron los primeros, cumpliendo con mi promesa), era casi de noche. Cuando Guadalupe vio que ya estaba listo para hacer mi primera llamada, inventó que tenía que ir a tratar un asunto de números con Lorena y que no iba a tardar mucho. Yo, por mi parte, comprendí su intención, así que le sugerí que se llevara las llaves, eso por si no me encontraba al regresar a la imprenta.

Ella cogió hacia el norte y se perdió al doblar la esquina; yo, al contrario, cogí hacia el sur, preguntándome ansioso: ¿A quien llamó primero?

Es curioso cómo funciona el cerebro humano. No fue a mis papás, ni a Leonora, tampoco a Magdalena. Fue a alguien a quien tenía muy pocos días de haber conocido y a quien tenía muchas, muchas ganas de darle las gracias.

—¿Hablo con doña Zulay Venegas Aznar? ¡Sí! ¡Qué dicha! ¿A que no sabe quién le habla...?

Después de agradecerle a doña Zulay por lo bien que me había recomendado, tanto con su sobrina (subrayándole con mi voz la palabra sobrina, a forma de un cariñoso reclamo) y con el padre Juan Carlos, y de ponerla al tanto de lo bien que me habían recibido el sábado en casa de Eduardo y Cleo, le solté, a manera de broma, la metida de pata que me había pegado con Guadalupe.

—Por cierto, doña Zulay, si alguien le cuenta que le robé un beso a Guadalupe, no le haga caso. ¡Son puros cuentos! Yo sería incapaz de hacer algo así. ¡Okey!

—Sí, sí, doña Zulay. Como lo oye. ¡Es como para irse de espalda! ¿Verdad?

—No, no, que va.

—Créalo. No, no es una broma. Ojalá lo fuera. Yo sería el primero en desear que fuese una broma. Aunque tampoco me mal interprete. No fue nada desagradable, al contrario. Bueno, al menos para mí. Porque para ella... ¡Ni le cuento!

—No, no. Francamente no sé qué fue lo que me pasó.

—¡Se lo juro! La verdad no lo sé. Fue algo bien raro, no sabría ni cómo explicárselo. Fue una fuerza muy superior a mi voluntad, ¡si es que la tengo! Me da mucha pena con usted, y también con Cleo. Bueno, la verdad con Cleo no tanto. Pero con usted y con el padre Juan Carlos, sí es cierto que se me cae la cara de vergüenza.

—¡Sí, sí, doña Zulay!, Eso fue lo peor: él se dio cuenta.

—Sí, si él estaba ahí mismo. Bueno ahí mismo no, pero estaba cerca. Y después llegó. ¡Viera qué embarazoso, doña Zulay!, tener que darle la cara después de que Guadalupe había salido llorando.

—No, no sé, pero se puso a llorar y hasta temblaba como un conejo. ¡Pobrecita!

—Si...

—No, no, el padre no se enojó. Yo creí que me iba a sacar a patadas. ¡Se lo juro! Pero no. Más bien fue muy comprensivo. ¡Es un tipazo el padre Juan Carlos!, me cayó muy bien.

—No, doña Zulay. No le puedo decir donde fue. Sólo le puedo decir que fue en un lugar muy inapropiado para robarle un beso. Bueno... ¿aunque quién sabe? Ya hasta estoy empezando a creer que a lo mejor y son cosas que ha dispuesto el arriba; o, mejor dicho: la de arriba. Al rato y hasta usted tiene la culpa.

—¡Por lo de la paella! ¿Porque otra cosa? ¿Qué cree? ¿'Que se me olvido lo que usted me dijo? Que con ella iba a hacer la mejor paella de toda mi vida. ¿Era de Guadalupe de la que estaba hablando? ¿O no?

—¡Ah ve, doña Zulay! Usted tiene en parte la culpa. El problema es que lo que terminé haciendo fue la torta más grande de toda mi vida.

—¿Cuidado? ¿Por qué?

—Recuerde que todavía soy un hombre casado. ¿No va a creer que voy a seguir con algo así?

—¡Qué moderna!

—El padre Juan Carlos, me dijo algo parecido.

—¿Y ese algo, supongo que es algo que usted tampoco puede contarme?

—Bueno, viéndolo así, creo que tiene razón. Si es algo tan personal, Guadalupe es la única que puede hacerlo.

—Sí... habrá que ver qué pasa.

—¡No! ¿De verdad, doña Zulay? ¡No lo puedo creer! ¿En la primera semana de agosto? ¡Qué bueno!

—¡No sabe lo que me alegra escuchar eso! ¡Qué buena noticia! ¡Va a llegar a penas para que celebremos mi cumpleaños!

—Okey. Vale. Es una promesa. Cuando venga le cuento más. Ahora la dejo, porque tengo que llamar a Leonora. ¡Me muero de ganas por hablar con ella!

—No, no la he llamado todavía. Usted fue a la primera con la que estrené el teléfono.

—No. No podía dejar de darle las gracias.

—Es mutuo, doña Zulay.

—Créame que sí. ¡No sabe cuánto!

—Sí, está bien. Sólo espero no volver a meter las de andar con Guadalupe. Con eso usted va a tener que ayudarme. Por cierto, doña Zulay: ¡Guadalupe esta guapísima! Hubiera empezado por ahí: diciéndome que tenía una sobrina tan bonita.

—Sí... es una muñeca. ¡De fijo que salió a la tía!

—¡Ja! El padre Juan Carlos y usted piensan muy parecido. Lo que son, son un par de celestinos.

—Bueno, bueno. De eso hablamos luego. Ahora de verdad la tengo que dejar.

—Sí. De corazón. Bueno, chao. Un beso —le dije al final de la conversación, contento al saber que nos volveríamos a encontrar en pocos días.

Cuando terminé de hablar con doña Zulay, estaba cerca del viejo muelle. Me fijé en el reloj; si mis cálculos no me fallaban, Leonora ya no estaba en el colegio. Le mandé un mensaje: “Dime a qué hora te puedo llamar. Soy papi” “10 minutos” respondió.

Hablamos toda una hora. Leonora no cabía de contenta al escucharme y no paraba de hacerme preguntas y de decirme lo mucho que me amaba y lo mucho que ya le estaba haciendo falta a ella y a Camila. Tuve que tragar grueso varias veces, cuando me contó como Camila le preguntaba, casi que a diario, por mí y por mi regreso. Y de lo difícil que le estaba resultando vivir en casa de los abuelos. Así fue como me habló de la rutina que les habían establecido su mamá, sus tías y los viejos. También me contó sobre los comentarios que hacían en su presencia —como si ella fuera invisible o no tuviera ni voz ni voto—, sobre lo que iban a hacer con la casa, el menaje y el carro de su mamá. Al final le di gracias a Dios por haber hablado con el viejo. Aparentemente eso había ayudado mucho para que Laura no estallara en un ataque de ira, como a los que ya nos tenía acostumbrados. Esa sería una bomba que estallaría meses después, cuando ella y dos de sus colegas aprovecharon un feriado para irse de vacaciones a la Fortuna de San Carlos. Las tres solas, sin niños.

Según me enteraría tiempo después, cuando las tres llegaron al hotel —que quedaba muy cerca de las faldas de volcán Arenal—, sucedió el muy temido y pronosticado desastre: en el momento en el que el joven de la recepción les dijo que se había presentado un problema a la hora de procesar su reservación y que

no había espacio disponible hasta en horas de la tarde, empezó a correr un fuerte y penetrante olor a azufre; la tierra tembló, las paredes se estremecieron, el vidrio de la recepción del hotel se quebró en mil pedazos. Las sillas y las masetas volaban por los aires y una de ellas se incrustó en el monitor de una de las computadoras. Flujos piroclásticos y lava incandescente despedazaron las paredes del coloso, al tiempo que monstruosas y gigantescas rocas salían expulsadas a cientos de metros del iracundo cráter. Todos en el hotel estaban horrorizados. No sabían qué hacer. Si huir, rezar, esconderse debajo de las mesas, salir desnudos en medio de los jardines, o simplemente abandonarse a su suerte, esperando que el cruel destino fuese el que dijera la última palabra.

Cuando sus dos amigas y el personal del hotel lograron que Laura se calmara, los daños ya eran cuantiosos, pero ella, con gusto, le entregó al dueño del hotel —un tipo alto, canoso y bigotón cuya principal característica era tener un abdomen que se asomaba alegremente por sobre su cinturón— su tarjeta de crédito para que la deslizara por el datafono; cobrándose el estimado (y un poco más), de todos los daños causados. Resuelto el “pequeño incidente”, el resto del fin de semana, ella lo pasó como una reina, ya que el hotelero, después de enterarse por boca de sus amigas, que el ataque de ira de Laura se debió a su muy reciente y dolorosa ruptura matrimonial, se desvivió en consentirla hasta en el más insignificante de sus caprichos (pobrecito el señor, seguro alguna roca volcánica lo golpeó fuertemente en la cabeza).

Para el jueves en la tarde, recibimos la visita del padre Juan Carlos. Ya todo estaba listo. Podíamos iniciar el lunes si así lo considerábamos. Guadalupe ya tenía negociado el contrato con la empresa que nos alquilaría los andamios; sólo tenía que firmar, girarles un dinero y darles el día y hora para la entrega, además de convocar al resto de la cuadrilla. El viernes, mientras Andrés y ella se ocupaban de esas y otras cosas, a mí me tocó terminar el trabajo en la vieja imprenta. Ya todo estaba listo. Gracias a Dios habíamos logrado ordenar a tiempo los que serían nuestros alojamientos durante los próximos meses. Listos con eso, tomamos la decisión de visitar Soller el sábado, y descansar sin mover un solo dedo todo el domingo.

Yo fui el que propuso la idea de participar de nuestra excursión a Eduardo, a Cleo y al resto de su equipo, pero al final, sólo Juanjo y Grace pudieron acompañarnos; así que desde buena mañana del sábado los siete ya estábamos comprando nuestros billetes. La distancia entre Palma y Soller es de aproximadamente veintisiete kilómetros y se hace en un tren eléctrico que es toda una atracción turística, no sólo por su impecable estado de conservación, y sus cien años de servicio continuo, sino y por el recorrido panorámico que hace a través de la Sierra Tramontana. El viaje contempla trece túneles, varios puentes y

un viaducto llamado el “dels cinc-ponts” que como su nombre lo indica, cuenta con cinco arcos y una altura —para mi gusto— nada despreciable. Ya fuera de la ciudad es cuando empieza lo bueno. La Serra Tramontana con sus paisajes, sus almendros, algarrobos y pinares; los sembradíos, sus hermosos caseríos y pueblitos repartidos alegremente a los costados de la vía. Mientras me extasiaba con tanta belleza, no pude evitar tener un pensamiento que ya me era recurrente cuando hacia turismo allá en América: tanta belleza no se saborea igual si no tienes una mano para estrechar, unos ojos para mirar, o simplemente un hombro sobre el cual recostar la cabeza. Como es lógico, Andrés llevaba abrazada a Lorena, Juanjo hacia lo mismo con Grace, mientras que Claudia y Guadalupe, que se habían sentado juntas, mantenían una amena y entretenida conversación. Para no perder la costumbre, el único del grupo que iba solito era yo. Definitivamente tenía que hacer algo al respecto, y lo haría pronto.

Cuando llegamos a Soller, para continuar hasta el puerto teníamos que hacer un trasbordo del tren a un tranvía, que al igual que este, era toda una locura para los turistas. El recorrido no era muy largo, pero sí maravilloso, pues la última parte lo hacía a la orilla de la costa. Ahí fue cuando dejé de lado la caballerosidad y apenas vi que Guadalupe escogía donde sentarse, me le adelanté a Claudia y me senté junto a ella.

—¿Qué te ha parecido el recorrido? —le pregunté, sintiendo que la pregunta resultaba ridícula y cajonera, digna de un colegial.

—Bien. ¿Y a ti? Aquí es más bonito que Palma. ¿No crees?

—Sí. Es cierto. Como que uno se siente más en una isla del Mediterráneo que allá. No sé si me explico, pero siento que aquí es más como yo me lo imaginaba. ¿Me entiendes?

—Sí, Leo. Creo que te entiendo —se rió con ternura. Luego hizo algo que me dejó felizmente pasmado, casi que colapsado de emoción: recostó su cabeza en mi hombro y se aferró de mi brazo con ambas manos—. ¿Puedo? —me preguntó—. Hoy nos levantamos demasiado temprano y tengo mucho sueño —murmuro y se quedó quietecita. Desgraciadamente fueron sólo cuatro o cinco pinches kilómetros los que pude disfrutar de ese inusitado y espontáneo momento de intimidad. Iniciativa que por alguna extraña razón tuvo Guadalupe esa mañana.

¿Sería que ella, al igual que yo, ya estaba empezando a sentir que nuestra relación terminaría siendo algo más que una simple amistad o relación de trabajo?

Cuando Andrés se volvió para comentarnos algo y vio la escena, de inmediato le dio un golpecito a Lorena con el codo para que volviera a vernos. Luego ambos volvieron su mirada hacia Claudia que también, con una gran sonrisa, no podía ocultar su sorpresa. Guadalupe venía con los ojos cerrados y no

se percató de lo sucedido. Yo por mi parte lo comprendí perfectamente: los tres estaban que no creían lo que estaban viendo. Para ellos ese gesto de Guadalupe era algo inédito; algo que seguramente nunca habían visto que hiciera con algún otro hombre.

Cuando nos bajamos del tranvía, la decisión fue unánime: irnos directo a la playa, alquilar un toldo y unas sillas y luego buscar donde comprar algunos bocadillos y algo para beber; pasaríamos ahí toda la mañana y luego almorzaríamos en algún restaurante para en la tarde, recorrer el puerto.

Después de cambiarnos y ponernos protector solar, las mujeres hicieron lo típico: tirarse en las sillas a recibir sol como lagartos, mientras que los hombres, por nuestra parte hicimos todo lo contrario: meternos al mar.

Ya en el agua, estando a una buena distancia como para que no nos escucharan, Andrés no se aguantó las ganas y empezó a hablar:

—Oye Leonardo, ¿te puedo hacer una pregunta? —me dijo, con ese encantador tonito milonguero que tienen los argentinos.

—Sí, claro. ¿Qué pasa? —le respondí, conociendo exactamente lo que me iba a preguntar.

—¿Vos y Guadalupe están teniendo algo, o es idea nuestra? Es que eso que vimos ahora no es cosa normal en Guadalupe.

—¿Te referís a lo de que se me recostara en el hombro?

—Sí, Leo. Si conocieras a Guadalupe como nosotros, te aseguro que estarías de acuerdo en que eso no es un comportamiento normal en ella. En todos los años que tengo de conocerla, esta es la primera vez que la veo hacer algo así. ¡Y te cuento que Lorena y yo ya tenemos más de diez años de conocerla!

—¿En serio? No lo puedo creer. ¿De verdad?

—Sí, Leo. En serio. Imagínate que Lorena y Claudia ya le han presentado a varios amigos y no ha habido manera de que entable una relación con alguno de ellos. A todos siempre les termina encontrando algún defecto. ¿No sé si sabes la historia del novio que se le murió? ¿No te la ha contado?

—No, no me ha contado nada. ¿Cuándo fue eso? ¿Hace mucho? —pregunté, sumamente intrigado.

—Sí, hace un chorro de años; cuando estaba en la secundaria. Era su primer novio. Julio Acosta, creo que se llamaba.

—¡No!

—¡Que triste! —Interrumpió Juanjo, que hasta ese momento escuchaba prudentemente nuestra conversación—. ¿Y cómo fue que pasó?

—No sabemos. Ese es un tema del que a Guadalupe no le gusta hablar. Parece que lo quería mucho y se le dio fuerte. A la fecha pensábamos que no nunca lo iba a superar, ¡pero con lo que vimos hoy...!

—Bueno, está bien, para que no hagan conjeturas, primero tengo que aclararles que entre ella y yo no ha pasado nada —aclaré—. Pero también tengo que admitir que me llama montones la atención. No sé... a mí francamente me encantaría; pero por ahora no. Yo ahora no estoy para pensar en esas cosas, y supongo que ella tampoco. El trabajo que tenemos por delante es muy importante y no quiero tener problemas. Sería un error de mi parte —concluí.

—¡Que va Leito! A como lo pone Andrés, las cosas están muy adelantadas. Les doy a lo sumo dos semanas —se rio Juanjo al tiempo que se levantaba y nos preguntaba—: ¿cerveza o refresco?

—¿Qué tal un partidito de futbol? —replicó Andrés.

—Yo voto por la cerveza —respondí. Y los tres nos salimos del agua.

Ya entrada la tarde regresamos a Palma. Curiosamente Claudia venía muy entretenida hablando con Andrés y con Lorena, lo cual me permitió sentarme junto a Guadalupe durante todo el camino de regreso. También, muy curiosamente, ahora era yo el que tenía mucho sueño. Estaba que no podía mantener la cabeza erguida por el extenuante y largo día, así que me recosté sobre su hombro, me abracé a su brazo y me quedé profundamente dormido.

Bueno... digamos que no tan profundamente.

18. Se restauran, por fin, dos de los corazones rotos

—Ji, ji, ji, pero Leonardo: eso es hacer trampa.

—No doña Zulay, eso no es hacer trampa. Eso es ser realista. ¿Como va a pretender que camine cuarenta y ocho kilómetros hasta Lluc, y viva para contarlos? Me está pidiendo demasiado. Además, usted misma dice que nunca lo ha hecho porque es un recorrido muy largo.

—Bueno, pero yo tengo más de setenta años. Vos no, Leito.

—Sí, pero soy un súper sedentario, doña Zulay —le reclamé—. Usted por lo menos camina todas las mañanas. Yo hace un mes, ¡hasta para ir a comprar el pan del desayuno, iba en carro!

—Yo apoyo a Leonardo, doña Zulay. Es mejor que lo hagamos como Leo lo propone: ustedes se adelantan y nos encontramos en Binissalem. Son veinticinco kilómetros antes de llegar a Lluc; ya esa es una buena distancia. Además, en estas cosas lo importante es la devoción y no los kilómetros recorridos. ¡Hagámoslo así! ¿Le parece? —le propuso, el padre Juan Carlos, saliendo en mi defensa.

—Bueno padre. Si usted dice que así también cuenta, pues así será —cedió por fin, doña Zulay.

—Bueno, bueno. Entonces no hay más que agregar. Ya Eduardo y Cleo se ofrecieron en llevarlos hasta Binissalem. Ahí nos encontramos para continuar juntos hasta el Santuario. ¿Sí?

—Vale —respondió doña Zulay—.

—¿Saben que es lo que más me emociona de toso esto? —les pregunté—: mientras yo hago la caminata hasta donde La Moreneta, aquí en Mallorca, esa misma noche, como dos millones de ticos, lo van a hacer hasta donde La Negrita, allá en Costa Rica. ¡Se imaginan!

—Sí, Leo. Debe de ser algo muy impresionante. ¡Dos millones de personas peregrinando en una misma noche es algo difícil de creer! Algún día me gustaría llegar a verlo —agregó el padre Juan Carlos, ilusionado.

—Sí, padre. Es como ver un río de gente fluyendo constantemente cuesta arriba. ¡Viera que bonito! Usted se para a un lado de la carretera; como lo hacíamos mi familia y yo en Curridabat; y es ver gente, gente y más gente pasar

durante toda la noche. No para. ¡Hasta que marea!, no le miento. Por eso es por lo que acepté acompañarlo este año, padre. De lo contrario, le soy franco: no me hubiera animado. Desde que empezamos los trabajos, prácticamente todos los días nos estamos acostamos a las diez, once de la noche; para levantarnos a las cuatro y media de la mañana.

—¿De verdad, Leito? No lo puedo creer. Pobrecitos —se compadeció doña Zulay.

Y es que realmente, así fueron las cosas. Desde que empezamos las obras en la catedral, se vino un mar de situaciones que nos pusieron a todos de cabeza. Lo primero fue la logística de montar las dos torres de andamios a un costado del presbiterio. Después el puente que pasaba de una torre a la otra, para que Andrés pudiera trabajar desde el interior del templo. Luego la instalación de los andamios de la parte externa para Guadalupe, y, por último: los otros andamios con los que Claudia y yo, junto con los otros operarios, nos encargaríamos de los rosetones más pequeños.

Ver a Andrés y a Guadalupe trabajando en el gran rosetón era increíble. Parecían un par de arañas tejiendo su tela en la parte más alta de la iglesia. Andrés desde adentro, en un primer plano, y Guadalupe, en silueta, al otro lado. Me daba un poco de miedo, pero al mismo tiempo era interesante verlos trabajar. El rosetón está compuesto por mil doscientos treinta y seis cristales, distribuidos en veinticuatro triángulos y ellos tenían que revidarlos, uno a uno, por ambos lados. Su forma de hacerlo era bastante curiosa. A pesar de estar uno frente al otro, usaban radio comunicador y constantemente se pasaban fotografías por whatsapp. Incluso en algunas oportunidades desmontaban varios cristales y se podía ver la cara de Guadalupe del otro lado. Si de casualidad, yo estaba abajo observándolos, ella me hacía orejas de conejito con el dedo índice y el medio, flexionándolos. Esa era nuestra clave secreta de “tengo hambre”. “La conejita tiene hambre”, me decía por las noches, cuando teníamos ya más confianza, para que saliéramos a comprar algún bocadillo (zanahorias para ella y nueces variadas para mí), junto con algunos refrescos.

El trabajo —como también lo pude aprender al lado de Claudia—, era lento y meticuloso; y el calor de la isla lo hacía aún más difícil de sobrellevar. Para rematar, todo tenía que quedar documentado con imágenes y registros, que llevábamos en una bitácora. Eso lo ocuparían Guadalupe y Andrés para el reporte final, el cual iba con fotografías del antes y después y con datos estadísticos y algunas otras especificaciones y recomendaciones. Y eso que los cálculos de Guadalupe y Andrés fueron bastantes precisos, ya que habían estimado que el ochenta y cinco por ciento de la obra iba a ser de limpieza y mantenimiento y sólo un quince por ciento de restauración profunda.

Otra de las cosas que nos produjo gran estrés y preocupación para esos días, fue la primera gravedad que tuvo el padre Javier (realmente no era la primera, pero si era la primera que yo presencié). Estuvo tres días, prácticamente al borde de la muerte. Realmente fue increíble que sobreviviera. Lamentablemente, la condición en que quedó después de ese episodio fue aún más triste que la que yo le había visto a mi llegada. ¡Rompía el alma verlo! Y también rompía el alma ver la forma como estaba sufriendo el pobre padre Juan Carlos. Yo casi que podría jurar que el principal motivo que tenía para hacer la caminata hasta Lluç ese año era para pedirle a La Moreneta por el descanso de su querido y admirado hermano: Javito, como él le decía.

—¿Y vos, Leo? ¿Qué es lo que piensas pedirle a la Virgen? —me preguntó doña Zulay esa noche mientras esperábamos al padre Juan Carlos en un pequeño restaurante a la vera del camino, en Binissalem, una pintoresca comarca, cuyo clima suave, de veranos secos y calurosos, inviernos cortos y un suelo pardo, le permite dedicarse a la producción de exquisitos vinos.

—Para mí nada. La Virgen ya me hizo mi milagro hace varios años. Incluso creo que ese milagro todavía, después de tanto tiempo, sigue en proceso. ¿Sabe por qué, doña Zulay? Porque cuando la Virgen me ayudó en aquella oportunidad, creí que también me iba ayudar a restaurar mi matrimonio. Pero luego me di cuenta de que la cosa no iba por ahí. Mi matrimonio nunca tuvo arreglo.

—Sabes que, Leito. Lo que pasa es que todo se da a su tiempo —señaló doña Zulay, mientras acomodaba algunas de las cosas que traía en su maletín—. Al tiempo de Dios y no al tiempo de nosotros, los seres humanos. Por eso a veces los problemas parecen eternos; porque no se resuelven al ritmo que uno espera, sino al ritmo de Dios.

—Supongo que sí, doña Zulay, pero en todo caso, no le voy a pedir a la Virgencita nada para mí. Dentro de lo que he estado pensando, es pedirle para que interceda por el padre Javier. Y con eso, francamente me refiero a que lo descanse, doña Zulay. Usted sabe mejor que yo que el padre Javier hace ya varios años que está entre nosotros solo físicamente. Esa maldita enfermedad se lo llevó hace tiempo. Es evidente que él ya entró en la etapa terminal. El doctor Moreno le dijo al padre Juan Carlos que ya es cuestión de semanas, o incluso días.

Después de que terminé de hablar, doña Zulay se quedó pensativa, mirando por la ventana.

—Tienes razón, Leito. Yo también he estado pensando en eso. Es algo muy doloroso. Pero por otro lado también estoy muy ilusionada porque creo que este año, por fin, la Virgen también le va a ayudar a Guadalupe.

Guardamos un breve silencio, mientras veíamos a la gente pasar con sus

mochilas y sus botellas de agua en la mano.

—Sabe que doña Zulay. Aunque no se lo dije, yo también pienso pedirle a la Virgen por Guadalupe. Ella, al igual que yo lo hice con Carmen Otárola, también necesita superar lo que le pasó con Julio. Yo, mejor que nadie, se lo que es pasar un chorro de años obsesionando con alguien. Pensando en lo que pudo ser con esa persona y al final no fue. Y todavía yo tengo el consuelo de que Carmen está viva; tiene su esposo, sus hijos, su vida. Guadalupe, por el contrario, esta aferrada al recuerdo de una persona que hace mucho, mucho tiempo, igual que el padre Javier, dejó de estar entre nosotros. ¡Eso es muy triste!

—Sí, Leito. Ni que lo digas. No sabes lo que han sufrido mi hermana y don Tito con ese problema. Por cierto: ¿todavía no te ha contado nada?

—No, doña Zulay. ¡Qué va! Con tantas cosas que han pasado, tenemos días de que no hablamos de asuntos personales. La primera semana sí, pero estos últimos días no. Ha sido imposible.

—Habrá que darle más tiempo, Leo. Ya casi terminan el rosetón, ¿verdad? Guadalupe me dijo que sólo les faltan unos pocos triangulitos.

—Sí, doña Zulay. Y francamente espero que así sea. Que el trabajo baje el ritmo después de eso. Sino no sé qué voy a hacer. Yo ya no esto para estos trotes.

Ya entrada la madrugada, el padre Juan Carlos llegó acompañado de un grupo bastante nutrido de devotos. Doña Zulay y yo pronto agarramos el ritmo que traían y por dicha llegamos en buenas condiciones al Santuario de Lluc a eso de las nueve de la mañana. Ese día, a los pies de Virgen, los dos, viendo al padre Juan Carlos arrodillado y con lágrimas en el rostro, confirmamos con tristeza, que era justo pedirle a la Virgen lo que habíamos conversado ese mismo día en la madrugada.

El padre Javier murió el 20 de agosto. Cinco días después del cumpleaños de su hermano; ocho días después del mío.

Cuando aún gozaba de plenas facultades, el padre Javier, al ser diagnosticado de Alzheimer, dejó por escrito su voluntad en cuanto a la disposición de sus bienes y comunicó a su hermano como quería que fueran sus honras fúnebres. Nada de ostentaciones. Pocas flores en una ceremonia sencilla en la iglesia de Santa Eulalia —en la que celebró su primera misa cuando llegó a Palma en los años ochenta— pasando luego, a descansar sus restos mortales, en un humilde nicho en del Cementerio Municipal. Todo eso fue respetado al pie de la letra; sin embargo, sin que mediara intervención alguna por parte de su hermano, hubo algo que definitivamente no fue previsto por el padre Javier y que hizo que todo lo demás fuera de gran envergadura y gran suceso en la isla. El amor que todo el mundo le tenía.

Su cuerpo tuvo que estar varios días en el tanatorio, esperando el arribo de

allegados de él y del padre Juan Carlos. Venían de cuanto lugar uno se pueda imaginar. Francia, Italia, Serbia, Portugal; y por supuesto que de diferentes lugares de España. No pudo faltar la cobertura de la prensa local y la asistencia de una infinidad de pequeñas delegaciones de vecinos de todas las localidades de la isla: Inca, Pollensa, Manacor, Alcudia, Capdepera, por nombrar algunas. Fue impresionante.

Tengo que admitir que, en un principio, ni por la cabeza me pasaba que la muerte del padre Javier pudiera ocasionar algún cambio en mi vida y en la de Guadalupe, pero al final de cuentas, así fue como sucedió. En la segunda semana de setiembre, el sábado por la mañana, estando Guadalupe y yo todavía en la vieja imprenta, pues ese fin de semana ya habíamos decidido que lo íbamos a usar para descansar, nos tocó la puerta un emocionado y agitado Malaquiel.

Viendo la fuerza y la forma tan insistente en que golpeaba y que gritaba el nombre de Guadalupe, ambos bajamos las gradas para abrirle de inmediato.

—Dice el padre Juan Carlos, que le urge que vaya, doña Guadalupe. Dice que encontró la otra parte del corazón. Que vaya de ser posible hoy mismo. Si puede, ya —agregó, sumamente agitado, tomando aire.

—¿Del corazón? —preguntó Guadalupe, mirándolo perpleja, aún sin comprender, ya que aún estaba medio dormida.

—¿El de la Virgen de la gruta? —pregunté yo.

Don Malaquiel miró para un lado y para el otro de la calle y respondió bajito, como en secreto: —Si don Leonardo. El de la Virgen de la gruta.

—¿No? ¡En serio! —Exclamó Guadalupe, comprendiendo por fin a lo que se refería—. ¡No lo puedo creer!

—Sí, doña Guadalupe. Por eso es por lo que el padre quiere que vaya ahora mismo. Para que la vea —replicó don Malaquiel, aún en voz baja.

—Dígale al padre Juan Carlos que nos vamos a duchar y que en pocos minutos estamos ahí.

Ambos nos duchamos y alistamos lo más pronto que pudimos. Antes de salir Guadalupe guardó unas pocas herramientas en su bolso y cumplidos exactamente cuarenta y cinco minutos, ya estábamos tocando la puerta de la casa del padre Juan Carlos.

—Buenos días, padre.

—Buenos días, muchachos. ¡Que dicha que vinieron tan rápido! ¡No saben lo emocionado que estoy de haber encontrado la otra parte del corazóncito! ¡Y sobre todo donde me lo vine a encontrar, muchachos! —agregó, visiblemente emocionado.

Guadalupe y yo estábamos más que intrigados. ¿Dónde estaba escondida o guardada la particular piedrecita, de la cual no habíamos descubierto el más

mínimo rastro?

—¡No me lo van a creer!

—¡Por Dios padre!, no nos tenga en ascuas —le suplicó Guadalupe—. Por favor, díganos en donde fue que la encontré.

—¡En la Biblia de Javito! ¡Ahí fue donde la encontré!, Guadalupe —exclamó, con su rostro radiante de felicidad—. Seguro Javito la junto cuando se desprendió, o se percató que la gemita estaba por caerse y la guardó dentro de su Biblia para que no se perdiera o no se le olvidara. ¡Quién sabe cuántos años tiene de estar ahí guardada! En la primera carta de San Pablo a los corintios...

—¿Capítulo trece, versículos del cuatro al trece? —pregunté, interrumpiéndolo.

—Sí, Leito. ¡Es increíble! ¡Exactamente ahí es donde estaba! ¿Cómo lo adivinaste?, —respondió incrédulo, pelando los ojos—. La piedra estaba colocada precisamente en esa parte de la epístola, Leo.

—¿De verdad, padre? —le pregunté, al tiempo de que Guadalupe, sorpresivamente caía al suelo, sin siquiera darnos tiempo de sujetarla.

En medio del susto, a como pudimos, tratamos de que recuperara el conocimiento. El padre Juan Carlos se fue corriendo al cuarto de baño y trajo un vaso con agua y un frasco de alcohol, con el que empezó a frotarle el cuello. Cuando por fin vimos que abrió los ojos, la levantamos entre ambos y la recostamos en el sofá.

—¡Por todos los santos, muchacha! ¡Qué susto nos has dado! —Le reclamó con cariño el padre Juan Carlos, al tiempo que yo también recuperaba el aliento—. Seguramente fue por venirte con el estómago vacío.

—Sí, padre. Creo que tiene razón. Leonardo y yo salimos tan rápido que no tuvimos tiempo de desayunar —respondió Guadalupe, aletargada, mientras yo la tenía tomada de la mano y le acariciaba tiernamente la frente. Fue en ese preciso instante en que ambos supimos que nada de eso, ni de lo que habría de suceder en adelante, sería fruto de la casualidad.

—Bueno, entonces para empezar, yo mismo voy a prepararles un buen desayuno. Después de todo es culpa mía. Por haberlos hecho venir tan temprano. Luego bajamos y vemos lo de la imagen. Hay más tiempo que vida. ¿Les parece?

—Si padre. ¡Claro que nos parece! —respondí por ambos.

—Sí, es cierto. Es una excelente idea. Lo mejor es que desayunemos primero. El padre tiene razón —agregó Guadalupe, incorporándose despacito.

Después de desayunar y de descansar un ratito para que Guadalupe se sintiera del todo repuesta, bajamos al sótano. Cuando ya estábamos en el umbral del túnel el padre Juan Carlos titubeó:

—¿Saben qué, muchachos? Algo en mi corazón me dice que hoy, en especial, sólo ustedes dos pueden atravesar esta puerta. ¿Entienden a lo que me refiero?

Guadalupe y yo nos volvimos a ver y una vez que escudriñamos nuestras miradas, buscando un acuerdo, ella respondió:

—Si padre, creo que tiene razón.

Encendimos las luces y empezamos a recorrer el túnel en completo silencio. Un silencio que no era un silencio incomodo, ni un silencio misterioso, mucho menos angustiante. La paz era tal, que yo, metafóricamente hablando, la sentía revoloteando a nuestro alrededor, rosando con sus alas blancas nuestras cabezas.

Cuando por fin llegamos a la gruta, nos postramos en idéntica posición que la primera vez. Guadalupe sacó de su bolso las herramientas y junto con estas el pequeño pañuelo en el que el padre Juan Carlos había envuelto el hermoso rubí.

—Es mejor que encendamos una vela como la otra vez —propuso.

Y sí, igual que la primera vez, encendimos la velita, y cerramos la puerta para contemplar brevemente los destellos del pequeño vitral. Luego Guadalupe la abrió y de inmediato empezó a trabajar.

Gracias a que ella había dejado todo previsto, solo tuvo que montar por la parte trasera de la puertita el pequeño ventrículo y empezar a revisar que calzara de la forma más perfecta posible. Mientras Guadalupe ajustaba las venas, yo la observaba emocionado, sintiendo como si entre ambos, en ese místico momento, le estuviéramos haciendo una delicada operación a corazón abierto a la imagen de la Virgen María; y porque no admitirlo: en mi caso, recordando con vivo detalle todo lo que en su oportunidad me había sucedido aquella noche santiagueña a orillas del río Mapocho. Era innegable que ambos sucesos, por gracia divina, tenían una estrecha relación. Concordancia que en escasos segundos nos sería revelada.

—Creo que ya estamos —dijo por fin Guadalupe, después de invertir varios minutos en una meticulosa y concienzuda revisión. Dicho eso, una pequeña gotita de sudor se deslizó lentamente por su sien derecha.

—¡Qué dicha! —respondí—. Cerrémosla para ver como se ve — y la empujé hasta que hizo clic con el receptor.

—¡Linda, verdad!

—Sí... muy linda —repuse—. ¿No crees que sería bueno que hiciéramos una pequeña oración?

—Sí. Es una buena idea. Hagámosla.

Cerré mis ojos y empecé a orar en voz alta, dando gracias por todas las bendiciones que Guadalupe y yo habíamos recibido, pidiendo por el trabajo que estábamos haciendo en la Seu, por nuestras familias, por nuestros amigos, y la

concluí pidiendo por el alma del padre Javier. Luego continué con una oración íntima, suponiendo que Guadalupe haría lo mismo. Pasado un momento, teniendo los ojos cerrados, sentí que su mirada acariciaba mi rostro. Los abrí y en efecto: Guadalupe me observaba fijamente.

—¿Sí? —le pregunté.

Ella guardó silencio

¿Qué pasa? —le volví a preguntar.

Sus ojos me estaban diciendo algo que yo en ese momento no intuía, o que por lo sucedido la primera vez, no tenía el arrojo de concretar.

—¿Saldrías corriendo? ¿O no? —me atreví a preguntarle.

Ella bajó la cabeza con timidez y tampoco respondió a esas preguntas.

Tomé su barbilla, la levante con suavidad y me acerqué hasta que mi rostro quedó a escasos centímetros del suyo. Su cabeza, iluminada por los destellos del pequeño vitral, se movió muy, muy lentamente de un lado al otro de una forma casi imperceptible.

Muchos, muchos años atrás, en un pasado muy lejano, yo ya había descubierto lo que ese gesto realmente significaba.

—¿Y qué pasó? ¿Cómo les fue? —preguntó el padre, al vernos salir, minutos más tarde.

—Como siempre padre: un trabajo impecable —le respondí.

—¿Y? —repetió, abriendo los brazos, como quien pregunta por más detalles.

—No, padre. Todo bien. El rubí calzó a la perfección. Le aseguro que no pudo haber quedado mejor —le dijo Guadalupe por su parte.

—¿Y qué más? —insistió impaciente el padre Juan Carlos.

—Nada más, padre. Nada más —respondimos al unísono, con una sonrisa y una cara de felicidad que no necesita mayor explicación.

—¡Aaaah, ya veo! —Exclamó, con una sonrisa y mirada cómplices—. ¡Bendito sea Dios!

—Creo que antes de que algo más suceda, tu y yo tenemos muchas cosas importantes de que hablar —me dijo Guadalupe, aferrándose a mi brazo con ambas manos, luego de que salimos a la acera e íbamos de regreso a la imprenta.

—Sí. Es cierto. Por dicha que tenemos todo el fin de semana para hacerlo —le respondí.

A veces hay confesiones que definitivamente no estamos preparados para escuchar. No porque sean increíbles o impresionantes, sino porque, simplemente, a uno, ni por la mente le cruza, que pudieran haberle sucedido a esa persona a la que consideramos tan especial, tan ecuaníme y tan centrada. Eso fue lo que me ocurrió aquel fin de semana con Guadalupe Recinos.

—¿Qué te parece si vamos a Soller? —le propuse—. Ese sería un buen sitio

para hablar. Francamente no me sentiría bien en un lugar tan desordenado e incómodo como el que tenemos en la imprenta. Además: lo que quiero contarte es muy importante y me gustaría que fuera en un ambiente más agradable. ¿Te parece?

—Sí. Tienes razón. ¿Qué te parece si primero pasamos por algo de ropa? — me propuso.

—No; no hace falta. Vámonos así nomás. Sin nada.

—Bueno, Leo. Está bien —respondió Guadalupe. Aunque no muy convencida.

En el tren fue poco lo que hablamos de lo sucedido en la gruta. Nos dedicamos más a disfrutar de ir uno junto al otro, abrazados, disfrutando del paisaje, tomándonos de la mano, o besándonos tiernamente (especialmente al pasar por cada túnel). Cuando llegamos a Soller, tomamos igualmente el tranvía hasta el puerto y caminamos un buen trecho por el paseo marítimo. Andábamos buscando un restaurante tranquilo donde poder hablar con calma. Al final, para no perder demasiado tiempo, nos inclinamos por uno que tenía unas mesitas algo reservadas, pero sin perder la vista panorámica del puerto. Una sangría, un zumo de naranja y un par de brochetas, fue lo que ordenamos para empezar.

—¿Supongo que tía Zulay ya te contó lo de Julio? —me dijo.

—No creas. Doña Zulay en un principio no me contó mayor cosa. Más bien fue Andrés. Pero fue porque yo se lo sonsaque precisamente el día que vinimos aquí, a Soller. Tu tía sólo me contó que había algo muy importante que te había sucedido cuando estabas por salir de la secundaria, pero que era algo que tú misma tendrías que contarme. Y créeme, tampoco fue que Andrés me contara mucho. Sólo me dijo que perdiste a tu novio en un accidente de tránsito. Ah, y también me contó que desde que te conocen, él y Lorena te han presentado a algunos de sus amigos, pero por lo visto, tú siempre les encuentras algún defecto.

—Sí... es cierto —admitió Guadalupe, al tiempo movía los cubitos de hielo con el popote—. La verdad es que esto es algo de lo que me cuesta mucho hablar —agregó—. Lo que mis familiares y amigos saben, sólo es una parte. Lo que realmente sucedió, es algo que sólo mis papas y mis hermanos conocen. De eso es de lo que tengo que hablarte. Quiero que hoy sea el día en que abramos nuestros corazones y sanemos nuestras heridas. Sólo así, creo, podríamos empezar bien las cosas.

—¿Y...? ¿De verdad te sientes preparada para compartir eso conmigo? —le pregunté, tomando sus manos entre las mías.

—Sí, Leo. Creo que sí —respondió, mirándome a los ojos con algo de angustia—. Pero creo que sería mejor que tú empieces. Tal vez así me resulte

más fácil.

—Tienes razón. En este caso no aplica eso de: primero las damas. Al contrario. Yo también tengo una larga historia que contarte.

Empecé desde el puro principio: regresando al día en que Eduardo me llevó al pabellón de Artes, para que viera por la ventana a Carmen Otárola bailando bailes típicos en su clase de música. De ahí le conté todo corrido hasta que llegué a aquel funesto día en que me terminé acostando con Marcela Solano.

—¡Qué barbaros! ¡Eso fue una canallada! ¿Cómo pudiste?

—Era un mocoso, Guadalupe. Que te puedo decir. Aparte de esa justificación, nunca tuve otra. Sólo pude encontrar una mejor cuando ya habían pasado muchos años de eso. Carmen y yo estábamos destinados a recorrer diferentes caminos. Contra el destino no hay nada que hacer. Es inexorable, al igual que el tiempo.

—¿Entonces? ¿Al final terminaste siendo el novio de su mejor amiga?

—No, que va. Esa fue la primera y única vez que estuve con Marcela Solano.

—¿Por qué? ¿Qué pasó?

—Me resulta incómodo contártelo, pero creo que tú puedes comprenderlo, sin pensar en que en nuestra relación pueda sucederme lo mismo. Por eso te lo voy a contar, y también porque de eso hace ya mucho, mucho tiempo, era mi primera vez, y era un mocoso. Un inmaduro.

—Adelante; te escucho —me dijo apoyando sus codos sobre la mesa y posando su barbilla sobre sus dedos entrelazados.

—Pues resulta que esa misma tarde, Marcela me hizo echado de su casa sin la menor explicación —proseguí—. Eso después de que hicimos el amor y sin explicarme nada de nada. Simplemente se echó a llorar y me suplicó que me largara.

—Supongo que por el remordimiento.

—Supones mal. La respuesta a ese enigma fue algo que descubrí bastantes, pero bastantes años después; mientras tenía relaciones con una novia llamada Rita Susana Rojas. Una chica que conocí cuando estaba trabajando en la contabilidad de una maquiladora de jeans.

Resulta que la segunda vez que hicimos el amor, Rita, en pleno orgasmo, me susurro al oído: “¡Que rico Ricky! ¡Qué rico que me lo haces mi amor!

—¿Que?

—Sí, Guadalupe, así como lo oyes. Ese día: cuando escuche eso, fue como si me trepanaran el cráneo y me metieran un cable de doscientos veinte directo al cerebro. Es día, ¡por fin!, descubrí que eso fue exactamente lo que yo le había hecho a Marcela Solano en aquella remota y triste tarde de invierno. Esa era la razón: no era con ella con la que estaba haciendo el amor esa tarde, sino con

Carmen Otárola. ¡Y yo de bruto ni siquiera me di cuenta!

Lo divertido fue que después de que escuche a Rita decirme Ricky, como le decía ella a su exnovio, que se llamaba Ricardo, no sabía qué hacer: si mandarla para el carajo o comérmela a besos. Al final no pasó nada. Simplemente la abracé y no le hice el más mínimo comentario. Pobrecita. Por otro lado: realmente en lo que terminé pensando en ese momento fue en el mal rato que hice pasar a Marcela Solano. Pero diay, ¿Qué te puedo decir? Al final de cuentas a los dos nos tocaría pagar el precio de la maldad que le habíamos hecho a la pobre de Carmen. Cada uno a su manera.

—¿Y entonces que pasó?

—¡Entonces pasó que todo se fue al carajo! No vez que termine confesándole todo a Carmen Otárola. ¡El muy imbécil!

—¡No!

—Sí, Guadalupe. Y te puedo jurar que fue una de las cosas más tristes, más dolorosas y más ruines que he hecho en toda mi vida: destrozarle el corazón a la persona que confió en mí y que se ilusionó pensando en lo especial y lo bueno que yo era con ella. Claro, después de eso pasé veinticinco años como alma en pena; pagando por el estúpido error que cometí ese día. Eso fue lo que sucedió, Guadalupe: pasé veinticinco años de no poder perdonarme esa estupidez que cometí cuando era apenas un mocoso, un chiquillo.

Cuando le dije eso, Guadalupe cambió completamente el semblante y un silencio luctuoso e incómodo, la invadió por completo.

—¿Y cómo fue que lo superaste?, —me preguntó, levantando su rostro visiblemente entristecido— Por qué lo superaste ¿O no?

—Te soy franco, Guadalupe: Yo sólo, nunca, nunca lo llegue a superar. Para hacerlo tuve que recibir una ayuda muy especial.

Y de seguido le conté, también desde el principio, lo que me había sucedido en agosto del 2008, allá: en el Cerro San Cristóbal, en Santiago de Chile. Todo con lujo de detalles; desde la frase que le escuche decir a María Ester por la radio, en el Desayuno Azul, antes de partir para Chile, hasta lo de las voces en el cerro y lo que me sucedió sobre uno de los puentes que cruzan el río Mapocho. El río místico como me gusta llamarlo.

—¿Comprendes la relación que tiene todo eso con lo que nos sucedió hoy en la gruta, y también con lo de la primera vez?

—¡Es increíble, Leo!

—Si, Guadalupe. Sé que suena increíble, pero es la verdad —repuse—. Eso fue lo que sucedió. En un principio lo de Santiago lo consideré un milagro, luego, con el paso de los años, empecé a cuestionarme si realmente había sido un milagro. A veces llegue a pensar que todo fue simplemente el fruto de mi

imaginación. Sobre todo, al ver como mi matrimonio, conforme pasaba el tiempo, iba más y más en caída libre. Ahora veo cual era el propósito.

Como dice doña Zulay: el tiempo de Dios es muy diferente al nuestro.

En cuanto a lo demás ya te conté todo lo que pasó. Laura y yo, tarde o temprano, íbamos a terminar muy mal. Era sólo cuestión de tiempo para que uno de los dos terminara haciendo una estupidez o una locura. Y al final de cuentas, si lo piensas bien: yo fui el que la terminó haciendo. Dejando a Laura y a mis hijas votadas, y huyendo como un loco, como un cobarde.

—No, Leo. Tampoco lo veas así. Yo creo que tienes razón. Muchas veces, en situaciones difíciles, las personas terminamos haciendo locuras de las que después nos arrepentimos, y que también se arrastran para toda la vida. Al final de cuentas, tal vez eso era lo mejor para tu familia. Y también era el camino para que tú y yo llegáramos a estar hoy aquí, juntos.

—Sí, Guadalupe. Eso es lo que pienso —suspiré, mientras caminábamos nuevamente por el paseo marítimo, ya entrada la tarde—, que ahora todos estamos mejor que antes. Yo sé que a mis hijas les hago mucha falta, al igual que ellas a mí, pero me conforta saber que ya no están escuchando las constantes peleas que Laura y yo protagonizábamos. ¡Y eran bien bravas!

De lo económico ni me preocupo. Aunque les deje dinero suficiente, sé que ellas, al lado de sus abuelos, ni siquiera lo van a necesitar.

—Sí... eso también es importante. Aunque a uno no le parezca, Leo.

—Bueno. Eso es todo. Creo que de mi parte eso es lo que tenía que contarte. Ahora te toca a ti.

—¿Estás seguro de que no te falta nada? —repuso, como quien trata de hacer tiempo antes de afrontar a una ineludible cita con el verdugo.

Lo repasé todo un momento.

—Bueno, pensándolo bien creo que hay algo que no te he contado y es bastante importante.

—¿Qué? —me preguntó, más con alivio que con curiosidad.

—Que antes de venirme para acá, contacte a la hija de Carmen Otárola: Alexa Guerrero. Me di cuenta de que ella es dueña de una floristería en Heredia, una de las siete provincias de Costa Rica, y que precisamente allí es donde vive ella con sus papás y con su hermano.

Llegué una mañana a su negocio y le dejé una caja, sin que ella supiera quien era yo, indicándole que era para que se la entregara a una persona muy especial junto con un arreglo floral. La idea es que se lo entregue a Carmen para cuando cumpla los cincuenta años. No sé si me entiendes, pero fue mi forma de hacer un cierre ya definitivo de mi historia con Carmen Otárola.

—¡Que tierno de tu parte, Leo! —me dijo, posando su mano sobre la mía—.

Créeme, lo entiendo mejor de lo que tú crees. Eso no es algo que me pueda poner celosa. En nuestro pasado siempre van a haber personas importantes que nunca vamos a poder olvidar.

—Supongo. La verdad no lo sé. Fue algo que me nació del corazón y no tengo la menor idea de cómo va a tomárselo Carmen cuando Alexa se lo entregue. Si es que lo hace.

—No veo porque no.

—Pues ojalá que se lo tome a bien, porque no fue mi intención hacer algo malo. Simplemente quise dejarle un detalle para que sepa que, a pesar de todo, ella ha sido una de las personas más importantes en mi vida.

Guadalupe, guardó silencio tras mis últimas palabras. Durante ese pequeño momento, ambos contemplamos un velero que pasaba lentamente, cortando como mantequilla un horizonte dorado con delicados y sugestivos encajes de intenso carmesí.

—¿Sabes porque te conté todos esto sin guardarme nada, Guadalupe? Porque estoy seguro de que tú tienes una historia muy parecida a la mía. Porque sé que tú sabes lo que es pasar años pensando en alguien. Porque tú misma lo dijiste: es la única forma de empezar bien las cosas y de sanar nuestras heridas. De lo contrario, ni loco te hubiera confesado nada de esto.

Dada la hora, ya era tiempo de tomar una decisión: regresábamos a Palma o reservábamos una noche en un hotel para regresar el domingo. Al final, después de acordar que no tendríamos intimidad durante esa noche, y de ser posible durante algunos días, optamos por lo segundo y nos alojamos en un pequeño hotel que tenía una marcada tendencia griega en su arquitectura y también en su decoración. Era apenas de tres plantas y estaba cerca de la marina, subiendo un poco por la avenida de los almendros, por lo que se podía apreciar tanto el puerto, con su peculiar forma de champiñón, como el mar abierto, con su cautivador e inescrutable azul profundo.

Después de cenar, bajamos de nuevo a la orilla de la playa y dimos un breve paseo para conocer algo del ambiente nocturno de puerto Soller. No mucho tiempo después, ya estábamos de nuevo en nuestra habitación.

—Como dijo un pequeño elefante por ahí: soy todo oídos —le bromeé, esperando que por fin me contara su historia.

Ambos estábamos sentados en unas sillitas de madera pintadas de blanco, que tenía el balcón de nuestra habitación. Guadalupe subió los pies sobre el asiento y abrazó sus rodillas con fuerza, al tiempo que miraba fijo la oscuridad de la noche. Tal vez buscaba una pequeña luz que la llevara a puerto seguro en medio de la noche oscura. No sabía cuál iba a ser mi reacción y se sentía temerosa de contarme su historia.

Después de un largo silencio, bajo los pies, se deslizó del asiento arrodillándose y dio media vuelta quedando justo a un costado de mis piernas. Luego se sentó en el suelo con las piernas dobladas a un lado, reclinó su cabeza sobre mi pierna y dijo:

—¿Sabes por qué, cuando veníamos para acá, te pregunté si querías que fuéramos a recoger algunas cosas?

—No. No lo sé —le respondí, poniendo cara de extrañeza.

—No lo hice pensando en traer más ropa o un vestido de baño. Ni tampoco dinero —aclaró mientras jugueteaba con los dijes de sus pulseras—. Lo hice pensando en que, si nos quedábamos a dormir aquí, me harían mucha falta mis antifaces.

—¿Tus antifaces? —pregunté, aún más confundido.

Guadalupe no respondió nada. Simplemente se dedicó a sacarse las pulseras que tenían las piedritas de jade y las bordadas en macramé que tenían las medallitas con la Virgen de Guadalupe.

—¿Qué crees que es esto? —me preguntó, mostrándome, inusualmente desnuda, su muñeca derecha.

—¿La cicatriz de una cortada? —respondí—. Supongo que te cortaste con algún vidrio —agregué, luego de verle una delgada línea que atravesaba de lado a lado la parte interna de su muñeca.

—¿Y si vez las dos manos juntas? ¿Qué piensas?

Cuando vi ambas cicatrices juntas, me deslicé lentamente de mi asiento, hasta quedar ambos sentados en el suelo. La abracé fuerte contra mi pecho y le besé la frente mientras acariciaba su cabello.

—Debiste de amarlo mucho.

—Sí, Leo —me respondió con voz queda, tranquila, débil, pero sin llanto—. Julio fue mi primer novio; mi primer gran amor. Realmente lo llegué a amar con todo mi corazón. Él era tres años mayor que yo y empezamos de novios cuando yo tenía apenas catorce años. Para cuando él entró a la universidad, yo todavía estaba en la secundaria.

—¿Y que fue exactamente lo que les sucedió? ¿Cómo fue que pasó lo del accidente?

—Ahí está el problema, Leo. Durante mucho tiempo yo cargué injustamente con el remordimiento de haber provocado la muerte de Julio. Al final de cuentas si tuve parte en todo lo que sucedió. Y una buena parte. Pero no como para pensar como pensé durante todos esos años: Que yo prácticamente había asesinado a mi novio. Sé que ahora suena absurdo, pero en esa época, en el estado de nervios en que quedé después del accidente, no lo parecía tanto. Cuando uno está joven, y le sucede algo así: el mundo se le viene encima y no

hay quien aguante el remordimiento. ¿Me entiendes?

—¡Claro que sí, mi amor!, ¡claro que te entiendo! —le respondí—. Yo soy un experto en remordimientos. Te lo puedo jurar que sí. Lo que no entiendo es porque llegaste a sentir esa culpa. ¿No fue un accidente?

Guadalupe se levantó y dio un par de pasos para reclinarsse en la baranda el balcón. Yo hice lo mismo.

—Los papás de Julio, al igual que los míos, son gente acomodada, Leo. Sus papás, apenas ingresó a la universidad, lo primero que hicieron fue comprarle su primer auto. El carro de sus sueños: un Ford Mustang Clásico 1967, rojo; con rayas blancas y aros cromados, estéreo y asientos de cuero.

—¡Un chuzo!

—Sí, Leo... un chuzo. Un maldito chuzo, diría yo. Un chuzo que al final de cuentas, por nuestra irresponsabilidad, terminó retorciéndose y destruyéndose como nuestro futuro. Un futuro que soñábamos disfrutar juntos.

—Este anillo, me equivoco, o es su anillo de compromiso —le pregunté, tomando entre mis dedos la cadena que llevaba en su cuello.

Si... así es. Fue ese mismo día, cuando pasaron las cosas.

Luego de una breve pausa continuó:

—Yo sé que no conoces Monterey, ni sus alrededores, pero para que entiendas: no muy lejos de mi casa, a unos ciento cincuenta kilómetros hay un pueblo llamado Granizo de Baja Gracia, aunque la mayoría de la gente le dice simplemente Baja Gracia. Ahí todos los años el municipio organiza unas fiestas a mediados de enero. No son fiestas patronales, sino una conmemoración de lo que llaman la toma de la hacienda, que es un asunto que tiene que ver con una rebelión campesina contra un terrateniente apodado El Melchor. Eso fue algo que sucedió a principios del siglo pasado, pero no sé exactamente la fecha. Supongo que fue en el mes de enero.

Como te imaginaras, y supongo que en Costa Rica es igual, después de terminadas las celebraciones de la navidad y las de fin de año, como que a los jóvenes siempre les hace falta seguir con la fiesta, pero alejados de la familia. ¿Me entiendes? Pues en Baja Gracia tienen dos semanas completas de relajó con licor, conciertos en los palenques, camisetas mojadas, drogas y sexo. Casi que a la libre. Ahí es donde terminan yendo la mayoría de los jóvenes de Monterrey durante esos dos fines de semana.

—Y tú y Julio no fueron la excepción —agregué.

—Sí, Leo, desgraciadamente. Y ahí fue donde todo sucedió.

—Por lo que deduzco, Julio venía tomado.

—Sí, totalmente.

—Y chocaron.

—Sí, pero las cosas no sucedieron como te lo imaginas. Ni tampoco como mis papás y yo se las contamos a los demás. Mi papá sobornó a varias personas para que todo quedara de esa forma. Esa fue la versión oficial.

—¡Malditas versiones oficiales!, —renegué, golpeando con el puño la baranda—. ¿Por qué pasan esas cosas? ¡No entiendo, Guadalupe! ¡No entiendo!

Guadalupe se volvió hacia mí con los ojos acuosos. Luego, con dificultad, tratando de dibujar una sonrisa en su rostro respondió:

—Yo, al igual que tú, Leo, tampoco lo pude superar sola. Y le dio un beso a una de las medallitas de la Virgen de Guadalupe—. Ese año, la Virgencita me salvó la vida dos veces.

Esa noche nos dieron las dos de la madrugada conversando. Guadalupe me contó como sucedió todo. En efecto: A Julio Acosta, su primer y único novio, se le fue la mano con los tequilas y esa fatídica noche no estaba en condiciones de manejar. Por otro lado, ella apenas y estaba aprendiendo a conducir con el carro de su mamá y no se atrevía a tomarse la responsabilidad de llevarse el carro los ciento cincuenta kilómetros que los separaban de su casa. Al final, por la insistencia de Julio, y porque estaba que casi no se podía mantener en pie, ella se puso al volante.

Después de veinte minutos de viaje, aunque no había tomado nada de alcohol, a Guadalupe le ganó el sueño. Julio no llevaba el cinturón de seguridad y para peores había reclinado el asiento para dormir la borrachera. Después de unos escasos segundos de cerrar los ojos por el sueño, un par de luces radiantes, como las llamas del mismo infierno, la segaron por completo. Cuando volteó el rostro, en fracciones, milésimas de segundo, antes de perder el conocimiento, vio el cuerpo de Julio chocar como un látigo contra el tablero y el parabrisas del vehículo. Cuando despertó en una cama de hospital, ya habían pasado dos semanas. A Julio lo habían enterrado escasos dos días antes.

Después de salir del hospital vino el calvario: pesadillas, convulsiones, desmayos, fobias. Entre ellas: una fobia a la luz, no por sensibilidad ocular, sino por el trauma que le sobrevino al ver las luces del furgón; unas de las últimas imágenes que percibió su cerebro esa fatídica noche. Así fue como adquirió la manía o imperiosa necesidad de dormir todo el tiempo con antifaces.

—No es que tenga un problema en la vista, Leo. El problema es que pasé meses completos en que, por las noches, lo único que veía, aunque tuviera los ojos cerrados, eran las dos luces del tráiler segándome por completo. No tienes idea de lo impresionante que es eso. Las luces de un monstruo de esos prácticamente encima tuyo.

Pero yo, aunque no se lo dije en ese momento, gracias a las locuras de Laura, si lo sabía.

A eso de las dos de la mañana:

—Y que más.

—Creo que nada más. Ya te lo conté todo.

—Mm, no sé. Creo que ahora eres tú la que esta ocultando algo. Estoy seguro.

Guadalupe dudó un instante.

—¿A que te refieres?

—Me refiero lo de tu desmayo. ¿O crees que yo, al igual que el padre Juan Carlos, creí que te desmayaste por falta de un buen desayuno? ¡Qué va Guadalupe! Ahí hubo algo más; y sé que es algo muy importante. Lo que no entiendo es por qué te da pena contármelo. Sobre todo, después de todo lo que ha pasado hoy.

—Hoy no ha pasado mucho. Ya es domingo; son las dos de la mañana —me respondió en son de broma.

—Sabes bien a lo que me refiero.

—Es que no es fácil... Para una mujer no es fácil decir estas cosas —se quejó, sabiendo que no le quedaba más remedio que continuar.

—Bueno, está bien. Te lo voy a contar, pero espero que no te lo tomes a burla.

—Si tú no te burlaste de mis intimidades, ¿por qué lo iba a hacer yo de las tuyas? —le repliqué tomando sus manos; besándolas.

Bueno, Leo —tomó aire y empezó—: el último día que estuve en la gruta, después de restaurar la imagen de la Virgen, le pedí algo muy específico: le dije que ya me sentía preparada para entablar una relación duradera y definitiva. Algo serio; algo formal. Por eso, arrodillada y bajo los destellos de una velita, le suplique que me permitiera encontrar, ya, definitivamente, el segundo gran amor de mi vida. Sé que suena tonto, pero si he de ser franca, eso fue lo que le pedí a la Virgencita de la gruta. ¡Lo que no me esperaba es que se lo tomara tan en serio! —agregó, sonriendo—. ¡Y mucho menos que me lo presentara precisamente en ese mismo lugar!

—¡Ya sabía yo que había algo más grande y más fuerte detrás de todo esto! ¿Por eso fue por lo que saliste corriendo y también por eso fue lo del desmayo?

—Sí, pero lo del desmayo fue también por otra cosa.

—¿Por cuál?

—Por lo de “la supremacía del amor”, Leo. Por eso. No sé si lo sabes, o si lo recuerdas, de eso hace ya varios años, pero cuando el príncipe Felipe y Leticia Ortiz se casaron, la lectura que escogieron fue precisamente esa: la primera carta del aposto San Pablo a los corintios. ¿Lo recuerdas?

—Sí, por supuesto que lo recuerdo, Guadalupe. Por cosas del destino, o,

mejor dicho: de Chiquinquirá, esa lectura también fue una parte importante en mi matrimonio con Laura —le respondí, condimentando mis palabras con una cucharadita de nostalgia.

—Pues, aunque no me lo creas, Leo. Ese día, el 22 de mayo del 2004, mientras escuchaba a la abuela de Leticia Ortiz, haciendo una lectura maravillosa de esa carta, me prometí, sin tener la menor duda, que esa sería la lectura que escogería para el día de mi boda. ¿Ahora entiendes porque me impresioné tanto? ¡Fue tanta la coincidencia! Mi suplica a la Virgen en la gruta, tu llegada, el que te animaras de esa forma tan imprevista a darme un beso exactamente ahí. Que apareciera la otra parte del corazón de la Virgen, y que el padre Javier la hubiera guardado precisamente en esa parte de la Biblia. ¡Eran demasiadas cosas juntas!

Estábamos sentados sobre la cama. Le tomé ambas manos, le bese la parte interna de sus muñecas con ternura y luego la acerque y la acurruqué contra mi pecho susurrándole:

—Sí, Guada, podría ser. Pero a mí lo que más me sorprende es que los dos hallamos pasado tantos años cargando con esos remordimientos. Tú de una forma y yo de otra. Eso es lo que no entiendo. ¿Por qué tanto tiempo cargando con esas cruces? ¿Por qué, un par de errores de nuestra parte, terminaron inclinando la balanza durante tantos años?

—No sé, mi amor —me dijo por primera vez—. Tal vez nos sucedió lo mismo que le sucedió a la imagen de la Virgen.

—¿No entiendo, Guadalupe? ¿A qué te refieres?

—Me refiero a que tal vez los dos nos confundimos tratando de descubrir la supremacía del amor en el lugar y en el momento equivocados. Sin saber que Dios tenía un lugar y un momento específico para la restauración total y definitiva de nuestros corazones.

¿Sabes porque pienso eso? Porque cuando el padre Juan Carlos me pidió que restaurara ese pequeño vitral, yo sabía que el trabajo no estaría terminado hasta que apareciera la parte del corazón que nos estaba haciendo falta. Ese día comprendí, y por eso se lo perdí a la Virgen, que necesitaba encontrar por fin mi otra mitad, la que me estaba haciendo falta.

Yo dibujé una sonrisa en mi rostro.

...

—No pienses mal. No me estoy burlando de lo que me acabas de contarme. Estoy sonriendo, que es diferente. Sonrío porque me encantó escuchar lo que me acabas de decir: “Mi amor”. Y también porque que soy tu príncipe azul. Que soy la parte que te hacía falta. Que soy la pequeña piedra preciosa que hacía falta para completar juntos un nuevo corazón. Por eso sonrío, Guadalupe.

Dímelo mirándome a los ojos: ¿En verdad sientes que soy esa persona tan especial que has estado esperando todo este tiempo? —le pregunté, mirándola fijamente y bajando mis lentes muy despacito casi hasta la punta de mi nariz.

Ella se quedó mirándome con sus grandes y profundos ojos negros.

—Sí, Leonardo. Estoy completamente segura. Me he enamorado perdidamente de ti, y de estos tus lindos y melancólicos ojos de nómada nocturno —respondió por fin, colocando de nuevo mis lentes en su lugar—. ¿Y tú, Leo? ¿Tú que dices?

—Lo mismo, Guadalupe. Yo también me he enamorado perdidamente de ti. De tu alma suave, dócil, transparente, plana como una tabla para picar verduras. De tu ternura. De tu belleza. Yo también me he enamorado de esos hermosos ojos. Los ojos negros de la más encantadora y adorable restauradora de corazones rotos.

Nos besamos con tal ternura, que fue como descubrir una nueva forma de respirar. Luego, sin darnos cuenta, con la única ropa que andábamos puesta y sin siquiera abrir las sabanas, caímos en el más relajado, suave y reparador de todos los sueños.

19. La decisión

—¿De verdad que estás segura, Ale?

—No, Susy, no estoy segura. Ojalá lo estuviera.

—¿Y aun así lo vas a hacer?

—Sí, Susy. Yo creo que es lo más justo. ¿O acaso tú no harías lo mismo siendo yo? A ver, dime; piénsalo bien. ¿Lo harías o no lo harías?

—Mmmm, ¡qué cansado, Ale! ¿Cómo me lo preguntas a mí? Supongo que sí. Sí lo haría.

—¡Ves!

—Bueno, ya están todos revisados. Estos dos se vencieron el mes pasado. Y este otro está roto. ¿Saco los tres?

—Sí, pero solo nos comemos los que están cerrados. Este mejor lo tiramos a la basura. Es más, ni siquiera es de chocolate. Cuando dicen: con sabor a chocolate, tienen de todo, menos chocolate.

—Está bien. Va para la basura —respondió Susy, y lo tiró en el depósito.

—¿Y si reacciona mal, Ale? ¿Qué hacemos?

—Tranquila, Susy. Vos nada. En ese caso, la única que tiene que comerse la bronca soy yo. Además: yo no creo que vaya a reaccionar mal.

—¿Y para cuando piensas hacerlo?

—No sé. Pero entre más pronto: mejor.

—Bueno amiga. Ya sabes que para todo este enredo cuentas conmigo.

—Gracias Susy —respondió Alexa, y se fundieron ambas en un fuerte abrazo.

20. Punta Iglesias

Una de esas noches, después de un largo y extenuante día de trabajo en el que tuvimos que desarmar y volver a armar varios andamios, mientras caminaba junto con Guadalupe y Claudia por la puerta sur de la Seu, caí en la cuenta de algo interesante: siempre, sin importar si era de día o de noche, en ese preciso lugar, terminaba fijando la mirada exactamente en el mismo punto: un pequeño cachito de mar que se divisaba entre el muelle y la montañita en donde se encuentra el castillo de Bellver. Por alguna razón, que no sé explicar, mi instinto me decía que justamente en esa dirección estaba Costa Rica (nunca lo llegué a corroborar; era una simple apreciación). Mirando con melancolía ese pequeñito cachito de mar, empezaba a volar con la imaginación; primero por sobre el muelle adentrándome en las aguas azules del mar Mediterráneo, y luego, superado el estrecho, sumergiéndome velozmente, como un enorme y fiero monstruo marino, en el indómito y misterioso océano Atlántico; ya en las profundidades, después de sortear con incontables peligros, de superar el mar de los Sargazos y una que otra isla en las Antillas, llegaba, por fin, embriagado por las tormentas, aturdido por los abismos y calado hasta los huesos de mar y sal, a las tibias y blancas aguas de mi querido y añorado: Puerto Viejo de Limón. Emergía de las aguas repleto de moluscos, algas y mil cansancios sobre los lomos. Ya en tierra, después de despojarme de todos y cada uno de mis lastres, recobraba mi apariencia humana y, como en uno de mis recurrentes sueños, volaba por sobre las montañas pasando sobre ciudades como Siquirres, Turrialba, Cartago y por fin, ansioso, llegaba a provincia de San José. En mi fantasía no llegaba a mi casa ni a la casa de mis padres; tampoco me encontraba con ninguno de mis familiares o amigos, simplemente llegaba a San José y me tendía, exhausto hasta los huesos, a la sombra de un viejo y frondoso higuerón. Ahí era donde terminaba mi quimera: dormido profundamente en medio de sus expuestas y gigantescas raíces.

—Adiós —gritó Claudia, saludando con la mano a don Malaquiel, que cruzaba, abajo, la explanada—. Don Malaquiel, siempre tan simpático.

—Sí. Aunque la apariencia no le ayude, no se puede negar que es toda una ternura —agregó Guadalupe.

—El problema que tiene es que a primera entrada parece medio tétrico. Claro, basta con que empiece a contar alguna de sus historias, para que uno cambie por completo de opinión —añadió Claudia.

—Si usara otro color de uniforme, puede que se vería menos tristón. Lo que le hace falta es un cambio de look —bromeé.

—No es su uniforme, Leo. Es por su devoción a la Virgen del Carmen.

—¿Y vos cómo sabes? —le preguntó Claudia.

—¡Por quien más! Por tía Zulay. Es más, dice tía Zulay que en todos los años que tiene de venir a Mallorca —que no son pocos—, nunca había visto a don Malaquiel con otro color ropa, hasta este año, en que fue de negro al funeral del padre Javier.

—Sí, es cierto, fue la sensación en la iglesia y en el cementerio. La gente no paraba de cuchichear. ¿No se dieron cuenta? ¡Todo el mundo habló de eso en Palma! Nadie se lo podía creer. Dicen que ni para los funerales de sus papás había usado el negro —agregó Claudia.

—¿En serio? Entonces eso quiere decir que don Malaquiel apreciaba mucho al padre Javier.

—Sí, verdad.

Los tres, en silencio, lo seguimos con la mirada hasta que se nos perdió entre un grupo de gente.

—¿Por ustedes, algún amigo, o... qué sé yo, algún novio, hizo algo verdaderamente especial alguna vez? ¿O ustedes por él? —preguntó Claudia.

Guadalupe y yo cruzamos las miradas y después de un gesto de mi parte ella respondió:

—No. No creo.

—¿Y vos Leo?

En ese momento, recordé la súper despedida que me había hecho Magdalena la noche antes de venirme para Mallorca y respondí:

—No. Yo tampoco. Aunque pensándolo bien, sí. Si tengo una: la vez en que Eduardo no me asesinó por vomitarme sobre una historia que llevaba dos semanas completas dibujando. Ese día descubrí que dé a por derecho, Eduardo me quiere casi como a un hermano. Si hubiera sido yo, probablemente le hubiera apretado el pescuezo hasta que se pusiera morado. ¡Ja!

—¿Y eso? ¿Por alguna buena razón te debiste de haber pegado semejante borrachera? —me preguntó Guadalupe riéndose.

—Sí... ese día se casaba una exnovia que yo había querido mucho —le respondí con complicidad—. Entonces me fui y me metí desde las once de la mañana en una cantina que se llamaba Punta de Lanza, allá en Curridabat. Para esa época ya era la única cantina en el cantón que aun tenía de esas rocolas

viejas a las que se les echaba una moneda para poner las canciones. Pasé toda la mañana y parte de la tarde poniendo canciones en inglés como: Killing me softly, Please don't go, Give me a kiss and say goodbye, entre otras. ¡Y por supuesto emborrachándome!

—O sea: ¡Puras corta venas! —repuso Claudia, carcajeándose.

—Poco más o menos —respondí, pensando en lo que podía estar pasando por la cabeza de Guadalupe—. ¿Y vos, Claudia? ¿Qué nos dices?

—Yo creo que por mí tampoco. Así, algo súper especial no, que va. Pero sería muy bonito que alguien hiciera algo bien original por uno, aunque fuera para el funeral, como lo hizo don Malaquiel con el padre Javier —concluyó, tras un suspiro.

—Voy a tener que tomar nota. Para ver si termino haciendo algo realmente especial el día que conozca a la persona indicada —respondí, sin apartar mi vista del horizonte.

Así fue cómo surgió la idea que se concretaría días después con la complicidad de Juanjo y la hermanas Badilla. Gracias a ellos Guadalupe y yo pasáramos nuestra primera noche de amor en Punta Iglesias, en una hermosa casita rodeada de algarrobos, muy próxima a un peñasco sobre el que descansaban las ruinas de una vieja y solitaria atalaya.

Sí... en ese hermoso paraje, sobre una estela, en el jardín, después de una cena bajo la luz de la luna, con velas, buen vino y música romántica, Guadalupe y yo consumamos nuestro pacto de amor.

Fue en esa hermosa noche, mecidos por el viento, entre las más tiernas y dulces frases de amor, extasiados por el canto oceánico de las olas marinas que concebimos a nuestra adorada y única hija: María Ester. Nombre escogido por mí, en honor a la mujer que un día, varios años atrás, en mi querido terruño, me enseñó que se puede escuchar, si se quiere, lo que tiene que contarnos la tristeza.

21. Las mil y una noches de Alexa

Todo sucedió tan rápido y fue tan surrealista, que no tuve tiempo ni de reaccionar. Simplemente quedé pasmado, clavado al piso, como si mis piernas se hubieran transformado en dos enormes y pesados bloques de concreto. Ahí estaba yo: en medio del Son Sant Joan, sintiendo el trepidar de su cuerpo y el sonido de sus, cada vez más intensos y angustiantes, sollozos. La abracé con ternura, pero al mismo tiempo con un terror abrasador, como si al hacerlo, corriera el riesgo de que su cuerpo terminara desintegrándose irremediablemente entre mis brazos; como si fuese un fantasma o una frágil estatua de arena que había llegado esa noche a mi lado, cruzando el Atlántico. En ese momento, dentro de mi consternación, lo primero que pensé fue en darle gracias a Dios por no haber llegado al aeropuerto acompañado por Guadalupe. En su estado, y sabiendo ella todo lo que sabía sobre la historia de Carmen Otárola, no era fácil adivinar si el presenciar este extraño encuentro le hubiera podido ocasionar algún problema de salud a ella o a nuestra pequeña hija, aún en gestación.

Yo, quien se suponía que era el responsable de todo esto, el que había lanzado la pequeña bola de nieve colina abajo, estaba mentalmente abotagado, petrificado; sin poder entender aún la magnitud de lo que había sucedido.

El día en que mis papás me dijeron —con cierto disimulo, por estar Leonora y Camila presentes—, que me iban a mandar un paquete, que, según ellos, pertenecía a las cosas que tenía guardadas en la de la capsula del tiempo, entré en sospechas de que ese comentario tenía que ver concretamente con Alexa Guerrero y Carmen Otárola. Tanto fue así, que luego de que terminamos de hablar, y después de dar un tiempo prudencial, esperando que Leonora y Camila se marcharan, los volví a llamar. Desgraciadamente no sé porque lo hicieron, si por complicidad, por compasión, o por ambas cosas, pero lo cierto es que en ese momento no me pusieron al tanto de nada. Lo único que me confirmaron fue que sí, que efectivamente el paquete que me iban a mandar tenía que ver con Alexa Guerrero. Según me contaron, en un principio no fue Alexa la que los contactó para pedirles mi dirección, y que al no saber exactamente de quien se trataba, por supuesto que se la negaron. Lo que pensaron era que podría tratarse de una trampa de Laura, para descubrir por fin donde estaba el misterioso y bien oculto

agujero donde yo me había ido a ocultar (rata de dos patas, como diría, Paquita la del barrio). Fue solo hasta cuando Alexa los visito, les contó todo el rollo de lo que yo le había pedido que hiciera para el cumpleaños de Carmen, y les mostró el paquete, que aceptaron revelarles mi paradero; y hasta le propusieron, ya conociendo el resto de la historia, que ellos mismos podían encargarse de mandarme todas esas cosas, junto con un encargo que yo les había hecho de unas bolsas de café Volio y unas botellas de salsa Lizano.

¡Sí! Por dicha a Guadalupe ese día se le antojó quedarse en la casa. También, gracias a Dios, ya sólo nos faltaban por restaurar dieciséis de los ochenta y tres ventanales que tiene la Seu.

Realmente vale la pena mencionar, que eso de que Guadalupe se quedara en la casa, fue algo que nos costó bastante esfuerzo de lograr. En eso Andrés, Lorena, y también Claudia, me dieron todo su apoyo. Fueron tajantes: “No podemos correr semejante riesgo. Ni contigo, ni con el bebé”. Y es que era cierto: un mareo, una ligera descompensación de su presión arterial, o peor aún: un desmayo, podría resultar fatal para ambos. Así que tenía que cuidarse quedándose en la casa. Y punto.

Nuestra casa: un pequeño y encantador apartamento que habíamos alquilado a la semana siguiente de nuestra primera “gran noche juntos”, allá en Punta Iglesias. Un coqueto rincón, el cual, a pesar del corto tiempo, y de saber que era una residencia temporal, ya ambos estábamos empezando a considerar como nuestro tranquilo y muy acogedor nidito de amor. Nuestro hogar.

Estaba a escasas dos cuerdas de la vieja imprenta; esquinera. Entre Palacio Real y San Sebastián, en un primer piso, y por suerte para nosotros, también estaba completamente equipada; además de que contaba con un pequeño patio lleno de maceteros con especias y un enrejado metálico que servía de asidero a una pequeña planta de vid. Ahí fue donde Guadalupe y yo, por dicha, tuvimos la oportunidad de recuperarnos de las malas noches que habíamos pasado en los destartados e incómodos catres que nos había prestado el padre Juan Carlos, meses atrás.

Se podría decir que fue algo que nos cayó de perlas, porque así Guadalupe aprovecharía para la elaboración de los reportes finales. Si todo salía bien, pasaríamos las fiestas navideñas y de año nuevo en Mallorca —esto ya habiendo terminado el trabajo en los vitrales de la Catedral—, y viajaríamos a Monterrey en el mes de enero. El único, pequeño gran lunar que podían encontrar en este asunto era que yo todavía era un hombre casado y lo seguiría siendo hasta que María Ester cumpliera dos años, época en la cual, milagrosamente, y gracias a las erupciones del volcán Arenal y la galantería de don Teófilo Miraflores —el hotelero sancarleño—, se concretó lo de mi divorcio con Laura. ¡Nada es

perfecto en este mundo!

Ese día, desde de que amaneció, la cosa pintó bastante mal. Aunque si he de ser franco, toda esa semana el bendito clima estuvo desfavorable para nosotros. Las mañanas opacas y tristes, las tardes chubascosas y las noches pasadas por agua. Cuando mis papás me dijeron que querían mandarme el paquete con Adriana —la sobrina de doña Dora Emilia del Castillo, una vieja amiga de la familia—, que venía a pasar sus vacaciones en España, y que, para nuestra conveniencia, estaba muy interesada en conocer Palma de Mallorca, Guadalupe y yo no vimos problema en brindarle nuestra hospitalidad; así que le ofrecimos —por medio de mis papás—, que se quedara con nosotros. Después de todo nuestro departamento tenía dos cuartos y sería muy agradable tener una huésped tica en la casa.

—¿Estás segura de que no quieres ir? —le insistí.

—No, mi amor. Mejor me quedo preparando la cena para cuando lleguen. Seguramente ella va a venir con mucha hambre, y también muy cansada. Son muchas horas de viaje. Además: con este tiempo, puede que el vuelo se termine retrasando; y al final tendríamos que pasar varias horas en la sala de espera. Mejor no. Mejor vas solo.

—Bueno. Entonces nos vemos. Chao —y me despedí de ella con un beso.

Cuando llegué al aeropuerto, me di cuenta de que Guadalupe había predicho con exactitud milimétrica lo que iba a suceder: el vuelo se había retrasado por mal tiempo. Así fue como empecé a dar vueltas de un lado para otro; impaciente y nervioso por no saber si mi paquete, con los obsequios devueltos, vendría acompañado por alguna nota o carta, que al menos me aclarara por qué Alexa había tomado la decisión de no entregárselos a Carmen.

En la terminal aérea me cogió esa hora del día que muy bien retrató Julián Marchena en su poema “Romance de las carretas”: “Cuando el día ya no es día y la noche aún no llega...” Esa hora mágica en la que nuestra vista, acostumbrada a la claridad del día, no se resigna a que ya nos atrapa la oscuridad de la noche, tomándonos por los pies y enrollándonos, como una gran anaconda con su cuerpo oscuro de animal siniestro. Esa hora mágica en que las sombras sutiles de las cosas y aún peor: de las personas, se empiezan a transformar o confundir con los olvidados y opacos fantasmas de un pasado lejano. Un pasado que inútilmente creemos, ya se encuentra olvidado.

Cuando por fin llegó el vuelo y empezaron a salir, poco a poco, cada uno de los pasajeros, yo me encontraba resguardado detrás de una de las columnas, viendo como pasaban decenas de caras desconocidas buscando a sus seres queridos, o simplemente buscando la puerta de salida. Si la memoria no me fallaba —y no me fallaba—, Adriana era una rubia bajita, con una sonrisa

adornada por unos dientes grandes y blancos, que ya debería de andar por los veinticinco o veintiséis años. La empecé a buscar con impaciencia entre los rostros de la gente. De repente, siempre buscándola, pase sobre un rostro que me resultó bastante familiar. Y al fin, sin darme cuenta, sí, así: casi sin sospecharlo, la descubrí. Pasmado, atónito, perplejo, volví muy lentamente la cabeza y ahí la pude ver.

No tuve ni siquiera el valor de abandonar mi posición para salir a su encuentro. En el momento en que ella me quedó en línea recta, pude ver de nuevo esos, sus grandes y encantadores ojos color café. Unos ojos que, en ese instante de ansiedad y tribulación, estaban evidentemente atrapados por un temor y angustia que —por un vago instante—, pensé, se iban a disipar al descubrir mi rostro en medio de la gente. Traía puestos unos jeans color arena y una blusa de un color muy similar, un bolso grande colgado de su hombro, un sweater y una maleta con su equipaje que con la otra mano rodaba con dificultad. Cuando por fin me vio, corrió a mi encuentro de inmediato, dejando tiradas todas sus cosas en el suelo. Sus manos se lanzaron sobre mis hombros como los de un naufrago, aferrándose fuertemente a mi cuello.

Todo sucedió tan rápido y fue tan surrealista, que no tuve tiempo ni de reaccionar. Simplemente quedé pasmado, clavado al piso, como si mis piernas se hubieran transformado en dos enormes y pesados bloques de concreto. Ahí estaba yo: en medio del Son Sant Joan, sintiendo el trepidar de su cuerpo y el sonido de sus cada vez más intensos y angustiantes sollozos. En esa, una nueva pequeña eternidad, descubrí, con terror, que algo horrible, aterrador y profundamente doloroso tenía que haber sucedido.

Mi corazón y mi mente sólo pudieron sentir y repetir en mis adentros una única cosa: si lo tienes que hacer, ¡por Dios!, sí, ¡te lo ruego!, si lo tienes que hacer: ¡Mátame... sí, te lo suplico... mátame muy...muy suavemente!

Entre sollozos cada vez más fuertes y sin despegar su rostro de mi hombro balbuceó, al fin, destrozada hasta lo más profundo de sus entrañas: “mis papitos y mi hermanito están muertos, Leo. Están muertos...” y lloró aún más fuerte, convirtiendo su llanto en un frenético y desgarrador gemido.

—¡Dios mío, Alexa! —alcancé a susurrar, tragando con dificultad, una saliva espesa y ferrosa, que se acumuló casi de inmediato en mi boca.

En ese momento, en ese amargo momento, todo por completo se oscureció. De repente, como en un sueño opiáceo o un delirio febril, el aeropuerto Son Sant Joan, ya no era el aeropuerto Son Sant Joan. Las columnas desaparecieron, los techos se elevaron y las vetustas graderías de un olvidado y remoto gimnasio colegial emergieron como islas volcánicas a escasos metros de nosotros. Decenas de parejas bailaban a nuestro alrededor, siguiendo el vaivén de la

música que surgía nítida de los grandes parlantes que estaban distribuidos en las esquinas; los tornamesas, las máquinas de humo y la gran esfera con sus cuadritos de cristal, que iluminaba todo a su alrededor, me trasportaron por completo a esa remota y muy lejana época de 1982. Una época en la que el año 2014 era simplemente un número abstracto, una esperanza difusa, casi inimaginable. Dentro de mi delirio, esa noche no era la voz Roberta Flack, sino la de Isabel Lascurain, del grupo Pandora, la que nos mataba a ambos, a Carmen y a mí, muy, muy... muy suavemente.

Todo sucedió tan rápido y fue tan surrealista, que no tuve tiempo ni de reaccionar...

Minutos después, cuando por fin ambos nos tranquilizamos —saliendo yo de mi retrospectivo trance y Alexa de su doloroso lamento—, tomamos sus pertenencias, las cuales una oficial aeroportuaria, muy amablemente y atenta de la situación, había recogido del suelo.

—¿Se encuentran bien? —nos preguntó con tono solidario.

—Sí, señorita. Muchas gracias por preguntar. Es que acabamos de recibir una muy mala noticia —le respondí—. Pero ya estamos bien, gracias.

Cruzamos muy pocas palabras camino a la zona de taxis. Cuando lo abordamos y empezamos a salir de aeropuerto, caí en la cuenta. Tenía que llamar de inmediato a Guadalupe y prevenirla.

—Halo

—¿Guada?

—Si mi amor, ¿qué pasó? ¿Ya llegó el vuelo?

—Sí, mi amor, ya llegó. Sólo que pasó algo particular. Tómallo con calma. No quiero que te asustes. Lo que pasa es que no era Adriana, la sobrina de doña Dora Emilia, la que venía en el vuelo. Era otra persona. Es alguien de quien ya te he hablado antes —la previne, al tiempo que tomaba la mano de Alexa y la estrechaba con cariño.

—¿En serio, Leo? ¿De quién se trata? ¡No me digas que tus papás se vinieron de sorpresa!

—No mi amor. No son mis papás. Es Alexa Guerrero. ¿Te acuerdas? La hija mayor de Carmen Otárola —le aclaré.

—¡No!

—¡Sí!, mi amor. ¡Si! Alexa Guerrero —le repetí—. Desgraciadamente sucedió algo... —y titubeé por un momento— algo muy grave con su familia. No puedo decírtelo por teléfono, pero es algo muy triste y muy doloroso.

—¿De verdad, Leo?, ¡no lo puedo creer! —respondió Guadalupe, impactada.

—Sí, mi amor, pero es algo de lo que tenemos que hablar en la casa con calma. Tranquilos. Los tres.

Un silencio incomodo, frio y desagradable se apodero de la línea telefónica.

—Pregúntale si quiere un café o si prefiere mejor un té —dijo por fin, Guadalupe—. Es para tenérselo listo ahora que lleguen.

—¿Quieres un café o un té?

—Café —respondió Alexa, con su voz frágil, de animalito herido.

—Ya oí, mi amor. Café. Tú también, ¿verdad?

—Si mi amor. Ya casi llegamos. Te amo. Chao.

—Chao, mi amor. Yo también te amo.

—Es Guadalupe. Mi actual pareja —aclaré, descubriendo algo de congoja en mis palabras.

—Sí, Leo. Ya lo sé. También sé que está embarazada. Tus papás me lo contaron todo. Y créeme: me alegro mucho por ambos —agregó Alexa, recostando su cabeza en mi hombro y suspirando—. No sabes cuánto.

El resto del viaje, Alexa y yo cruzamos si acaso dos o tres palabras. Ya estaba bastante oscuro y el chubasco era cada vez más intenso; la magia de la ciudad, de sus edificios, de sus paisajes y de sus gentes, desfilaba opaca a través de los vidrios empañados del taxi. Lo único que rompió el incómodo silencio dentro de la cabina, fueron las pocas indicaciones que le di al taxista para llegar a la casa. Cuando llegamos, al oír el motor del auto, Guadalupe se asomó a la ventana y de inmediato abrió la puerta para salir a nuestro encuentro con un par de sombrillas.

—Entra, mi amor, no te mojes —le dije, devolviéndola hasta el umbral de la puerta—. Yo me encargo —y me dirigí de nuevo al taxi, sacando yo mismo las maletas de la cajuela, mientras le daba la otra sombrilla a Alexa, para que se adelantara.

Mientras hacía malabares con la sombrilla, la maleta y el bolso de Alexa — para no terminar los cuatro en el mojado y resbaloso pavimento— pude ver, maravillado, la imagen más vaticinadora que podía haberme demostrado la providencia, de lo que sería la relación de Guadalupe y Alexa en el futuro: Ambas, sin cruzar palabra, sin siquiera haber sido presentadas; con tan solo una simple y fugaz mirada, estaban fundidas en un melifluo y fraternal abrazo. Así... sin más ni más. Sin protocolo, sin mediación alguna de mi parte. Sólo eso: una simple mirada, bastó para que ambas, (sus almas), como conociendo perfectamente su punto en común, terminara cubriéndose, abrigándose y protegiéndose con un fuerte y sobrecogedor abrazo. Cuando llegué al lado de ambas Guadalupe se apartó levemente de Alexa, le tomó la mano y se la llevó al vientre diciéndole:

—¿La sientes?

Alexa dudó un instante, luego tomó el pequeño vientre de Guadalupe con ambas manos.

—Es María Ester. Todavía esta muy pequeña como para que la sientas, pero ella también está muy contenta de que hayas venido. Lo siento en el corazón — le dijo Guadalupe—. Vamos entremos. El café ya está listo.

—Creo que sí... te entiendo —respondió Alexa. Y por primera vez desde su llegada a la isla, sus ojos, rojos e inflamados, mostraron un radiante y fugaz destello de regocijo.

Para cuando llegó la desgracia, Alexa y Susy ya habían leído todas las anotaciones de mi diario; sabían lo que había sucedido con mi familia, con mi casa y también habían averiguado la dirección de mis papás; pero sabiendo todo por lo que habían pasado con mi partida, no creyeron conveniente visitarlos. Además: Alexa sabía lo suficiente como para tomar una decisión y casualmente el día anterior se lo había comentado a Susy. Ya no iba a hacer más investigaciones. Sólo le interesaba dejar todo tranquilo hasta que llegar la gran fecha. Pensaba seguir mis indicaciones al pie de la letra e iba a hacer su mejor esfuerzo para que la fiesta de cumpleaños de su mamá fuera todo un éxito. Eso fue el jueves.

Ese viernes iba a ser un día muy especial para Edison y para Susy, pero especialmente para Edison. Su compañía estrenaba esa noche, a las ocho en el Teatro La Alambra, El Zoológico de Cristal de Tennessee Williams. Dentro de los roles, Edison tenía a su cargo darle vida a Tom Wingfield, (por esas cosas raras de la vida un contador de profesión y escritor fracasado, quien al final termina abandonando a su madre y a su frágil y lisiada hermana Laura Wingfield). Todo estaba listo y las primeras filas estaban especialmente reservadas para doña Etna, Susy, Alexa, Carmen, don Alex Guerrero y Gustavo.

Cosa también extraña: A las ocho en punto dio inicio la función y la familia de Alexa no había llegado y mucho menos llamado. Para peores, ninguno de ellos respondía a los mensajes y las llamadas a su celular. No habiendo otra, entraron a la sala, Alexa, a pesar de un mal presentimiento, apagó su teléfono y lo guardó en la cartera, disminuyó la intensidad de las luces y empezó la función.

Dos horas y media más tarde, ella y Susy, desesperadas, trémulas y sudorosas; con largos hilos, como figuritas de cristal, brotando de sus ojos, atravesaban las puertas de emergencias del Hospital San Juan de Dios.

—Mi nombre es Alexa Guerrero —dijo Alexa con voz agitada a la enfermera que estaba a cargo del mostrador, limpiándose las lágrimas con la manga de su sweater—. Me informaron que mi familia tuvo un accidente y que los ingresaron hace como dos horas.

Se tomó la cabeza, echo su fleco hacia atrás, rastrillando su cabellera con sus dedos temblorosos.

—Son Carmen Otárola, que es mi mamá, Alex Guerrero y Gustavo, también

Guerrero. Mi papá y mi hermano.

La enfermera reviso el monitor de su computadora, tecleando y arrastro el mouse antes de responder.

—Tengo registrada a doña Carmen y a don Gustavo, pero no tengo ingresado a ningún Alex Guerrero —respondió al fin—. Puede ser que don Alex aún este en el lugar del accidente o que... que lo hayan llevado a otro centro médico —corrigió con inteligencia—. Por ahora lo que le puedo decir de su mamá y de su hermano, es que están en sala de operaciones. Los dos venían politraumatizados; muy delicados. Lo único que pueden hacer es sentarse a esperar. En cuanto tengamos noticias, les estaremos informando.

—Está segura de que mi papá no venía —le preguntó Alexa, temiendo lo peor.

—Si señorita. Estoy segura. Para salir de dudas tendría que contactar a la oficina de tránsito, o ir usted o mandar alguien al lugar del accidente —le aconsejó la enfermera, conociendo con certeza que, si había algún fallecido, probablemente, con lo que tardan en levantar los cuerpos, los mismos aún estaría en la escena del siniestro.

—Está bien, señorita, muchas gracias.

—¿Qué hacemos Susy? ¿Qué hacemos ahora? —le suplicó a Susy, que enmudecida, había escuchado toda la conversación.

—Edison y mi mamá ya deben de estar en la casa. Si quieres yo lo llamo y le pido que vaya en un taxi. Yo la verdad no me animo. Y tampoco quiero dejarte sola.

—Está bien, Susy. Por favor. El oficial que me llamó no me dijo que hubiera algún fallecido. Lo que no entiendo es porque mi papá no está aquí. Algo tiene que haberle pasado. Puede ser que no hayan podido sacarlo del carro y que esté atrapado... o algo así. No sé —y se soltó a llorar nuevamente.

—Tranquila, Ale. Tranquila. Por favor tranquila —le rogó Susy, tomándola del brazo y llevándola hasta una banca—. Porque si no yo también me pongo a llorar y no hacemos nada. Tranquila ¿sí? Vas a ver que todo va a salir bien. Solo debemos tener fe, Ale. Tranquila.

Cuarenta minutos después, Susy recibió una llamada en su celular. El pobre de Edison no tenía palabras ni valor suficiente para darles la mala noticia. El cuerpo de don Alex Guerrero ya había sido trasladado a la medicatura forense. A como quedó el carro, era como para que todos hubiesen fallecido.

Alexa tomaba su café a pequeños sorbos, mientras que, a Guadalupe, visiblemente afectada, ya le resbalaban profusas lágrimas por la mejilla. Yo, tratando de hacerme el fuerte, sólo guardaba silencio; esperando que Alexa continuara su relato. Afuera, la lluvia, malintencionada y perversa, en re menor,

como un bestial y gigantesco órgano, interpretaba, lúgubre y con magistral destreza, la más tétrica de sus melodías. La peor parte de lo sucedido, en boca de Alexa, estaba por llegar.

Pasaron toda la noche en emergencias. A las tres de la mañana vino la segunda noticia fatal: Su hermano, Gustavo perdió la vida en la sala de operaciones. Entre la desesperación por la noticia y la conmoción de que le pidieran, así, tan urgentemente, su autorización para el uso de los órganos de su hermano, Alexa colapsó.

—Eso no era algo de lo que hubiésemos hablado nunca en mi casa. No con mi hermano ni con mi papá. Lo único que habíamos hablado mi mamá y yo, y viéndolo como algo muy lejano, era que ella quería ser cremada cuando llegara el momento de su muerte. Solo eso habíamos hablado. Nada más.

—¿Y Carmen? ¿Qué pasó al final con Carmen? ¿Cómo murió? —preguntó Guadalupe, sujetándose el vientre con la mano.

—Fue muy duro, Guadalupe. Mi mamá quedó en coma por varias semanas. Al final, mientras ella estaba en el hospital, tuve que enterrar a mi papá y a mi hermano. Ella ni siquiera se dio cuenta. Si no hubiera sido por el apoyo de mis amigos, francamente no sé qué habría hecho.

A las dos semanas de estar en coma, y por sugerencia de los doctores, de que le hablara y de que tratara de ayudarla a aferrarse a la vida, hablándole de cosas bonitas, fue que se me ocurrió hablarle de ti y de lo que me habías pedido —agregó, volviendo su rostro en mi dirección—. La primera noche, aunque no me lo crean, sentí que de verdad mi mamá tuvo una pequeña mejoría. Su respiración como que tomó un ritmo más pausado. Menos agónico y desesperado. Entonces fue cuando le prometí que iba a traerle a la noche siguiente todas las cosas que me entregaste, para que las sintiera en sus manos, y para que escuchara, leídas por mí, todas las anotaciones de tu diario.

—¡No lo puedo creer! —musité, destrozado.

—La noche siguiente le leí tu carta. En la que me explicabas todo por lo que habías pasado durante todos esos años. Le puse el juguetito de ET en las manos para que lo sintiera. Le coloqué el reloj en la muñeca. Le conté de como habías llegado a la floristería y le describí como eras ahora físicamente. Con tus anteojos, tus canas, tus ojos. Como tú los llamabas: los ojos tristes de un nómada nocturno.

Algunas de esas noches, mientras le leía a mi mamá tú diario, Susy me ayudaba masajeándole las piernas, las manos, o simplemente peinándole los cabellos. Me ayudó mucho. Y me sigue ayudando. Ella quedo a cargo de Ilusiones.

—¿En algún momento llegó a recobrar la conciencia? —le pregunté, con la

esperanza de que Carmen le hubiera dicho algo.

Alexa bajó la cabeza y sorbió lentamente su café antes de responder.

—Sí. Si recobró la conciencia. Abrió los ojos, pero no podía hablar ni moverse. Entendía lo que le decíamos, pero no podía respondernos. Solo movía los ojos con desesperación. Así fue como me di cuenta de que entendía todo lo que le estábamos diciendo. Lo entendía todo. Cuando le dije que, si le molestaba que le leyera tu diario cada noche, me hizo ver que no, que era todo lo contrario. Si dejaba de leérselo, como que se desesperaba. Y cuando se lo leía, se volvía a calmar. Susy y yo estábamos muy esperanzadas pensando en que de verdad se iba a recuperar. Desgraciadamente, una mañana, mientras la aseábamos, le sobrevino algo, un infarto, y ahí, tomada de mi mano... falleció.

Afuera ya no llovía más. Solo se escuchaba el discurrir del agua por los viaductos. Alexa se levantó, fue hacia su maleta, la abrió y sacó un pequeño cofrecito de madera que me entregó.

—Esos días, mientras cuidábamos de mi mamá, hubiese dado cualquier cosa en el mundo porque estuvieras ahí —las lágrimas corrían, vivas de nuevo, a lo largo de sus mejillas—. Porque la tomaras de la mano, que le hablaras, que le contaras lo mucho que la habías querido a lo largo de todos estos años. Que le compartieras el milagro que la Virgen te había hecho Santiago. Que le dijeras lo mucho que deseabas que fuera feliz, sin saber si realmente lo había sido o no. Que le dieras fuerzas para seguir adelante y curarse.

No sabes lo mal que me siento, al tener que decir esto delante de ti —continuó, volviendo sus ojos inflamados de lágrimas hacia Guadalupe y llevándose el puño tembloroso hasta la boca—. Yo sé que debe ser muy duro para ti y para tu bebé, Guadalupe. Sólo les ruego que traten de comprenderlo... que me puedan perdonar por venir a decirles todo esto, así, tan de repente; sin que ustedes ni siquiera lo esperaran, pero esto era algo que no podía hacer con un correo o una llamada telefónica.

Al final su voz se quebró y no pudo continuar. Guadalupe, también, en una viva llaga, la abrazó y la consoló acurrucándola en su hombro.

—Por favor, Alexa. No digas eso. Si conocieras la historia de mi vida, te darías cuenta de lo importante que es para mí, y también para Leonardo, que yo esté presente, escuchando todo esto. Tranquila, a mi bebé no le va a pasar nada —y la estrechó con fuerza, acariciando dulcemente sus cabellos.

Abrí el pequeño cofre de madera oscura, y en su interior, reposadas, había una pequeña cantidad de cenizas. En ese instante, en esa pequeña, nueva eternidad, una lágrima amarga y cristalina brotó de mis ojos y se depositó suavemente sobre el pequeño cumulo de ceniza. Por primera vez, después de más de treinta largos años, una pequeña parte de mí y una pequeña parte de

Carmen Otárola entraron en contacto —aunque ninguno de los dos, físicamente, lo pudiéramos sentir.

—Alexa —balbuceé— lo único que le puedo pedir a Dios, es que Carmen, en su vida. Al lado tuyo, de tu hermano y de don Alex, haya sido inmensamente feliz. Sólo eso... Eso lo único que les puedo desear.

Alexa se separó suavemente del abrazo de Guadalupe; se me acercó; me abrazó conmovida y me dijo:

—Desgraciadamente no fue así, Leo.

—¿Por qué?

—Ellos nunca fueron felices —respondió, clavando su mirada en el vacío; como buscando viejos recuerdos de su niñez y adolescencia; recuerdos, no muy felices que terminaron apilados en los anaqueles de su memoria, como máquinas herrumbradas bajo una frágil y delgada capa de polvo.

—Tú lo sabes mejor que yo, pero no puedo dejar de preguntártelo: ¿Estás segura?

Alexa dio media vuelta, caminó unos pasos, y apoyándose en el fregadero, se asomó a la ventana del patio, viendo en el fondo la pequeña planta de vid aferrada a la maya, la cual, el viento y una leve garúa, movían obstinados en su afán por desprenderla de su herrumbrado y estático apoyo.

—Cuando hablé con el doctor que atendió a Gustavo —continuó contándonos—, él señor, con algo de pesar, sin saber si debería contármelo o no, me dijo cuáles fueron las últimas palabras de mi hermano. Algo en lo que insistió vehementemente hasta que le hizo efecto la anestesia.

“Iban peleando, iban peleando... mis papás iban peleando. Dígale a mi hermana, que mis papás iban peleando” Esas fueron sus últimas palabras de Gustavo, antes de perder la conciencia para siempre.

Guadalupe me volvió a ver, y ambos, al mismo tiempo, sin mediar palabra, nos aproximamos a su lado y la abrazamos nuevamente.

No bastó, con tener que soportar el dolor de que Carmen hubiese partido de una forma tan violenta, tan inesperada y tan dolorosa; también tuve que enterarme, de boca de su propia hija, que ella con su esposo, Alex, igual que yo, con Laura, no había logrado alcanzar nunca la felicidad.

Muchas otras cosas compartió Alexa con nosotros esa noche. Por dicha y a pesar de todo, algunas buenas; otras, lamentablemente desagradables. Guadalupe, por su parte, para que Alexa supiera que tanto la comprendía, le contó lo que le había sucedido aquella fatídica noche cuando ella y Julio regresaban a su casa, después de haber estado compartiendo en Baja Gracia, precisamente el día en que él le entregó su anillo de compromiso. Luego, supongo que, como una forma de justificación, y para que Alexa alcanzara a

comprender por qué estábamos juntos, y porque habían pasado tantas cosas en tan corto tiempo, le hablamos de lo que habíamos experimentado las dos ocasiones en que estuvimos allá abajo, en la pequeña gruta, en el subsuelo de la Catedral. Tratamos de explicarle, lo mejor que pudimos, la razones por las cuales ambos estábamos convencidos de que lo nuestro tenía relación directa con el milagro que yo había experimentado en Santiago de Chile; historia que Alexa, habiendo leído todo mi diario, conocía perfectamente.

Los tres lloramos, nos abrazamos y de alguna forma, durante esa triste y borrascosa noche de catarsis, nos compenetramos de tal forma que nuestros corazones ya nunca más se volvieron a separar; aunque cronológicamente pasarían cuatro meses para que nos reuniéramos de nuevo en México, y seis meses más para que Alexa terminara aceptando nuestra propuesta de quedarse a vivir definitivamente con nosotros. Como lo que es al final: una más de nuestras hijas.

22. La ruta de los peregrinos

Podría decirse que la planeación, logística y ejecución de nuestra peregrinación familiar hasta Santiago de Chile, tuvo un origen encantadoramente bicéfalo, puesto que fueron Alexa en Monterrey y Leonora en San José —mediantes sus constantes conversaciones por whatsapp— fueron las que terminaron maquinando tan fabulosa y emocionante idea.

Cuando nos lo propusieron, a Guadalupe a mí nos resultó toda una sorpresa, ya que ambos, desde hacía ya algún tiempo, soñábamos con llevar a Alexa y María Ester de vacaciones a Santiago; solo estábamos esperando que María Ester estuviera un poco más grande para poder emprender un viaje tan largo y agotador. Al final, con la ayuda de Alexa, Leonora y también de Susy —que se nos coló de última hora junto con Edison—, logramos llevarla a cabo; esto a pesar de lo complicado que resultaría el viaje.

Por dicha todo salió de acuerdo con lo planeado. Salimos de Monterrey desde buena mañana con rumbo a Costa Rica, donde nos alojamos esa noche en casa de mis padres; así tuvimos la oportunidad de celebrar mi cumpleaños y el día de la madre, ambos al mismo tiempo. Cuando llegamos al aeropuerto, Leonora y Camila estaban esperándonos según lo acordado. De ahí nos dirigimos directo a Curridabat donde se nos unieron Susy y Edison para disfrutar de un muy alegre y emotivo almuerzo en familia. Esa noche, ya en las celebraciones de cumpleaños y de día de la Madre, compartimos con Magdalena, Erick y Bruno. Todo salió a pedir de boca, pero al final, por insistencia de mis papás, y para que no nos trasnocháramos demasiado, la reunión terminó poco antes de la media noche.

El día siguiente, en la tarde, todos juntos tomamos el vuelo San José – Lima – Lima - Santiago, llegando a Chile eso de las 3:50 de la madrugada. El hotel no podría ser otro: El Principado de Asturias, el mismo en donde yo me había hospedado en el 2008 y que además tenía una ubicación especialmente estratégica para nosotros; a muy corta distancia del Cerro San Cristóbal.

Igual que la primera vez —lo recordaba como si hubiese sido ayer— una ligera bruma enturbiaba la madrugada, difuminando las luces de los cerros y opacando las luces del alumbrado público; el frío era intenso y las calles estaban completamente desiertas. Gracias a eso, y a la pericia del chofer, el recorrido del

aeropuerto al hotel, duro lo que dura un suspiro. Cuando por fin el transfer se detuvo frente al lobby, todos, en tropel, ayudaron con las maletas y buscaron de inmediato el calor del edificio; como dije: el frío era intenso. Guadalupe y yo, con más calma, esperamos a que el microbús arrancara nuevamente, para que, desde ahí, a muy corta distancia —después de tantos años para mí, y por primera vez para Guadalupe—, apareciera, entre las brumas, e iluminada por los fuertes reflectores, la imagen de la Virgen María, Nuestra Señora de la Inmaculada Concepción. Ahí estaba la hermosa imagen, como la había podido admirar por primera vez, justos diez años atrás, cuando hice mi primera y solitaria visita a la ciudad. Con su rostro blanco y su tierna mirada; vigilando y protegiendo a los santiaguinos en lo más alto del Cerro San Cristóbal. En ese instante, sin avisar, espontáneas y caprichosas, un par de pequeñas y clandestinas estrellas fugaces, recorrieron lentamente el firmamento de mis mejillas.

—Entremos, mi amor. Hace frío —suplicó Guadalupe, ahuyentado con un fuerte abrazo a la incipiente nostalgia.

—Sí, mi amor. Tienes razón; aún está oscuro y si nos apuramos, todavía tenemos algo de tiempo para descansar antes de bajar a desayunar —le respondí —, y entramos a recepción para llenar los formularios del check in. Por delante nos esperaban ocho emocionantes días de vacaciones: tres en Santiago, tres en Valle Nevado, uno dedicado a Valparaíso y Viña del Mar y el último, el 22 de agosto, nuevamente en Santiago, emprendiendo el regreso a casa el 23 en la madrugada.

No hace falta mencionar que esos días nos la pasamos ¡bárbaro! Hicimos de todo y para todos. Recorrimos la ciudad de cabo a rabo, tomamos vino y comimos mariscos al punto de que a todos ya nos estaban empezando a salir escamas hasta por detrás de las orejas (y eso que mi suegro distribuye marisco en Monterrey). Visitamos el zoológico, las casas de Neruda (La Chascona en Santiago y La Sebastiana cuando fuimos a Valparaíso), el Movistar Arena, el Palacio de Bellas Artes...en fin. ¡Ah!, y ni que decir de nuestra estadía en Valle Nevado; Guadalupe y yo nos la pasamos los tres días desternillados de la risa viendo a Susy barriendo y hasta tragando nieve desde la mañana hasta la tarde en las pistas de esquiar: Al final, todos disque medio aprendieron a esquiar, menos ella y Edison, que aunque tenía buena técnica, no pudo perfeccionarla, eso por tener que estar juntando a Susy cada nada y aún más seguido (aunque eso no quiere decir que ambos no se divirtió montones).

Bueno, pero de todo el viaje, hubo dos momentos que definitivamente, tenían que ser—y de verdad que lo fueron—, sumamente emotivos. El primero: cuando ese mismo día, mi pequeña prole y yo subimos así: en manada, con alharaca y farafarachin incluidos al Cerro San Cristóbal. De nuevo se me llenaron los ojos

de lágrimas al estar nuevamente en lo más alto de la montaña; sobre todo por saber que estaba cumpliendo con mi juramento de no volver a poner un pie en ese hermoso y milagroso lugar, si no venía acompañado por alguno de mis seres queridos; y esa promesa ¡sí que la cumplí a gusto! Tanto así, que la algarabía de todos por tomar fotografías, ubicar lugares y correr de un lado para otro, hizo que no durara mucho en ese chock sentimental por haber regresado de nuevo al gran cerro.

—Ese que está ahí es el edificio de la telefónica. Ven... desde aquí se ve mejor que tiene forma como de teléfono celular —les mostré, señalando el edificio justo al frente de donde estábamos—. A la par está el parque Bustamante y cruzando la calle, nuestro hotel. ¿Lo ven?, con las banderitas.

—Sí, y ya que veníamos deberían de haber puesto la bandera de Costa Rica, por lo menos —se quejó Susy.

—¡Sí! ¡Qué cansado! —agregamos todos en coro; echándonos a reír

—¡Montoneros!

—Vean: allá está el Cerro Santa Lucia —señaló Alexa.

—Y el Movistar Arenas al fondo. Y allá la torre. ¡Que grande! —agregó Leo.

—Vamos, chiquillos, subamos hasta donde la Virgen y hagamos una pequeña oración —nos apuró Guadalupe.

Y así lo hicimos.

Todo fue tan lindo ese día.

El segundo momento realmente emotivo que tuvo nuestro viaje fue 22 de agosto por la noche. Y lo sería precisamente en ese mismo lugar, en el cerro San Cristóbal, pero de una forma completamente diferente.

Finalizando el día, cuando ya estaba muriendo la tarde, Susy y Edison se quedaron con Camila y María Ester en el hotel, mientras que Guadalupe, Alexa, Leonora y yo tomamos un taxi y le pedimos al señor que nos llevara al pie al cerro. Ese día, contrario a los anteriores, la temperatura estaba un poco más agradable. Cuando llegamos a la última parada del funicular, la tarde languidecía, por lo que decidimos entrar a la capilla para hacer, cada uno en silencio, en lo más íntimo de su corazón, una pequeña y última plegaria.

Como siempre, yo fui el primero en terminar las oraciones, así que me puse de pie y me aproximé a la salida para corroborar que ya había oscurecido; momento que los cuatro estábamos esperando. Ya afuera, subimos juntos a los pies de la imagen, donde permanecemos no mucho tiempo contemplando los jardines, los turistas y la ciudad ya iluminada.

—¿Listas? —les pregunté.

—Listas —me respondió Guadalupe, al tiempo que Alexa y Leonora asentían con la cabeza.

—Entonces vamos.

Bajamos las gradas hasta llegar a la zona de las jardineras y las bancas metálicas. Las de la izquierda tenían las luces —unos postes con un par de esferas bancas cada uno—, muy próximas a las gradas, así que nos dirigimos hacia la derecha. No era demasiada la gente que había a esas horas en el cerro, pero debíamos tener mucho cuidado de no ser descubiertos por algún turista, o peor todavía, por algún vigilante. Lo que íbamos a hacer, aunque sentíamos que no era algo malo, definitivamente no sería bien visto por la seguridad o la administración del Parque Metropolitano. Por eso teníamos que proceder con cautela.

—Aquí es perfecto —les indique, mostrándoles una pequeña parte en donde se podía ver entre las plantas la tierra desnuda.

Guadalupe se puso de un lado, Alexa del otro y Leonora a mis espaldas. Las tres vigilaban que nadie nos viera, mientras que yo, con disimulo, sacaba le bolso de Guadalupe una palita plástica y empezaba a excavar en la jardinera. Después de un par de angustiantes e intensos minutos termine de hacer la pequeña fosa. Le toqué la espalda a Alexa para que se volteara; ella, algo nerviosa, sacó de su bolso la pequeña cajita que contenía parte de las cenizas de Carmen; la beso y luego la depositó con devoción entres mis manos. Guadalupe, que estaba muy atenta a nuestra maniobra, sacó del suyo la cajita en la que también había depositado el anillo de compromiso que le había dado Julio, hacia tantos años atrás. Habiendo retomado ambas su posición de escoltas, deposité con todo cuidado los dos cofrecitos en una bolsa plástica y los introduje en la pequeña fosa, procediendo a cubrirlas de inmediato con tierra.

—Ya está. Quedó listo —les murmuré, al fin relajado, cuando estuve seguro de haber aplanado la tierra hasta que no quedara ninguna evidencia de lo que se había hecho.

Mientras las tres observaban con disimulo el trabajo, yo me limpiaba las manos con unas toallitas húmedas que habíamos traído especialmente para eso; luego me alejé unos metros para ir a depositarlas en un cesto de basura.

—Creo que lo mejor sería es que le tomemos una foto —propuso Leonora—. Así nos aseguramos de establecer el lugar exacto. ¿No creen?

—Sí, mi amor. Tienes razón —le respondí.

—Entonces pónganse los tres juntos y yo se las tomo.

Y así fue. En el lugar exacto en que Guadalupe, Alexa y yo teníamos apoyadas nuestras manos, ahí estaban enterrados los dos cofrecitos.

Con ese último acto llegaron a su final dos historias de amor que nos acompañaron a Guadalupe y a mí, a lo largo de muchos años de nuestras vidas. Esa noche, en el Cerro San Cristóbal, con la complicidad de mí querida hija

Leonora, que cualquiera pensaría: no tenía porque formar parte activa en todo esto, pero que siendo la más sabia de mis cuatro hijas, había entendido su importancia y trascendencia; sepultamos los queridos recuerdos de dos de las personas más importantes en nuestras dos fugaces y pequeñas, grandes eternidades.

Más tarde, después de regresar al hotel, y cuando ya todos dormían, despacito, y en silencio, como no lo había vuelto a hacer prácticamente desde que María Ester dejó de tomar biberón, en la madrugada, me levante. Revisé y vi que mi reloj marcaba en punto las doce de la noche, caminé hacia la ventana de la habitación, corrí la cortina y admiré nuevamente su rostro. Tenía que darle las gracias por última vez estando aún ahí, en tierras chilenas. Durante varios minutos estuve recordando todo lo que había sucedido a lo largo de todos estos años, que, a final de cuentas, eran prácticamente mi humilde existencia. Recordé los momentos felices y los momentos amargos que viví con Carmen, con Laura, con Magdalena y finalmente con Guadalupe. Sí. ¡Mi vida entera!

Esa noche, en duermevela, con la complicidad de una tenue luz que entraba por la ventana de nuestra habitación, mis devotos ojos de nómada nocturno relejeron una vez más esa hermosa oración que había atesorado muchos años atrás, después de mi primera visita a Santiago. Excelsa plegaria en la que el pueblo chileno, con gran devoción y esperanza, encomienda a cada uno de sus habitantes y a cada una de las actividades de su pueblo a la Virgen María. Hasta ahí, hasta ese lugar maravilloso nos llevaron a mí y a mi familia los recuerdos y el agradecimiento. Al Cerro San Cristóbal; el cerro donde los santiaguinos dicen —con justa razón y orgullo— que está erigida la imagen de la Virgen María bajo la advocación de Nuestra Señora de la Inmaculada Concepción; pero que para Guadalupe y para mí, y también para nuestras hijas, representa algo más. Sí... representa la mágica y milagrosa montaña, en la que habita y actúa la señora que sana y restaura los corazones rotos.

Si disfrutaste leyendo:

EL NOMADA NOCTURNO Y
LA RESTAURADORA DE CORAZONES ROTOS

Con todo cariño te recomiendo otra de mis novelas:

CICATRICES DEL ALMA

Espero que esta otra novela también te agrade.

Fernando Villanueva